

MARCIA PIMENTEL

Él recordará sus ojos
Ella recordará su beso
Un recuerdo guardado
como un secreto

Unidos
por un
Recordado

Unidos
por un
Recuerdo

©Copyright 2024 - Todos los derechos reservados.

Es ilegal reproducir, duplicar o compartir cualquier sección de este documento, tanto por medios electrónicos como en formato impreso. La grabación y almacenaje digital de esta publicación queda estrictamente prohibida, no se permite a menos que se cuente con un permiso escrito por el editor. Solo se permite el uso de citas en reseñas o artículos.

Esta serie es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son utilizados de manera ficticia y es el producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, o lugares o eventos, es pura coincidencia.

El derecho de Marcia Pimentel de ser identificada como la autora de este trabajo ha sido establecido por ella en conformidad con la Ley de derechos de autor, diseños y patente de 1988.

©Marcia Pimentel, agosto 2024

1ª edición: Agosto 2024

Título original: Marcados por uma Lembrança

Traducción: ELAN - Revisão, Diagramação e Tradução

Créditos: Imágenes utilizadas de Leonardo.Ai

Sello: Independently published

Capítulo Uno

Escocia. Año 1394. Isla de Skye

Tras una larga y tensa reunión entre los lairds aliados de la isla de Skye para decidir si entrar en guerra contra el Conde Desmond Campbell, Roland MacKinnon abandonó el castillo de Dunakin y caminó por el sendero que lo llevaría a una parte desierta de la playa. Necesitaba estar solo y prepararse para lo que le esperaba.

Cuando volvía del cobertizo donde las mujeres hacían mantequilla, Gisela MacKinnon vio a los dos lairds de los clanes MacLeod y MacDonald saliendo del castillo de Dunakin con sus hombres. Sabía que la reunión se había celebrado para decidir el destino de la isla de Skye.

Diez años atrás, la isla estaba siendo atacada por el Conde Desmond Campbell, el laird del clan Campbell de la región de Argyll, que quería hacerse con el control de toda la isla. Pero los lairds de los clanes MacKinnon, MacLeod y MacDonald consiguieron detener los avances del laird Campbell durante diez años. Tuvieron dos años de paz, pero ahora, Campbell ha decidido reiniciar su guerra para apoderarse de la isla. Su deseo es que todos los habitantes le paguen impuestos y se conviertan en sus vasallos.

En cuanto entró en el castillo, Gisela fue en busca de su marido. Por el camino, se encontró con Darren MacKinnon, el hijo mayor del matrimonio MacKinnon. Estaba peleando con su escudero en uno de los pasillos del castillo.

—¿Has visto a tu padre, Darren? —gritó ella para que su hijo lo oyera por encima del sonido de las espadas chocando.

Los dos muchachos, casi de la misma edad, detuvieron su pelea y miraron en dirección a la mujer.

—No. Debe de estar en la playa. ¿Le has buscado allí?

Inmediatamente después de contestar a su madre, los dos chicos volvieron a pelearse.

«Sí, solo puede estar allí», pensó Gisela.

—No. —Giró el cuerpo y se dirigió con pasos elegantes hacia el salón—. Sabes que no me gusta que os peleéis por los pasillos, Darren.

Al escuchar a su madre, Darren dejó de pelear y miró abatido en su dirección. Pero en cuanto Gisela dobló por el pasillo y desapareció, Darren volvió a pelearse con su escudero.

Mientras caminaba por el gran salón del castillo, Gisela volvió a oír el sonido de las espadas chocando en el pasillo. Meneó la cabeza negativamente y se prometió a sí misma que pediría a su marido que castigara a su hijo por su desobediencia. Quería a su hijo y no le gustaba pelearse con él, pero el chico necesitaba disciplina.

Aunque Darren ya tenía veintitrés años, seguía comportándose como un quinceañero. Siempre haciendo travesuras y desobedeciendo a sus padres. El laird MacKinnon estaba negociando su matrimonio con una de las hijas del clan MacLean, de la isla de Mull. Roland creía que cuando Darren se casara, cambiaría y se comportaría como un hombre, pero Gisela tenía sus dudas, para ella, su hijo siempre se comportaría como un chiquillo.

El lugar donde a Roland le gustaba ir a pensar estaba muy lejos del castillo. Caminaba por la orilla de la playa y llegaba al final de esta, donde estaba el bosque y donde había varias rocas. Se sentaba en una de ellas y pasaba la mayor parte del día pensando. Gisela sabía que sería un largo paseo hasta donde estaba Roland. La mujer de larga melena pelirroja era demasiado curiosa para perder el tiempo caminando. Pidió a uno de los hombres que le ensillara el caballo. Montó en Proteus, un semental escocés blanco, y cabalgó hacia el lugar donde su marido siempre se quedaba cuando quería estar solo y pensar.

Al poco rato, Gisela llegó a donde quería estar. Se apeó de Proteus y lo dejó pastando. El caballo estaba acostumbrado al lugar y por eso no se alejó mucho. La mujer caminó lentamente hacia la misma roca donde Roland se sentaba cuando algo grave había sucedido o estaba a punto de suceder.

Cuando oyó pasos a su espalda, Roland sonrió. Tras más de 25 años de matrimonio, conocía bien los pasos de su mujer. Se volvió y vio a Gisela caminando lentamente hacia él. Seguía teniendo la misma belleza que le encantó cuando la vio por primera vez junto a su padre. Su pelo rojo oscuro empezaba a dar paso al blanco. Pero el rojo seguía predominando y brillaba cuando los rayos del sol se reflejaban en él. Sus dos hijos tenían el mismo color de pelo que su madre.

—Sabía que no tardarías en aparecer, mi pelirroja.

Gisela se sentó junto a su marido y le sonrió. A pesar de llevar tanto tiempo casados, el corazón se le aceleraba cada vez que la llamaba así cariñosamente. Su marido la había llamado así la primera vez que durmieron juntos al llegar al castillo de Dunakin. Eran tiempos de guerra y cuando el laird MacKinnon pasó al clan MacLean, su padre la dio en matrimonio a su hijo, pero su padre no podía abandonar la isla de Mull para casar su hija en Skye, y el clan MacKinnon tampoco podía quedarse sin laird. Cuando el laird MacKinnon dejaba Kyleakin, su hijo tomaba

su lugar como jefe del clan. Desde muy joven, Roland siempre había sido muy responsable, a diferencia de su hijo. La solución a este impasse fue celebrar la boda con el padre del novio en su representación. Gisela solo conoció a su marido cinco días después de casarse. Durante el viaje a Kyleakin, Gisela tenía mucho miedo de no gustarle a Roland, o de no gustarle a ella, ya que no sabía nada de su marido. No quería ser infeliz en su matrimonio. Pero, afortunadamente para ella, su marido se enamoró de ella en cuanto la vio, y ella se enamoró del apuesto guerrero de cabellos negros como la noche y hermosos ojos azules. Y durante todos esos años de matrimonio, él la hizo muy feliz.

—Siempre vengo, —dijo sonriendo y acarició el rostro barbudo de Roland—. ¿Qué pasó en la reunión?

—Luchemos.

Por primera vez, Gisela sintió desaliento en la voz de su marido cuando le anunció que iba a la batalla. La sorprendió.

—¿Qué ocurre realmente?

—Estamos cortos de hombres, y Desmond consiguió más de las Tierras Bajas.

—¿No se suponía que MacLeod hablara con el rey y pidiera refuerzos?

—MacLeod volvió de Edimburgo hace unos días y dijo que había tenido una rápida audiencia con el rey.

—¿Y qué obtuvo?

—Nada. El rey ni siquiera escuchó la petición de MacLeod. El rey dijo que no puede involucrarse en las batallas de los clanes en este momento porque tiene que impedir que los ingleses tomen las tierras del sur del país. Todos los hombres que tiene, los está enviando a la frontera con Inglaterra.

—¿Y vas a luchar contra el conde, aunque tenga el doble de hombres que tú? Eso es una sentencia de muerte, Roland.

Roland sonrió y abrazó a su mujer. Gisela miró sorprendida a su marido

—Soy un hombre muy afortunado, Gisela —dijo sonriendo.

—¿Puedo preguntarte por qué lo dices?

—Porque te tengo a ti.

Ella sonrió un poco avergonzada.

—Ninguno de ellos puede hablar con sus esposas de las batallas que van a librar. Solo

pueden hablar del hogar y de los hijos.

—Yo también puedo hablar de eso —dijo como ofendida.

Roland soltó una carcajada al ver que Gisela se enfadaba porque pensaba que no era como las demás mujeres.

—Eres especial, mi pelirroja. Sabes hablar de cosas de mujeres, pero también de cosas de hombres. No sabes lo bueno que es poder hablar contigo de todo, —dijo la última parte con semblante serio—. No solo eres mi mujer, sino también mi compañera en todo momento. No todos los maridos tienen tanta suerte como yo. La suerte de tener por esposa a una Gisela MacLean MacKinnon.

—¡Hum! Muchos cumplidos. ¿Qué más tienes que contarme, Roland? Vi a los lairds irse y vi a Angus entre ellos. ¿Qué trama Angus? ¿Qué planeas, Roland?

Angus MacLeod era el consejero de Roland. Angus era diez años mayor que el laird MacKinnon, y Roland utilizaba la sabiduría del hombre para tratar con diplomacia con los otros clanes. Cuando tenía que hablar, siempre era Angus MacLeod quien acudía, pero cuando tenía que luchar, era Roland quien siempre estaba allí.

—Una boda.

—¿De Darren? —preguntó, sonriendo.

A Roland le dolía el corazón al ver la alegría de Gisela. Cuando se enterara de lo que estaba planeando, la sonrisa de su mujer desaparecería.

—No. De Rossilyn.

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par.

—¿Rossilyn? ¡Pero Rossilyn es una niña! Solo piensa en correr con su prima Katriona por las colinas de Kyleakin.

—Tiene trece años, Gisela. Una buena edad para casarse.

Gisela miró al mar y resopló. No compartía la opinión de su marido.

Roland cogió la mano de su mujer.

—Yo también creo que Rossilyn sigue siendo una niña, Gisela. No entraba en mis planes casarla tan pronto. —Su mujer le miró y se dio cuenta de que decía la verdad—. No me gusta este matrimonio. Pero necesito más hombres.

—¿Y puedo preguntar con quién se casará Rossilyn?

—Con el hijo de Bradd MacMorran.

—¿Bradd MacMorran? —Los ojos de la mujer se abrieron aún más.

—¿Por qué tanta sorpresa?

—El hijo de Bradd MacMorran casi dobla la edad de Rossilyn. No podemos hacerle eso a ella. ¿Por qué no al hijo de MacKinven? Solo tiene tres años más que Rossilyn. Crecerán juntos.

—Una de las hijas de MacLeod se casará con él en quince días.

—¿Y el hijo de Mackinney?

—¡El niño solo tiene cinco años, Gisela!

—Mejor que casarse con un hombre que casi le dobla la edad. La hará desgraciada, Roland.
—La voz de la mujer sonaba desesperada.

—¿Por qué dices eso si ni siquiera lo conoces, Gisela?

—Nuestra hija es una niña y el hijo de MacMorran es un hombre experimentado.

Roland miró a Gisela como si no lo hubiera entendido.

—¡En la cama! —dijo enfadada.

—Con el tiempo nuestra hija aprenderá estas cosas. Podrías decirle algo.

—¡Rossilyn es una niña! No hace mucho, ella, Katriona y Ruben se bañaban desnudos en el río. ¿Cómo puedo decirle lo que un hombre y una mujer hacen en la cama? No puedo. Ahora no —dijo abatida.

—Cuando nos casamos, tú tampoco sabías nada. Recuerdo que lloraste la primera vez que nos vimos.

—Yo tenía dieciséis años y sabía lo que pasaba entre un hombre y una mujer. Tenía miedo de que me hicieras daño. Pero no estamos hablando de mí, sino de Rossilyn. La lastimará cuando se dé cuenta de que se casó con una niña. La tratará mal. Tendrá amantes, hijos bastardos. Por favor, Roland.

El hombre vio que su mujer estaba desesperada por el futuro incierto de su hija.

—Ya no puedes cambiar lo que se ha decidido, Gisela. Pronto Angus llegará a Eynort y le dará mi mensaje con la propuesta de matrimonio a MacMorran.

—Estoy segura de que aceptará. El clan MacMorran es pequeño. Sabe que casar a su hijo con una MacKinnon le traerá a él y a su clan muchas ventajas. Sin mencionar la tierra que ganará casándose con Rossilyn. No puedes hacerle eso a tu hija, Roland.

—Ya lo he hecho, Gisela. —Su mirada era una súplica de perdón—. Puede que el clan MacMorran sea pequeño comparado con el clan MacKinnon, pero sus hombres nos ayudarán contra el Conde Desmond. Todos están haciendo alianzas con los clanes más pequeños para atraer a más hombres.

Tras suspirar pesadamente, Gisela se levantó y miró seriamente a su marido.

—Luego le contarás a Rossilyn lo de la boda. —Pronunció aquellas palabras como si fueran una frase.

La mujer se dio la vuelta y caminó hacia Proteo. Roland se levantó y gritó.

—¿No vas a dejar que vuelva contigo?

—No. Vuelve por donde has venido... Caminando.

Roland sonrió al ver lo enfadada que estaba Gisela. Le gustaba verla enfadada. Su esposa casi nunca se enfadaba, era una mujer muy comprensiva. Pero cuando se enfadaba, Roland tenía que inventar mil maneras de hacerla, olvidar lo que había hecho y que volviera a sonreírle, y siempre lo conseguía. Y cuando eso ocurría, Gisela le regalaba la mejor noche de su vida. Y había perdido la cuenta de las mejores noches que su mujer le había dado a lo largo de los años. Roland sabía que tendría su recompensa cuando volviera a hacerla sonreír.

Pero antes de poder pasar otra noche maravillosa en brazos de su esposa, Roland tenía que librar una batalla dentro de su castillo. Sabía que el mundo se le vendría encima cuando le contara a Rossilyn lo de su matrimonio. Y tendría que enfrentarse a la ira de la señora Arlana, la ama de Rossilyn desde su nacimiento, y también Darren, que seguramente se pondría furioso al enterarse de que su hermana pequeña se va a casar con un hombre mucho mayor que ella

Roland lanzó una maldición y caminó por la playa en dirección al castillo de Dunakin.

Capítulo Dos

El corazón de Rossilyn se aceleraba por la tensión del momento. Sabía que su primo estaba cerca y que la encontraría en cualquier momento. La chica oyó pasos cerca de donde estaba escondida y se apretó aún más detrás del árbol. Su corazón latía aún más rápido al sentir que su primo se acercaba. Se mantuvo atenta a la señal que daría su prima Katriona. De repente, Rossilyn oyó el sonido de una rama que se rompía a unos pasos de distancia. Era la señal. Los pasos de Rubén se detuvieron y ella sintió que su primo se alejaba lentamente en la dirección del ruido. Sonrió. La niña traviesa sabía que era su oportunidad y también la de su prima Katriona. Se levantó rápidamente y corrió hacia el gran árbol que había al pie de la colina. El árbol grande y frondoso estaba cerca de la orilla del río Flew, el río que fluía hacia el mar. Rubén se detuvo y miró en dirección a su prima, pero justo cuando estaba a punto de correr hacia ella, oyó otro ruido y miró a su alrededor para ver a su hermana corriendo en la misma dirección que su prima. Rubén sacudió la cabeza y caminó tranquilamente colina abajo. Sabía que nunca las alcanzaría. Las dos le habían vuelto a engañar.

Mientras tanto, Rossilyn corrió desesperadamente colina abajo y fue la primera en llegar al gran árbol. Al darse la vuelta y mirar hacia arriba, vio a Katriona corriendo hacia ella. La muchacha agitó el cuerpo y con las manos animó a su prima a correr más deprisa. Katriona no tardó en llegar al árbol y se sentó, muy cansada por la carrera. Rossilyn se sentó al lado de su prima y las dos sonrieron a Rubén, que seguía a medio camino.

—Lo que hacéis no está bien —dijo Rubén con abatimiento—. Siempre os protegéis.

El chico se acercó a las dos chicas y se sentó frente a ellas, con las piernas cruzadas.

—Siempre hacemos lo mismo —dijo Katriona a su hermano—. Ya deberías estar acostumbrado, Ruben.

—Es que siempre se me olvida —dijo abatido—. ¿Nos metemos en el río? —El semblante del chico cambió rápidamente y ahora sonreía.

—Sabes que no puedo. Mamá me prohibió meterme en el río. La última vez que me metí me puse malo y me dijo que me mataría si me volvía a meter.

—Pobre de ti, te perderás la diversión —dijo su hermano levantándose—. ¿Nos vamos, Rossilyn?

Rossilyn miró a su primo con simpatía.

—Id vosotros. Yo os vigilaré —dijo animando a su prima a divertirse.

La pelirroja sonrió y asintió.

—¿Bajamos corriendo hasta el río? —preguntó Rossilyn mientras se levantaba.

Rubén asintió con la cabeza. La chica se preparó para correr. Pero antes de que los dos pudieran abandonar el lugar, oyeron que alguien gritaba desde lo alto de la colina.

—Rossilyn.

Los tres miraron al mismo tiempo hacia la cima de la colina. Allí arriba estaba la señora Arlana, la ama de Rossilyn, una mujer bajita, de pelo plateado y cintura redondeada.

—¿Qué pasa, ama?

—Tu padre quiere verte ahora. Ven. Despídete de tus primos y ven.

Rossilyn se despidió de sus primos como le dijo su ama y subió corriendo la colina. La señora Arlana abrazó cariñosamente a la niña y las dos caminaron hacia el castillo de Dunakin.

—¿Sabes qué quiere mi padre de mí, ama?

—No lo sé. Pero creo que va en serio. Estaba muy serio. Incluso más que de costumbre.

Ambos sonrieron ante el comentario de la mujer.

—¿Mi mamá también está ahí?

—Sí.

—Entonces debe de ser muy grave. ¿He hecho algo malo, ama? —preguntó inocentemente.

—Siempre estás haciendo travesuras, mi Rossilyn, —dijo ella, sonriendo mientras estrechaba a la niña entre sus brazos.

Al entrar en la sala donde su padre celebraba sus reuniones, Rossilyn se detuvo junto a la puerta y vio a su padre de pie detrás de su gran escritorio y a su madre cerca de una de las paredes. Los dos no parecían amistosos, lo que hizo que la niña se sintiera aún más aprensiva. Suspiró pesadamente, tragó saliva, se acercó a la mesa y se detuvo con los brazos estirados a lo largo del cuerpo. Parecía una reclusa a punto de ser condenada a muerte.

—¿Qué he hecho mal esta vez, papá?

Rossilyn estaba preparada para la reprimenda que sin duda vendría.

—No has hecho nada malo, Rossilyn.

—Entonces, ¿qué hago aquí? —Rossilyn miró sorprendida a sus padres.

—Siéntate, Rossilyn. —La niña se sentó en la silla opuesta a la mesa. Roland y Gisela también se sentaron—. Tenemos algo que decirte, niña. —Roland miró a su mujer, a quien no le gustó que la incluyeran en la conversación.

—¿De qué se trata?

—Dentro de quince días te casas —dijo rápidamente.

Los ojos de Rossilyn se abrieron de par en par y se volvió hacia su madre para negar lo absurdo. Gisela miró a su hija con aire desolado. La niña vio en los ojos de su madre que su padre hablaba en serio.

—Pero mi madre dijo que no empezaría a me preparar para la boda hasta el año que viene. También dijo que pasarían algunos años más antes de que eligieras un marido para mí. Creí que Darren se casaría primero.

—Sé todo eso, Rossilyn. Pero los planes han cambiado.

Rossilyn se levantó y corrió hacia su madre, que estaba sentada en una de las esquinas de la habitación. Al ver que su hija se acercaba, Gisela se levantó.

—Por favor, mamá —suplicó.

—Lo siento, hija. Pero tu padre ya ha tomado una decisión y no hay vuelta atrás.

—No quiero casarme —dijo mirando fijamente a su padre.

Rolando se levantó y fulminó a su hija con la mirada.

—No tienes que querer, Rossilyn. El trato ya está hecho. Te casarás dentro de quince días.

Rossilyn fulminó a sus padres con la mirada, se volvió hacia la puerta y echó a correr por los pasillos del castillo. Cuando llegó al gran salón, vio a Katriona esperándola cerca de la escalera que conducía a los dos pisos superiores. Katriona se acercó a su prima y vio que respiraba con dificultad.

—Ven conmigo.

Katriona cogió a su prima de la mano y la condujo a los establos del castillo.

—Mi madre me ha dicho que te vas a casar.

—Tendré que casarme dentro de quince días —gritó Rossilyn indignada.

—Lo siento mucho por ti. Tendrás que casarte con un viejo.

Rossilyn se dio la vuelta y miró sorprendida a su prima.

—¿Un viejo?

—¿No lo sabías? —La chica se dio cuenta de que había dicho demasiado—. Eso es lo que me dijo mi madre, pero podría ser mentira.

—No es mentira. Mi padre me va a casar con un viejo—. Rossilyn no pudo contener las lágrimas que caían por su cara.

Rossilyn subió a Proteo, el caballo de su madre, y cabalgó hacia el río, donde había estado jugando con sus primos. Bajó del caballo y se arrodilló frente al río. Miró la corriente y sintió como si se llevara su felicidad, como hacía la corriente con las hojas de los árboles que caían en sus aguas. Gritó y lloró.

Poco después, la señora Arlana se sentó a su lado. Al volver la cara, se encontró con la mirada cariñosa de su ama. La señora Arlana la abrazó.

—¿Por qué él me va a hacer esto, ama?, —preguntó llorosa.

—Es por la guerra, mi Rossilyn. Tu padre necesita más hombres para luchar contra los hombres del Conde Desmond. Volverá a atacar la isla.

Rossilyn ya se había enterado del ataque del Conde Campbell y sabía que su padre empezaría a buscar alianzas con los demás clanes. Solo que no se había dado cuenta de que se vería obligada a casarse por ello.

—Katriona dice que es un hombre viejo.

—No es tan viejo, mi pequeña Rossilyn.

—¿Qué no es tan viejo, ama? —preguntó ella, gimoteando—. No quiero casarme. —Abrazó con fuerza el suave cuerpo de su ama.

La señora Arlana sintió todo el dolor que la niña sentía en aquel momento. A la mujer no le gustaba ver sufrir a Rossilyn. Quería a la niña como si fuera su propia hija. Hacía trece años que había dejado el pueblo de Torin y el clan MacKinning para ser la ama de la hija de los MacKinnon. Cuando nació la pequeña Rossilyn, su madre tuvo fiebre muy alta y todos creyeron que moriría, así que contrataron a una ama para que la cuidara. Gisela estuvo postrada en cama durante meses. La señora Arlana se enteró de lo ocurrido y se ofreció a ser la ama de la niña. Había perdido a su marido el año anterior, tras más de veinte años de matrimonio, y se sentía muy sola, ya que no tenía hijos, todos nacidos muertos. La señora Arlana se enamoró de la niña. Cuando Gisela mejoró, vio lo mucho que la señora Arlana se había encariñado con su hija, así que le permitió seguir siendo su ama. La señora Arlana prometió que nunca se separaría de Rossilyn.

—Algún día tendrías que casarte, Rossilyn.

—Pero mi madre dijo que cuando llegara el momento, estaría preparada. Ahora no estoy preparada, ama.

—La mayoría de nosotros nunca estamos listos para ese momento, jovencita. Eres una chica lista. Todo se arreglará.

Rossilyn miró a la mujer de pelo plateado y sonrió. Realmente quería creer lo que decía ama, que todo se arreglaría.

Capítulo Tres

El cielo empezaba a teñirse de naranja en el horizonte, lo que indicaba que otro día llegaba a su fin en las Tierras Altas de Escocia. Los jóvenes guerreros del clan MacMorran habían pasado todo el día entrenando con Tavish MacMorran, jefe de guerra del clan MacMorran y hermano menor del laird Alpin MacMorran. A Tavish le gustaban las batallas y por eso nunca se había casado, y como era el segundo hijo, no estaba obligado a casarse y tener herederos, como era la obligación del laird del clan. Hacía años que el clan MacMorran no participaba en las batallas que tenían lugar en la isla de Skye. Años atrás, el clan se había visto envuelto en muchas disputas bélicas y había perdido a muchos miembros del clan como consecuencia de ello. Por eso Alpin, en cuanto se convirtió en el laird del clan MacMorran hace 25 años, decidió que sólo participaría en disputas de lucha si el clan estaba en verdadero peligro. Tavish no estaba de acuerdo con su hermano; como muchos miembros del clan, quería luchar, pero tenía que obedecer al laird. Pero Tavish sabía que este tiempo de paz pronto llegaría a su fin y que sus guerreros debían estar preparados para el momento de la guerra. Tavish estaba muy orgulloso de sus guerreros MacMorran, los había entrenado a diario durante años. Y uno de sus mejores guerreros era su sobrino, Alec MacMorran, que estaba siendo entrenado para comandar a los guerreros MacMorran cuando tuvieran que entrar en batalla. Tavish estaba de pie con los brazos cruzados y junto a él estaban los guerreros MacMorran, que se colocaron en círculo para ver cómo entrenaban Alec y Bruce.

Alec, a sus 23 años, medía más de metro ochenta y tenía el fuerte cuerpo de un guerrero. Miró a su oponente y cambió la espada a la mano izquierda. Desde muy joven había aprendido a luchar con ambas manos, y pocos guerreros tenían esta habilidad. Bruce miró las manos de Alec y se concentró en ese intercambio. Bruce era tan fuerte como Alec, pero, para su frustración, medía un palmo menos que su amigo. Sus espadas chocaron y Alec hizo retroceder a su oponente y amigo con el impacto. Bruce, que había luchado contra Alec desde que eran niños, seguía asombrado por la potencia de sus golpes. Los demás guerreros del clan MacMorran observaban atentamente la lucha de los dos mejores guerreros del clan.

—Alec.

Los dos luchadores dejaron de atacarse y miraron, al mismo tiempo, al hombre que estaba de pie frente al círculo de guerreros. El hombre era Bor MacLean, un hombre fuerte con una gran barriga y una larga barba plateada.

—¿Qué pasa, Bor? —preguntó Tavish, dejando claro con su tono que no apreciaba la

intromisión de la mano derecha de Alpin.

—Alpin quiere hablar con su hijo —dijo con su voz gruesa y áspera.

—Está entrenando. En cuanto termine, hablará con Alpin. Mi hermano sabe que no me gusta que la gente interrumpa mi entrenamiento.

Bor fulminó con la mirada al hermano de su laird. Giró el cuerpo y miró a Alec.

—Ahora.

Antes de que estallara una discusión entre los dos hombres, Alec decidió intervenir.

—No pasa nada, tío. Estaba a punto de terminar de entrenar —dijo sonriendo mientras miraba a su amigo—. Bruce se estaba cansando y, como de costumbre, iba a bajar la guardia.

—Esta vez yo no iba a bajar la guardia —dijo Bruce con seriedad, pero en realidad no estaba enfadado con su amigo.

Alec siempre le ganaba.

—Entonces ve a ver qué quiere tu padre, —ordenó el jefe de guerra y abandonó el círculo de guerreros para dirigirse a la sala de armas, el lugar que más le gustaba después del campo de entrenamiento.

Alec se acercó a Bor, guardando su espada en la vaina. Miró al hombre con cara de pocos amigos. Aunque Bor no tenía muy buen aspecto ahora, debido a sus arrugas y cicatrices de batalla, todos decían que en su juventud había sido muy apuesto. Y que era un excelente arquero capaz de dar en el blanco por muy lejos que estuviera.

—Voy a echarme agua sobre el cuerpo. Dile a mi padre que voy enseguida.

—No tardes. Sabes que a tu padre no le gusta esperar a nadie.

—Conozco bien a mi padre, Bor. No tardaré.

Alec caminó hacia el río que atravesaba el pueblo de Eynort. Bruce corrió para acompañar a su amigo hasta el río. Alec y Bruce nunca se separaban. Los dos tenían la misma edad. Eran como hermanos. Cuando la madre de Alec murió, momentos después de que él naciera, fue en el pecho de la madre de Bruce donde mamó. Cuando la señora Chrissa, la madre de Bruce, murió de una fuerte fiebre, ambos tenían dieciséis años. Alec sufrió como si hubiera vuelto a perder a su madre. Quería y respetaba a la señora Chrissa como a una madre. El señor Calder, padre de Bruce, nunca se volvió a casar, quería mucho a su mujer. Su padre tampoco se volvió a casar, aunque no estaba enamorado de su mujer, que murió un año después de casarse. Alpin decidió no volver a casarse, pues ya tenía a su heredero. Durante esos años, tuvo varias amantes en su vida.

—Me pregunto qué querrá tu padre de ti. No es de los que interrumpen el entrenamiento.

Sabe que al señor Tavish no le gusta que la gente se interponga en su entrenamiento.

—No puedo imaginar lo que podría ser. —Alec no parecía tan curioso como su amigo.

—¿Te has enterado de que los clanes volverán a unirse para luchar contra el Conde Desmond?

Alec se detuvo y miró a su amigo.

—¿Crees que mi padre ha decidido finalmente unirse esta vez a los clanes de Skye?

—Eso estaría muy bien. —El muchacho sonrió—. En la última guerra nos dejaron de lado y no fue bueno. Los MacKinven nos llamaron cobardes.

—Soy consciente de ello. Voy a darme un baño rápido y a ver qué quiere mi padre.

Tras un rápido baño en las heladas aguas del río, Alec dejó a Bruce junto a los establos y se dirigió hacia la mansión de dos plantas que se había construido en tiempos de su bisabuelo. Al entrar en el salón, adornado con varias cabezas de alce, Alec encontró a su padre hablando con Bor y algunos de los ancianos del clan. Alec sabía que algo muy grave estaba ocurriendo.

—Fuera de aquí. Quiero hablar con mi hijo a solas.

Todos se marcharon, dejando solos a padre e hijo.

—¿Has decidido unirme a los clanes en la lucha contra el Conde Desmond? —Alec fue directo al grano.

—Sí.

Alec tuvo que disimular una sonrisa de satisfacción al oír la noticia.

—¿Y por qué ahora?

—Por una boda.

Alec miró sorprendido a su padre. No esperaba que se casara en su vejez.

—¿Te vas a casar?

—No. —El anciano sonrió—. Te vas a casar.

—¿Yo? No lo entiendo.

—Ya tienes 23 años, Alec. Ya era hora de que te casaras y me dieras nietos. Yo era mucho más joven cuando me casé con tu madre.

—¿Y con quién me voy a casar? —No había emoción en su pregunta.

—Esta tarde recibí la visita de Angus MacLeod, la mano derecha de Roland MacKinnon. Traía un mensaje en el que el laird MacKinnon te ofrecía a su hija en matrimonio si nos uníamos al clan MacKinnon contra el Conde Desmond. Ya he enviado un mensaje de respuesta a Roland MacKinnon aceptando la alianza entre nuestros clanes. La boda será dentro de quince días.

Alec se levantó rápidamente y miró seriamente a su padre.

—¿Has dicho el clan MacKinnon?

—Sí.

—Si no recuerdo mal, los MacKinnon tienen un hijo de casi mi edad y una hija que aún es una niña.

—Tiene trece años, Alec —dijo como si no importara.

—¡Una niña, papá! —gritó enfadado.

—Su madre era un año mayor que ella cuando nos casamos.

—Y mira lo que le pasó, papá. Mi madre murió un año después, poco después de que yo naciera. La señora Chrissa me dijo una vez que hay mujeres que no están preparadas para tener un hijo a esa edad. O muere el niño, o muere la madre.

—Sabremos si está preparada o no cuando se haga un niño en ella. Me encantaría tener un nieto correteando por estos pasillos. —Sonrió.

—¿Sin una madre? ¿Quieres que mi hijo crezca sin mamá como yo?

—El trato está hecho y no hay vuelta atrás, Alec. Te vas a casar con ella y punto. —Miró enfadado a su hijo—. Acéptalo. Ahora vete y ayuda a tu tío a preparar a los hombres para partir hacia Kyleakin dentro de quince días. Sólo llevaremos a los hombres que puedan luchar. Los viejos se quedarán.

—¿Tú también irás? —preguntó Alec, sorprendido.

—Por supuesto que iré. Cuando vencamos al Conde Desmond, quiero que MacKinnon diga que el laird del clan MacMorran no sólo envió a sus hombres a luchar contra el conde, sino que también estuvo allí para ayudar —dijo, orgulloso de sí mismo.

Alec miró a su padre y pensó que la idea era absurda. Él ya iba a participar en la batalla, así que no necesitaba que su padre fuera. Si algo les ocurría a ambos, el clan se quedaría sin laird. Pero sabía que no podía convencer a su padre, no a él. Pero sabía quién podía. Si había un hombre en Eynort al que su padre escucharía, era Bor MacLean. Hablaría con Bor y le pediría que persuadiera a su padre para que cambiara de opinión. Su padre era viejo y no había estado en batalla por muchos años. Temía por su padre.

Momentos después de su rápida conversación con su padre, Alec salió de la mansión y se dirigió a los establos. Necesitaba cabalgar para descargar su rabia por haber sido obligado a casarse con una niña.

Cabalgó hasta el establo de Azulão. El caballo tenía ese nombre porque era tan negro que, cuando los rayos del sol se reflejaban en su pelaje, parecía azul oscuro. Azulão era un semental escocés que Alec había visto nacer en el establo de la mansión. Mientras ponía la silla al caballo, el chico recordó la conversación que había tenido hacía unos momentos con su padre. No le importaba casarse, incluso le gustaba la idea de tener una esposa y, con el tiempo, hijos. Sabía que su matrimonio serviría para unir a los MacMorran con algún otro clan. Siempre había sabido que no se casaría por amor, y eso no le importaba. Pero no quería casarse con una niña. Si tenía que verse obligado a casarse, que fuera con una mujer unos años más joven que él y con hermosas curvas para poder utilizarla siempre que quisiera. Pero, ¿cómo podía mirar con deseo a una niña que aún no tenía forma de mujer? Y lo que le había pasado a su madre le rondaba por la cabeza. Cuando le preguntó a la señora Chrissa por la muerte prematura de su madre, le dijo que su cuerpo aún no estaba preparado para recibir a un bebé en su interior, y que por eso había muerto poco después de dar a luz. ¿Cómo podía tener la conciencia tranquila si podía condenar a su joven esposa al mismo destino que su madre? ¿Cómo podía condenar a su hijo a pasar toda su vida sin los cuidados y el amor de una madre? Todas esas preguntas palpitaban en su cabeza.

—¿Es cierto lo que dicen en el pueblo? —preguntó Bruce al aparecer de repente en el establo.

Alec agradeció mentalmente a su amigo que se entrometiera en aquel momento.

—Es verdad. —Se volvió y miró a su amigo, que tenía una amplia sonrisa en el rostro—. Mi padre se unirá al clan MacKinnon para luchar contra el Conde Desmond.

Bruce tocó la empuñadura de su espada, que aún estaba en la vaina, y se imaginó en el campo de batalla. La última vez que habían luchado había sido contra el clan Mackinney por una disputa de tierras, y de eso hacía más de un año. Volvió a mirar a Alec, pero ahora hablaba en serio.

—¿Qué hay de la otra verdad? —Se acercó a su amigo.

—Me voy a casar —dijo sin mucha emoción.

—¿Y por qué el desánimo? —Le dio una fuerte palmada en la espalda a Alec—. Sabía que algún día ocurriría. Serás el próximo laird, tienes que tener mujer e hijos. ¿Es fea? —preguntó compadeciéndose de su amigo.

—No lo sé.

—Entonces, ¿por qué ese desánimo?

Bruce no entendía la reacción de su amigo.

—Lo único que sé de mi futura esposa es que sólo tiene trece años. Todavía es una niña, Bruce.

—Los años pasan, amigo mío —dijo sonriendo—. Pronto será una mujer.

—Y mientras tanto, ¿tendré que ser ama de una niña pequeña?

Bruce soltó una carcajada ante el tono dramático de su amigo, pero dejó de reír al ver que Alec lo miraba con seriedad.

—¿Qué te pasa? ¿Estás pensando en no aceptar el trato?

—Tengo que casarme con la niña. Mi padre ya ha aceptado el acuerdo. Me caso dentro de quince días.

—No te preocupes, amigo mío. Encontraremos una ama que cuide de tu futura esposa y una buena amante que cuide de ti. Quizá podamos pedirle una a tu padre —dijo sonriendo—. He oído que tiene tres.

Alec dio un pequeño empujón a su amigo y movió la cabeza negativamente, no estando de acuerdo con la sugerencia. Pero cuando se volvió para terminar de ensillar Azulão, Alec sonrió. Aunque su amigo Bruce se lo tomaba todo a broma, la conversación le había ayudado a relajarse un poco y a aceptar su destino. Un destino que le llevaría en quince días a una boda con una niña de trece años.

Capítulo Cuatro

En las dos semanas que siguieron al anuncio de que el clan MacMorran participaría en la guerra contra el Conde Desmond, Tavish preparó a todos los guerreros del clan para la lucha. Y ahora había llegado el momento de la despedida. El clan partiría hacia Kyleakin para unirse al clan MacKinnon, y luego partirían a la guerra. Pero antes, la boda de Alec y Rossilyn tendría lugar en el Castillo de Dunakin. Uniendo así a los dos clanes para siempre.

Desde lo alto del Azulão, Alec observó en silencio cómo se despedían su amigo Bruce y su padre. El señor Calder no ocultaba que estaba muy orgulloso de que su hijo fuera el segundo mejor guerrero MacMorran. Siempre decía que lo correcto era que el futuro laird del clan MacMorran fuera el primero. El señor Calder se entristeció por la marcha de su hijo, pero se alegró de ver a Bruce tan entusiasmado por luchar por su clan. En su juventud, el viejo guerrero había luchado a menudo por los MacMorran. Bor MacLean, mano derecha y gran amigo de Alpin, estaría a cargo del clan mientras estuvieran en guerra. Los hombres abandonaron Eynort entre lágrimas y vítores de buena suerte. Solo las mujeres, los niños y los ancianos permanecieron en el clan. Y los pocos hombres que solo entendían cuidar de la tierra.

El clan MacMorran llevaba un día de viaje y pronto llegaría a Kyleakin. Alec cabalgaba junto a su amigo Bruce, que sonreía todo el tiempo. Su amigo no podía ocultar que estaba contento de ir a luchar contra el Conde Desmond y sus hombres. Alec se enteró de que el Conde había reclutado a algunos clanes de las Tierras Bajas para luchar a su lado. Y que había levantado un gran ejército en las Tierras Bajas. Pero nada de esto le quitó a Bruce la alegría de ir a la batalla.

—He oído que conseguirás las tierras de Kilmarie después de casarte.

—Mi padre me dijo que las tierras están en las afueras de Kilmarie, que el lugar se llama Ma Ruibhe. El lugar solo tiene una mansión destartalada y unas cuantas casas sin terminar a su alrededor. Dice que hace mucho tiempo que nadie vive allí, que el lugar está vacío.

—Necesitaré gente que viva allí y lo convierta en un hogar.

Alec sonrió a su amigo.

—De mucha gente, especialmente de amigos.

Cuando estaban casi en Kyleakin, Alec se acercó a su tío Tavish.

—Tu padre está orgulloso de los hombres que está llevando a luchar junto a los MacKinnon.

comentó Tavish, mirando a Alpin, que cabalgaba solo a la cabeza del clan.

—Pero, ¿no son sesenta hombres de poca ayuda, tío? He oído que los MacKinning llevarán ciento cuarenta hombres para luchar junto a los MacDonald.

—¿Has visto los hombres que llevarán los MacKinning? —Alec asintió que no—. La mayoría de ellos no saben qué hacer en un campo de batalla. Son todos granjeros sin formación para la lucha. Serán los primeros en morir. Su padre también quería llevarse a algunos granjeros. Pero logré convencerlo de que sería mejor para el clan si, cuando esta guerra termine, regresamos a casa con todos los guerreros.

—Me alegro de que mi padre estuviera de acuerdo contigo.

—También intenté que se quedara en el clan, y que Bor viniera en su lugar. Pero dijo que se está haciendo viejo y que pronto no tendrá fuerzas para participar en una batalla. Me prometió que esta sería su última batalla.

Tras esa breve conversación, los dos cabalaron en silencio. Ambos se detuvieron cuando el caballo de Alpin se detuvo frente a ellos. Los dos se acercaron al laird MacMorran y colocaron sus caballos junto al suyo. Alpin se detuvo en la cima de una colina, ahora tendrían que descender y caminar por la orilla del mar. Luego tuvieron que cruzar un pequeño puente sobre un río que desembocaba en el mar. Y delante estaba el castillo de Dunakin. Desde donde estaban, podían ver el castillo de MacKinnon. El castillo tenía la forma de una gran caja de tres pisos. Estaba hecho de piedras grises extraídas de las orillas del mar que bañaba la colina del castillo. A cada lado había una torre que sobresalía del castillo. El castillo reinaba solitario en la cima de una pequeña colina. Rodeando el castillo estaba el pueblo de Kyleakin con su mercado frente al puerto, donde estaban atracados varios barcos.

—No estés tan ansioso, sobrino. Pronto llegaremos a Kyleakin y podrás conocer a tu joven esposa— dijo sonriendo.

Alec miró seriamente a su tío, no le había gustado la broma. Tavish se arrepintió de la broma; todos en el clan sabían que Alec no había aceptado el matrimonio cuando se enteró de que su futura esposa aún era una niña. Con una mirada, Tavish pidió disculpas a su sobrino por la broma.

—Pongámonos en marcha —dijo Alpin mientras miraba seriamente a los dos—. Quiero llegar al castillo antes de que anochezca.

Pronto estaban cruzando el puente que les llevaría al pueblo de Kyleakin. Al pasar por el centro del pueblo, todos los habitantes de Kyleakin dejaron de hacer lo que estaban haciendo y miraron a los hombres que pasaban en fila hacia el castillo de su señor, el laird MacKinnon.

Bruce se acercó a Alec.

—Las MacKinnon son muy guapas —dijo, mirando a algunas de las mujeres que había por el camino.

—Sí, lo son. —Alec no estaba muy emocionado.

Bruce miró a su amigo.

—No estés tan abatido, Alec. No vas a ir a la horca. Solo te vas a casar.

—Con una niña.

—No te preocupes, amigo —dijo, sonriendo—. Esta noche vamos a conocer a dos chicas MacKinnon, las más guapas de este lugar, y pasaremos la velada divirtiéndonos con ellas. Cuando estés en sus brazos, te olvidarás por completo de tu joven esposa.

Alec sonrió a su amigo y deseó ser como Bruce. Su amigo nunca se preocupaba por nada, siempre encontraba la manera de divertirse en cada situación, incluso en las que le eran contrarias. Bruce sabía divertirse con todo.

Tuvieron que subir por un camino en la pequeña colina que estaba el Castillo Dunakin. La cima de la colina estaba rodeada por una empalizada que protegía el castillo de los invasores. Al entrar por la puerta, que estaba custodiada por dos MacKinnon, se dirigieron al centro del patio y bajaron de sus caballos. Los hombres de MacMorran también entraron y se dirigieron en fila hacia una parte del patio donde el laird MacKinnon pudiera verlos.

Roland MacKinnon ya esperaba al clan de su futuro yerno en el patio. En cuanto se acercaron, saludó al laird MacMorran con un fuerte apretón de manos. Los dos lairds tenían más o menos la misma edad.

—Estoy muy contento con nuestra alianza, Alpin.

—Estoy seguro de que esta alianza traerá muchas ventajas a ambos clanes. Quiero presentarte a mi hijo. —Se volvió hacia Alec, que se acercó y encaró al laird del clan MacKinnon—. Este es Alec MacMorran, el próximo laird del clan MacMorran y un excelente guerrero.

Alec se dio cuenta de que su padre había dicho estas palabras con gran orgullo, lo que le sorprendió porque su padre nunca le había hecho un cumplido antes.

—¡Qué alto eres! —Roland tuvo que levantar un poco la cabeza para mirar a Alec a los ojos—. Me alegra ver que mi hija se casa con alguien que puede protegerla.

—Prometo que nada le pasará mientras esté a mi lado.

Roland sonrió aprobando la respuesta de su futuro yerno. Giró el cuerpo y miró a los hombres MacMorran.

Tavish vio que Roland se puso serio al ver los pocos hombres que trajeron. Él sin duda esperaba más.

—Estos son los mejores guerreros del clan MacMorran. Cada uno vale por dos. Y Alec vale por tres.

Había una sonrisa de diversión en el rostro de Roland cuando se volvió y miró al hombre que estaba junto a Alpin.

—Es mi hermano, Tavish MacMorran. También es el jefe de guerra del clan MacMorran. Entrena a nuestros guerreros.

—Si es así, te tomo la palabra —dijo, sonriendo—. Entremos. Un lechón espera a todos en el salón del castillo. Mis hombres alojarán a sus hombres y les dará de comer. Vámonos.

Desde la ventana de su dormitorio, en el tercer piso del castillo, Rossilyn vio la llegada del clan MacMorran y de su futuro marido. Desde la ventana de su habitación solo se podía ver a los hombres entrar por el portón. No podía ver lo que ocurría en el patio. Al ver a los hombres entrar por el portón, Rossilyn pensó que no eran tantos como su padre esperaba. La niña había oído hablar mucho durante las dos últimas semanas sobre cuántos hombres traería el jefe MacMorran. Su padre esperaba que fueran cien o más, pero al contarlos rápidamente, Rossilyn se dio cuenta de que eran muchos menos. Sabía que incluso esos pocos hombres ayudarían a su clan contra el Conde Desmond, el enemigo de todos en la isla de Skye.

Junto a Rossilyn, en la ventana, estaba Katriona, la muchacha solo un año más joven que la hija del laird MacKinnon.

—¡Son tan jóvenes! —dijo la muchacha cuando el último hombre hubo atravesado la verja y ya no pudieron ser vistos.

Las dos se alejaron de la ventana y se sentaron en la cama de Rossilyn.

—Mi madre dijo que la guerra siempre lleva a los más jóvenes —dijo Rossilyn con tristeza, pensando en su hermano.

—¿Cuál será tu prometido? No pude saber cuál era, pasaron muy rápido.

Rossilyn miró seriamente a su prima.

—No tengo ningún deseo de saberlo.

Se abrió la puerta del dormitorio y entró Gisela. Cerró la puerta y miró a las dos chicas sentadas en la cama. Se acercó a la cama y se sentó junto a su hija.

—Vuestro padre va a dar un banquete para celebrar la llegada de los hombres y el acuerdo matrimonial. Os quiere en el banquete.

Rossilyn se levantó de la cama y miró enfadada a su madre.

—No voy a ir.

—Rossilyn! —La mujer miró a su hija como si fuera una niña con una rabieta.

—¡Mamá! Todo el mundo se me quedará mirando. Tendré que pasar por esto mañana. Por favor, mamá.

Gisela pensó un momento y se dio cuenta de que Rossilyn estaba sufriendo por haber sido obligada a casarse, no quería hacer sufrir aún más a su hija.

—Está bien. Le diré a tu padre que no te encuentras bien y que te quedes en tu habitación a descansar. Haré que te suban algo.

—Gracias, mamá.

Cuando Gisela regresó al salón, todos estaban ya comiendo el cochinillo que se había estado asando en la chimenea del gran salón del castillo durante toda la tarde. En cuanto la mujer se acercó a la gran mesa del fondo del salón, su marido le preguntó.

—¿Dónde está Rossilyn?

—Disculpe la ausencia de mi hija, señor Alpin. —En lugar de contestar a su marido, dijo mirando al laird de los MacMorran—. Rossilyn no se encuentra bien, así que he pensado que lo mejor sería que se quedara en su habitación para descansar.

—¿Está enferma la muchacha? —preguntó Alpin, sorprendido, mientras miraba a Roland.

—Pero esta mañana Rossilyn estaba corriendo por el castillo —dijo Roland con frialdad, mirando a su esposa.

—No te preocupes, esposo mío. Solo ha comido algo que no le sentaba bien. Su ama ya se está ocupando de ella. No es nada grave, señor. —Volvió a mirar a Alpin—. Mañana se despertará mejor. Espero que todo sea de su agrado.

—Todo es maravilloso, señora.

Sentado junto a Alpin estaba Alec. Miraba pensativo su plato, que aún contenía un gran trozo de cochinillo. A pesar de sentirse preocupado por el estado de su prometida, Alec se sintió aliviado de que no estuviera presente en el banquete. Aún no estaba preparado para ver a su joven novia.

La luna estaba alta en el cielo y el banquete seguía celebrándose en el salón. Después de que la criada se llevara la bandeja con la cena de las dos muchachas, Rossilyn se paseaba arriba y abajo por la sala. Katriona estaba cansada de ver a su prima en semejante agonía. Se acercó a la puerta y la abrió.

—¿Adónde vas? —preguntó Rossilyn, sorprendida por la actitud de su prima.

—Estoy harta de que te pasees por esta habitación. Voy a bajar a ver qué pasa en el salón.

—¿Vas a bajar al salón?

—Claro que no. Ya estoy en camisón. —Miró su propia ropa—. Miraré por las escaleras. ¿Vamos?

—No. Me quedaré aquí.

—De acuerdo. Me iré.

Katriona se fue y cerró la puerta. Rossilyn se quedó mirando la puerta en silencio, pensando que su prima realmente estaba loca por salir en ropa de dormir con tantos extraños en el castillo. Momentos después de que Katriona saliera de la habitación, Rossilyn siguió dando vueltas por la habitación. Se sentó en la cama, se acercó a la ventana y volvió a dar vueltas por la habitación. La verdad era que estaba aún más impaciente, sola en aquella habitación. Decidió ir en busca de su prima.

Rossilyn bajó las escaleras hasta el segundo piso y recorrió el pasillo. Al girar hacia el pasillo que conducía a la escalera que llevaba al salón, vio a Katriona agazapada en el suelo, mirando a través de los huecos de la barandilla de la escalera. Su prima se percató de su presencia en medio del pasillo y la miró. Con la mano, le hizo señas para que se uniera a ella. Rossilyn se apoyó un poco en la pared, donde estaba más oscuro, y se acercó a Katriona. Cuando estuvo cerca de su prima, se agachó.

—¿Por qué está oscuro aquí? —preguntó en un susurro.

—He apagado la antorcha que hay aquí arriba. —Las dos miraron hacia arriba—. Pero no podía apagar la que está cerca de la escalera, podrían verme. No te acerques demasiado a la barandilla, si no la van a ver.

Rossilyn miró alrededor de la sala y vio que todo el mundo estaba comiendo y charlando animadamente. Miró hacia la mesa donde estaban sentados su familia y los principales invitados. En el centro estaba su padre, que sostenía un gran trozo de carne en la mano, y a su lado estaba su madre, que miraba a todos con afecto. Al lado de su madre estaba un enfurruñado Darren. Él y su ama estaban en contra de la boda. Darren discutió mucho con su padre cuando se enteró de la boda. Rossilyn y él estaban muy unidos. La muchacha sabía que lo echaría mucho de menos cuando tuviera que abandonar Kyleakin para vivir en Eynort. Cuando su mirada se detuvo en el hombre que estaba junto a su padre, su corazón se aceleró. El hombre no era feo, pero era viejo como su padre. Sintió un sabor amargo al tragar saliva. ¿Era él con quien se iba a casar?

—Mira la mesa —le pidió Katriona a su prima.

—Parece que se divierten —dijo abatida mientras miraba al hombre que estaba junto a su padre. Reía a carcajadas y bebía grandes tragos de cerveza, que chorreaba por su larga barba

blanquecina.

—¿Ves al hombre que está junto al anciano que está junto a tu padre?

Solo ahora se fijó Rossilyn en el hombre sentado junto al anciano que sería su marido.

—Sí, lo veo. ¿Quién es?

—Es tu prometido —dijo sonriendo.

—¿El qué?

Rossilyn estaba tan sorprendida que formuló la pregunta en voz alta, lo que atrajo la atención de algunas personas del vestíbulo, que miraron en dirección a las escaleras. Las dos retrocedieron rápidamente y se escondieron en la oscuridad de la noche.

—Baja la voz —susurró Katriona—. ¿Quieres que nos vean aquí?

—Creía que mi prometido era el anciano que estaba junto a mi padre. Dijiste que mi prometido era un anciano.

—Dije que era mayor que tú, no un anciano.

—¿Cómo sabes que es él y no el que está al lado de mi padre?

—Porque ya ha habido varios brindis por tu boda y todos han mirado en su dirección. El viejo que está al lado de tu padre es su padre. Pero tu prometido no parece muy contento con la boda, no ha sonreído en absoluto.

Rossilyn se acercó un poco más a la barandilla y miró a través del hueco en la madera. Ella ni siquiera se dio cuenta de que la claridad de la antorcha que estaba en la escalera, estaba reflejando en sus ojos. La muchacha sintió que su corazón se calmaba al mirar a su futuro marido. Era un hombre muy guapo, más que su hermano, que era el hombre más guapo que había visto nunca. Alec era rubio, y su pelo iba por debajo del cuello, estaban rotos en el lado izquierdo. Tenía la cara cuadrada y unos preciosos ojos verdes. Sus hombros eran anchos y un fuerte pecho los acompañaba. Su prometido era realmente un guerrero de las Highlands. Rossilyn sonrió y agradeció que estuviera oscuro y Katriona no pudiera ver lo complacida que estaba con el aspecto de su prometido.

Alec miró el vaso de cerveza que tenía en la mano y se lo llevó a los labios. Ya estaba cansado de aquel festín, lo único que quería era estar solo e intentar convencerse de que al día siguiente, en aquel mismo momento, ya estaría casado con una niña. Pero su padre insistió y le dijo que tenía que quedarse a la fiesta que también le ofrecían sus futuros suegros. Mientras se llevaba el vaso a la boca y levantaba la cabeza, Alec se sintió observado. Sin que se den cuenta, miró por el salón, pero no vio a nadie mirando en su dirección. Un resplandor azul procedente de la escalera le llamó la atención. Rápidamente, levantó la cabeza y miró hacia la escalera que conducía al segundo piso. Su corazón casi se detuvo cuando vio el brillo de dos ojos azules que

le miraban fijamente. Alec quedó hipnotizado por aquellos ojos que casi le consumían mientras los miraba. Nunca había visto unos ojos azules con un brillo tan intenso. Alec se sintió hipnotizado por aquella mirada.

Al ver que el prometido de Rossilyn las miraba directamente, Katriona tiró de su prima hacia la oscuridad y rompió el vínculo que la unía a Alec.

—¿Nos ha visto?

—¿Qué? —preguntó Rossilyn, un poco aturdida.

—Será mejor que volvamos a la habitación. Vámonos.

Katriona cogió a su prima de la mano y las dos se escabulleron hacia el pasillo. Antes de salir, Rossilyn echó un vistazo al pasillo y vio que Alec seguía mirando hacia donde ella y Katriona habían estado hacía unos momentos. Sonrió y volvió a su habitación con su prima. Cuando entraron en la habitación, los dos se tumbaron en la cama y se rieron de su aventura. Después de ver que su futuro marido no era un viejo decrepito, Rossilyn ya no estaba tan disgustada por el matrimonio.

Momentos después, Alec seguía mirando escaleras arriba para ver si encontraba de nuevo los ojos azules más hermosos que había visto nunca. Pero, para su frustración, los ojos habían desaparecido. Miró el vaso que tenía en la mano y se tragó todo su contenido. No podía quitarse de la cabeza el brillo de aquellos ojos azules. Se preguntó de quién serían aquellos hermosos ojos. El guerrero pensó que debían pertenecer a una sirvienta. Quería abandonar el banquete y buscar al dueño de aquellos hermosos ojos. Quería pasar toda la noche con ella y olvidar que al día siguiente tendría que casarse con un niño. Pero no podía abandonar el banquete y pasar la noche con una criada en el castillo del padre de su prometida. Pero estaba decidido a buscar a la dueña de aquellos ojos brillantes al día siguiente, antes de la boda. Tenía que conocer a la dueña de aquella mirada.

Alec se apresuraba por los pasillos del Castillo de Dunakin. Al final del pasillo, vio una puerta abierta y una luz blanca que brillaba en su interior. Antes de llegar a la habitación, Alec vio a algunas personas llorando contra la pared. No reconoció ninguno de los rostros. Entró en la habitación y la fuerte luz blanca se desvaneció gradualmente y empezó a ver gente dentro de la habitación. Varias mujeres lloraban alrededor de una cama. En una esquina de la habitación estaban su padre y su futuro suegro. Ambos le miraron seriamente y movieron la cabeza negativamente, condenándole por algo que había hecho. Una mujer se acercó con algo en las manos. Las manos de la mujer estaban manchadas de sangre, lo que chocaba con la blancura del dormitorio. La mujer le entregó algo envuelto en un paño blanco y se alejó llorando. Alec abrió

el paño y vio a un bebé de mejillas sonrosadas que le sonreía. Lo que más le llamó la atención fueron los brillantes ojos azules del bebé. El niño levantó la cabeza y miró hacia la cama. Las mujeres se apartaron. Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio a una niña tumbada en la cama entre las sábanas blancas, pero la sábana que la cubría estaba manchada de sangre entre sus piernas. No pudo ver la cara de la niña porque el pelo ensangrentado le cubría parte del rostro. La boca de la chica se movió y la oyó decir con voz llorosa.

—Por favor, ¡no me mates!

Y esa frase se hizo cada vez más fuerte y el bebé empezó a llorar y todos en la habitación empezaron a señalar con el dedo a Alec, que se sentía atrapado en medio de aquel horror.

Alec se despertó de su pesadilla sudando y temblando. Se incorporó y miró alrededor de la habitación. Al principio tuvo que forzar la mente para recordar dónde estaba. Recordó que después de ver los ojos brillantes escondidos en el hueco de la escalera, se sintió frustrado por no poder ir tras de la dueña de esos ojos y empezó a beber un vaso de cerveza tras otro. También recordó que su padre y su tío lo llevaron a su habitación. Alec miró a su alrededor y vio a su padre dormido en la gran cama de la habitación. Él dormía en un catre en medio de la habitación. Miró por la ventana y vio que ya había amanecido. Después de bañarse el cuerpo con el agua que había en un barreño sobre la mesa, se puso despacio las botas de piel de conejo y luego las ató con fuerza para que no se le cayeran. Se puso la falda escocesa con los colores del clan MacMorran, rojo y verde, se echó lo que quedaba del tartán al hombro y se lo abrochó con el broche que su madre le había regalado a su padre pocos días después de la boda. Su padre le había regalado el broche y le había dicho que debía tener algo de su madre. Alec siempre llevaba ese broche. Decidió que iría en busca de la doncella que tenía aquellos hermosos y brillantes ojos azules. Necesitaba tener una mujer debajo de él que lo hiciera olvidar la pesadilla y también que en poco tiempo estaría casado con un niño. Un niño al que podría estar condenando a muerte.

Salió de la habitación y se detuvo frente a la puerta. Se dio cuenta de que estaba en el segundo piso. El pasillo estaba iluminado por la luz que entraba por las grandes ventanas abiertas. Alec miró hacia atrás cuando oyó pasos procedentes del otro pasillo.

Tras una noche en vela, Rossilyn decidió montar a caballo aquella mañana de verano. Sabía

que en el establo donde estaba Proteo no habría ninguno de los hombres MacMorran. Se escabulló de la cama para no despertar a Katriona. Se puso un vestido azul claro y salió de la habitación. Era muy temprano y no esperaba encontrarse con nadie que hubiera estado en la fiesta de la noche anterior. Pero al girar por uno de los pasillos del segundo piso, Rossilyn se detuvo y sus ojos se abrieron de par en par al ver a Alec de pie frente a la puerta de una de las habitaciones de visitantes del castillo. El corazón se le aceleró.

En cuanto vio que la chica se detenía, los ojos de Alec se encontraron con los suyos. Alec reconoció aquella mirada asustada y curiosa. Eran los mismos ojos que le habían observado durante el banquete. Los mismos ojos que tanto le habían fascinado. El chico sabía que la chica que tenía delante era su futura esposa. Sabía que los hijos del laird MacKinnon eran pelirrojos. Rossilyn tenía el pelo rojizo que le llegaba hasta la cintura. Estaba un poco desordenado, lo que hacía que Rossilyn fuera aún más hermosa. Tenía la cara redonda y la boca en forma de corazón. Tenía la piel muy clara con algunas pecas en los hombros. Alec no podía negar que Rossilyn era una niña hermosa que seguramente se convertiría en una mujer hermosa, sobre todo si se parecía a su madre. Gisela era una mujer hermosa.

—Buenos días, señorita —dijo sonriendo.

—Buenos días, señor —dijo ella un poco temblorosa.

Rossilyn se agarró el vestido con fuerza y continuó su camino. Al pasar junto a su futuro marido, levantó la cabeza y se encaró con él. Alec miró directamente a los hermosos ojos de Rossilyn. Siguió su mirada mientras ella bajaba las escaleras y desaparecía en uno de los pasillos del vestíbulo. Alec cerró los ojos y soltó una maldición por lo bajo. Al salir de la habitación, imaginó que pasaría la mañana en brazos de la dueña de aquellos hermosos ojos azul brillante, pero la dueña era su joven esposa. Una chica que aún no tenía pechos. Rossilyn aún tenía el cuerpo de una niña. Tenía que hacer algo para olvidar aquellos ojos y sacarse a su joven esposa de la cabeza. Sabía lo que tenía que hacer para alejar cualquier pensamiento. Tenía que luchar. Bajó las escaleras y se dirigió hacia donde estaban los hombres MacMorran.

Capítulo Cinco

En cuanto Alec llegó al patio del castillo, le informaron de que su tío se había llevado a los hombres MacMorran a un lado del castillo y los había puesto a entrenar. Alec sonrió, era justo lo que necesitaba para distraer su mente. Al rodear el castillo, vio que su tío tenía el rostro serio mientras observaba a los pocos hombres que luchaban.

—¿Dónde está el resto de los hombres? —preguntó Alec mientras se acercaba a su tío.

Tavish se volvió hacia su sobrino y resopló antes de contestar.

—Están tan borrachos que ni siquiera pueden mantenerse en pie. Pensé que ibas a despertar solamente en el momento de la boda. Nunca te había visto beber tanto. Este matrimonio no te está haciendo nada bien.

—No te preocupes, tío. Conozco el deber que tengo con mi padre y mi clan. Sé que este matrimonio será muy bueno para todos. Solo necesito luchar un poco.

—Elige uno y pelea —dijo señalando a los hombres.

—¿Pueden ser dos?

—Incluso pueden ser tres si quieres. Tú eres el que va a luchar. —Sonrió libertinamente.

Alec señaló a tres de los pocos hombres que entrenaban en el patio del Castillo Dunakin. Los tres guerreros MacMorran se colocaron alrededor de Alec y comenzaron a atacar. Al principio, cada hombre se turnaba para atacar a Alec, pero cuando se dieron cuenta de que iba a ser fácil para el futuro laird. Miraron rápidamente a Tavish y le preguntaron si podían atacar al mismo tiempo. El caudillo hizo un pequeño gesto de asentimiento.

Cuando los tres hombres comenzaron a atacar al guerrero al mismo tiempo, Roland, que había sido informado sobre el entrenamiento de los MacMorran, se acercó y vio a su futuro yerno luchando al mismo tiempo con los tres hombres. Se acercó a Tavish y contempló asombrado el combate.

—Cuando dijiste que Alec valía por tres, no me lo tomé muy en serio. Pero después de ver

esto —dijo mirando el combate—, te tomo la palabra.

—Y los otros guerreros valen por dos —recordó el jefe de guerra del clan MacMorran.

Roland se volvió y sonrió al hombre. Seguro que el hombre no mentía, pensó el laird de los MacKinnon. Tavish hablaba con orgullo de sus hombres. En aquel momento, dio gracias por haber elegido a Alec para casarse con su hija, para poder contar con la ayuda de los hombres MacMorran.

Tavish detuvo el combate cuando vio que su sobrino estaba cansado. No podía dejar que su mejor guerrero resultara herido el día de su boda.

—Para. Alec, Ve a echar agua en el cuerpo.

Roland vio a Darren, que observaba el combate desde lejos. Le hizo una seña con la mano.

—Lleva a Alec al pozo que hay detrás del castillo —dijo en cuanto su hijo se acercó.

A Darren no le gustó la petición de su padre, Podría haber pedido a cualquiera de los hombres MacKinnon que estaba cerca. No quería estar cerca del hombre con el que tenía que casarse su hermana.

—Vamos —dijo con brusquedad.

Los dos hombres caminaron en silencio hacia la parte trasera del castillo. Había poca gente en el patio donde estaba el pozo. Alec utilizó el agua del cubo que había encima del pozo y se la echó por el cuerpo, enfriando el calor de la pelea.

—¿Qué tienes contra mí, Darren?

El chico MacKinnon se sorprendió ante la pregunta. Decidió ser sincero con el hombre que tenía delante. Darren miró seriamente a su futuro cuñado.

—Fui en contra de este matrimonio.

—¿Por qué?

—¿Todavía te preguntas por qué? Mi hermana aún es una niña. Aún no está preparada para el matrimonio. Ella todavía juega corriendo alrededor de estas colinas con los niños de su edad. Le gusta gastar bromas a los aldeanos poniendo caca de caballo en sus puertas para que la pisen cuando salen de casa.

Alec sonrió al recordar a la chica que había visto de pie en el pasillo y que le miraba asustada. Parecía una niña traviesa. Una niña traviesa y muy hermosa. Una niña con unos preciosos ojos azules que le fascinaban. Rápidamente, apartó de su mente la imagen de Rossilyn.

—Nunca fue mi intención casarme con una niña. Pero este matrimonio traerá una buena

alianza a mi clan. Puedo prometerte una cosa, Darren. Nunca te lastimaré. Respetaré a tu hermana y su edad. Quiero que seamos amigos. Pronto seremos cuñados—. Le ofreció la mano como prueba de su amistad.

Darren miró la mano tendida de Alec y por un momento pensó en marcharse. No quería la amistad del hombre que le arrebataría a su hermana. Pero pensó en Rossilyn. Si lo hacía, Alec podría descargar su ira contra ella. Y nunca se perdonaría que su hermana sufriera por su culpa. Darren agarró con fuerza la mano de Alec.

—¿Es una promesa, MacMorran?

—Es una promesa. Una promesa que cumpliré hasta el último momento de mi vida.

Los dos se soltaron la mano y entraron en el castillo.

Al regresar al castillo después de pasar toda la mañana cabalgando por los alrededores, Rossilyn se encontró con mucho movimiento debido a la ceremonia de su boda. Al entrar en el castillo, vio al padre Baen con una bandeja de comida en el regazo. El sacerdote tenía una gran barriga de tanto comer.

—¿Dónde estabas, Rossilyn?

Rossilyn miró hacia atrás cuando oyó la voz de Katriona.

—Estaba montando a caballo. Le pedí a Baird que avisara a mi madre de adónde iba.

El joven Baird era el chico que vigilaba el establo por la noche.

—Nos ha contado. Pero tu madre no se imaginaba que estarías cabalgando toda la mañana. Está preocupada. La boda es ahora por la tarde. Tienes que prepararte.

Las dos subieron corriendo las escaleras.

—No sabes lo que dicen en el castillo.

—¿Qué?

Rossilyn se maravillaba de que Katriona siempre supiera todo lo que ocurría en el castillo mucho antes que ella.

—Esta mañana tu prometido ha entrenado con los hombres de MacMorran.

—¿Y por qué es tan importante?

—Luchó contra tres hombres a la vez. —Rossilyn se volvió sorprendida hacia su primo. —Y no perdió, su tío detuvo el combate cuando vio que su sobrino estaba cansado. Tiene que reservarlo para la verdadera batalla. Todos los hombres están admirados de él. Su padre lo elogia

todo el tiempo.

—¿Y Darren? —preguntó preocupada.

—¿Y Darren? —Le sorprendió la pregunta de su prima.

—¿No le molesta toda la atención que se presta a MacMorran?

Katriona se rio de la forma en que Rossilyn se refería a su prometido.

—¿MacMorran? ¿Por qué no dices? Mi prometido.

—Porque no quiero —dijo malhumorada—. ¿Vas a hablarme de Darren o no?

—Voy a hacerlo, —dijo mientras corría escaleras arriba para alcanzar a Rossilyn—. Darren parece estar bien. Dicen que los dos hablaron detrás del castillo y se cogieron de la mano. Pero no sé de qué hablaron.

—Intentaré averiguarlo durante la boda —dijo Rossilyn, dando por terminada la conversación.

Cuando abrió la puerta del dormitorio, Rossilyn se sobresaltó al verlo ocupado por su madre, la tía Annabel, madre de Katriona y hermana de su padre, y la señora Coira, la costurera del clan MacKinnon. Encima de su cama había varias telas y encajes.

—Por fin has llegado, Rossilyn —dijo Gisela con la mano en el corazón—. Estaba a punto de pedirle a tu padre que enviara algunos hombres a buscarte. Gracias por traerla, Katriona. Ahora puedes irte.

—Quería quedarme a verla vestirse —dijo mientras miraba a su madre.

—No —dijo Annabel mientras guiaba a su hija hacia la puerta—. Rossilyn no necesita nada que la distraiga en este momento. Tú también tienes que prepararte. Ahora pórtate bien y vete.

Cerró la puerta y, al darse la vuelta, miró a Rossilyn y sonrió. Rossilyn le dedicó una media sonrisa a su tía. Todo aquello le resultaba muy extraño.

—Empecemos a recoger —ordenó Gisela.

Rossilyn pasó media tarde preparándose para la boda. Gisela le preparó un baño con hierbas, la peinó y le puso esencia de rosas en el pelo. Al final, Gisela puso a Rossilyn en una silla y la vistió con un vestido marrón oscuro con detalles en gris y dorado. La señora Coira tuvo que hacer algunos ajustes en el vestido. Mientras tanto, las tres mujeres charlaban como si Rossilyn no estuviera allí.

—¡El vestido es precioso, Gisela! —comentó Annabel.

—Sí que lo es. La señora Coira ha hecho un trabajo precioso.

—Gracias, señora Gisela.

—Espero que no se estropee el vestido cuando estén en la habitación.

Los ojos de Rossilyn se abrieron de par en par al oír lo que acababa de decir su tía. ¿Por qué se rascaría su vestido? —se preguntó Rossilyn.

—¿Crees que él podría hacerlo? —preguntó Gisela preocupada.

—¿No has visto su tamaño, cuñada mía? Pobre Rossilyn. Va a sufrir mucho esta noche.

—Hay hombres que son tan brutales en esos momentos —dijo la vieja costurera.

—Cormag fue tan bruto en ese momento que ni siquiera me gusta recordar mi noche de bodas. ¿También fue brusco Roland?

—Un poco. Pero creo que fue porque estaba nervioso. Después de esa noche nunca fue brutal otra vez.

—Qué suerte tienes, cuñada. Cormag siempre es rudo cuando viene a mi habitación.

—Tal vez MacMorran es diferente. Tal vez no es rudo con Rossilyn.

—Todos sufrimos, señora Gisela. ¿Por qué iba a ser diferente con la niña Rossilyn?

—No quiero ni pensar en lo que ese bruto le hará a mi hija.

—Hará lo que hacen todos los hombres en esos momentos —dijo Annabel con rabia.

La señora Arlana entró en la habitación con el velo que Rossilyn llevaría en la cabeza y la guirnalda de flores del campo. Oyó hablar a las mujeres y miró a Rossilyn, que escuchaba con los ojos muy abiertos.

—¿Qué creéis que estáis haciendo?

Las tres mujeres se volvieron sorprendidas hacia la señora Arlana, que miró a Gisela y luego a Rossilyn. Gisela miró a su hija y se arrepintió de haber hablado de lo ocurrido la primera noche después de su boda, delante de ella.

—Será mejor que te vayas. Yo terminaré de vestir a Rossilyn. Solo faltan el velo y la guirnalda.

—Vamos —dijo Gisela, mirando a las dos mujeres—. Os espero abajo. —Sonrió a Rossilyn.

En cuanto las tres mujeres salieron de la habitación, Rossilyn se bajó de la silla y se sentó en la cama. La señora Arlana se sentó a su lado y le cogió la mano.

—¿Por qué él me va a lastimar, ama?

—Porque siempre nos hacen daño en esos momentos, querida. Es algo que tiene que pasar.

—¿Qué momento?

—Lo sabrás esta noche. Solo necesitas saber una cosa, mi niña. Túmbate en la cama y deja que haga lo que tenga que hacer. Sé fuerte. Cierra los ojos y finge que no hay nadie en la habitación. Quédate callada para que él pueda terminar rápido. —Suspiró pesadamente—. Cómo desearía que esta boda no se celebrara. Aún no estás preparada.

—Mi matrimonio ayudará a mi clan.

—Sí, lo hará. Deja que te ponga el velo y la guirnalda en la cabeza.

Rossilyn se levantó y la señora Arlana terminó de vestirla.

—Ahora vamos abajo. Ya estás lista.

Cuando llegaron al salón, ya estaba todo preparado. El cura estaba detrás de la gran mesa del fondo del salón. Y delante de la mesa estaba Alec, vestido maravillosamente con su traje de las Highlands. Llevaba el pelo mojado y peinado. El corazón de Rossilyn aceleró cuando el futuro marido miró en su dirección. Apartó la mirada y volvió la cabeza hacia su padre, que estaba a su lado para llevarla ante su futuro marido.

Alec sintió una mezcla de felicidad por volver a ver a Rossilyn y frustración por el hecho de que aún fuera una niña. Desde el momento en que llegó al salón y se colocó frente al sacerdote para esperar a su futura esposa, Alec mantuvo la cabeza gacha todo el tiempo. Pero cuando oyó a la gente comentar que la novia había llegado, levantó la cabeza y miró hacia las escaleras. Tuvo que disimular una pequeña sonrisa que apareció en sus labios al ver a su futura esposa. Rossilyn estaba preciosa con su vestido de novia. Sus ojos brillaban aún más en aquel momento. Sintió que las manos le sudaban de nerviosismo. ¡La chica era realmente hermosa! Y él sabía que sería una mujer hermosa cuando fuera mayor. Deseaba desesperadamente que fuera esa mujer ahora y no la niña que era. Todo sería más fácil si fuera un poco mayor. Se secó las manos sudorosas en la falda cuando vio acercarse a su futura esposa. Le cogió la mano y se dio cuenta de que estaba fría. El guerrero se dio cuenta de la desesperación que ella sentía mientras le cogía la mano. Quiso decir algo para calmarla, pero se calló. No sabía qué decir.

El corazón de Rossilyn latía cada vez más rápido con cada palabra del padre Baen. Quería que todo terminara pronto y poder soltar la mano del hombre. Aunque su mano era grande y callosa, la sostenía con afecto. Tras pronunciar sus votos, el padre Baen bendijo el matrimonio y todos se marcharon para que los sirvientes prepararan la mesa para el banquete. Rossilyn le dio las gracias cuando se sentó y Alec le soltó la mano. Los novios se sentaron en el centro de la mesa y sus familias a ambos lados.

El banquete fue animado y Rossilyn se dio cuenta de que durante la boda, Alec no sonrió;

siempre parecía serio. Sabía que su marido no era feliz. La verdad era que a Rossilyn no le disgustaba casarse. Su matrimonio ayudaría a su clan, y saber eso la hacía feliz. Y se sentía tranquila ahora que sabía que su marido no era un viejo, solo era mayor que ella. La chica se sintió mal porque Alec no estuviera contento de casarse con ella. Tal vez no la consideraba guapa, o le gustaba alguna mujer de Eynort. Pensar en ello empañó la alegría de Rossilyn. Miró hacia el vestíbulo y vio a Katriona y Ruben corriendo detrás de otros niños. Sonrió y deseó poder estar con ellos en aquel momento. Pero sabía que ya no podía comportarse como una niña. Ahora era una mujer casada. O una niña casada.

Alec miró a Rossilyn justo cuando ella sonreía. El guerrero sintió una felicidad incomprensible al ver el brillo de sus ojos. Miró de nuevo al salón y vio el motivo de su sonrisa. Vio a sus amigos corriendo por el pasillo. Por un momento, pensó en decirle que podía jugar con sus amigas, pero ese no sería un comportamiento apropiado para un marido; no era su hija para dejarla jugar con otros niños. Ahora era su mujer.

El tiempo pasaba y Alec se sentía cada vez más angustiado. Era plenamente consciente de que era una niña, pero ahora era su esposa, y no era pecado hacerla su esposa. Pero cada vez que pensaba en Rossilyn de aquel modo, le venía a la mente la pesadilla que había tenido aquella noche y sentía que la amargura le subía al pecho. Recordaba lo que le había ocurrido a su madre y la vida que había tenido sin madre. Alec bebió un vaso de cerveza en un sorbo y mandó a un sirviente que lo llenara nuevamente. Ya había perdido la cuenta de cuántos vasos de cerveza se había bebido. Lo único que quería era empañar su mente con la bebida para dejar de pensar que estaba mal hacer de Rossilyn su esposa. Sentía que estaría cometiendo un pecado si la convertía en su esposa aquella noche. Volvió a beberse todo el contenido del vaso y pidió que se lo rellenaran. Tal vez si estuviera borracho, no le importaría nada y la convertiría en su esposa. Alec volvió a llevarse el vaso a la boca, pero se detuvo y volvió a dejar el vaso aún lleno sobre la mesa. No podía hacerle esto a Rossilyn, no podía hacerle daño aquella noche. Le había prometido a su hermano que nunca le haría daño. Alec se pasó las manos por la cara al darse cuenta de que no encontraba la manera de salir de aquel atolladero consigo mismo.

Una multitud en medio de la sala llamó la atención de Alec y lo sacó de su lucha consigo mismo. El guerrero vio a su amigo Bruce abrazado a una mujer con un vaso de cerveza en la mano. Bruce se dirigió hacia la mesa con algunos hombres MacMorran más a su lado.

—Es hora de desflorar a la novia —gritó Bruce y todos los presentes empezaron a gritar para llegar al dormitorio.

Alec miró a Rossilyn y vio que parecía tranquila, sin miedo a lo que pudiera ocurrir. Desde luego, no sabía lo que pasaría cuando llegaran a la habitación. Cuando miró a Gisela, vio que la mujer tenía una expresión de desesperación en el rostro. Y cuando llegó hasta Darren, vio que su cuñado tenía un brillo de odio en los ojos. Al chico MacKinnon no le hacía ninguna gracia lo que le ocurriría a su hermana aquella noche. Sería desflorada delante de hombres de su clan y de desconocidos del clan MacMorran. Alec se puso de pie mientras tomaba una decisión.

—Sé que aquí en las Tierras Altas tenemos la costumbre de ver al marido tener su primera vez con su mujer. Pero esta vez no ocurrirá. —Se oyeron varios lamentos en la sala.

—¿Vas a privarnos de esta alegría, Alec? —preguntó Bruce.

—Sí. Quiero estar a solas con mi mujer en nuestra primera noche. —Se volvió hacia su padre—. Mañana te enseñaré la sábana manchada con la pureza de mi mujer.

Alec miró rápidamente a Gisela, y con un ligero balanceo de cabeza la mujer le agradeció. Darren también tenía el semblante más relajado. Alec se volvió hacia Rossilyn y le ofreció la mano.

—Vamos.

Rossilyn tragó saliva y cogió la mano de Alec. Él la levantó y juntos subieron las escaleras. Caminaron despacio hacia el tercer piso y entraron en el dormitorio. Alec cerró la puerta con el pestillo.

—¿Es esta tu habitación? —preguntó mientras se daba la vuelta y miraba a su mujer.

Rossilyn asintió con la cabeza.

—Coge una sábana y tráemela.

A Rossilyn le extrañó su petición, pero hizo lo que su marido le decía.

Mientras Rossilyn se dirigía al fondo de la habitación y cogía una sábana, que estaba guardada en un arcón, Alec se abrió uno de los puños de la camisa y dobló la manga hasta la altura del codo.

Rossilyn se detuvo en medio de la habitación al ver lo que hacía Alec y se sobresaltó.

—Abre la sábana sobre la mesa.

Aunque no sabía qué haría Alec, extendió la sábana sobre la mesa.

Alec cogió la daga, que tenía clavada en el calcetín, y se hizo un corte en el interior del brazo. Rossilyn lo miró horrorizada. Alec dejó caer unas gotas de sangre sobre la sábana, manchando el blanco con el rojo de su sangre.

—¿Tienes algo que puedas ponerme en el brazo para detener la sangre?

Rossilyn caminó hasta su baúl y tomó uno de sus pañuelos y lo ató al brazo de Alec. Cuando su mujer hubo terminado, Alec se bajó la manga de la blusa.

—¿Por qué has hecho eso?

Al oír la pregunta, Alec se volvió hacia Rossilyn, y la muchacha lo miró directamente a los ojos. El resplandor del fuego se reflejó en los ojos azules de Rossilyn, haciéndolos brillar aún más. Alec se encontró una vez más hipnotizado por aquel hermoso par de ojos azules.

—Algún día lo sabrás. Ahora quítate el vestido y tumbate en la cama.

Mientras Rossilyn abría los cordones de su vestido y se lo quitaba, Alec se acercó a la ventana y dejó que el frío de la noche refrescara su cuerpo. La chica guardó su chemise y se tumbó en la cama.

Al oír el crujido de la cama al acostarse su mujer, Alec se volvió y la miró. Rossilyn lo miraba fijamente con sus hermosos y brillantes ojos azules, lo que le dificultaba aún más las cosas. El guerrero se acercó, recogió la sábana de la mesa y la arrojó sobre una silla. Luego se quitó la falda escocesa, dejando solo la chaqueta marrón claro. Se sentó en la cama y se quitó las botas. Apartó lentamente las sábanas y se tumbó junto a Rossilyn. Levantó el brazo y la miró.

—Ven, Rossilyn. Tumbate aquí —le indicó el brazo.

Rossilyn dudó un momento, pero luego le obedeció. Era la primera vez que decía su nombre. Le gustó oír a su marido decir su nombre. Era una tontería, lo sabía, pero la hacía sentirse muy feliz. La muchacha apoyó la cabeza en el ancho pecho de Alec y él la rodeó con los brazos. Permanecieron en esta posición en silencio durante un rato. Rossilyn levantó la cabeza y se encontró con la mirada de su marido. Por un momento, Alec se perdió en el brillo azul de sus ojos. Los ojos de su mujer le brillaban.

—Quiero que hagas algo, Rossilyn.

—¿Qué?

—Cuando te pregunten qué pasó esta noche, dirás que te dije que no les contaras lo que pasó. Que te prohíbo decir nada sobre esta noche.

Las cejas de la chica casi se tocaron porque no entendía su petición.

—¿No puedo contar lo que le hiciste a la sábana? —preguntó inocentemente.

—No. No le digas a nadie lo que hice. Ese será nuestro secreto.

Rossilyn sonrió y Alec se dio cuenta de que sus ojos se iluminaban aún más cuando sonreía. Haría cualquier cosa por volver a ver a su mujer sonriéndole.

—Me encantaría saber por qué lo hiciste.

—Aún eres demasiado joven para que hagamos lo que una pareja hace durante su primera noche. Esperaré a que seas mayor y entonces también te haré mi mujer en la cama.

—Me dijeron que esta noche serías grosera conmigo y me harías daño.

Se hizo un poco a un lado y miró seriamente a Rossilyn mientras pronunciaba sus siguientes palabras.

—Nunca seré grosero ni te haré daño, Rossilyn. Te prometo que siempre te protegeré. Y quién sabe, tal vez con el tiempo podamos amarnos.

Sonrió al oír a Alec hablar de amor.

Alec no pudo resistirse a la visión, al estar tan cerca de los voluminosos labios de Rossilyn, y lentamente acercó sus labios a los de ella. Le sujetó la cara con una mano y cerró los ojos para sentir mejor el momento.

El corazón de Rossilyn casi se detuvo al sentir los cálidos labios de su marido sobre los suyos. Ella también cerró los ojos y se entregó al placer de su primer beso.

Alec se apartó y Rossilyn abrió los ojos rápidamente.

—Eso es todo lo que voy a hacer por ahora. Ahora tumbate y duerme un poco.

Alec volvió a tumbarse y apoyó la cabeza de Rossilyn en su pecho.

—Buenas noches, Rossilyn.

—Buenas noches, Alec.

Sonrió al oír su nombre pronunciado por los dulces labios de su joven esposa.

Instantes después, ambos estaban dormidos, abrazados.

Capítulo Seis

Alec se despertó sobresaltado por un fuerte ruido fuera de su habitación. El resplandor de la ventana le hizo daño en los ojos y tuvo que parpadear varias veces.

Un fuerte golpe en la puerta despertó a Rossilyn. Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con la sonrisa de su marido.

—Buenos días. —Una voz ronca salió de la boca del chico.

—¡Buenos días! —respondió Rossilyn, sintiéndose un poco adormilada.

Ambos se sobresaltaron al oír un golpe aún más fuerte en la puerta del dormitorio.

—Abre la puerta, Alec. —Una voz grave llegó del otro lado de la puerta.

—Es mi padre —dijo Alec mientras se levantaba—. Quédate en la cama.

Alec caminó apresuradamente hacia la puerta. Cuando la abrió, vio que su padre no estaba solo. Junto a él estaban los padres de Rossilyn, su tío y algunas personas más que no reconoció.

—¿Qué quieres, papá? —preguntó, sabiendo cuál sería la respuesta.

—Quiero ver la sábana.

Alec miró a la madre de Rossilyn y vio que la mujer intentaba estirar el cuello para mirar dentro de la habitación. Gisela parecía preocupada por su hija. El chico se apartó un poco de la puerta.

—Adelante —dijo resignado.

La primera en entrar en la habitación fue Gisela, que echó un rápido vistazo a la cama y sintió que su corazón se calmaba al ver a su hija sentada con semblante tranquilo. Le sorprendió ver que los ojos de su hija no estaban enrojecidos. No parecía haber pasado la noche llorando. Se sorprendió aún más al notar la calma en el rostro de Rossilyn.

En cuanto vio entrar a la gente en la habitación, Rossilyn cogió la manta y se la echó al

cuello. Todos los que entraban en la habitación la miraban a ella primero. Le molestaba.

Alec se acercó a la silla donde estaba la sábana manchada con su sangre y se la mostró a su padre.

—Aquí la tienes.

Alpin cogió la sábana e inspeccionó la mancha de sangre. El hombre miró a su hijo y sonrió. Su hijo no le había defraudado. Después de lo ocurrido en el salón, cuando Alec se había negado a que lo vieran desflorando a su esposa, el laird MacMorran había creído que su hijo renunciaría al matrimonio y no yacería con su mujer. Pero cuando vio la sangre en la sábana, se tranquilizó. Alpin mostró la sábana manchada con la pureza de su hija a los MacKinnon.

—El trato está más que sellado, Roland —dijo, entregándole la sábana a Gisela—. Ahora somos parientes, señora.

—Nos alegra tenerla en la familia, laird Alpin. Ahora bajemos, el salón está listo para la comida de la mañana.

Alpin se volvió y le dijo a su hijo

—Quiero que bajes, Alec. Tenemos que hablar.

—Ahora bajo, papá.

Cuando todos hubieron salido de la habitación, Alec cerró la puerta y se acercó a la mesa, donde había una palangana con agua. Se lavó la cara y empezó a ponerse la falda escocesa.

Rossilyn se levantó y le ayudó a atarse el sporran a la cintura. Ya había ayudado a Darren con la falda varias veces.

Alec miró las suaves manos de Rossilyn mientras le sujetaba la falda para que se la atara. Nunca había tenido a una mujer que le ayudara a ponerse la falda, excepto cuando era niño. Ahora era su esposa, y era su deber ayudarlo a vestirse. Se alegró de que ella hubiera ido a ayudarlo sin que él tuviera que pedirselo.

—¿Has hecho esto antes? —Se refería a ayudar a alguien con su falda escocesa.

—Sí, muchas veces. —A Alec le sorprendió aquella respuesta. Rossilyn lo miró y le dedicó una sonrisa traviesa. Sabía que a su marido le sorprendería su respuesta—. Antes de que Darren se interesara por las mujeres, a veces me levantaba temprano e iba a su habitación para despertarlo. Era difícil despertar a mi hermano. A veces tenía que echarle agua en la cara o ponerle una rana en la manta. —Sonreía mientras se abrochaba la falda con el broche—. Luego siempre le ayudaba a ponerse la falda—. Se apartaba para verlo mejor.

—¿Y por qué dejó de hacerlo después de que él se interesara por las mujeres?

—Siempre que iba a su habitación, nunca estaba solo. Siempre había una de las criadas en su cama. Así que dejé de ir a su habitación.

Alec sonrió ante la inocencia de Rossilyn. Recogió su espada y la guardó en la vaina.

—¿Por qué quería tu padre ver la sábana?

Al oír la pregunta de su esposa, Alec la miró con seriedad. Caminó hacia ella y le sujetó la cara con ambas manos.

—Te prometo que te lo explicaré todo más tarde. Ahora tengo que bajar a ver qué quiere mi padre de mí. Ponte la ropa y baja tú también. No olvides lo que me prometiste.

—No te preocupes. Lo que ha pasado esta noche será nuestro secreto.

—Te veré abajo entonces.

Alec se dio la vuelta y salió de la habitación. Al cerrar la puerta, vio a la ama de Rossilyn apoyada en la pared de enfrente de la habitación. La mujer lo miró con odio. Recordó que Darren había dicho que él y la ama estaban en contra de la boda. Sonrió arrogantemente para burlarse de ella y se dirigió a las escaleras que llevaban al segundo piso.

Justo cuando Alec bajaba las escaleras, la señora Arlana irrumpió en la habitación de Rossilyn, sobresaltando a la niña. En cuanto cerró la puerta, corrió a abrazar a Rossilyn.

—¿Te encuentras bien?

—Sí— dijo, separándose de la mujer. No entendía por qué estaba tan preocupada.

—¿Le había hecho daño?

—No.

—¿Sintió mucho dolor?

—¡No!

—¿No?

—No quiero hablar de eso, ama —dijo, caminando hacia la cama.

—No pasa nada, lo siento.

—Ayúdame a ponerme el vestido —me pidió Rossilyn—. ¿Sabes lo que quiere el señor Alpin con mi marido?

La señora Arlana sonrió al oír que Rossilyn llamaba a Alec su marido.

—Es mi marido, ¿verdad?

—Después de esta noche, más que nunca.

—¿Sabes o no sabes lo que el padre de Alec quiere con él?

—No. Todo lo que sé es que un mensajero de los MacLeod llegó antes del amanecer.

—Debe de ser algo sobre la guerra —dijo con aprensión—. Ayúdame a ponerme el vestido rápidamente, ama. Quiero saber de qué se trata.

En cuanto Rossilyn llegó al salón, lo encontró lleno de actividad. Corrió hacia su madre, que estaba en el otro extremo del salón dando órdenes a los criados.

—¿Qué pasa, mamá?

Gisela se volvió y vio en los ojos de su hija la misma preocupación que ella sentía.

—Los hombres se van a la guerra, hija.

—¿Ahora?

—Hoy temprano llegó un mensajero de los MacLeod. Está convocando a todos los clanes aliados para luchar contra el Conde Desmond.

—Pero escuché a mi padre decir que la convocatoria tardaría unos días más en llegar.

—Parece que el Conde ya ha comenzado su ataque. Atacó una aldea MacLeod en la frontera entre Skye y Argyll.

—¿Dónde está mi...? —preguntó, mirando alrededor de la habitación, pero no completó la frase. Miró a su madre—. ¿Dónde está Alec?

—Ha ido con su tío a preparar a los hombres de MacMorran. Creo que están en los establos detrás del castillo.

—¿Pero se van ahora?

—Sí.

En cuanto oyó la respuesta de su madre, Rossilyn salió corriendo del salón y se dirigió a los establos situados detrás del castillo de Dunakin. Se detuvo en la puerta del establo cuando vio a Alec hablando con unos hombres del clan MacMorran. Su clan ahora. Ahora ella también era una MacMorran.

Mientras hablaba con Acair, Gabhan y Logan sobre sus misiones durante el viaje a Glenelg, donde acampaba el ejército del Conde Desmond, Alec se sintió observado. El chico volvió la cabeza hacia la puerta del establo. Su corazón se aceleró cuando vio a Rossilyn allí de pie y la

luz del sol iluminando su pelo, haciéndolo parecer llamas resplandecientes. El futuro laird MacMorran despidió a los hombres y se acercó a su esposa.

—Vamos, tenemos que hablar.

Alec tomó las pequeñas y delicadas manos de Rossilyn entre las suyas y la condujo hasta un banco de madera adosado al establo. Los dos se sentaron de lado, uno frente al otro.

—Mi madre me dijo que tendríais que marcharos a la guerra.

—Sí. Nos iremos en cuanto todo esté listo.

Miró a Rossilyn y vio que le miraba fijamente con sus hermosos y brillantes ojos azules. Fijó su mirada en aquellos ojos y la grabó en su mente.

Rossilyn miró la boca de Alec y recordó la dulce sensación que sintió cuando él rozó sus labios con los de ella. Deseó que su marido volviera a besarla.

—Cuando vuelva, podemos empezar donde lo dejamos.

Ella asintió y sonrió.

Alec se levantó y Rossilyn lo imitó. Él le dedicó una pequeña sonrisa y se apartó.

—Alec.

Al oír su nombre, el chico se detuvo y se dio la vuelta. A Rossilyn le brillaron aún más los ojos.

—Cuídate.

—No te preocupes, lo haré.

Se volvió de nuevo y caminó hacia la puerta del establo.

Antes del final de la mañana, todo estaba listo para la partida de los hombres a la guerra. Mientras los hombres estaban eufóricos por partir a la batalla, las mujeres lloraban por su futuro incierto. No sabían si volverían a ver a sus maridos e hijos. Rossilyn observó cómo su madre abrazaba a su padre y a su hermano con lágrimas en los ojos. Con la mirada, buscó a Alec entre los hombres MacMorran. Lo encontró montado en un semental negro de largas crines negras. Su corazón se aceleró al ver a semejante guerrero sobre su caballo. Quiso acercarse a él y abrazarlo, llorar su partida como su madre había hecho con su padre y su hermano. Pero se quedó donde estaba. Luego se acercó a Darren y lo abrazó; sería la primera vez que se separaban. Cuando su padre partía a la batalla, Darren siempre se quedaba en el castillo para cuidar del clan y de su familia. Angus siempre le ayudaba. Pero esta vez, él también se iría con su padre. Angus cuidaría solo del clan y del castillo. Tras despedirse de su hermano, Rossilyn se acercó a su padre y lo abrazó cariñosamente.

—Ojalá no lo fueras —dijo mientras se encaraba con él.

—Ya no soy el hombre de tu vida, Rossilyn. Ahora tienes a tu marido, y de él es de quien tienes que preocuparte.

Rossilyn miró en dirección a Alec y vio que la miraba a ella y a su padre. Ella también quería que se quedara, pero no tenía fuerzas para pedírselo. Se volvió de nuevo hacia su padre.

—Alec solo ha sido mi marido un día. Tú has sido mi padre toda mi vida. Quédate, deja que Angus vaya en tu lugar.

Roland sonrió y acarició la mejilla de su hija.

—No te preocupes, Rossilyn. Pronto, Darren, tu marido y yo volveremos.

—Prometes.

—Te lo prometo.

Rossilyn abrazó al padre aún más y lo soltó.

Roland subió a su caballo y se unió a su hijo al frente del clan MacKinnon. Poco a poco, los hombres atravesaron el portón del castillo en fila. Los últimos eran los hombres del clan MacMorran. El clan al que ahora también pertenecía Rossilyn. Rossilyn MacKinnon MacMorran. El laird Alpin MacMorran y su hermano y jefe de guerra, Tavish MacMorran, lideraban a los hombres MacMorran. En la retaguardia iban Alec y Bruce. Fueron los últimos en cruzar la puerta.

Alec sintió que Rossilyn lo miraba al pasar por la puerta, quiso mirarla por última vez, pero un sentimiento de celos lo invadió cuando la vio abrazada a su padre, lo que lo cegó de rabia. Sabía que le estaba pidiendo a su padre que se quedara. Realmente deseaba que ella también le hubiera pedido que se quedara, pero no lo hizo. Sabía que no debía importarle, Rossilyn seguía sin sentir apego por él. Pero con él sucedía lo contrario. Para él, lo que pasó en aquella habitación los unió para siempre. Rossilyn era suya para siempre. Su esposa para siempre. Y debido a los celos que sentía hacia su joven esposa, Alec no la miró por última vez. Cabalgó hacia la aldea de Kyleakin, siempre mirando hacia delante.

Cuando el último hombre hubo pasado el límite de la aldea, las mujeres empezaron a abandonar el patio del castillo y cada una volvió a sus asuntos. Rossilyn deseaba ver a su marido una vez más. La muchacha deseó fervientemente que él la mirara por última vez, pero no lo hizo. Rossilyn corrió hacia el establo donde su madre guardaba a Proteo. Montó en el semental blanco y galopó rápidamente hacia el pueblo, luego se dirigió a los prados que la llevarían a la colina cercana al puente que marcaba los límites de Kyleakin.

Alec cabalgaba lentamente detrás de los hombres MacMorran, a su lado estaba Bruce, que estaba entusiasmado con la idea de que partieran a la guerra. El guerrero también quería sentirse como Bruce. Pero estaba ocupado dándole vueltas a su arrepentimiento por no haber mirado a su

mujer por última vez.

—Mira, Alec.

Alec giró la cabeza hacia donde señalaba Bruce. Una sensación de satisfacción recorrió el cuerpo del chico. Era una sensación que nunca había sentido. El guerrero MacMorran sonrió cuando vio a Rossilyn montada en un castrado blanco colina arriba. Hacía viento y su pelo rojizo bailaba con el movimiento del viento. El sol brillaba detrás de ella, haciendo que de su lomo irradiaran luces blancas. Rossilyn le miró y sonrió. Sonrió para él, solo para él.

—Volveré a ti, mi joven esposa —Dijo en voz baja para que solo él escuchara.

Cuando Alec hubo pasado el puente y desaparecido por la curva de una de las colinas, Rossilyn bajó la colina con el caballo y se detuvo frente al puente. Miró atentamente la carretera.

—Te esperaré, esposo mío.

Rossilyn dio la vuelta a su caballo y galopó hacia el castillo.

Capítulo Siete

Una semana después de que los hombres se marcharan a la guerra, Rossilyn fue una vez más a la colina. Como siempre hacía por las tardes, se sentó en la hierba verde que cubría toda la colina y cerró los ojos. Su mente retrocedió en el tiempo y se detuvo en el momento en que Alec le tocó los labios la noche en que se casaron. Tocó sus labios con los dedos y recordó la sensación cuando sus labios se rozaron. Rossilyn soñaba cada noche con el regreso de su marido y el momento en que la besaría de nuevo. Ansiaba desesperadamente volver a vivir ese momento.

—Rossilyn.

Cuando oyó que alguien gritaba su nombre, abrió los ojos y miró colina abajo. Katriona estaba subiendo la colina corriendo.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó preocupada.

Katriona se sentó junto a su prima.

—¿Qué te pasa, Rossilyn?

La pelirroja miró a su prima como si no entendiera la pregunta.

—Has cambiado. Desde que te casaste, no eres la misma.

Una tímida sonrisa apareció en el rostro de Rossilyn. Pero volvió a ponerse seria al girar la cabeza.

—No he cambiado, Katriona. —Ella miró al horizonte.

—Sí que has cambiado. Ahora solo se queda en esa colina pensando. no sale más a jugar.

—Ya no puedo comportarme como una niña. Ahora estoy casada. Mi madre dice que tengo que empezar a aprender a cuidar de mi marido y de mi casa.

Katriona suspiró pesadamente como si no le gustara oír esta noticia.

—Cuéntame qué pasó la noche que te acostaste con tu marido. —preguntó sonriendo.

—No puedo. Ya lo he dicho.

—¿Por qué? —preguntó molesta.

—La señora Arlana dijo que no puedo hablar de las cosas que pasan entre mi marido y yo.

—Soy tu amiga, Rossilyn —dijo llorosa.

—No puedo decir nada, Katriona. Por favor, intenta comprender —se puso en pie—, tengo que irme.

Rossilyn bajó la colina, dejando a Katriona sola y enfurruñada.

Un año después...

Al abrir los ojos, Rossilyn giró la cabeza hacia un lado y suspiró, otra mañana más se despertaba sin su marido a su lado. Cada día que pasaba, la nostalgia que sentía por Alec se hacía más fuerte. Cada noche rezaba a Dios para que su marido, su padre y su hermano volvieran sanos y salvos a casa. Las noticias que llegaban solo hablaban de muertes. Y ese día no fue diferente.

Después de cambiarse de ropa con la ayuda de la señora Arlana, Rossilyn bajó al salón para ayudar a su madre con los criados. Desde que los hombres partieron a la guerra, Rossilyn había estado aprendiendo de su madre cómo dirigir un castillo y cómo ser una buena esposa. Gisela estaba sentada en uno de los bancos del gran salón. La niña, que ahora tenía catorce años, caminó lentamente hacia ella. Su madre leía atentamente un mensaje que había llegado aquella mañana. Cuando Rossilyn se acercó, Gisela levantó la cabeza y pudo ver la tristeza en sus ojos. El corazón de la niña se aceleró rápidamente, preocupada por lo que pudiera estar escrito en el mensaje. Un dolor le recorrió el corazón ante la certeza de que en aquel trozo de papel estaba escrita otra muerte más en el campo de batalla. Temía la respuesta que obtendría al hacer la pregunta. Pero tenía que saberlo.

—¿Alec?

—No. Su padre —dijo con pesar.

Rossilyn se sentó junto a su madre y, aunque se sintió aliviada al saber que su marido estaba bien, le entristeció enterarse de la muerte de su suegro. Su matrimonio había sido tan rápido que no había tenido tiempo de conocer al laird Alpin MacMorran, el padre de su marido. Y ahora ya no tendría la oportunidad de vivir con él y conocerlo. Gisela cogió la mano de su hija y la apretó. Rossilyn miró a su madre y esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Algo sobre Alec?

—Tu padre dice en el mensaje que sufrió mucho tras la muerte de su padre. Pero es muy valiente y no ha dejado que eso le afecte en la batalla. Tu padre dijo en uno de sus mensajes que Alec es muy valiente en el campo de batalla, como todos los MacMorran.

Rossilyn sonrió y se sintió muy orgullosa de su marido.

Ha pasado otro año...

En el campamento de los clanes aliados de la Isla de Skye, nada iba bien. Con cada batalla perdían más y más hombres. Desde donde estaban, podían ver el campamento del ejército del Conde Desmond Campbell y los hombres cantaban y celebraban cada victoria. Esto había sido una constante durante aquellos dos años de guerra.

Alec recorrió el campamento y todo lo que vio fue caos y muerte. Desde que habían llegado, los clanes se habían turnado para luchar, cada batalla un clan iba con sus hombres y los clanes que estaban aliados a ellos. Pero desde el principio, Alec supo que así nunca ganarían. Se alejó un poco del campamento y se sentó en una roca. Miró al cielo y sonrió. Cada vez que miraba al cielo, veía los brillantes ojos azules de Rossilyn sonriéndole. Fue esa imagen la que le hizo soportar cada día de aquellos dos años de guerra.

Bruce se acercó y se sentó junto a su amigo.

—¿Respóndeme a algo, Alec?

—¿Qué cosa?

—¿Por qué miras tanto al cielo?

—Eso es asunto mío, Bruce.

—Algún día lo averiguaré —dijo sonriendo, pero luego se puso serio—. Me he enterado de lo de tu tío. Lo siento, amigo mío.

—Luchó por su vida durante tres días, pero al final no pudo luchar más y se dio por muerto.

—Esta guerra está perdida, Alec. Todo el mundo lo sabe.

—Yo lo sé. Pero los lairds no quieren rendirse.

—Ahora tú también eres un terrateniente, Alec. Tienen que escucharte.

Alec giró la cabeza y miró a su amigo. Había una agonía silenciosa en su mirada.

—Los lairds no quieren ni oír hablar de volver a casa con una rendición. Darren y yo ya hemos hablado con Roland y opina lo mismo que los demás lairds. Esta guerra solo terminará cuando todos estemos muertos.

—Tenía tantas ganas de venir a esta guerra. Pero ahora daría cualquier cosa por volver a casa y vivir en paz. Ya no soporto ver morir a mis amigos.

—Te entiendo, Bruce. Llegamos aquí con 60 MacMorran y ahora tenemos menos de 20 hombres. Quiero salvar a estos pocos hombres que quedan, pero no sé cómo.

Bruce percibió la desesperación en las palabras de su amigo.

—Tienes que insistir con tu suegro, Alec. ¿No quieres volver a ver a tu mujer?

Alec miró sorprendido a su amigo. En aquellos dos años nunca habían hablado de Rossilyn. El laird MacMorran no hablaba de su mujer, pero pensaba en Rossilyn todos los días.

—Ya tiene quince años —dijo el guerrero de larga cabellera negra—. Ya no es una niña. Es una pena que no se quedara embarazada la primera noche. Para cuando llegaras a casa, tendrías un heredero.

Alec no respondió al comentario de su amigo. Los dos permanecieron callados un rato, hasta que Bruce rompió el silencio entre ellos.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Mañana iremos a otra batalla.

—¿Y cuál de los clanes irá?

—Todos.

Bruce sonrió al oír la noticia.

—Por fin —dijo sonriendo, pero se puso serio al ver que su amigo no compartía su alegría—. ¿Por qué no estás contento con esta noticia?

—Deberían haberlo hecho al principio, cuando teníamos muchos más hombres, pero ahora es una pérdida de tiempo y de hombres.

—Pero luchando con todas nuestras fuerzas, podríamos tener una oportunidad de ganar.

—Una oportunidad muy pequeña, Bruce.

—Pero una oportunidad, amigo mío. Les diré a los hombres que se preparen.

—Adelante, Bruce. Me quedaré aquí un poco más.

Bruce se alejó y el guerrero de pelo rubio miró al cielo y volvió a ver los ojos azules que tanto le fascinaban. Tenía muchas ganas de volver a casa, pero no solo para preservar la vida de sus hombres, sino para volver a ver el brillo en los ojos de su joven esposa. Cuando abandonó el Castillo Dunakin, no había imaginado que echaría tanto de menos a la muchacha con la que se había visto obligado a casarse. La imagen de ella en lo alto de la colina, montada en un semental blanco, nunca se le iba de la cabeza. De aquellos brillantes ojos azules emanaba una alegría que estaba seguro contagiaría a toda su gente cuando regresaran a Eynort. Estaba seguro de que todos la amarían.

Al día siguiente, todos los clanes aliados estaban preparados para la batalla final contra el Conde Desmond y su ejército. Este sería el último intento que los clanes aliados harían para derrotar al conde. Los dos ejércitos estaban uno frente al otro.

Alec miró a sus hombres detrás de él y rezó una oración pidiendo a Dios que les ayudara a salir con vida de aquel campo de batalla.

La batalla comenzó y los hombres gritaron sus gritos de guerra y corrieron hacia el enemigo. Bruce y Alec lucharon dándose la espalda. Mataron a todos los enemigos que se atrevieron a acercarse a ellos. Lo único que se oía en el campo era el sonido de las espadas y los escudos chocando. Alec estaba bañado en la sangre del enemigo.

—Alec, mira —gritó Bruce detrás de Alec.

En cuanto hubo matado al Campbell contra el que luchaba, el guerrero se dio la vuelta y miró en la dirección desde la que miraba Bruce. Roland estaba luchando contra tres Campbell al mismo tiempo, y ya había sido herido. Alec corrió hacia su suegro y Bruce le siguió.

Roland recibió otro golpe de espada de su enemigo, que le abrió la espalda de punta a punta. El dolor era tan intenso que cayó de rodillas frente a su enemigo. Roland levantó la vista para ver cómo el hombre levantaba la espada y se preparaba para asestar el golpe final. El laird MacKinnon cerró los ojos y la imagen de su esposa acudió a su mente. Recordó el día en que vio a Gisela por primera vez. Quería morir con la persona que más amaba en su vida, en sus pensamientos.

—No —gritó Alec justo cuando el hombre estaba a punto de golpear.

Al oír el grito de su yerno, Roland abrió los ojos y vio que Campbell, que estaba frente a él, miraba sorprendido a Alec, que corría hacia ellos con la espada en la mano. Roland aprovechó la distracción del hombre y le atacó con la espada, clavándosela en el estómago.

Cuando los otros dos Campbell se dieron cuenta de lo que ocurría, ya era demasiado tarde para atacar a Roland. Alec y Bruce ya estaban cerca y empezaron a luchar contra los dos. Los dos hombres MacMorran mataron rápidamente a sus dos enemigos. Alec se arrodilló junto a su suegro y lo abrazó.

—Bruce, ve tras los dos MacKinnon para sacar a Roland del campo.

—No, déjame aquí. Quiero morir luchando —dijo intentando levantarse, pero sus heridas eran demasiado graves y gimió de dolor.

—Vaya, Bruce —ordenó Alec y su amigo echó a correr—. No lo hago solo por ti, sino por Rossilyn y la señora Gisela.

—Gracias, Alec.

Roland sabía que no serviría de nada permanecer en el campo de batalla. Había hecho todo lo posible para derrotar al Conde Desmond.

Dos MacKinnon se acercaron y ayudaron a Alec a levantar a su laird. Cada uno agarró uno de los brazos de Roland.

—¿Dónde está Bruce? —preguntó Alec a los dos hombres.

—Darren lo llevó a luchar al otro lado del campo —señaló el lugar.

—Llevad a Roland lo más lejos posible del campo de batalla. Nos reuniremos contigo en cuanto acabe la batalla.

Gimiendo de dolor, Roland fue cargado por los dos hombres. Mientras se alejaban, Alec vio que la espalda de Roland estaba bañada en sangre. El corte era muy profundo. Miró donde el hombre dijo que Bruce estaría y corrió hacia el lugar.

Al llegar donde se libraba una gran batalla, Alec vio el momento exacto en que un Campbell clavaba su espada en el estómago de Bruce, que se tambaleó y cayó al suelo. El guerrero corrió hacia él y luchó desesperadamente con el Campbell que había herido a su amigo. Alec estaba tan furioso que clavó su espada en el estómago del hombre y, cuando este se arrodilló frente a él, giró su espada y le cortó la cabeza de un solo golpe.

Al ver que el hombre estaba muerto, Alec se acercó a Bruce y lo estrechó entre sus brazos.

—Por favor, Bruce, no mueras.

—Lo siento, amigo mío, no podré obedecer tu orden. Siento que las fuerzas abandonan mi cuerpo.

—¡No puedes morir! No puedes morir, Bruce —gritó desesperado, sin saber qué hacer para salvar a su amigo.

—Respóndeme algo, amigo.

—¿Qué, Bruce?

—¿Qué ves cuando miras al cielo?

Una pequeña sonrisa apareció en la comisura de los labios de Alec al darse cuenta de que, a pesar de que se estaba muriendo, su amigo tenía la fuerza de encontrarle un lado positivo a todo. Bruce sabía que su amigo de la infancia no le negaría nada en aquel momento.

—La mirada de mi mujer.

—Lo sabía —dijo sonriendo—. Sus ojos son azules, azules como el cielo.

—Sí. Azules como el color del cielo.

—Deja este campo y ve a ser el marido que Rossilyn se merece. Cuida de tu esposa y de los pocos MacMorran que quedan. ¿Harías algo por mí, Alec?

—Cualquier cosa, amigo mío.

—Cuida de mi padre, Alec. No lo dejes solo.

—Lo haré, Bruce.

—Adiós, amigo mío... Adiós, hermano mío —dijo la última frase con el último hilo de voz que le quedaba. Sus ojos se cerraron y Bruce murió en los brazos de su amigo. Un amigo al que consideraba un hermano.

Al ver a su amigo muerto en sus brazos, Alec lo abrazó con fuerza y lo estrechó contra su cuerpo. Lloró desesperadamente por la pérdida de un hermano.

Estaba decidido a hacer lo que Bruce le aconsejaba. Se llevaría a los pocos hombres MacMorran que quedaban, pasaría por Kyleakin y recogería a Rossilyn, regresaría a Eynort y cuidaría de su clan junto a su esposa. A su lado, intentaría recuperarse del dolor de tantas pérdidas. Su padre, su tío Tavish y Bruce.

Pero al levantar la cabeza, vio a Darren luchando solo con cuatro Campbell. Miró a Bruce.

—Aún no puedo seguir tu consejo.

Dejó el cuerpo de su amigo sobre la hierba verde del campo de Glenelg y corrió hacia donde Darren luchaba contra los cuatro hombres. No podía dejar morir a su cuñado. Sabía que Roland no viviría mucho tiempo debido a las heridas que había recibido. No podía dejar que Darren muriera y que Rossilyn perdiera a su padre y a su hermano a la vez.

En cuanto se acercó a los cinco hombres, Alec luchó contra dos y dejó los otros dos para Darren. Mientras su cuñado luchaba contra los dos Campbell, Darren consiguió matar a uno de sus oponentes, pero antes de morir, el hombre hirió el brazo que sujetaba MacKinnon. Alec vio lo ocurrido y se acercó a él para luchar también contra el otro hombre.

—Ve a buscar ayuda —gritó Alec.

En cuanto oyó la petición de su cuñado, Darren corrió en busca de los hombres de MacKinnon. Encontró a tres guerreros que acababan de matar a algunos hombres del conde Desmond. Los llamó y juntos regresaron al lugar donde Alec luchaba contra los tres hombres. Pero justo antes de que se acercaran al lugar, Darren se detuvo y sus hombres lo imitaron. Alec seguía luchando con los tres hombres y parecía muy cansado, herido en varias partes del cuerpo. Darren se detuvo porque vio que un grupo de Campbell se acercaba al lugar donde Alec luchaba con los tres hombres.

—Si corremos, aún hay tiempo de matar a los tres hombres y salvar a tu cuñado —dijo uno de los hombres.

Darren miró a los tres MacKinnon que tenía al lado.

—No puedo arriesgar la vida de más hombres MacKinnon. No habrá tiempo. Son demasiados.

Los hombres se dieron cuenta de que Darren tenía miedo y por eso no quería acercarse a luchar.

—Pero morirá, Darren. Tu cuñado está cansado y vienen más Campbell.

Darren bajó la mirada, avergonzado por su propia cobardía. Cuando volvió a levantar la cabeza, vio que Alec recibía un golpe de espada en el costado izquierdo de uno de los hombres con los que luchaba y, mientras caía, otro hombre le clavaba la espada en la espalda, que gritaba de dolor y caía al suelo con la espada aún clavada en la espalda. Ahora ya era demasiado tarde.

Mientras caía al suelo, Alec pensó en Rossilyn, su joven esposa. No quería dejarla, quería seguir siendo su marido para siempre. No quería morir, luchaba por su vida, aunque sabía que ella lo abandonaba. El guerrero miró al frente y vio a Darren y a tres MacKinnon corriendo en dirección contraria. Huían de los Campbell, que pasaron corriendo junto a él. Los hombres no se preocupaban por él, porque sabían que se estaba muriendo. Alec volvió la cara y miró al cielo. Su última visión de este mundo fueron los brillantes ojos azules de Rossilyn. Sonrió y lentamente sus ojos se cerraron. En ese momento, el guerrero entró en un túnel de oscuridad y silencio.

Los habitantes del castillo de Dunakin no dejaban de oír informes sobre la derrota de los aliados a manos del conde Desmond y su ejército. Los lairds que habían quedado vivos tras la última batalla se habían rendido. Ahora todos tendrían que pagar altos impuestos al conde.

Todos en el castillo y en el pueblo de Kyleakin estaban ansiosos por que los MacKinnon regresaran a casa. No les importaba que hubieran perdido, solo querían que volvieran. Pero los días pasaban y no se sabía nada del regreso de los hombres MacKinnon. Rossilyn pasaba la mayor parte del día en la colina junto al puente, esperando el regreso de los hombres. Pasó una semana y no había noticias de los hombres MacKinnon y MacMorran. La tristeza se reflejaba en todos los rostros del castillo y del pueblo. Poco a poco, los habitantes de Kyleakin perdieron la esperanza de volver a ver a los hombres que habían partido a la batalla. Pero había alguien que mantenía muy viva su esperanza. Rossilyn siempre se despertaba con la certeza de que ese sería

el día en que volvería a ver a su padre, a su hermano y a su marido.

Aquella mañana de otoño, Rossilyn se despertó con la misma certeza de todos los días. Ese día volverían los hombres. En cuanto la señora Arlana entró en la habitación, vio a Rossilyn preparada para bajar.

—Hoy ni siquiera has esperado a que te ayudara con el vestido —dijo como si aquello la hubiera herido.

Rossilyn se acercó a la anciana ama, la abrazó y la besó cariñosamente en cada mejilla.

—Tengo prisa, ama. Tengo la sensación de que llegarán hoy.

—Ayer dijiste lo mismo, y anteayer también.

—Pero hoy es diferente —dijo sonriendo—. Lo siento aquí —se señaló el corazón—. Ahora tengo que bajar. Quiero prepararlo todo antes de ir a la colina.

Rossilyn se marchó, dejando a la señora Arlana sola en el dormitorio.

—Ayer dijo lo mismo —dijo la vieja ama, sonriendo.

Una vez más, Rossilyn preparó el desayuno sola. Gisela apenas salía de su habitación. Estaba muy triste por el retraso de los hombres. Rossilyn oyó pasos y miró hacia la escalera. Vio a su madre en lo alto de la escalera. La niña se levantó y se acercó a ella.

—¿Estás bien, mamá?

La mujer parecía un poco aturdida.

—Estaba en mi habitación y oí que tu padre me llamaba. dijo con su voz estridente: Gisela, baja que estoy llegando —dijo la mujer sonriendo.

Rossilyn también sonrió.

—Es un aviso, mamá. Ya vienen.

Las dos se abrazaron.

—¡Ya vienen! —gritó una criada desde lo alto de la escalera—. Lo vi desde la ventana del dormitorio.

Madre e hija se miraron y sonrieron. Las dos corrieron hacia la puerta del castillo. Pero cuando se detuvieron frente a la puerta exterior, sus sonrisas se desvanecieron. Las dos mujeres solo vieron entrar por la puerta a unos pocos hombres, dos de los cuales tiraban de un carro.

A Gisela se le llenaron los ojos de agua cuando vio a Darren caminando junto al carro.

—¡Darren! —gritó Gisela y corrió hacia su hijo.

Rossilyn miró a su hermano y vio lo mucho que había cambiado. Estaba delgado, demacrado y tenía el semblante triste mientras miraba a su madre. Rossilyn sabía que algo había ocurrido.

Al acercarse a su hijo, Gisela se arrojó a sus brazos.

—Darren, hijo mío. —Le sujetó la cara con ambas manos—. Qué alegría verte.

Algo en el vagón le llamó la atención. Se apartó lentamente de su hijo y miró dentro del vagón. De sus ojos brotaron lágrimas de dolor.

—¡No, no, no! —gritó al ver a su marido muerto junto a otros dos MacKinnon.

El corazón de Rossilyn se amargó al anticipar el dolor que estaba a punto de sentir. Corrió hacia la carreta y se detuvo frente a ella.

—¡No, papá! —gritó la última palabra con gran dolor.

Gisela fue abrazada por su hijo y lloró desesperadamente en brazos de Darren. Las lágrimas se derramaron por todo el castillo ante la muerte del laird del clan MacKinnon.

Al darse cuenta de que el cuerpo de su marido no estaba en el carro y de que no se encontraba entre los hombres que habían llegado, Rossilyn dejó de llorar y miró a su hermano.

—¿Dónde está Alec? —preguntó con un hilo de esperanza en la voz.

—Lo siento, hermana. Alec murió en la última batalla. Intenté ayudarlo. Vi que estaba en desventaja y fui a ayudarlo, pero antes de que pudiera llegar hasta él, lo mataron.

La chica cerró los ojos y más lágrimas corrieron por su rostro. No gritó como lo había hecho al ver muerto a su padre. El dolor de la muerte de su marido era solo suyo.

—¿Por qué no trajeron su cuerpo?

—Solo se nos permitía sacar a los heridos del campo de batalla. Tuvimos que dejar a los muertos para que sus cuerpos pudieran ser quemados. Ese sería el castigo por desafiar al Conde Desmond. No podemos enterrar a nuestros seres queridos. Mi padre murió en el viaje de regreso. No pudo resistir sus heridas.

Al oír lo que le había ocurrido a su marido, Gisela volvió a llorar en el hombro de su hijo.

—¿Y dónde están los hombres de MacMorran? —Darren miró en silencio a su hermana—. ¿Ninguno de los hombres MacMorran ha sobrevivido? ¡Dios mío! —La muchacha miró a cada uno de los MacKinnon que regresaron a casa.

—Hemos perdido a más de la mitad de los hombres MacKinnon que llevamos. Algunos

hombres permanecieron en la aldea, muchos aún necesitan cuidados.

Rossilyn inclinó la cabeza, sintiéndose derrotada. Darren se acercó a Rossilyn, con su madre aun a su lado, y abrazó a su hermana. Besó a ambas mujeres en la cabeza.

—Cuidaré de los dos. Cuidaré de todos. Nos recuperaremos.

Después de enterrar a su padre y a los dos MacKinnon, Rossilyn se dirigió a los establos, necesitaba montar un rato a Proteus. Pero cuando entró en el establo, se sorprendió al ver a Azulão, el caballo de Alec.

—Voy a venderlo —dijo Darren detrás de su hermana.

Rossilyn se dio la vuelta y miró a su hermano con el ceño fruncido.

—¿Por qué lo venderás?

—Necesitamos dinero y no tenemos sitio para otro caballo.

—No traje ni la mitad de los caballos que salieron de aquí. No vas a vender a Azulão— se enfrentó a su hermano.

—Por favor, Rossilyn. Sé razonable.

—Azulão pertenecía a Alec. Y él era mi marido. Así que Azulão me pertenece a mí ahora. Y no voy a venderlo —dijo entre dientes.

Rossilyn se acercó a Azulão y lo ensilló. Sacó el caballo del establo y lo montó.

—Voy a hablar con mi madre y ella la convencerá de que lo mejor es vender el caballo.

—Nada me hará vender ese caballo, Darren —dijo ella seriamente y apretó al caballo—. He renunciado a esa idea —gritó mientras salía furiosa por la puerta del castillo.

Darren observó a su hermana mientras desaparecía por el camino hacia el pueblo. Rossilyn había cambiado, ya no era la niña que había dejado atrás en Dunakin dos años atrás. Ahora era una mujer. Se había casado, había perdido a su marido en una guerra y se había enterado de que su madre llevaba meses encerrada en su habitación y había dejado la dirección de la casa en manos de Rossilyn. En dos años, su hermana se había convertido en una hermosa mujer. Ahora que era viuda, podía casarse de nuevo. Encontraría un pretendiente que pudiera aportar ventajas al clan MacKinnon, preferiblemente mucho oro.

Rossilyn cabalgó durante largo rato sobre Azulão. Mientras cabalgaba, lloraba por la muerte de Alec. Se detuvo junto al río y dejó que Azulão saciara su sed en las frías aguas del río Flew.

Se arrodilló en la hierba y lloró desesperadamente. La muchacha miró al cielo y recordó el beso que su marido le había dado en su noche de bodas. Rossilyn se tocó los labios y lloró aún

más.

—¿Por qué no me dejaste un hijo que te recordara, Alec?

Rossilyn gritó, incapaz de soportar por más tiempo el dolor que sentía en el pecho. Su grito de dolor fue tan fuerte que perturbó el silencio del lugar, haciendo volar a las golondrinas.

—Me dejaste un beso para que siempre te recordara. —Sonrió entre lágrimas—. Guardaré tu beso como recuerdo. Ningún otro hombre volverá a tocar mis labios. Aunque solo estuve contigo una noche, te convertiste en alguien muy importante para mí. Esa noche te entregué mi corazón, te pertenece. Ningún otro hombre te quitará lo que te pertenece.

Se tumbó en la hierba y se acurrucó mientras lloraba la muerte del hombre que había elegido como su gran amor. Prometió mentalmente a Alec que nunca volvería a casarse. Él siempre sería su marido.

Capítulo Ocho

Un año después...

El silencio matinal del castillo de Dunakin se vio interrumpido por un fuerte grito de dolor procedente de uno de los dormitorios.

—Vamos, querida, empuja —pidió la señora Arlana al ver la cabeza del bebé.

—¡Ay, Dios mío! ¡Cómo duele!

—Eres fuerte, querida —dijo la anciana sonriendo—. La próxima vez que sientas el dolor, pon toda tu fuerza y empuja a ese niño hacia fuera.

De nuevo se oyó un grito de dolor por los pasillos del castillo. Tras un breve silencio, se oyó el llanto de un niño y las tres mujeres de la sala se miraron con complicidad y sonrieron de alegría.

—¡Es un niño precioso! —dijo la señora Arlana con el bebé en el regazo.

—Déjenme verlo. Déjame ver a mi hijo —pidió mientras extendía los brazos para darle la bienvenida.

—Ven a ver a tu sobrino, Rossilyn.

Rossilyn se acercó lentamente a la cama y observó cómo Aileen contemplaba con cariño a su hijo recién nacido.

—Es muy hermoso, Aileen. Tiene el pelo negro como el tuyo.

—Tu hermano quería de verdad que fuera un niño. Tenía mucho miedo de tener una niña.

—Si era niña, tendría que aceptarlo —dijo la muchacha con semblante serio.

Las dos mujeres miraron a Rossilyn como si estuviera hablando de otro hombre que no fuera Darren MacKinnon. La muchacha comprendió las miradas de su ama y su cuñada. Desde que regresó de la guerra contra el Conde Desmond, Darren no había vuelto a ser el mismo. Ahora siempre estaba de mal humor. Nada le gustaba. Todos en el castillo le tenían miedo. Darren no era el laird comprensivo y accesible que había sido su padre. Nunca se tomaba el tiempo de escuchar los problemas de su gente. Decía que tenía que recuperar el clan y no podía perder tiempo escuchando las lamentaciones de su pueblo. Esa parte quedaba ahora en manos de Rossilyn, que se ocupaba de los problemas de su gente y cuidaba de su madre, enferma todo el tiempo. Angus también la ayudaba, ya que había sido despedido por Darren cuando dijo que era demasiado viejo para ser su mano derecha. La verdad era que el nuevo laird nunca estaba de acuerdo con los consejos que el hombre le daba, quería decidirlo todo él. A Angus no le importó que lo despidieran. También perdió parte de la alegría de vivir cuando perdió a su laird y amigo Roland MacKinnon.

Pocos días después de llegar al castillo, el nuevo laird decidió que casaría a Rossilyn con algún jefe de Skye, necesitaba ayuda para sacar a flote su clan. Pero la muchacha dijo que estaba de luto por su marido y que no se casaría con nadie, y que si la obligaba, huiría. Darren aceptó a regañadientes la propuesta de su hermana, pero le dijo que solo guardaría luto durante un año y luego se casaría de nuevo. Ya que no podía casar a su hermana, Darren decidió casarse con Aileen MacLean y con ella llegaron 20 MacLean, lo que ayudó mucho al clan MacKinnon, que casi no tenía hombres para velar por la seguridad de Kyleakin y el castillo de Dunakin. A los pocos meses de casados, Aileen ya estaba embarazada. Rossilyn se preguntaba todo el tiempo por qué no se había quedado embarazada nada más casarse con su cuñada. A menudo le apetecía hablar con la señora Arlana de lo que le había ocurrido la primera noche con su marido, pero recordaba que le había prometido a Alec que lo ocurrido aquella noche sería un secreto entre ellos. No rompería su promesa solo porque él estuviera muerto. La muchacha creía que algún día comprendería lo que Alec había hecho aquella noche.

—¿No te gustaría tener también un bebé en brazos, Rossilyn? —preguntó la señora Arlana, sacando a Rossilyn de sus pensamientos.

—Pero para eso ella tendría que casarse, señora Arlana —dijo Aileen, sonriendo a su cuñada.

—Me casaré cuando llegue el momento —dijo con el rostro cerrado.

Aquel era un tema que Rossilyn siempre evitaba.

—Si Darren espera por su voluntad, ese momento nunca llegará.

Rossilyn se dirigió a la puerta. Tenía que salir de allí antes de que las dos tocaran un nombre que la repugnaba.

—Bajaré y le diré a su marido que es el padre de un precioso niño.

Cuando llegó a las escaleras, Rossilyn se sentó y apoyó la cabeza contra la pared. Solo pensar en el matrimonio la ponía nerviosa. El día que se enteró de su muerte, le había prometido a Alec

que no volvería a casarse. Pero no se había dado cuenta de que mantener aquella promesa le resultaría tan difícil. Decidió bajar a buscar a su hermano.

Al bajar las escaleras, oyó el sonido de una voz que no quería volver a oír. Respiró hondo y bajó los últimos escalones.

—Lord Lydell —dijo mientras se acercaba a los dos hombres.

Al oír la voz de la mujer que tanto deseaba, el hombre se volvió hacia ella y le dedicó una amplia sonrisa. Tal vez si Rossilyn mirara a Lord Lydell y viera algo más que un traidor y un adulador, podría ver lo apuesto y galante que era. Pero Rossilyn solo podía ver el lado malo del hombre. Lord Lydell era un guerrero que a la mayoría de las muchachas de Skye les gustaría tener como marido. Era el laird del clan MacKinning, un clan que antes de la guerra contra el Conde Desmond había sido un clan pequeño. Pero ahora que se había aliado con el conde, era tan poderoso como los grandes clanes de la isla de Skye. Lord Lydell era un guerrero alto y fuerte como la mayoría de los guerreros de las Highlands. Tenía el pelo castaño oscuro y los ojos castaños claros. Sus cejas eran tan espesas y pobladas que casi se tocaban. Tenía 22 años y buscaba esposa. Y ya había elegido a su pretendiente.

—Mi día siempre es más alegre cuando la veo, señora Rossilyn.

Si hubiera sido cualquier otra mujer, se habría derretido ante el cumplido, mas Rossilyn dispensaba los galanteos del hombre que tanto desestimaba.

—No sabía que estabas en el castillo.

—Solo estoy de paso. Voy de camino a Torin. Vengo de Argyll y pasé a ver a mi amigo Darren.

—¿Has ido a coger el dinero de los impuestos que el Conde nos está robando?

—Rossilyn...

—No pasa nada, Darren —levantó la mano para que su amigo no se peleara con su hermana—. Hemos hablado muchas veces de la bondad del conde con la gente de la isla de Skye.

—Sí, hemos hablado y has intentado convencerme de que todo lo que el Conde ha hecho y hace es por el bien de la gente de la isla. Pero aún no me has convencido. Sigo viéndolo como el verdugo de mi padre y de muchos de los míos.

—Entiendo su enfado en ese punto, señora Rossilyn. Yo también perdí a mi hermano y a mi padre en esa guerra.

—Y por eso también debería odiarle.

—Ellos luchaban y mi padre y mi hermano perdieron. Así es como yo lo veo. No le hará

ningún bien a mi pueblo si me enfrento al conde. Pero si es al revés, si me alío con el conde, mi clan ganará mucho con ello.

—Eso es lo que sucede, ¿no es así, Lord Lydell? Usted es el aliado del conde.

—Solo pienso en mi gente, señora Rossilyn. Creo que con el tiempo se dará cuenta de que después de que el Conde se apoderó de la isla, todo cambió para mejor.

—Solo si fuera mejor para ti. Hay muchos clanes que pasan hambre porque tienen que pagar los altos impuestos que nos impone el Conde.

—Solo los que están en contra del Conde pagan altos impuestos. He hablado con el conde y tu hermano podrá pagar mucho menos el año que viene y tal vez en los años venideros no tenga que pagar nada en absoluto. —Se volvió hacia Darren y sonrió.

Rossilyn miró indignada a su hermano.

—No puedes aliarte con el hombre que mató a nuestro padre.

—Nuestros padres lucharon contra el conde —dijo Lord Lydell sin paciencia.

—Si no te importa que ese bastardo haya matado a tu padre y a tu hermano, no puedo hacer nada al respecto. —Volvió a mirar a su hermano—. Pero no aceptaré que te alíes con ese bastardo. El bastardo que mató a mi padre y a mi marido.

—Habla de ello más tarde, Rossilyn.

—Lo siento, Darren. Solo lo dije delante de tu hermana porque pensé que le alegraría saber que su clan ya no tendrá que trabajar tanto para pagar los impuestos.

—Estoy seguro de que mi clan no se alegrará de saber que tu laird se ha aliado con el hombre que mató a sus maridos, hijos y a tu antiguo laird.

—No pierdas el tiempo, Darren. Las mujeres no saben nada de política.

—Realmente no entiendo de política, Lord Lydell. Y nunca quiero entender si tengo que tratar con ese bastardo del Conde Desmond.

—Rossilyn... —Darren pronunció el nombre de su hermana con firmeza.

—Algún día te convenceré de que aliarte con el conde es la única solución para vivir bien en esta isla. Quizá vayamos juntos a muchas de las cenas del conde —dijo MacKinning, sonriendo—. Tengo que irme, Darren.

—Iré contigo hasta afuera.

—Adiós, señora Rossilyn.

—Adiós, Lord Lydell —dijo secamente.

Mientras Darren acompañaba a Lord Lydell al patio, Rossilyn se quedó en el salón esperando a su hermano, paseándose de un lado a otro.

—¿Por qué atacaste así a Lord Lydell, Rossilyn? —preguntó Darren en cuanto entró en el salón.

—Es un traidor al pueblo de Skye.

—¿Por qué está del lado del conde?

—¡El conde mató a nuestro padre, Darren! —Gritó la muchacha.

—Porque estaba luchando contra él. En la batalla, unos mueren y otros viven.

Los ojos de Rossilyn se abrieron de par en par ante las duras palabras de su hermano. Lo miró como si no lo conociera. No le gustaba nada su hermano después de que se convirtiera en el laird de los MacKinnon.

—No me gusta Lord Lydell.

—Bueno, intenta cambiar eso.

—¿Por qué?

—Lord Lydell ha mostrado interés en casarse contigo y le dije que me complacería.

—Nunca me casaré con él —gritó y fulminó con la mirada a su hermano.

—No decidí por tu vida, Rossilyn. Soy tu hermano y tu laird. Este matrimonio traerá muchas ventajas a nuestro clan.

—Aún no estoy preparada para casarme, Darren —dijo con más calma al darse cuenta de que no conseguiría nada por la fuerza.

—Cuando me enteré de la muerte de Alec, te di un año para llorarlo. Ha pasado un año, Rossilyn. Creo que será mejor que te hagas a la idea de casarte con Lord Lydell.

Rossilyn miró con odio a su hermano. El hombre que tenía delante no se parecía en nada al hombre con el que solía despertarse en su dormitorio. Darren había cambiado mucho. A veces Rossilyn sentía como si su hermano quisiera alejarla de Kyleakin. Desde que regresó de la guerra, su hermano ya no la miraba a los ojos. La niña no entendía por qué Darren había cambiado tanto. Su madre y la señora Arlana decían que era por la guerra, pero Rossilyn sabía que no era solo por la guerra. Su hermano había cambiado por otra razón que todo el mundo desconocía. Pero ella haría cualquier cosa por averiguarlo.

—Olvidémonos de eso por ahora. He venido a decirte que tu mujer ha tenido un niño. ¿No quiere conocerlo?

Darren sonrió al oír la noticia.

—Tengo que darle una orden a Angus y luego subiré a conocer a mi hijo.

—Le diré a mamá que tiene un nieto. —Se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras.

—Rossilyn.

La chica se detuvo al oír que su hermano la llamaba por su nombre.

—¿Qué pasa? —preguntó sin volverse.

—La boda tendrá lugar después de la cosecha.

Rossilyn cerró los ojos y suspiró. Siguió subiendo las escaleras. Al entrar en la habitación de su madre, el corazón de Rossilyn se llenó de amargura al verla tumbada en la cama con la mirada perdida en la ventana. Desde el día en que enterró a su marido en el cementerio de Kyleakin, Gisela había perdido las ganas de vivir. La mujer pasaba todos los días encerrada en su habitación.

—Mamá.

Gisela estaba tan distraída que ni siquiera oyó a su hija entrar en la habitación. Mirando a Rossilyn, la mujer sonrió.

—Me alegro de verte, hija.

—¿Por qué Evanna no ha abierto la ventana? —Se acercó a la ventana.

—No, no la abras —pidió rápidamente—. le pedí a Evanna que no abriera la ventana. La luz del día me molesta en los ojos.

—No puedes quedarte encerrada en esta habitación, mamá. Tienes que salir un rato.

—No me apetece, Rossilyn.

—Quizá te dé un motivo para salir de esta habitación —dijo sonriendo—. He venido a decirte que Aileen ha tenido un niño precioso. Ahora tienes un nieto.

Gisela sonrió, pero Rossilyn se dio cuenta de que en realidad no estaba contenta. Después de la muerte de su marido, nada la hacía feliz.

—¿Y cuándo te tocará a ti darme un nieto, Rossilyn?

—Todavía estoy de luto por mi marido, mamá.

—No puedes estar de luto toda la vida, Rossilyn. Lord Lydell es un buen hombre.

—¿Te pidió Darren que me dijeras eso?

—Darren está pensando en lo que es mejor para ti y el clan. Es tu deber ayudarlo, Rossilyn.

—Aún no estoy lista para casarme, mamá —dijo impaciente.

—Yo tenía tu edad cuando me casé con tu padre. En realidad, me casé con su padre —sonrió—. Pero me enamoré de Roland cuando lo vi por primera vez en este castillo. Necesitas a alguien que te proteja, hija mía.

—¿Podemos hablar de esto después de la cosecha?

—¿Irás de nuevo a la casa de su tía?

—Después de que Katriona se casara y se mudara a Harris y se llevara a Ruben con ella, mi tía Annabel se siente muy sola.

—Darren quiere que la boda se celebre después de la cosecha.

—Mientras esté en casa de mi tía, me lo pensaré. ¿No quieres conocer a tu nieto?

—¿Podrías traérmelo?

—Sí. Te lo traeré para que lo conozcas.

—Gracias, querida.

Rossilyn besó cariñosamente la cabeza de su madre y salió de la habitación.

Dos días después del nacimiento del pequeño Dalziel, Rossilyn entró en la habitación privada de Darren.

—¿Puedo pasar, hermano?

—Sí, pasa. —Dejó de hacer lo que estaba haciendo y miró a Rossilyn—. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que sepas que me marchó a Sigachan dentro de quince días para quedarme con la tía Annabel durante la cosecha.

—Ojalá no fuera este año.

—Acordé con tía Annabel que iría todos los años, justo antes de la cosecha, para quedarme con ella.

—De acuerdo, entonces. Enviaré a Escanor y Gordon contigo.

—No —dijo rápidamente, para sorpresa de su hermano—. Quiero que Hamish y Keilan me acompañen, como el año pasado. No tienen familia aquí y nadie los echará de menos lejos de Kyleakin durante tantos días.

—Bien, les avisaré.

—Gracias, Darren.

—Laird Darren —gritó una criada desde la puerta del salón.

Rossilyn y Darren miraron a la puerta al mismo tiempo.

—¿Qué pasa? —dijo Darren enérgicamente, pues desaprobaba que la criada interrumpiera la conversación con su hermana.

—Es su madre, señor. No quiere despertarse.

Al oír lo que decía la criada, los dos salieron corriendo hacia la habitación de su madre. Darren se subió a la cama y se agarró a los hombros de su madre, sacudiéndola varias veces y gritando su nombre. Pero Gisela no se despertó. Al lado de la cama, Rossilyn miraba a su madre con ojos llorosos. Darren dejó de sacudir a su madre cuando se dio cuenta de que estaba muerta. Rossilyn se inclinó sobre el cuerpo de su madre y lloró desesperadamente.

Gisela MacLean MacKinnon fue enterrada junto a su marido en el cementerio de Kyleakin. Fue un día de gran tristeza para todos en Kyleakin. Gisela siempre fue cariñosa y atenta con todos. Cuando llegó al castillo, Rossilyn fue a la habitación de su madre. Se sentó en la cama y lloró aún más. Poco después, la señora Arlana entró en la habitación y se sentó junto a Rossilyn.

—Sé que estás sufriendo mucho, querida. Pero la verdad es que tu madre no está con nosotros desde hace mucho tiempo.

—Desde que enterramos a mi padre, mi madre perdió las ganas de vivir.

—Ahora vuelve a estar a su lado.

Rossilyn abrazó a su ama y lloró desesperadamente.

Una semana después de la muerte de Gisela, Darren llamó a Rossilyn a su habitación privada.

—¿Qué quieres, Darren?

—Mañana vendrá Lord Lydell a concertar tu matrimonio.

—¿Me casaré con ese hombre mañana?

—¿Por qué no?

Rossilyn se levantó de la silla y miró indignada a su hermano.

—Nuestra madre acaba de morir, Darren, ¿y quieres que me case? Estoy de luto por mi madre.

Darren se levantó enfadado.

—¡Otra vez eso, Rossilyn!

—¿Vas a obligarme a casarme mientras estoy de luto?

Darren se pasó la mano por la cara, visiblemente frustrado.

—No. Te daré otro año, Rossilyn. Luego te casaré con Lord Lydell.

—Dentro de una semana partiré hacia Sigachan.

—Podrías irte hoy si quisieras.

—Si ese es tu deseo, me iré mañana.

—Llévate a la señora Arlana contigo. Ahora que nuestra madre ha muerto, ya no tiene que quedarse en el castillo.

—La señora Arlana se quedará para ayudar a Aileen con el bebé. Iré sola con Hamish y Keilan. Les avisaré que nos vamos mañana temprano.

—Haz lo que quieras, Rossilyn. Y mientras estés allí, convéncete de que dentro de un año estarás casada con Lord Lydell. Nada me impedirá casarte con él.

Rossilyn pasó todo el día preparándose para partir al día siguiente. A pesar de la muerte de su madre, estaba contenta de partir. Estaría con gente que realmente la necesitaba y que comprendía su dolor.

Capítulo Nueve

Año 1400. Norte de Escocia

Al abrir los ojos, Alec encontró la oscuridad exactamente igual que cuando cerró los ojos la noche anterior. Los días y las noches eran iguales dentro de la mina de mineral en las montañas de Ben Hope, en el extremo norte de Escocia. Hacía dos años que Alec había entrado en aquella mina y nunca había salido. Su mayor frustración al estar dentro de aquella mina era no poder ver el cielo. El guerrero llevaba dos años sin ver el cielo azul, dos años desde que había visto los ojos de Rossilyn sonriéndole a través del cielo azul. Cada día era más difícil soportar aquel encierro.

Alec pasó dos años encarcelado en las mazmorras del castillo del Conde Desmond. Tras la muerte del conde, su hijo y heredero, Andrew Campbell, necesitaba dinero para reunir un ejército que sofocara un pequeño levantamiento que se había formado en el norte de la isla de Skye. Alec nunca supo cuál fue el resultado de aquel levantamiento. A la mina no llegaban noticias del exterior. El guerrero no sabía nada de lo que ocurría en la isla de Skye ni en ningún otro lugar de Escocia.

Todas las mañanas eran iguales. Alec siempre era el primero en despertarse, pero no podía levantarse porque todos dormían con los pies encadenados. Se sentaba y esperaba a que llegara uno de los vigilantes y abriera las cadenas. Mientras esperaba, pensaba en Rossilyn, solo en ese momento que pensaba en su esposa. A veces se preguntaba si seguía siendo su esposa o si se había vuelto a casar. Intentaba no pensar en ello, porque le dolía en el pecho pensar que Rossilyn pudiera estar ahora en brazos de otro hombre. Durante el día, el trabajo era tan pesado que Alec no pensaba en nada, hacía su trabajo mecánicamente. Cuando llegaba la hora de dejar de trabajar, el guerrero estaba tan cansado que se tumbaba en el suelo de tierra, cerraba los ojos y se dormía. Ni siquiera tenía tiempo para soñar. Llevaba cuatro años sin soñar.

Los dos años que pasó en el calabozo del castillo del Conde Desmond fueron aún peores que en la mina. En la mazmorra se pasaba todo el tiempo sentado, no había nada que hacer. Le acompañaban otros 15 hombres. Solo comían una o dos veces por semana y bebían el agua que goteaba por la pared. Alec casi se volvió loco durante esos dos años. No podía dormir porque los

prisioneros de las otras celdas gritaban, sufrían, estaban desesperados o porque simplemente no tenían nada que hacer. El guerrero MacMorran vio a muchos hombres enloquecer y morir en aquel calabozo. Estaba a punto de volverse loco cuando, una noche, aparecieron varios hombres del conde y sacaron a todos de la mazmorra. Pusieron a diez de cada diez hombres contra el muro del castillo y algunos hombres vinieron a inspeccionarlos. Alec supo más tarde que eran señores que buscaban mano de obra esclava. Los señores elegían a los prisioneros que no estaban enfermos y que eran fuertes. Los que no eran elegidos eran asesinados por las espadas de los hombres del hijo del Conde Desmond. Hasta ese momento, Alec no había sabido de la muerte del Conde. Durante el viaje se enteró de que el conde había muerto hacía meses y que en la isla de Skye se estaba produciendo un levantamiento. Rápidamente, pensó en Rossilyn y su clan. Durante esos dos años, no había sabido nada de ellos. Y eso le atormentaba a diario.

Los dos años pasados en la mina no fueron tan malos como los pasados en la mazmorra del castillo. En la mina tenía una comida al día y bebía agua limpia de un barril, que se llenaba casi todos los días. Alec llegó delgado, pero pronto recuperó su peso y su fuerza de antes. Trabajaba cavando tierra dentro de la mina, pero al menos no se quedaba parado viendo pasar el tiempo. Y el tiempo pasaba muy deprisa dentro de la mina.

Lo que le daba fuerzas para seguir vivo eran los momentos en que pensaba en Rossilyn, poco después de despertarse. Alec no tuvo que cerrar los ojos, pues la mina estaba en completa oscuridad hasta que uno de los vigilantes llegó para encender las antorchas y liberar a los hombres para otro día de trabajo.

Alec clavó los ojos en un punto de la oscuridad y recordó el momento en que vio por primera vez los brillantes ojos azules de Rossilyn, cuando ella espiaba el salón escondido en la escalera del castillo de su padre. Sonrió al recordar cómo pensaba que aquellos hermosos ojos azules pertenecían a una sirvienta. Siempre recordaba el momento en que se unió a Rossilyn para siempre frente al sacerdote, recordaba lo nerviosa que estaba en ese momento. También recordaba cada momento que pasó con ella en aquel dormitorio. El guerrero siempre sonreía aún más cuando recordaba los ojos de Rossilyn sonriéndole. Era ella sobre un semental blanco con el sol brillando detrás de su espalda. Cada día era mayor su deseo de verla, y ese deseo le torturaba cada mañana.

Sabía que ahora era una mujer, una mujer de diecinueve años, y ya no una niña de trece. Seguramente creía que estaba muerto. Darren debió de contarle a su hermana que lo vio muerto a manos de los hombres de Campbell al final de la batalla. En aquel momento, Alec también creyó que estaba muerto, pero instantes después, el guerrero abrió los ojos y vio que estaba en una pila de cadáveres que iban a quemar. Cuando pensó que Rossilyn creía que estaba muerto, Alec imaginó que tal vez estaba casada, y la idea le causó un gran dolor. Pero había días en que creía de verdad que su mujer no le había olvidado, como él no la había olvidado a ella. Que no estaba casada y que le esperaba. Había días en que Alec estaba tan débil de la cabeza que necesitaba estar seguro para poder soportar otro día en aquella mina.

Alec interrumpió sus pensamientos cuando vio el resplandor de una antorcha a lo lejos. Poco a poco, el resplandor se fue acercando. Era Accalon MacKay, el hombre que vigilaba el trabajo

durante la mañana. Por la tarde, Cawley Nicolson venía a cambiar de lugar con él. Por la noche, les ataban a la pared y unos cuantos hombres se colocaban a la entrada de la mina para que nadie pudiera salir ni entrar. El propietario de la mina era el laird del clan MacKay. Pero Alec se enteró por Cawley, de quien se hizo amigo, de que la mina había sido tomada por el clan Sutherland, y que estaban intentando encontrar la manera de recuperarla. Dentro de la mina había quienes solo trabajaban extrayendo el mineral, como Alec, y quienes lo sacaban de la mina en carros de madera. Siempre elegían a los más delgados y pequeños para hacer este trabajo. Los fuertes, como Alec, nunca salían de la mina.

—¿Siempre despierto, MacMorran?

—Como siempre.

El hombre abrió la cadena de Alec y le dio la llave para abrir las cadenas de los demás hombres. Poco a poco, los hombres se fueron despertando. Mientras tanto, los otros hombres de guardia encendieron el resto de las antorchas para poder empezar el trabajo. Los hombres que se despertaron caminaron somnolientos hacia sus herramientas de trabajo y comenzaron a trabajar. Se detendrían solo en la mitad del día para el almuerzo.

Alec se dirigió al fondo de la mina y comenzó otro día de excavación. Poco después llegó Farlan MacDonnell y empezó a cavar a su lado. Ambos se habían conocido en las mazmorras del castillo del Conde Desmond. Farlan llegó un año después de que Alec llegara al castillo de Achallader. Farlan fue encarcelado por unirse a los MacGregor contra los Campbell. Farlan era fuerte como Alec. Tenía el pelo largo, liso y negro y los ojos tan negros como una noche sin luna. Mientras estaban atrapados en el calabozo, Alec habló de Rossilyn a Farlan. Pero cuando llegaron a la mina, no volvió a hablar de ella. Estaba prohibido que los trabajadores hablaran entre sí durante las horas de trabajo, y por la noche estaban demasiado cansados para hablar. Cuando empezaron a trabajar, se limitaron a mirarse y asentir.

Poco después se les unieron Galeron Campbell y Kendric Menzies. Los cuatro trabajaban siempre juntos y, aunque no se hablaban mucho, se hicieron amigos.

Galeron Campbell llegó a trabajar a la mina unos días después que Alec y Farlan. Galeron llegó muy magullado, golpeado antes de llegar a la mina, y fue Alec quien cuidó de él durante tres días. Al tercer día, Galeron contó su historia y cuando dijo que era un Campbell, Alec y Farlan se pusieron tensos. Pero eran hombres sensatos y sabían que no era su laird. El hombre, un rubio de aspecto triste, contó por qué lo habían enviado a la mina. Cuando el Conde Andrew vio a su prometida, se obsesionó con ella. La deseaba tanto que un día la llamó a su castillo y la violó. La mujer quedó tan entristecida por lo ocurrido que se suicidó colgándose de un árbol cercano a su casa. Campbell fue al castillo y desafió al conde. Pero en lugar de enfrentarse al prometido de la mujer que había violado, el conde ordenó a sus hombres que le dieran una paliza y lo vendieran al laird MacKay para trabajar en su mina. Al final, Galeron dijo que lo único que quería era alejarse de Argyll y del laird Campbell. Galeron tenía la cara alargada y los ojos hundidos. Era alto y delgado.

Kendric Menzies tenía un hermano gemelo, Kinnon Menzies, ambos eran veinteañeros y

llegaron a la mina cuando tenían diez años, vendidos por sus padres al laird MacKay. Los dos eran muy diferentes, Kendric era fuerte mientras que su hermano era muy delgado, por lo que trabajaba cargando el mineral cuesta arriba. A pesar de todo lo que les ocurría, ambos sonreían siempre. Kendric parecía el mayor de los dos y siempre estaba pendiente de su hermano.

Alec y sus amigos estaban ansiosos aquella mañana. Meses atrás, cuando Kinnon fue a llenar el barril de agua en el río Hope, apareció un hombre del clan Sutherland y advirtió a Kinnon de que los hombres de Sutherland se apoderarían de la mina y quien les ayudara tendría su libertad. Durante dos meses los hombres de Sutherland se mantuvieron en contacto con ellos a través de Kinnon. Alec sintió que se acercaba el día de su libertad.

Después de mucho tiempo cavando la mina, Alec oyó susurrar a Kendric.

—Viene Kinnon. —El chico miró a su alrededor para asegurarse de que ninguno de los vigilantes había oído su advertencia.

Alec miró hacia atrás y vio a Kinnon caminando tranquilamente hacia ellos. El corazón se le aceleró de ansiedad. Kinnon se acercó a los hombres y empezó a llenar el carro de madera con mineral.

—Háblame de tu reunión con Sutherland —preguntó Kendric con impaciencia.

—Cálmate, Kendric —pidió Alec, mirando hacia atrás para asegurarse de que no había ningún vigía cerca.

Kinnon sonrió antes de hablar.

—Será mañana.

Los cuatro hombres intercambiaron miradas esperanzadas y luego volvieron a mirar a Kinnon.

—¿Estás seguro, Kinnon? —preguntó Alec.

—Sutherland ha enviado a advertirles, que lucharán con los vigías fuera de la mina. Nosotros tendremos que ocuparnos de los de dentro.

—¿Y cómo sabremos cuándo tenemos que atacar? —Farlan quería saber.

—En cuanto empiece el trabajo fuera. Cuando los primeros trabajadores suban con los carros de mineral, atacarán.

—¿Y se nos unirán los demás? —preguntó Galerón, preocupado.

—El que no se una también morirá —advirtió Farlan.

—Cálmate, Farlan —pidió Alec a su amigo—. No podemos perder la cabeza ahora. A quien

no quiera unirse a nosotros, lo dejaremos atrás.

—Estoy seguro de que muchos se unirán —dijo Kinnon entusiasmado.

—Tenemos que prepararnos para mañana—dijo Alec, mirando a sus amigos, que asintieron con la cabeza.

Todos volvieron al trabajo y no hablaron de lo que ocurriría al día siguiente. Cuando se acostaron por la noche, ninguno de los cinco pudo relajarse y dormir. Pero ninguno de los cinco se atrevió tampoco a decir una palabra. Todos estaban muy ansiosos por lo que ocurriría a la mañana siguiente.

Cuando Accalon MacKay se presentó con la antorcha en la mano para liberar a los hombres para otro día de trabajo, encontró a los cinco ya despiertos. Accalon no se sorprendió. Ya había ocurrido antes. Accalon sonrió a los cinco y los liberó. Luego se alejó y se acercó a los otros dos vigilantes.

Alec miró a Accalon y sintió una opresión en el pecho al darse cuenta de que tendría que matarlo. Farlan vio que Alec miraba fijamente al vigilante. MacDonnell conocía su amistad. El hombre se acercó a Alec y le puso la mano en el hombro.

—¿Todo bien, Alec?

—Todo va bien, amigo mío. Lo único que quiero es salir de este infierno.

—Piensa que pronto partiremos hacia Skye y podrás volver a ver a tu Rossilyn.

—No hables, MacMorran —gritó Accalon desde lejos—. Sabes que no puedes hablar. Poneos a trabajar, los dos.

Alec miró a Farlan y asintió.

Momentos después de que comenzara el trabajo en la mina, los hombres que transportaban el mineral hasta la entrada de la mina empezaron a prepararse. Kinnon miró a Alec y luego a su hermano.

Mientras Kinnon se alejaba con el carro, los cuatro hombres se miraron y esperaron el momento de actuar.

Alec contó lentamente hasta 165. El día anterior, Alec le había pedido a Kinnon que contara mientras subía con el carrito para saber cuál era el momento adecuado para atacar a los hombres. Cuando llegó a 165, Alec asintió a Farlan y Galeron. Los dos empezaron a luchar. Los tres vigilantes corrieron hacia ellos. Mientras Accalon intentaba separar a los dos hombres, los otros dos vigilantes ordenaron a Alec y Kendric que se quedaran atrás.

Había llegado el momento. Alec se concentró en lo que tenía que hacer y se tiró encima del vigilante que tenía al lado. Kendric agarró al otro vigilante por detrás y lo colgó con el brazo.

Alec golpeó tan fuerte al hombre que se desmayó. Mientras tanto, Farlan y Galeron mataron a Accalon de varias patadas después de que el hombre cayera al suelo. Cuando los demás trabajadores vieron lo que habían hecho los cuatro, también corrieron y atacaron a los vigilantes que venían a disolver el motín. Kinnon tenía razón, todos se unieron a la revuelta y ayudaron a matar a los vigilantes que vieron delante de ellos.

Alec y los demás trabajadores empezaron a subir por la mina hacia la entrada. Consiguieron matar a todos los vigilantes del interior de la mina. El corazón de Alec se aceleraba a cada paso que daba hacia su libertad. Cuando llegaron a la entrada, salieron y vieron a varios hombres del clan Sutherland con espadas ensangrentadas en la mano. Los vigilantes del exterior de la mina yacían muertos en el suelo.

Alec intentó mirar al cielo, pero primero tenía que acostumbrarse a la luz del día. Se puso el brazo delante de los ojos a causa de la claridad. Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a la luz, miró al cielo y sonrió. Era un día claro y no había nubes en el cielo. La imagen de los brillantes ojos azules de Rossilyn apareció en el cielo y Alec gritó de felicidad. Por fin era libre.

De todas partes de la entrada de la mina se oían los gritos y llantos de los hombres al encontrar su libertad. Kendric y Kinnon se abrazaron y lloraron abrazados. Farlan levantó la cabeza y cerró los ojos y se limitó a disfrutar del calor del sol que bañaba su rostro después de dos años de oscuridad. Galeron se sentó en una roca y miró seriamente al suelo. Había ganado su libertad y no sabía qué hacer con ella.

Alec miró a su alrededor y vio la felicidad en todos los rostros. Cuando vio a su amigo Galeron sentado solo, se acercó a él y se sentó a su lado.

—Ven conmigo, Galeron. Necesitaré hombres como tú que me ayuden a cuidar de mi clan.

—Soy un Campbell, Alec. Luché junto al Conde Desmond contra los clanes aliados de la isla de Skye.

—Eres un amigo, Galeron. Si quieres venir conmigo, serás bienvenido en Eynort.

Galeron asintió y sonrió.

Justo en ese momento, el laird del clan Sutherland se acercó y se paró a la entrada de la mina.

—Prometí que a quien nos ayudara a recuperar la mina, le daría la libertad. Todos sois libres de marcharos. Pero quien quiera quedarse a trabajar para mí en la mina será bien recompensado.

Alec y sus cuatro amigos dejaron Ben Hope y se dirigieron al sur de Escocia. Alec volvía a casa. Algunos de los hombres, que no tenían adónde ir, aceptaron la oferta del señor Sutherland. Antes de marcharse, Alec volvió a la mina y se llevó algunos objetos de valor de los guardias. Lo necesitarían para cambiarlo por comida durante el viaje a la isla de Skye.

Los cinco hombres llevaban tres días viajando a pie. Todos estaban cansados, pero entusiasmados por vivir una vida de libertad. Al día siguiente de salir de Ben Hope, los hermanos

Kendric y Kinnon se arrodillaron ante Alec y le juraron lealtad. Dijeron que ya no serían Menzies, sino que a partir de ese día serían Kendric y Kinnon MacMorran. Esa noche, Farlan mató un cerdo de monte y tuvieron una pequeña celebración. Galeron cantó mientras Alec y Farlan aplaudían para que Kendric y Kinnon bailaran. Aunque eran diferentes en tamaño, Kinnon y Kendric se parecían en apariencia. Tenían el pelo corto y rubio claro y grandes ojos azul oscuro. Mientras que Kendric era tranquilo y serio, Kinnon era juguetón y animado. Los dos hermanos se querían mucho.

Cuando se acostaron a dormir el tercer día de viaje, Alec vio el cansancio en la cara de cada uno de los hombres.

—¿Estás seguro de que vamos por buen camino, Alec? —preguntó Kinnon, desanimado por el cansancio.

—Claro que estoy seguro. Conozco esta parte de Escocia como la palma de mi mano.

—No lo sé —dijo Kendric, mirando las estrellas—. Llevamos tres días caminando y siempre dices que estamos llegando y nada.

—Tiene razón, Alec —convino Farlan, riendo—. Quizá esos años encerrado en esa mina han borrado de tu memoria el camino a Kyleakin —jugó con Alec.

—No os preocupéis. Mañana llegaremos al Castillo de Dunakin.

—Estoy impaciente por acostarme en una cama caliente. Hace diez años que no sé lo que es dormir en una cama.

—Duérmete, Kinnon —ordenó Kendric y se puso de lado para dormir.

—Lo que quiero es una mujer debajo de mí —dijo Farlan soñadoramente.

Todos estuvieron de acuerdo con Farlan, incluso Kendric y Kinnon, que nunca habían estado en la cama con una mujer. Alec guardó silencio. Él también quería una mujer debajo de él. Y la mujer que quería tenía nombre y apellido: Rossilyn MacMorran, su esposa.

Amanecía y los cinco hombres reanudaron la marcha. Era casi de tarde cuando los cinco hombres divisaron la silueta del Castillo de Dunakin. Alec sintió que el corazón le latía aún más deprisa al darse cuenta de que pronto volvería a ver a Rossilyn. Después de seis años, volvería a ver a su esposa.

Al pasar por el puente que delimitaba las fronteras de Kyleakin, Alec miró hacia atrás, hacia el lugar donde había visto a Rossilyn por última vez.

—¿Qué pasa, Alec? —preguntó Farlan al ver a su amigo con la mirada fija en la cima de la colina.

—Ahí es donde la vi por última vez.

—Vamos —dijo Farlan, subiendo la colina y mirando a Alec.

Alec y los otros tres hombres lo siguieron colina arriba. Pero se detuvieron al oír una voz de niño riendo. Los cinco se escondieron detrás de un arbusto y observaron a una mujer que jugaba con una niña que debía de tener unos dos años. Alec miró a la niña que tenían delante y sonrió. La niña tenía una larga cabellera pelirroja, que brillaba a la luz del atardecer que había a sus espaldas.

Pero la sonrisa de Alec se apagó cuando la mujer se dio vuelta y se puso frente a ellos. Aunque su aspecto era muy diferente al de la última vez que la había visto, el guerrero sabía que la mujer que tenía delante era Rossilyn, su esposa. La mujer que jugaba con la niña era la más hermosa que había visto en su vida. Rossilyn era más alta y ahora tenía cuerpo de mujer. Los contornos de su cuerpo eran perfectos. Con una cintura delgada y caderas anchas. Y para completar su belleza, tenía unos pechos grandes y turgentes. Alec sonrió al recordar que cuando la había visto por primera vez, la falta de este atributo le había hecho ver a Rossilyn aún más como una niña. Pero ahora la veía como una mujer, su esposa. Alec miró el rostro de Rossilyn y se maravilló de su belleza. Su rostro había cambiado poco, seguía teniendo una gran boca en forma de corazón. Aunque su aspecto no había cambiado mucho, ya no tenía los rasgos de una niña. Sus ojos azules seguían siendo tan brillantes como antes y aún más hermosos cuando sonreía a la chica, que se parecía mucho a ella.

Mirando a una y a otra, Alec tuvo la certeza de que la niña era hija de Rossilyn. Aquella certeza le golpeó más fuerte que la espada que casi lo había matado en el campo de batalla seis años atrás. Durante todos esos años, el guerrero MacMorran había creído que ella lo estaba esperando, que el poco tiempo que habían vivido juntos era suficiente para unirlos de algún modo. Pero eso no ocurrió. Rossilyn lo olvidó y volvió a casarse.

—¡Qué mujer tan hermosa! —susurró Kinnon.

—¡Cállate! —dijo Alec entre dientes.

Kinnon miró a Alec sin comprender por qué estaba de tan mal humor.

—Es ella, ¿verdad? —preguntó Farlan, pero ya sabía la respuesta. Muchas veces, Alec había descrito a su joven esposa mientras estaban en las mazmorras del castillo del conde. Aunque estaba cambiada, supo por la mirada de decepción de su amigo que esa era su Rossilyn—. Al saber que habías muerto, ella rehizo su vida casándose de nuevo. Es solo una mujer, Alec. Y las mujeres necesitan hombres que las protejan.

Esas palabras hirieron terriblemente a Alec. Él prometió protegerla y no cumplió su promesa, así que ella tuvo que buscar a otro que la protegiera. Aunque sabía que ella no había hecho nada malo, Alec se sintió traicionado por Rossilyn.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Galerón, al comprender su conversación.

—Vamos a Eynort. Vamos a mi clan.

—Pero, ¿y ella? ¿No vas a decirle que estás vivo? —preguntó Farlan, mirando seriamente a su amigo. No le parecía correcto lo que quería hacer.

—No. Que siga pensando que estoy muerto y viva su vida con su marido y su hija.

Alec se alejó y los hombres lo siguieron colina abajo.

Rossilyn oyó un ruido procedente de los arbustos y se detuvo dando la vuelta a la pequeña Alison. Miró de cerca, esperando ver algo, pero todo estaba en silencio de nuevo.

—Tenemos que volver al castillo —dijo mientras se agachaba y miraba a los ojitos de Alison.

La niña asintió.

—Tu padre se preocupará por ti si nos quedamos aquí mucho tiempo. —Rossilyn cogió a la niña de la mano y las dos se encaminaron hacia el castillo.

Tras descender la colina, Alec cruzó el puente en dirección contraria al pueblo de Kyleakin. Tras caminar un rato, Alec se acercó a la orilla del río y se sentó en una roca. El guerrero intentaba aceptar y perdonar a Rossilyn por haber rehecho su vida al saber que había muerto. Lágrimas de dolor y decepción corrían por su rostro. Alec lloraba en silencio.

—Alec —Galerón llamó a Alec.

Alec se secó rápidamente la cara.

—¿Qué pasa? —preguntó sin mirar atrás.

—Necesitamos provisiones. No tenemos nada para comer.

Alec sacó una bolsa de su sporran y se la lanzó a Galerón.

—Ve al pueblo y compra algo. Pero no te demores, quiero salir de este lugar cuanto antes.

Galerón le dio la bolsa de dinero a Farlan, que se dirigió hacia la aldea de Kyleakin. Galerón decidió no ir porque algún MacKinnon que había luchado en la guerra contra el Conde hacía seis años, podría reconocerle.

Al ver que Farlan tardaba en regresar, Alec se levantó y se dirigió a los demás hombres.

—Farlan se está tomando su tiempo —comentó Kendric, en cuanto Alec se acercó.

—Creía que esta noche iba a dormir en una cama caliente —se quejó Kinnon.

—Cállate, Kinnon —ordenó Kendric, dándose cuenta de que el ambiente estaba cargado y de que algo estaba pasando.

—Bueno, creo que esta noche dormirás en una cama caliente, Kinnon —dijo Farlan al regresar de la aldea.

Los cuatro hombres miraron a Farlan al mismo tiempo.

—¿Dónde están las provisiones, Farlan? —preguntó Alec, mirando las manos vacías de su amigo.

Farlan devolvió la bolsa con el dinero que Alec le dio.

—No necesitaremos provisiones.

—¿Qué ha pasado, Farlan? —preguntó Kendric, acercándose a él.

—¿Por qué no trajiste las provisiones? Te dije que hoy nos iríamos de aquí —dijo Alec enfadado.

—Creo que cuando sepas lo que has descubierto en la aldea, cambiarás de opinión.

—¿Y qué has descubierto?

—Esa niña que vimos con tu mujer no es hija suya, sino de su hermano, que también tiene un niño. Ahora es el laird del clan MacKinnon.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Alec, esperanzado.

—Cuando estaba en un puesto de carne, pasó su mujer con la niña en brazos, se dirigían al castillo. Le pregunté a la dueña del puesto quién era. Y por suerte, la dueña del puesto era el tipo de persona que habla, habla sin que le pregunten. Me contó todo sobre su mujer. Que se casó muy joven, que su marido murió durante la guerra contra el conde, que perdió a su padre y que perdió a su madre poco después de la muerte de su padre. Que ella cuida del pueblo mientras su hermano busca alianzas con los otros clanes. Su mujer es muy querida por su pueblo. La mujer hablaba siempre con cariño de ella.

—¿Y lo que más descubrió? —preguntó un poco aprensivo. Lo que realmente quería saber, Farlan aún no se lo había dicho.

—Su mujer no se ha vuelto a casar. Pero si no apareces, eso podría cambiar pronto.

—¿Por qué dice eso?

—La mujer dijo que un señor la corteja y que su hermano piensa casarla con él. También dijo que este señor no solo quiere casarse con ella por su belleza, sino también por las tierras que el hombre ganará casándose con ella.

Alec recordó las tierras en las afueras de Kilmarie.

—¿Entonces, Alec? ¿Adónde vamos ahora? —preguntó Galeron.

—Voy a reunirme con mi esposa. —Se volvió hacia Kinnon—. Y esta noche dormirás en una cama caliente.

Los cinco hombres cruzaron el puente y se dirigieron hacia el Castillo Dunakin. Alec estaba decidido a que nada le impidiera encontrar a Rossilyn y decirle que estaba vivo.

Capítulo Diez

En cuanto Rossilyn entró en el castillo con Alison en el regazo, vio a Darren hablando con Lord Lydell, el hombre con quien su hermano quería que se casara. Durante dos años, había hecho todo lo posible para impedir que su hermano la casara con aquel hombre. Cuando la pequeña Alison vio a su padre en el salón, se bajó rápidamente del regazo de su tía y corrió hacia él.

—¡Mira quién está aquí! —dijo el laird MacKinnon mientras levantaba a la niña y luego miraba en dirección a su hermana—. Mira quién está aquí, Rossilyn.

—Lord Lydell —dijo sin animación en la voz.

—Siempre es un placer verla, Lady Rossilyn.

—¿Qué hace en Dunakin, Lord Lydell? —Hizo la pregunta como si la respuesta no le importara.

—Rossilyn... —regañó Darren a su hermana por la grosería con que estaba tratando al que sería su futuro marido.

—No pasa nada, Darren. Estoy acostumbrado a los desplantes de tu hermana. Seguro que cuando nos casemos me tratará de otra manera. —Sonrió galantemente a Rossilyn.

Rossilyn miró con odio al hombre que tenía delante. Si fuera dueña de su vida, jamás se casaría con él. Pero los años pasaban y ella ya no encontraba excusas para evitar aquel matrimonio. En algún momento, tendría que aceptar a ese hombre como su marido.

—Lord Lydell está de paso —anunció Darren al interrumpir el silencio que reinaba entre ellos. —Viaja a Argyll para la boda del Conde Andrew.

—Tal vez tenga que permanecer dos semanas en el Castillo Achallader, y cuando vuelva, pasaré por Dunakin para la ceremonia de nuestra boda —anunció el hombre con una ligera diversión en los ojos. El lord se alegró al ver que los ojos de su futura esposa se abrían de par en

par ante la noticia.

Rossilyn miró sorprendida a su hermano. Le había prometido decírselo cuando decidiera la fecha en que la casaría con Lord Lydell.

—Tengo que irme, Darren. Te veré cuando vuelva. —Se volvió hacia su futura esposa—. Te prometo que serás la esposa más feliz de Skye, Rossilyn.

—Aún no estamos casados, Lord Lydell. Aún soy viuda. Por favor, llámeme señora.

Al hombre no le gustó que la chica le recordara que una vez había estado casada.

—Pronto estaremos casados y ya no serás viuda. Adiós. —Se volvió y caminó con largas zancadas hacia la puerta.

—Adiós, Lord Lydell —gritó para que el hombre pudiera oírla.

Sonrió al ver que había conseguido molestar al hombre que era lacayo del Conde Andrew, el hijo del responsable de la muerte de su padre.

—Te comportas como una mocosa, Rossilyn.

La pelirroja se volvió furiosa hacia su hermano.

—Prometiste que me lo dirías cuando decidieras la fecha en que me casaría con ese hombre.

—Lord Lydell decidió que es mejor que se casen cuando él regrese. Cree que el Conde Andrew pronto le necesitará en una batalla contra los MacGregor. Y esa batalla podría tardar meses o incluso un año en completarse.

—Entonces me casaré cuando él regrese de esa batalla —dijo con decisión.

—No, Rossilyn —gritó Darren, asustando a su hermana y a la pequeña Alison, que estaba en su regazo—. Ya has aplazado esta boda demasiado tiempo. Primero fue la muerte de nuestra madre. Al año siguiente se produjo la revuelta de los MacLeod, y Lord Lydell tuvo que posponer la boda para luchar junto al conde. Luego vino su enfermedad, de la que tardó meses en recuperarse. Todavía no puedo sacarme de la cabeza que inventó esta enfermedad junto con la señora Cora.

—Jamás me inventaría una enfermedad para escapar de un matrimonio —dijo como ofendida de que su hermano la creyera capaz de algo tan bajo.

Pero lo cierto era que había ocurrido exactamente lo que Darren sospechaba. Con la ayuda de la señora Cora, la curandera del clan MacKinnon, que le dio a beber una hierba que provocó la aparición de varias manchas en su cuerpo. Con esta farsa, Rossilyn consiguió librarse del matrimonio por un tiempo. Lord Lydell temía que lo que tenía fuera contagioso y no fue al Castillo de Dunakin durante varios meses. La muchacha pensó en volver a usar la hierba si no

ocurría algo que pusiera de nuevo en peligro el matrimonio.

—Nunca le perdonaré que me obligara a casarme con ese hombre. Traicionó a su pueblo al ponerse del lado del hijo del hombre que mató a nuestro padre.

Darren se acercó a su hermana, sonriendo.

—Si perdonaste a nuestro padre cuando te casó con ese MacMorran mucho mayor que tú, me perdonarás por casarte con un hombre que ayudará a tu clan a recuperarse.

—A nuestro clan le va muy bien, hermano. No necesitamos su ayuda. ¡Por favor, Darren!

—Te he dado mucho tiempo para que te hagas a la idea de casarte con Lord Lydell. Prepárate para tu boda dentro de quince días.

Rossilyn estaba aún más furiosa con su hermano. La muchacha se subió la falda del vestido y corrió hacia las escaleras. Subió corriendo las escaleras y entró en su dormitorio. Cuando irrumpió en la habitación, sobresaltó a la señora Arlana, que estaba poniendo un cuenco de agua sobre la mesa.

—¿Qué pasa, mi Rossilyn? —La mujer se dio cuenta de que su protegida estaba nerviosa por algo.

—¿Sabías que mi boda con ese hombre está prevista para dentro de quince días?

—¿Con Lord Lydell? —preguntó sonriendo.

—Sí, con Lord Lydell —repitió ella con las manos en las caderas.

—No. —Dejó de sonreír al ver que Rossilyn hablaba en serio—. ¿Por qué no quieres casarte con Lord Lydell, querida?

—¡Es un traidor, ama! Se alió con el hombre que mató a mi padre y a mi marido. Y ahora es el lacayo del hijo de ese bastardo. ¿Cómo puedo casarme con un hombre así?

La muchacha se sentó en la cama, sintiéndose derrotada. La señora Arlana se sentó junto a Rossilyn.

—Pero hay un resquicio de esperanza. Seremos del mismo clan. Serás una MacKinning. —Rossilyn miró a su ama y esbozó una media sonrisa—. Le gustas mucho, querida.

—Lo que le gusta son las tierras que ganará con este matrimonio. He oído que piensa regalárselas al Conde Andrew.

—Debe ser mentira, mi niña.

—He oído a mi hermano hablar de ello con Aileen.

La señora Arlana la miró con una disculpa en los ojos. Si se lo había oído decir a Darren, entonces podía ser verdad.

—Serás feliz, Rossilyn. Tendrás un hombre que te proteja. Y siempre estaremos juntas.

—Voy a bajar a cenar —dijo abatida.

La cena transcurrió con normalidad. Rossilyn se sentó junto a Aileen, y al lado de Darren estaba Payton MacKinning, mano derecha de Darren y primo de Lord Lydell. Los dos se entendían perfectamente, ya que tenían la misma edad. Angus MacLeod, la antigua mano derecha de Roland MacKinnon, había sido despedido por el nuevo laird y ya no formaba parte de los servicios del castillo. Siempre que podía, Rossilyn visitaba a Angus, cada día más abatido porque ya no era útil para el clan. Las dos mesas que se extendían a lo largo del salón estaban repletas de hombres y esposas de los hombres de Darren. En los años posteriores a la guerra, muchos de los MacKinnon que estaban dispersos por Escocia regresaron al clan, y volvieron a ser un gran clan en la isla de Skye.

—¿Estás enfadada conmigo por no haberte hablado de la boda?

Rossilyn se volvió hacia su cuñada al oír la pregunta.

—No, Aileen. Sé que mi hermano te pidió que no me lo contaras.

—Serás feliz, cuñada mía. Lord Lydell te quiere mucho.

—Espero que pase algo y se posponga la boda. Como ya ha ocurrido muchas veces —dijo Rossilyn esperanzada.

—Nada me hará posponer esta boda. Y Lord Lydell también piensa como yo —dijo Darren sin mirar a su hermana.

Aileen cogió la mano de su marido, que estaba sobre la mesa.

—Por favor, Darren. Comamos en paz.

Darren miró cariñosamente a su esposa. Al principio de su matrimonio, el laird MacKinnon no trataba a su mujer con afecto. No se casó por amor. Pero después de que Aileen le diera un hijo varón, cambió y empezó a tratarla con cariño y con el tiempo los dos se enamoraron. Darren trataba a todo el mundo con rudeza, pero la esposa siempre trababa con cariño.

—No sé por qué tengo que casarme con Lord Lydell si ya es nuestro aliado —dijo ella malhumorada.

—Una alianza es más fuerte —respondió Darren con calma. No quería disgustar a su esposa.

—Por favor, Darren, no me obligues a casarme con él —suplicó Rossilyn.

Aileen cogió la mano de su cuñada.

—Darren te quiere, Rossilyn —dijo mirando a su cuñada a los ojos—. Él solo la está casando con Lord Lydell por su bien. Una mujer necesita un hombre que la cuide. No puede ser viuda para siempre.

—Mi madre me dijo lo mismo unos días antes de morir —recordó Rossilyn.

—Escucha a Aileen, mi hermana —pidió Darren—. La unión de nuestra familia con los MacKinning nos reportará muchas ventajas.

Rossilyn bajó la cabeza y miró el plato que tenía delante, que ni siquiera había sido tocado. Intentó convencerse de que había hecho todo lo posible por cumplir la promesa que le había hecho a Alec el día que se enteró de su muerte. No se le ocurrirían más estratagemas a tiempo para evitar aquella boda.

Mientras Rossilyn miraba abatida su plato, Shawe MacKinnon, uno de los hombres que custodiaban la puerta del castillo, entró y caminó hasta la mesa del Jefe MacKinnon.

—¿Hay algún problema, Shawe? —preguntó el laird, en cuanto el hombre se acercó a la mesa.

—Señor —dijo tembloroso—, hay unos hombres en la puerta del castillo. Su líder dice que quiere hablar con usted.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó Darren, molesto por la interrupción de su cena.

—Dice que es Alec MacMorran —balbuceó MacKinnon.

Al oír el nombre de su marido, Rossilyn levantó la cabeza y miró a Darren, que estaba tan sorprendido como ella.

—¿Estás seguro de que ha dicho Alec MacMorran? —preguntó Rossilyn al hombre que estaba frente a la mesa.

—Sí, señora.

—¿Qué clase de broma es esa, Shawe? Alec MacMorran era mi cuñado. Y todo el mundo sabe que murió en el campo de batalla en la guerra contra el Conde Desmond.

—No es ninguna broma, Darren —dijo Alec al entrar en el gran salón y detenerse junto a Shawe. Detrás de él iban sus cuatro amigos.

A Rossilyn casi se le paró el corazón cuando vio a su marido vivo, de pie frente a ella. Había perdido la cuenta de cuántas veces había soñado con aquel momento. Como no había visto a su marido muerto, al principio mantuvo la esperanza de que Alec pudiera estar vivo y volver con ella, pero los años pasaron y esa esperanza dio paso al conformismo. Rossilyn se enfrentó a la

muerte de un marido al que apenas conocía, pero por el que aún sentía un gran afecto. Durante los dos años de guerra contra el Conde, Rossilyn empezó a sentir un afecto especial por su marido. Sabía que su marido, de alguna manera, la había unido a él la noche que durmieron juntos. Durante esos dos años, sintió una necesidad de él que no podía comprender. Había días en que lo deseaba desesperadamente. En aquel momento, aún no sabía lo que sentía. Pero después de vivir con su cuñada y escucharla contarle lo que sentía por su hermano, Rossilyn se dio cuenta de que lo que ella sentía por Alec era lo mismo que Aileen sentía por su hermano. Le quería. Descubrió este amor meses después de la muerte de su madre. Cuando se dio cuenta de lo que sentía por Alec, se volvió aún más decidida a no casarse nunca. Y durante tres años se las arregló para librarse de su matrimonio con Lord Lydell. Y ahora que no veía salida a ese matrimonio, Alec apareció para salvarla.

Al mirar al hombre con el que se había casado seis años atrás, cuando aún era una niña, Rossilyn no tuvo ninguna duda de que el hombre que tenía delante era Alec MacMorran, su marido. Aunque su aspecto era diferente, se trataba del mismo hombre. A Alec le había crecido el pelo hasta justo por debajo de los hombros. Ahora tenía una barba rubia que le enmarcaba la cara, lo que le hacía aún más guapo. Mirando rápidamente el cuerpo de su marido, vio que seguía tan fuerte como siempre. Los ojos de Rossilyn se detuvieron en la boca de Alec, y su corazón latió aún más rápido al recordar el beso que él le había dado la noche que durmieron juntos. Lo que estaba ocurriendo le parecía un sueño a Rossilyn. Varias noches había soñado que su marido llegaba de repente y la besaba como aquella noche.

Cuando pasó la sorpresa de ver a Alec vivo, Rossilyn sintió una felicidad que nunca había sentido en su vida. Quería correr hacia su marido y abrazarlo. Ella quería tocarlo y decirle que lo esperó todo ese tiempo. Pero antes de que pudiera impulsar su deseo, oyó la voz de su hermano.

—¿Alec MacMorran? —preguntó Darren, sin dar crédito a lo que veían sus ojos—. Pero mis hombres y yo vimos cuando lo mataron los hombres del conde.

—También pensé que estaba muerto en ese momento. Pero el destino quiso que siguiera vivo —dijo, mirando a Rossilyn y sonriendo.

Rossilyn sintió que se derrumbaba por dentro cuando vio que su marido le sonreía. Sabía que él también había vuelto por ella.

—¿Y dónde has estado todos estos años?

—Los dos primeros años estuve prisionero en las mazmorras del Castillo de Achallader.

Rossilyn se volvió hacia su hermano con una pregunta en los ojos. La muchacha quería saber si él había visto u oído algo sobre los prisioneros de la mazmorra del conde cuando estuvo en el castillo, un año después de terminada la guerra, para jurar lealtad con los otros caciques que perdieron la guerra ante el conde.

—No lo sabía —dijo, mirando rápidamente a Rossilyn y luego de nuevo a Alec.

—No tenía forma de saberlo, Darren —dijo Alec con calma—. El conde nos escondió muy bien. Tras la muerte del conde, fui vendido como esclavo al jefe MacKay y he trabajado hasta ahora en las minas de Ben Hope.

Mientras Alec relataba lo que le había sucedido durante aquellos cuatro años en que se le dio por muerto, Rossilyn observó a su marido y vio las marcas en su rostro de todos aquellos años de sufrimiento. Se fijó en las numerosas cicatrices de su cuerpo.

—¿Y cómo consiguió escapar de la mina, señor Alec? —preguntó Aileen.

—Esta es mi mujer, Aileen MacKinnon —presentó Darren.

—Es un placer conocerla, señora. Mis amigos y yo —miró hacia atrás—. Ayudamos al clan Sutherland a recuperar la mina, que había sido tomada por el clan MacKay. Nos dieron la libertad por ayudarles. Y he venido a por mi mujer —dijo con calma, mirando a Rossilyn—. Me voy a Eynort a cuidar de mi clan. —Volvió a mirar a su cuñado.

Durante sus años en prisión y luego los dos que pasó en la mina, Alec siempre había creído que Darren cuidaba de su pueblo.

—No sé cómo decirte esto, Alec... Pero tu clan ya no existe.

Alec se quedó mirando a su cuñado, sin creer que lo que acababa de decir fuera cierto.

—¿Cómo que ya no existe, Darren? —Alec se acercó aún más a la mesa, mirando a su cuñado.

—No pude hacer nada por tu clan, Alec.

—¿Qué ha pasado? —Alec gritó y golpeó con fuerza la mesa, asustando a todos los presentes.

Los cuatro hombres que habían venido con él notaron el nerviosismo de Alec y se acercaron a él.

Los hombres MacKinnon que cenaban en la sala se levantaron y pusieron las manos en sus espadas al darse cuenta de que su laird podía estar en peligro.

Rossilyn también se puso en pie al percibir la tensión en el salón.

—Cálmate, Alec —pidió Rossilyn.

—¿Qué le ha pasado a mi clan? —gritó mientras se encaraba con Darren.

—Los hombres del conde atacaron a los clanes que no tenían líder y expulsaron a la gente de sus tierras. La tierra fue entregada a los clanes aliados del conde.

—No podías haber permitido que eso ocurriera. —Alec estaba tan furioso que su respiración se aceleró.

—No podía hacer nada. —Darren también gritó, y se levantó para enfrentarse a su cuñado—. ¿Querías que luchara contra el conde? Acabaría con mi clan. Trata de entender, Alec. No tenía hombres para luchar contra el Conde. Sabes que perdimos muchos hombres en la guerra —dijo, intentando mantener la calma.

Alec bajó la cabeza y recordó a los hombres que murieron durante los dos años que luchó contra el Conde.

—¿Y dónde los metiste? —preguntó con calma, aun con la cabeza gacha.

—En ningún sitio, Alec. No podía mantenerlos aquí. Apenas podía alimentar a mi gente.

Con cada palabra que decía Darren, la sangre de Alec bullía de odio.

—No podría haberlo hecho, Darren. No podría haberlo hecho —gritó la última frase.

Alec agarró su espada y apuntó al cuello de Darren. Aileen se levantó rápidamente y se apartó de la mesa, mirando aterrorizada a su marido. Todos los hombres de la sala sacaron sus espadas y apuntaron con ellas a los cuatro hombres, que también sacaron sus espadas y se pusieron de espaldas unos a otros y apuntaron con sus espadas a los hombres de Darren.

—Teníamos una alianza, tenías que protegerlos.

—¿Qué querías que hiciera? —preguntó entre dientes—. Si se quedaban, nos moriríamos todos de hambre —gritó nervioso.

—Por favor, Alec. Baja esa espada —Rossilyn pidió junto a su hermano.

Alec miró con odio a Rossilyn, que se sobresaltó ante su mirada. Bajó la espada y dijo con más calma

—Tu padre prometió cuidar de mi clan si algo le ocurría a mi padre.

—Hice lo que pude por ellos.

—¿Echándolos? —gritó con odio.

Alec se volvió e hizo un gesto a sus amigos para que bajaran las espadas. Darren hizo lo mismo y sus hombres también bajaron las espadas y las guardaron.

—Escuchad con atención lo que voy a deciros —dijo mientras volvía a mirar a Darren—. Voy a reunir a mi clan y con el tiempo seremos aún más de lo que éramos. No esperes una alianza con mi clan.

—Estás casado con mi hermana. Tendremos una alianza de por vida.

Alec volvió a mirar a Rossilyn, quien, al ver que la miraba con odio, pensó que tal vez quisiera anular el matrimonio. Ella sabía que él podía hacerlo si quería. Rossilyn sabía que su matrimonio no se había consumado. Podía anularlo si quería. No entendía por qué de repente la miraba con tanto odio, como si fuera una enemiga.

—Mis hombres necesitan comida y alojamiento —dijo mirando a Aileen.

Aileen miró a su marido, que asintió con la cabeza.

—Veré que todo esté preparado para ellos —dijo Aileen y se acercó a los cuatro hombres—. Venid conmigo, por favor.

Los cuatro miraron a Alec, que les hizo un gesto para que se fueran.

—Rossilyn, lleva a tu marido a su habitación y cuida de él.

Rossilyn obedeció a su hermano y se acercó a Alec.

—Ven conmigo, Alec.

Los dos caminaron en silencio hasta el dormitorio. Al entrar en la habitación, Alec se dio cuenta de que era la misma en la que había pasado la primera noche de su matrimonio con Rossilyn.

—Haré que te traigan agua para el baño.

—Agua fría.

Ella asintió y salió de la habitación. Poco después regresó con dos criadas, que llenaron la bañera y se marcharon. Pero antes de abandonar la habitación, las dos criadas miraron a Alec, maravilladas por su belleza y el misterio de su muerte. Cuando Rossilyn dio el primer paso para irse con las criadas, oyó la voz de su marido y se detuvo.

—Quédate —ordenó entre dientes.

Se dio la vuelta y empezó a quitarse la ropa, quedándose desnudo delante de Rossilyn. Ella se sintió hipnotizada por la visión del cuerpo de su marido. Sintió que todo su cuerpo se calentaba ante aquella visión. Cuando se dio la vuelta, Rossilyn bajó la mirada. Pero levantó la vista cuando lo vio acercarse. Tuvo que luchar contra sí misma para no bajar la mirada. La chica giró la cabeza y miró hacia otro lado.

Al acercarse a Rossilyn, Alec la agarró por los hombros y apretó. Rossilyn abrió los ojos, sobresaltada.

—Cuando te casaste conmigo, te convertiste en una MacMorran. Era tu deber cuidar de tu

pueblo. —La voz le salió llena de odio y decepción.

—Me estás lastimando, Alec. —Ella levantó la cabeza y lo miró temerosa.

—Dejaste sola a mi gente —dijo entre dientes.

Rossilyn se sobresaltó al ver tanto odio en los ojos de su marido.

—¿Podemos hablar de esto más tarde? ¿Después de que termine el baño? —preguntó, tratando de controlar las lágrimas. Sentía dolor donde él la apretaba.

—Nunca te perdonaré que los hayas abandonado.

—Pero...

La soltó bruscamente y se volvió para entrar en la bañera.

—Voy a buscar algo de ropa en el baúl de mi padre para ti —dijo Rossilyn cuando sintió que no podía contener más las lágrimas. Tenía que salir de aquella habitación.

Rossilyn salió rápidamente de la habitación y cerró la puerta. Se detuvo en medio del pasillo y lloró suavemente, masajeándose el lugar donde su marido la había estrujado. Contuvo las lágrimas con el dorso de la mano y se dirigió a la habitación donde estaban guardados los baúles con la ropa de sus padres. Se sentó en el baúl y lloró desesperadamente por la injusticia que Alec estaba cometiendo con ella.

La puerta se abrió y entró la señora Arlana.

—¿Qué ha pasado, jovencita? —preguntó mientras se sentaba junto a Rossilyn y la abrazaba—. ¿Qué te ha hecho ese monstruo?

—Fue muy injusto conmigo. No sabe por lo que he pasado todos estos años.

Abrazó a la vieja ama y lloró aún más.

—No te preocupes por lo que te haya dicho, jovencita. No te merece.

Poco después, Rossilyn se levantó y se secó la cara.

—Tengo que llevarle la ropa.

—Permítame, jovencita. Quédese aquí y recupérese.

La señora Arlana entró en la habitación y le tiró la ropa a Alec.

—No te la mereces —dijo con odio y salió de la habitación dando un portazo.

Unos instantes después, Rossilyn entró en la habitación y vio que estaba vacía. Decidió bajar

a ver si Alec estaba en el salón. Necesitaba hablar con él. Explicarle lo que había pasado.

—¿Qué vas a hacer, Alec? —preguntó Farlan, poco después de que su amigo hubiera entrado en el salón, que estaba en la segunda planta del castillo.

—Mañana nos vamos a Mu Ruibhe.

—¿Sabes cómo llegar? —preguntó Kendric.

—Ya te he dicho que conozco esta parte de Escocia como la palma de mi mano. Si salimos al amanecer, llegaremos antes de que anochezca.

—¿La llevas contigo? —preguntó Farlan, pero ya sabía la respuesta.

Alec se lo pensó un momento antes de contestar. Estaba muy dolido por Rossilyn, sabiendo que no había hecho nada para impedir que su hermano expulsara a su pueblo. Pero por mucho que se sintiera herido con su esposa, la quería cerca de él. Alec sentía la necesidad de tener a Rossilyn a su lado como si necesitara aire para respirar. Sabía que ya no podría vivir sin ella a su lado.

Cuando estaban en el dormitorio y vio a Rossilyn de pie, mirándole con aquellos preciosos y brillantes ojos azules, se dio cuenta de algo que sabía desde hacía mucho tiempo, pero que nunca había sido capaz de admitir. La quería. Alec amó a Rossilyn desde que la vio por primera vez en el pasillo. Pero el amor que sentía por ella en aquel momento era distinto del que sentía ahora. Su amor de hacía seis años era un amor fraternal, pero ahora la amaba con todos sus sentidos. Y la deseaba en todos los sentidos. Esperaba poder perdonarla algún día y vivir en paz.

—Es mi mujer —dijo.

Poco después, Alec bajó en el salón y vio que Rossilyn y Aileen también volvieron en el salón.

—Siéntate a comer con nosotros —invitó Darren.

—Solo he venido a decirle a tu hermana que se prepare para salir a primera hora— dijo sin mirar a Rossilyn.

—¿Y adónde vas a llevar a mi hermana?

—A Mu Ruibhe.

—A las tierras que pertenecen a mi hermana.

Alec se dio cuenta de que a su cuñado no le hizo ninguna gracia oír que iban a Mu Ruibhe.

—Soy su marido, así que la tierra me pertenece ahora.

En cuanto terminó de hablar, se dio la vuelta y se dirigió hacia las escaleras.

Cuando Alec abandonó el salón, un silencio ensordecedor se apoderó de todos los presentes. Poco después, los hombres y sus esposas abandonaron el salón. Rossilyn también abandonó el salón y se dirigió a su habitación.

Nada más entrar en ella, Rossilyn se dio cuenta de que estaba vacía. Esperaba encontrar a su marido en el dormitorio. Necesitaba hablar con él. También quería saber todo lo que le había ocurrido durante los años que habían pasado lejos el uno del otro. Pero él estaba tan dolido por lo que le había ocurrido a su clan que prefería dormir lejos de ella. Rossilyn se acercó a la mesa donde yacían las ropas con las que él había llegado. Se las acercó a la nariz y exhaló el embriagador aroma de su marido. Era el mismo olor que había quedado en la camisa que se había puesto la noche que se acostó con su marido. Durante mucho tiempo, su olor se había pegado a la tela de la camisa, pero con el tiempo se había desvanecido, pero permanecía en la memoria de Rossilyn. Era el mismo olor que estaba sintiendo en aquel momento.

Rossilyn se sobresaltó al oír abrirse la puerta. Se volvió rápidamente y vio a la señora Arlana entrando en el dormitorio.

—He venido a ayudarte a preparar los baúles para el viaje de mañana.

—Gracias, ama.

—Ya he empaquetado mis cosas.

Rossilyn miró emocionada a la mujer que siempre había estado a su lado.

—El lugar es muy precario, ama.

—No me importa. Nunca te dejaré sola. Iré donde tú vayas.

Rossilyn abrazó con cariño a la pequeña mujer.

En una de las habitaciones del castillo, Darren se paseaba de un lado a otro. La puerta se abrió y Aileen entró con una copa de vino. El hombre cogió la copa y se bebió todo el contenido de un trago. Cuando hubo terminado, arrojó el vaso contra la pared, asustando a su mujer.

—Ese cabrón no podía haber vuelto —gritó nervioso.

—¿Sabías que estaba vivo, Darren?

—Por supuesto que no. Le vi caer muerto. Pensé que estaba muerto.

—Entonces, ¿qué tiene de malo que haya vuelto? Tu hermana tiene ahora a su marido a su lado. Creo que le gusta —dijo sonriendo.

Darren miró sin aliento a su mujer, pero se calmó al hablar.

—Rossilyn solo tenía trece años cuando se casó con él. No era más que una niña. No sabes lo que me hace la presencia de ese hombre.

—¿Qué te hizo, Darren?

—No debería haber vuelto. No quiero recordar lo que pasó.

—¿Qué es lo que no quieres recordar?

—Pero lo solucionaré —dijo como si hablara consigo mismo.

—¿Qué harás?

—Aún no lo sé. Pero haré algo.

En cuanto la primera luz del día apareció en el horizonte, Alec salió de la habitación con sus cuatro amigos y bajó al vestíbulo. Vieron que el castillo estaba en gran movimiento por la partida de Rossilyn con ellos. Los cinco hombres salieron del castillo. Alec se sobresaltó al ver que también había mucho movimiento en el exterior debido a su marcha. Los cuatro hombres se miraron sin entender a qué venía tanto alboroto.

Darren estaba hablando con Bhric y Douglas MacKinnon, dándoles las últimas órdenes sobre lo que debían hacer. Cuando el laird se percató de la presencia de su cuñado y sus cuatro amigos, dejó a los dos hombres y caminó hacia ellos.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó Alec en cuanto Darren se acercó.

—Es por tu partida. Te llevas a Bhric y a Douglas MacKinnon para que te ayuden a asegurar el lugar. Sus familias también irán. Las mujeres ayudarán a Rossilyn a cuidar la mansión. También te llevarás a Hamish y Keilan, son MacLean y no tienen familia aquí en Kyleakin. Rossilyn está acostumbrada a ellos dos, todos los años la acompañan a Sigachan para quedarse con mi tía Annabel en la época de la cosecha. —Alec miró a los dos jóvenes que estaban al otro lado del patio, preparando sus caballos—. También se lleva a Escanor y Gordon MacKinnon —señaló a dos hombres que sostenían cuatro caballos—. Pero volverán cuando usted se haya instalado en Mu Ruibhe. Les prestaré a tus hombres cuatro caballos. Cuando regresen Escanor y Gordon, traerán los caballos. También se llevarán algunos muebles. Fue idea de Aileen.

Alec miró los dos carromatos llenos de muebles y baúles.

—Gracias por todo, Darren. Pero, ¿y yo? ¿No me prestas un caballo?

—No —dijo para sorpresa de Alec—. Montarás el tuyo —señaló algo detrás de él.

Cuando Alec miró hacia atrás, su corazón se llenó de alegría al ver a su fiel amigo Azulão, su caballo desde la infancia. Rossilyn lo tenía en brazos y se dio cuenta de que estaban muy unidos. Alec bajó los pocos escalones que conducían a la puerta del castillo y se acercó al caballo. Azulão reconoció a su antiguo dueño y le dio un codazo con el hocico.

—¿Cómo estás, muchacho? Me alegro de volver a verte. Gracias por cuidar de él, Darren —dijo mirando a su cuñado.

—No es a mí a quien tienes que dar las gracias. Confieso que pensé en venderlo. Las cosas estaban muy difíciles aquí, Alec. Pero Rossilyn no me dejó venderlo. Dijo que dejaría de comer para que el caballo pudiera quedarse —dijo, mirando con orgullo a su hermana.

Alec miró seriamente a Rossilyn.

—Gracias.

Rossilyn notó que a Alec le costaba decirle aquella palabra. No entendía por qué había perdonado a su hermano por lo que había hecho, porque lo trataba amistosamente, pero a ella no podía perdonarla, como si hubiera cometido el mayor de los pecados. Eso le dolió mucho. Su marido estaba siendo muy injusto con ella.

—Haré que uno de mis hombres le diga a la tía Annabel que este año no podrás ir a su casa durante la cosecha.

—No hace falta, Darren —dijo Rossilyn rápidamente. Alec se dio cuenta de que su mujer se había puesto tensa al oír lo que había dicho su hermano. Le intrigó—. Cuando estemos instalados en Mu Ruibhe, enviaré a uno de los MacLean a Sigachan para que avise a mi tía Annabel. Mu Ruibhe está más cerca de Sigachan. No tienes que preocuparte por eso.

—Está bien. Haz lo que te plazca.

Alec vio cómo Rossilyn se daba la vuelta y caminaba hacia un caballo blanco, el mismo caballo que la había visto por última vez hacía seis años. Acarició al caballo y miró en dirección a los dos hombres MacLean. Vio que uno de los hombres asentía lentamente y que Rossilyn le negaba discretamente con la cabeza. Esto le intrigó sobremanera. Se dio cuenta de que su mujer y los dos hombres MacLean compartían un secreto. Un secreto que tenía que ver con su viaje a Sigachan cada año durante la cosecha. Y en ese momento decidió que averiguaría cuál era ese secreto.

—¿Va todo bien, Alec? —preguntó Farlan acercándose a su amigo.

—Sí —dijo Alec, mirando a su amigo.

—Todo está listo. Podemos irnos si quieres.

—Pues vámonos.

Mientras Farlan se alejaba, Alec miró en dirección a Rossilyn y vio que caminaba hacia su hermano y su cuñada. Miró a los dos hombres MacLean y vio que se sonreían como si estuvieran contentos por el viaje. Alec estaba decidido a averiguar qué secreto compartían su mujer y aquellos dos hombres MacLean.

Después de que Rossilyn se despidiera de su hermano, su cuñada, sus dos sobrinos y algunas personas más del castillo, subió a Proteus y se situó junto a uno de los carromatos.

Alec vio que en la carreta en el que Rossilyn estaba a su lado estaba la mujer que le había tirado la ropa la noche anterior. Imaginó que debía de ser su ama, la mujer que se había opuesto a su matrimonio con Rossilyn porque aún era una niña. Pero su mujer ya no era una niña, no sabía por qué ahora se opondría a su matrimonio. La mujer lo miró con odio en los ojos. La mujer y la hija de Bhric y la mujer de Douglas también iban en el carro. Con ellos iría también Angus MacLeod.

Alec ordenó a Bhric y Douglas que lideraran el grupo. Los otros hombres asegurarían las carretas y a todos los demás. Él seguiría detrás con Angus. Alec quería quedarse atrás para vigilar a los dos MacLean y a Rossilyn. Quería ver si intercambiaban más miradas. El guerrero estaba decidido a descubrir el secreto que ocultaba su esposa.

El grupo dejó Kyleakin y se dirigió a Mu Ruibhe.

Capítulo Once

Mientras el grupo recorría los caminos que los llevarían al norte de Skye, Alec cabalgaba en silencio junto a Angus. Todo el tiempo miraba al grupo y especialmente a Rossilyn, que iba montada en Proteus, junto al carro donde estaba su ama. Su esposa charlaba animadamente con las mujeres. Alec sintió una sensación de felicidad en el corazón cuando vio la brillante sonrisa de Rossilyn. Se dio cuenta de que en ningún momento su mujer y los dos MacLean volvieron a mirarse. Estaba decidido a no apartar los ojos de los tres. El guerrero no sabía qué le disgustaba más, si el secreto de Rossilyn con los dos MacLean o su incapacidad para evitar que su pueblo fuera expulsado por su hermano.

Durante el descanso para comer, Bhric llevó al grupo a un arroyo que corría cerca del camino. Douglas encendió un pequeño fuego y las mujeres prepararon un guiso para que todos comieran. Rossilyn vio que los hombres de Alec ya estaban familiarizados con el resto del grupo. Kinnon era divertido y siempre hacía reír a todos. Vio que Kinnon y Crissa, la hija de Bhric, intercambiaban miradas durante todo el camino. Cada vez que ella miraba a su marido, él apartaba la mirada. Rossilyn podía sentir la mirada de su marido sobre ella cuando ella no le miraba. No entendía por qué su marido se comportaba así con ella. Era amable con todo el mundo, le vio charlar con todos durante el viaje, pero en ningún momento se acercó a ella. Le desconcertaba y le dolía.

El grupo retomó el camino y Alec les dijo que solo se detendrían cuando llegaran a Mu Ruibhe. Cuando no estaban lejos de las tierras de Alec y Rossilyn, Farlan dejó a los dos hombres MacKinnon que encabezaban el grupo y se dirigió a la parte de atrás para hablar con su amigo. En cuanto se acercó, Angus se hizo a un lado y ocupó el lugar de MacDonnell al frente.

—¿Vas a decirme qué pasa o tendré que adivinarlo?

Alec miró a su amigo y sonrió un poco. Los dos se conocían desde hacía solo tres años y parecían tener una amistad de toda la vida. Alec se acordaba a menudo de su amigo Bruce cuando hablaba con Farlan. Los dos siempre entendían lo que sentía y le daban buenos consejos. Pero ahí acababan las igualdades. Mientras Farlan era serio y tenía un gran respeto por las mujeres, Bruce siempre se divertía con todo y siempre miraba a las mujeres con un solo pensamiento. Poseerlas en la cama. Él y Farlan se parecían en este sentido, y quizá por eso Alec se identificó tan rápidamente con su amigo.

—Estoy seguro de que Rossilyn me oculta algo.

—¿Y por qué piensas eso?

—¿La pillé a ella y a los MacLean intercambiando miradas antes de irnos?

—¿Con los dos? —preguntó sorprendido.

—Sí, con los dos.

—Alec, tienes que ser indulgente con tu mujer. Durante cuatro años te creyó muerto.

Alec se volvió rápidamente hacia Farlan cuando se dio cuenta de lo que quería decir con aquellas palabras. El guerrero había hablado un rato con Angus, la antigua mano derecha de Roland, quien le había contado que Rossilyn había hecho todo lo posible para impedir que su hermano la casara con Lord Lydell. Alec miró con odio a los dos MacLean.

—Mataré a esos bastardos si han tocado a mi esposa.

—Tranquilo, amigo. No te precipites. Intentaré averiguar algo.

—No —dijo rápidamente—. Esto es asunto mío. No te preocupes. Primero averiguaré qué pasa realmente entre Rossilyn y los MacLean. Luego decidiré qué hacer con los tres.

Los dos volvieron a caminar en silencio. Alec y Farlan detuvieron sus caballos cuando vieron que más adelante Bhric, Douglas y Angus habían detenido sus caballos y miraban atentamente algo. Vieron cómo Douglas dejaba a los dos hombres y cabalgaba hacia ellos.

—¿Qué ocurre, Douglas? —preguntó Alec en cuanto el hombre se acercó.

Douglas MacKinnon a pesar de ser más joven que Alec, no tenía un pelo en su cabeza. Odara y él se habían casado hacía poco.

—Pase al frente, señor. Tiene que verlo usted mismo.

Alec y Farlan cabalaron hacia el frente con el hombre. Las carretas se detuvieron a poca distancia de los hombres que iban delante. El primer carro lo conducía la mujer de Bhric, el segundo su hijo. Rossilyn, que estaba de pie junto a la primera carreta, observó cómo Alec la rebasaba, avanzando. Se dio cuenta de que algo estaba ocurriendo.

En cuanto Alec se unió a los dos hombres que iban delante del grupo, La chica se dio cuenta de que algo estaba pasando.

—No parece que vaya a ser tan fácil tomar posesión de sus tierras—, comentó Farlan.

A poca distancia de donde estaban, vieron a lo lejos los límites de Mu Ruibhe. El problema era que el terreno estaba ocupado por varias familias, que ya habían construido casas y estaban

preparando los campos para la siembra. Alec no esperaba tener que luchar por las tierras de Mu Ruibhe. Pero si tenía que hacerlo, lucharía y expulsaría a los invasores. Tenía los documentos de las tierras en sus manos para demostrar que eran suyas. Darren se los había dado justo antes de salir de Kyleakin.

—¿Qué hará ahora, señor Alec? —preguntó Angus.

—Bhric, trae a todos los hombres.

El hombre salió en cuanto oyó la orden y poco después todos los hombres a caballo se acercaron al grupo.

—Preparad las espadas. Vamos a tener que expulsar a unos invasores de mis tierras. Angus, quiero que te quedes con los carromatos y te quedes aquí. Si algo sale mal, quiero que vuelvas a Kyleakin lo antes posible.

Desde la distancia, Rossilyn observó cómo Angus se separaba del grupo de hombres y se acercaba a los carromatos. Apretó a Proteus y se acercó a los hombres. Miró en dirección a Mu Ruibhe y vio lo mismo que los hombres.

—Alec. —Esperó a que su marido mirara en su dirección—. Podemos hablar.

—Ahora no puedo, Rossilyn. Vuelve a los carromatos y quédate con Angus. Tenemos que sacar a esa gente.

—Primero, necesito hablar contigo.

—Ya te he dicho que ahora no —gritó nervioso—. Parece que no respetas las órdenes de un hombre. Pero eso cambiará.

Rossilyn miró a su marido con odio. Se estaba cansando de la grosería con que la trataba, y si él quería hacerse el tonto, que así fuera. Antes de volver a los carromatos, Rossilyn miró en dirección a los MacLean y asintió discretamente con la cabeza.

Alec y Farlan vieron lo que hizo Rossilyn. El gesto cegó de rabia a Alec, que apretó a Azulão para dirigirse a su esposa. Él quería saber por qué el intercambio de miradas con los MacLean. Pero antes de que Azulão pudiera dar el primer paso, Farlan se puso delante del caballo, evitando que su amigo montara una escena delante de todos.

—Ocupémonos primero de los invasores.

Alec asintió con la cabeza. Pero estaba decidido a enviar a los dos MacLean de vuelta a Kyleakin en cuanto todo estuviera resuelto. Ya no podía mirarlos y no sentir un fuerte impulso de matarlos.

Los hombres tensaron sus caballos y cabalaron rápidamente hacia la aldea de casas que se alzaba cerca de la mansión de la finca.

—Señora Rhona, vamos a continuar nuestro viaje —dijo Rossilyn al acercarse a las carretas.

—Pero el señor Alec nos dijo que nos quedaríamos aquí —advirtió Angus.

—Alec es un cabeza dura —dijo ella con enfado—. Soy la señora de Mu Ruibhe y tú también tienes que obedecerme. Yo me voy a Mu Ruibhe, el que quiera quedarse aquí, que se quede —dijo ella, mirando fijamente al viejo Angus.

Aunque no estaba de acuerdo con Rossilyn, Angus siguió a los carromatos.

A medida que se acercaban a la aldea, Alec y los hombres pusieron las manos en la empuñadura de sus espadas. Estaban preparados para luchar si era necesario. Vieron que los aldeanos se habían reunido en lo que antes era una plaza frente a la mansión. Cuando estaban casi cerca de la aldea y ya podían ver las caras asustadas de la gente, Alec frenó el Azulão y miró a la gente, sorprendido. Antes de acercarse más a la aldea, el guerrero detuvo a Azulão y miró en silencio a la gente como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

—¿Qué ha pasado, Alec? —preguntó Farlan junto a su amigo.

Alec no contestó. Se bajó del Azulão y caminó con pasos lentos hacia la gente. Su respiración se aceleró con los latidos de su corazón. Conocía a aquella gente. Había vivido con ellos desde niño. Su corazón se llenó de alegría cuando vio a un hombre alto salir de entre la multitud y detenerse frente a él. Alec tuvo que ser fuerte para no llorar cuando volvió a ver al amigo y mano derecha de su padre. Bor MacLean no fue tan fuerte como su laird y dejó que las lágrimas brotaran de sus ojos al ver al hijo de su gran amigo vivo frente a él.

—Oímos que habías muerto —dijo el hombre, muy conmovido.

—Eso es lo que querían haceros creer. Pero estoy vivo.

Los dos hombres se abrazaron con fuerza y sonrieron. La gente lloraba y sonreía al mismo tiempo, al ver que su laird estaba vivo. Alec fue abrazado por varias personas que lo conocían desde que nació.

Los hombres se acercaron y bajaron de sus caballos al ver que Alec conocía a estas personas.

Alec volvió a abrazar a Bor y sonrió al mirar al hombre que tanto respetaba.

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Después de que el conde nos expulsara de Eynort solo con la ropa puesta, llevé a la gente a Kyleakin y pedí ayuda a Darren MacKinnon, pero me dijo que su gente se moría de hambre y que no podíamos quedarnos allí. Cuando estábamos casi en el puente que bordea las tierras de los MacKinnon, la señora Rossilyn se detuvo ante nosotros montada en un caballo blanco y nos dijo que viniéramos a Mu Ruibhe. Ella nos enseñó el camino y dijo que pronto vendría a vernos. Unos días después de nuestra llegada, vino con dos hombres y nos ayudó a construir algunas casas y a preparar la tierra para la siembra. En época de cosecha siempre viene a Mu Ruibhe y

nos ayuda. La señora Rossilyn nos cae muy bien a todos.

Alec escuchó toda la historia sin poder creérsela. Le invadió un sentimiento de pesar: había sido injusto con su mujer. Miró a su alrededor y vio a los dos MacLean abrazando a las mujeres MacMorran. La besaban y parecían felices. Así que ese era el secreto de los tres. En lugar de llevar a Rossilyn a casa de su tía, la llevaron a Mu Ruibhe y se quedó con los MacMorran durante toda la cosecha.

Justo entonces se acercaron los dos carros y Alec vio a Rossilyn bajar del caballo.

—¿Cómo está, señor Bor?

—Muy contento de que nuestro laird haya vuelto y de que usted haya llegado, señora Rossilyn. Todos estamos muy contentos. ¿Ha visto cómo los campos están listos para la siembra?

—Sí, lo he visto. Este año también estaré aquí para ayudarlos con la siembra. ¿Podrías conseguir algunos hombres que nos ayuden a meter las cosas en la casa?

—Ahora mismo me encargo, señora Rossilyn.

Alec estaba impresionado por la voz de mando de su esposa.

—¡Señora Rossilyn!

Alec vio el camino de Rossilyn obstruido por una mujer embarazada, que miraba asombrada a su esposa.

—¿Cómo estás, Riane?

—Me alegro mucho de que estés aquí.

Ambos sonrieron.

—¿Y cómo está esa barriguita? —dijo alisando el voluminoso vientre de la mujer.

—Se le está estrechando al bebé. Pronto correrá por estas tierras.

—Me alegro de estar aquí para verlo nacer.

—Estoy segura de que en poco tiempo será la de la señora llegando a este mundo y corriendo por estas tierras.

Rossilyn sonrió un poco avergonzada. Lo disimuló y miró a Alec, que la observaba asombrado. Pero ella lo miró seriamente y, tras despedirse de la mujer, entró en la casa.

Lo guerrero sabía que se merecía aquel trato, había sido muy injusto con ella.

—Alec MacMorran, no deberías estar vivo.

Al oír aquella frase pronunciada con tanto odio, Alec se dio la vuelta y vio a un Calder MacMorran aún más viejo y muy demacrado.

—¡Señor Calder!

—Tú y tu padre llevasteis a mi hijo a la muerte —dijo con lágrimas en los ojos—. Usted también debería haber muerto.

—Señor Calder. —Alec no sabía qué decir para consolar el dolor de un padre que había perdido a su único hijo de una forma tan trágica. Ni siquiera le permitieron enterrar el cuerpo de su hijo, que fue quemado junto con los otros MacMorran y los demás hombres, muertos en la batalla de los clanes que lucharon junto a los aliados de la isla de Skye.

—Mereces morir —gritó con odio—. No vivirás mucho.

—Sacadle de aquí —ordenó Bor y dos hombres se llevaron al señor Calder. Mientras lo arrastraban por las calles del pueblo, el señor Calder gritó que Alec debería estar tan muerto como su hijo.

—Comprendo su dolor —dijo Alec con la cabeza gacha.

—El señor Calder no ha vuelto a ser el mismo desde que se enteró de la muerte de Bruce.

—Bruce era mi mejor amigo, no debería haber muerto. Bruce era todo lo que el señor Calder tenía después de perder a su mujer.

—Con el tiempo se recuperará. Ahora pasen y vean su nuevo hogar —dijo Bor, señalando la mansión que tenían delante.

Al entrar en su nuevo hogar, Alec miró a su alrededor y vio que la casa tenía dos plantas, con los dormitorios arriba. Una vez que todo estuvo dentro de la casa, las mujeres empezaron a ordenar. Alec buscó a Rossilyn y no la encontró. Preguntó a una de las mujeres, que le dijo que Rossilyn había subido a su habitación.

Rossilyn estaba rebuscando en su baúl cuando vio abrirse la puerta y entrar a Alec. Él cerró la puerta y los dos se miraron en silencio.

—¿Por qué no me lo has dicho? —preguntó él con calma.

—Me acusaste enseguida. Intenté decírtelo, pero no quisiste escucharme —le acusó enfadada.

—Lo siento. Me cegó la rabia cuando supe que los míos vagaban sin rumbo por Escocia. Lo siento, Rossilyn.

—No pasa nada —dijo como si lo ocurrido no tuviera importancia.

—¿Por eso no querías casarte?

Ella lo miró sorprendida por la pregunta.

—Sí —mintió—. Temía que mi futuro marido los echara.

—Gracias por lo que has hecho.

Rossilyn se levantó y caminó hacia Alec. Se detuvo frente a él y lo miró con seriedad.

—Cuando me casé contigo, me convertí en una MacMorran. No lo hice por ti, lo hice por mi pueblo. —Se dirigió hacia la puerta y se marchó, dejando a Alec solo.

Cuando su mujer salió de la habitación, Alec sonrió. Nunca había imaginado que vería tanta fuerza en los ojos brillantes de Rossilyn. Cuando bajó al salón de la mansión, el guerrero vio a Rossilyn ayudando a las mujeres con las tareas domésticas.

Crissa entró corriendo en el salón y se dirigió a Rossilyn.

—Señora Rossilyn, los MacMorran están preparando una fiesta para celebrar el regreso del señor Alec. Están todos fuera.

—Dejad todo lo que estéis haciendo y disfrutemos de la fiesta —dijo Rossilyn y se marchó con las mujeres. Antes de marcharse, miró a Alec y sonrió.

Cuando Alec llegó a la pequeña plaza del pueblo, cerca de la mansión, vio a todos los MacMorran reunidos alrededor de una gran hoguera. Había dos gaiteros y un hombre tocando un tambor. Empezó a sonar música y todos se pusieron a bailar.

Alec se acercó a sus amigos, que miraban sonrientes en dirección a la hoguera. Vio a Kinnon bailando con Crissa y a Rossilyn bailando con Kendric. De vez en cuando, un MacMorran se acercaba y saludaba a Alec como nuevo laird del clan MacMorran. Pasó el tiempo y Alec se encontró solo. Galeron desapareció acompañado de una MacMorran. Farlan bailaba excitado con dos mujeres. Kendric y Kinnon también bailaban. Kinnon y Crissa bailaron juntos todo el tiempo. Decidió que al día siguiente hablaría con él y que, si realmente estaba interesado en Crissa, tendría que hablar con su padre. Rossilyn también seguía bailando. Todos los hombres querían bailar con ella. Alec vio que todos trataban a su mujer con gran afecto y respeto. La señora Adaira, la costurera del clan MacMorran, cogió a Alec de la mano, lo acercó al fuego y se puso a bailar con él. Poco después, Alec y Rossilyn se encontraron durante el baile y él la abrazó por la cintura. Rossilyn sonrió al sentir la mano de su marido sobre su cuerpo. Los dos empezaron a bailar. Se podía ver en sus ojos la alegría de estar juntos de nuevo.

Mientras bailaba en brazos de su marido, Rossilyn sonrió y sintió que nunca había sido tan feliz en su vida. Su corazón se aceleraba cada vez que Alec se aferraba a ella. El guerrero no se alejó más de su esposa y los dos bailaron juntos el resto de la noche.

Poco a poco la gente fue abandonando la fiesta y regresando a sus casas. Alec miró el fuego y vio que solo quedaban unas pocas brasas. Buscó con la mirada a Rossilyn y no la encontró.

Rossilyn entró en el dormitorio y suspiró. Cerró los ojos y sonrió al recordar el momento en que Alec la había cogido por la cintura y había acercado su cuerpo al de ella. Nunca se había sentido tan feliz como en aquel momento.

La puerta se abrió y vio entrar a la señora Arlana con semblante serio.

—¿Qué pasa, ama? No te he visto durante la fiesta.

—No tengo nada que celebrar.

Rossilyn miró seriamente a la pequeña mujer.

—¿No te alegras de haber venido?

—No es eso, mi Rossilyn. Siempre soy feliz a tu lado. Y él no te merece —dijo refiriéndose a Alec. —Deberías casarte con Lord Lydell y ser lady Rossilyn MacKinning. Serías mucho más feliz con él.

—Pero mi marido está vivo. No puedo casarme con él, ama —dijo, tratando de ser paciente con la mujer que la había criado.

—Si tu marido no hubiera vuelto, estarías casada con Lord Lydell en quince días.

Rossilyn se levantó y se apartó de la cama.

—Ama, no quiero hablar más de eso. Alec ha vuelto y ahora soy una mujer casada. Ya no me importa Lord Lydell.

La señora Arlana suspiró, besó a Rossilyn y salió de la habitación.

Cuando la señora Arlana salió de la habitación, Rossilyn se puso el camisón, apagó unas velas y se tumbó en la cama.

Desde donde estaba, Alec observó cómo se atenuaba la luz de la habitación de Rossilyn. Lo único que deseaba en aquel momento era estar con Rossilyn en aquella habitación. Sabía que había sido injusto con ella y necesitaba hacer algo para que Rossilyn lo perdonara. Entró en la casa y se dirigió al dormitorio de su esposa.

Rossilyn se sobresaltó al ver a Alec entrar en su habitación, pensó que iba a acostarse con sus hombres como la noche anterior. Ensanchó los ojos cuando lo vio de pie en medio de la habitación.

En silencio, Alec se acercó a la cama y se quitó las botas y la falda escocesa, quedándose solo con el chaleco. Rossilyn se apartó para que él pudiera tumbarse a su lado. Observó cómo se

ajustaba. Alec levantó la vista, consciente de que ella lo miraba.

Alec giró el cuerpo y el corazón se le aceleró al ver el brillo de los ojos azules de Rossilyn cuando lo miró. Alec sostuvo el rostro de Rossilyn y lo acarició.

—Si quieres, dormiré en otra habitación.

—Esta también es tu habitación. Quiero que te quedes.

—Perdóname por cómo te he tratado. Prometí que nunca sería grosero contigo, y tan pronto como la encuentro, rompo mi promesa.

Rossilyn le tocó la mano.

—No pasa nada, Alec. Ya lo he olvidado. Solo quiero que me prometas que la próxima vez escucharás lo que tengo que decirte.

—Te lo prometo, Rossilyn.

Ella sonrió y sus ojos brillaron, haciendo que Alec se perdiera en el brillo de sus ojos.

—Antes de irme, te dije que cuando volviera retomáramos la conversación donde la habíamos dejado.

Rossilyn asintió, recordando las palabras de Alec el día que partió a la guerra, seis años atrás. Vio cómo Alec se acercaba a su rostro con los ojos cerrados. El corazón se le aceleró. Lo que había pedido a Dios tantas noches estaba a punto de suceder. Volvería a sentir los labios de Alec sobre los suyos. Cerró los ojos cuando sus labios rozaron los suyos.

Cuando Alec apartó la boca de la suya y abrió los ojos, se encontró con una Rossilyn sonriente. Pero a diferencia de la primera vez, no vio a una niña, sino a una mujer.

—Has sido mi esposa durante seis años, Rossilyn. Pero hoy, voy a convertirme en mi esposa.

Volvió a acercar sus labios a los de ella y los rozó una vez más. Pero esta vez quería más. La obligó a abrir los labios. Cuando ella cedió, introdujo la lengua y profundizó el beso, acercando aún más a Rossilyn a él.

Cuando sintió la lengua de Alec dentro de su boca, Rossilyn gimió. Era la sensación más maravillosa que había sentido nunca. Cuando su lengua tocó la de él, Rossilyn sintió que un fuego recorría su cuerpo. Su corazón latía aún más deprisa y sus manos no podían mantenerse quietas. Necesitaba acariciar el cuerpo de su marido. Y eso fue lo que hizo. Acarició lentamente su espalda.

Cuando Alec abandonó la boca de Rossilyn, vio que sus ojos brillaban de forma diferente. Sonrió al ver un nuevo brillo en los ojos de su mujer. Un brillo de deseo. Un deseo que él había despertado.

—Esto ha sido solo el principio, esposa mía. Hay mucho más por venir.

Rossilyn bajó la mirada, avergonzada por querer saber qué más tenía Alec para mostrarle. Levantó la cabeza rápidamente y lo miró al sentir sus dedos en el cuello.

Alec tocó la suave piel de su esposa con las yemas de los dedos. Agarró el cordón que le ataba el camisón por delante y los desató. Abrió el jersey y lo bajó un poco, dejándole los hombros a la vista. Sonrió al ver de nuevo las pecas de sus hombros. Besó cariñosamente cada hombro.

Cuando sintió los labios de Alec sobre su piel, Rossilyn cerró los ojos y se mordió el labio, sintiendo un cosquilleo entre las piernas. Lo que sentía crecía aún más a medida que los besos de Alec recorrían su cuerpo. Le bajó la blusa aún más hasta la cintura, dejando al descubierto los grandes pechos de Rossilyn. Gimió al sentir los labios de su marido alrededor de sus pechos. Alec la estaba haciendo sentir sensaciones cada vez más maravillosas.

Cuando oyó los gemidos de placer de Rossilyn, sintió que estaba lista para él. Se arrodilló en la cama y quitó el camisón a Rossilyn, dejándola desnuda. Miró entre sus piernas y sonrió.

—Mi pelirroja.

Cuando se encontró con la mirada de su marido, sonrió avergonzada.

Alec se quitó la chaqueta, desnudándose. Esta vez Rossilyn no se negó a ver la virilidad de su marido. Miró el miembro erecto de su marido y sintió que su sangre latía cada vez con más fuerza en sus venas.

—No tengas miedo —dijo él cariñosamente.

Volvió a tumbarse encima de Rossilyn, que respiraba agitadamente a medida que sus cuerpos desnudos se acercaban. Alec colocó su miembro entre las piernas de Rossilyn, y cuando ella lo sintió en contacto con su cuerpo, cerró los ojos.

—Abre los ojos, Rossilyn —le pidió con suavidad.

Ella le obedeció.

—Solo sentirás dolor esta vez. Te prometo que no volveré a hacerte daño. —Alec levantó la pierna de Rossilyn y la colocó encima de él. Sus manos siguieron sujetándole la pierna—. Eres mía, Rossilyn.

La besó profundamente. Rossilyn volvió a sentir un cosquilleo entre las piernas y se agarró a la espalda de Alec.

—¿Eres mía, Rossilyn? —preguntó él, mirándola directamente a los ojos, que brillaban de deseo.

—Sí... —se detuvo al sentir cómo él forzaba su virginidad.

—¿Eres mía, Rossilyn? —La voz de él salió arrastrada por el deseo.

—Yo... soy... tuya —exclamó al final, al sentir cómo él rompía su virginidad.

Alec apretó la pierna de Rossilyn al sentir cómo rompía la barrera de su virginidad. Se detuvo cuando sintió que estaba completamente dentro de su esposa.

—Ahora eres mi mujer.

Rossilyn sonrió. Ya no sentía dolor. Acarició el rostro de Alec.

—Soy tu mujer para siempre.

Alec la besó y empezó a moverse lentamente. Pronto, Alec hizo que Rossilyn sintiera placer por primera vez. El guerrero también sintió su placer y se tumbó exhausto junto a su esposa. Estaba feliz. Había soñado con aquel momento durante seis largos años. El momento que haría gemir de placer a Rossilyn entre sus brazos. Alec levantó el brazo y Rossilyn se tumbó sobre su pecho. Los dos durmieron abrazados, como la noche en que habían dormido juntos por primera vez.

A la mañana siguiente, Rossilyn se despertó y sintió que Alec se levantaba de la cama. Se dirigió al fondo de la habitación para hacer sus necesidades detrás de una pared. Algo en la sábana le llamó la atención. Apartó la sábana y vio una mancha roja. Rossilyn se bajó desnuda de la cama y miró la mancha. Aquella sangre era la suya, la sangre de su pureza. Recordó que Alec le había dicho exactamente eso a su padre la mañana siguiente a la boda. Sonrió al recordar lo que Alec había hecho aquella noche. Ahora entendía por qué se había cortado y había manchado de sangre la sábana. No estaba preparada para vivir lo que había vivido la noche anterior, la noche de su boda.

Rossilyn giró la cabeza y vio que Alec se acercaba desnudo.

—Gracias.

La abrazó cariñosamente.

—Cuando lo hice, sabía que pasaría mucho tiempo antes de que te convirtiera en mi esposa. Solo que no esperaba tener que esperar seis años.

—Pero, ¿valió la pena la espera? —preguntó un poco aprensiva.

—Sí, mereció la pena. —Él sonrió y la besó en la frente—. Me pondré la ropa y bajaré.

Rossilyn se puso el camisón y le ayudó a ponerse la falda escocesa.

Capítulo Doce

Cuando Alec llegó al patio de la mansión, encontró a sus cuatro amigos. Estaban esperando por él para saber lo que haría cada uno en Mu Ruibhe. Los amigos sonrieron cuando Alec se acercó al grupo.

—¿Este hombre que viene es realmente Alec MacMorran? —preguntó Farlan con seriedad, pero luego sonrió.

—¿Qué pasó con el hombre que siempre era el primero en despertarse y esperaba a que los demás se despertaran? Hoy has sido el último en despertarte, Alec —comentó Galeron, y todos rieron. Incluso Alec.

—Sonriendo así, ni siquiera te pareces al Alec gruñón con el que he vivido los dos últimos años. —Kinnon imitó a Alec poniéndose serio mientras miraba a todos.

—Ese hombre sigue aquí. Pero ahora tengo motivos para sonreír.

—Estamos bromeando, amigo mío. La verdad es que estamos muy contentos con todo lo que está pasando. Ahora todos somos hombres diferentes —dijo Galeron y todos estuvieron de acuerdo.

—¿Y lo que están haciendo aquí? —preguntó Alec.

—Esperando a que nos digas qué hacer. No queremos ocupar el lugar de nadie —dijo Farlan.

Alec miró a los cuatro hombres, sabía dónde colocar a cada uno.

—Kendric y Kinnon, necesitaremos levantar una empalizada alrededor de la aldea. Quiero que reunáis a algunos hombres, taléis algunos árboles y lo tengáis todo listo para que podamos levantar la empalizada. Luego levantaremos un muro de piedra bien reforzado. Quiero la aldea bien protegida.

—Lo haremos ahora, Alec.

Los dos hermanos se encaminaron hacia la aldea para reclutar a algunos hombres que fueran

con ellos al bosque a talar los árboles.

—Galeron, quiero que marques el lugar donde estará la entrada a la aldea y pongas a dos hombres a vigilar la entrada. Tú serás el encargado de elegir a los hombres que vigilarán el lugar.

Galeron miró emocionado a Alec. Era un puesto de gran importancia el que le estaba ofreciendo.

—Gracias por tu confianza, Alec.

—No me lo agradezcas, amigo mío. Te la mereces. Confío mucho en ti.

Los dos hombres se estrecharon la mano y se acercaron. Galerón dejó solos a Alec y Farlan y fue a cumplir la orden de su líder.

Los dos hombres se miraron en silencio durante un rato.

—¿Y yo qué haré?

—Me gustaría que fueras el jefe de guerra del clan MacMorran. Cuando fuimos a la guerra, dejamos a las mujeres, los jóvenes y los viejos. Las mujeres siguen siendo mujeres —ambos rieron al oír hablar a Alec— y los viejos son aún más viejos. Pero los jóvenes son ahora chicos listos para luchar. Quiero que les enseñes a luchar en la batalla.

Al principio Farlan no pudo decir nada, estaba demasiado conmovido por el honor que Alec le estaba haciendo.

—No te defraudaré, Alec.

—Sé que no lo harás. Vi cómo luchaste durante nuestra revuelta en la mina. Si mis hombres luchan así, tendremos grandes guerreros.

Farlan sonrió avergonzado por el cumplimiento de su amigo.

—¿Y dónde puedo empezar a entrenar a los hombres?

—Hay un buen espacio vacío a ese lado del río. Podemos hacer una arena con estacas altas de madera para que nada distraiga la concentración de los hombres.

—Reuniré algunos hombres e iremos con Kendric y Kinnon, en busca de algunos árboles.

—Si necesitáis ayuda, llamadme.

Los dos hombres se despidieron y se dirigieron en dirección opuesta.

Rossilyn bajó al salón poco después de que Alec abandonara la habitación. Ella y las demás mujeres terminaron de ordenar la casa. Era casi el final de la mañana cuando Rossilyn se dio cuenta que no había visto a su marido desde que salió de la habitación temprano en la mañana.

Sintió un gran deseo de verle. Salió de casa en busca de su marido. Vio a Bor hablando con Angus en medio de la plaza.

—Bor, ¿has visto a Alec por aquí? —preguntó mientras se acercaba a los dos hombres.

—Ha ido al granero a ver cómo están almacenadas las semillas. ¿Envío a alguien a buscarlo?

—No, iré yo.

Al llegar al granero, Rossilyn se detuvo en la entrada. Vio a Alec y a algunos otros hombres MacMorran mirando las semillas dentro de bolsas de tela marrón.

Alec se sintió observado y, aún inclinado sobre los sacos, miró hacia atrás y sonrió al ver a la mujer de pie junto a la puerta del granero, con el sol brillando a sus espaldas. El pelo de Rossilyn parecía llamas llameantes.

—Necesito hablar contigo, Alec. ¿Puedes venir aquí, por favor?

Alec se levantó preocupado por el tono serio de la voz de Rossilyn. Despidió a los hombres con una mirada y se acercó a su mujer. En cuanto se acercó, Rossilyn lo cogió de la mano y lo condujo detrás del granero. El lugar estaba vacío.

En cuanto llegaron detrás del granero, Rossilyn se apoyó rápidamente en la pared y lo acercó a ella. Alec se sorprendió al verla sonreír.

—¿Qué tramas, mi pelirroja?

Los ojos de Rossilyn se encontraron con la boca de Alec. Ella le miró la boca y su respiración se aceleró.

—Caminaba hacia la cocina y de pronto recordé el beso que me diste ayer. —Ella lo miró directamente a los ojos—. Lo quiero otra vez.

Alec sonrió y la abrazó con fuerza, acercando aún más su cuerpo al de ella. Agarró con furia los labios de su mujer y la besó. Rossilyn levantó una de sus piernas y él la abrazó, frotando su duro miembro entre sus piernas. El deseo que ambos sentían en aquel momento hizo que una sensación de ardor recorriera sus cuerpos, enviando oleadas de placer a cada lugar donde se tocaban.

Alec se separó de su mujer y su respiración se aceleró. Le sostuvo la cara y vio el brillo del deseo en sus ojos.

—Por favor, Rossilyn, no me tientes así.

—Lo siento, Alec. —Se detuvo para tomar aliento, la respiración de ella también se aceleraba por el deseo—. No se había dado cuenta de lo que pasaría cuando lo besó.

Sonrió al ver la inocencia en los ojos azules de su mujer.

—Creo que es mejor que solo nos besemos cuando estemos en el dormitorio. Al menos hasta que tengamos el control de nuestros cuerpos.

Ella asintió.

—Quiero que acabe pronto el día y llegue la noche.

Alec soltó una carcajada ante la seriedad con que Rossilyn pronunció aquellas palabras. Volvió a besarla, pero logró controlarse para que no volvieran a donde lo habían dejado. Los dos caminaron de vuelta a la mansión.

En cuanto terminó la cena, Rossilyn subió a su dormitorio y se puso el camisón para esperar a su marido. Sabía que tardaría, pues había estado charlando con Farlan y Galerón en el salón. Su corazón se aceleró al imaginar que Alec no tardaría en cruzar la puerta y besarla como había hecho aquella mañana.

La puerta se abrió y, para decepción de Rossilyn, era la señora Arlana.

—Apenas te he visto hoy, querida.

Rossilyn se acercó a la pequeña mujer y la abrazó cariñosamente.

—Fui a casa de Riane. Sintió algo de dolor, pero fue una falsa alarma. Davina también estaba allí.

—¿Quién es Davina?

—Es la curandera de los MacMorran. Ella sabe cómo tratar todas las enfermedades. Davina me invitó a su casa mañana. Dice que me enseñará algunas de las cosas que sabe.

—No puedes aprender a ser curandera, querida —dijo la señora Arlana, regañándola.

—¿Por qué?

—Eres la señora de esta mansión —dijo con desdén.

Rossilyn se fijó en la forma en que su ama hablaba del lugar donde vivía.

—Antes de venir a Mu Ruibhe, dije que el lugar era sencillo, ama.

—No me quejo del lugar. Ya lo sabes. Lo que me duele en el corazón es que no perteneces a este lugar, querida. No naciste para ser la señora de una mansión. Sino de un castillo.

—¿Qué quieres decir, ama?

—Antes de venir aquí, me enteré de que Lord Lydell está construyendo un castillo en sus

tierras. Estaba pensando en hacer un castillo para que vivieras en él —dijo la mujer con entusiasmo.

A Rossilyn no le gustó que la mujer sacara el tema. Quería olvidar a Lord Lydell.

—Nunca me casaría con ese hombre, nunca confié en él.

—¿Cómo puedes confiar en un hombre que ha estado desaparecido por tantos años? —preguntó la mujer de pelo gris con seriedad.

—Alec estuvo en la cárcel, ama —dijo ella sin paciencia.

—Eso es lo que él dice. No me creo que él y esos cuatro trabajaran en una mina durante dos años. Podría ser mentira.

—Alec no me mentiría.

—Los hombres siempre mienten. No te merece, Rossilyn. Es Lord Lydell quien te merece.

—Ya basta, ama —gritó, asustando a la mujer—. No quiero volver a oír hablar de Lord Lydell. Sabes lo duro que trabajé para evitar casarme con ese hombre. Mi lugar está al lado de mi marido. Si de verdad me amas, no vuelvas a tocar el nombre de ese hombre.

—Te quiero mucho, querida. Por eso solo quiero tu bien. —Se puso de puntillas y besó a Rossilyn en la frente. Luego salió de la habitación.

Rossilyn suspiró, se acercó a la mesa y bebió un vaso de agua para calmarse.

Alec entró en la habitación y, al mirar a Rossilyn, descubrió una hermosa sonrisa en su rostro. Se quitó lentamente las botas y la falda escocesa, arrojándolas sobre una silla.

—Creo que no le caigo bien a tu ama.

—¿Por qué piensas eso?

—Siempre que me la encuentro por casa, me mira con odio. Una vez su hermano me dijo que ella y él se oponían a nuestro matrimonio.

—Los dos estaban en contra en aquel momento porque yo era demasiado joven —me dijo mientras se acercaba a su marido.

—¿Demasiado joven? Lo que recuerdo es que aún eras una niña. —La abrazó y tocó con un dedo la nariz respingona de su mujer.

—Pero ahora ya no lo soy. Y ha llegado la noche y estamos solos en la habitación.

—Voy a besarte toda la noche.

Alec la estrechó entre sus brazos y se la llevó a la cama. La noche no fue solo de besos, Alec hizo gemir varias veces de placer a Rossilyn entre sus brazos.

Pasaron los días y dos semanas después, todos miraban a Mu Ruibhe como su hogar permanente. Alec y Rossilyn estaban cada día más enamorados. Los dos se amaban cada noche. Pero seguían besándose solo en el dormitorio. Sus besos seguían haciéndoles perder el control de sus cuerpos y lo único que querían era amarse. Los cuatro amigos de Alec también se habían acostumbrado rápidamente al lugar. Alec habló con Kinnon sobre Crissa y los dos fueron a hablar con Bhric, que aceptó su matrimonio. Tras preparar el establo, los hombres empezaron a hacer la casa para Kinnon y Crissa. Había muchas viudas en MacMorran, y las más jóvenes le habían echado el ojo a Galerón, por quien se peleaban varias mujeres. Le hacían ropa y diversos tipos de comida. Hacían todo lo posible por complacerlo. Había tantas para elegir que nunca se decidía por una. Kendric y Farlan aún no habían encontrado esposa, no es que no tuvieran pretendientes, pero ambos decían que querían trabajar y que pensarían en el matrimonio más adelante. Farlan era muy feliz como jefe de guerra de los MacMorran. Lo único que le molestaba era que nunca podía vencer a Alec. A diferencia de Bruce, Farlan no podía aceptar que tuviera que perder contra su jefe. Siempre decía que algún día le ganaría. Rossilyn empezó a frecuentar la casa de Davina, la curandera MacMorran, y aprendió de la mujer todo lo relacionado con la curación.

Aquella mañana, al despertarse, Alec giró ligeramente la cabeza y vio a Rossilyn durmiendo plácidamente en sus brazos. Como todas las mañanas desde que llegó a Mu Ruibhe, sintió una sensación de paz al observar a su esposa. Esa paz que solo sentía cuando estaba al lado de Rossilyn. No pudo resistirse y besó lentamente los labios carnosos y rosados de su esposa. Al abrir los ojos, Rossilyn sonrió a su marido como cada mañana.

—Buenos días, esposo mío.

—Buenos días, esposa mía.

Volvió a besarla y Rossilyn respondió al beso de su marido.

—Tengo que salir de la cama —dijo con abatimiento.

—¿Siguen construyendo la casa de Kinnon y Crissa?

—Terminamos ayer —dijo mientras se levantaba—. Voy con Farlan y Galerón cabalgar hasta los límites de Mu Ruibhe. Quiero hacerme una idea del tamaño de nuestras tierras.

—¿Por qué? —Rossilyn también se levantó de la cama y le ayudó a ponerse la falda escocesa.

—El año que viene quiero aumentar el tamaño del campo de plantación. Quiero plantar más variedades de alimentos.

Rossilyn sonrió de acuerdo con su marido.

—Eso está muy bien.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a casa de Davina. Me está enseñando a hacer un remedio para el mareo. —Rossilyn vio que Alec la miraba de otra manera. Parecía orgulloso—. ¿Por qué me miras así?

Alec la abrazó.

—Mi padre le rogó muchas veces a Davina que transmitiera lo que sabía a alguna mujer del clan. Temía que muriera antes de transmitir sus conocimientos a alguien. Pero ella dijo que solo transmitiría sus conocimientos a alguien que realmente lo mereciera. Alguien que se preocupara por la gente, que realmente quisiera ayudarla. Ella vio todo eso en ti, mi pelirroja.

—Me gusta mucho Davina. Es una mujer muy valiente. Muchas personas no quieren aceptar sus cuidados porque creen que lo que les pasa es un castigo de Dios y que, si Él quiere, se curarán. Ella les planta cara y les cuida. A menudo les salva la vida.

—Sé cómo es. Seguro que serás como ella. Una guerrera.

Besó cariñosamente a su esposa y salió de la habitación.

Poco después, Alec cabalgaba en Azulão junto a Farlan y Galeron. Los límites de Mu Ruibhe llegaron hasta una colina. Los tres subieron la colina y desde la cima vieron una cabaña un poco más abajo. Era una cabaña grande con un establo y vieron que había gente cerca de la propiedad.

—Es bueno conocer a nuestros vecinos —dijo Galeron.

—Pero no es bueno que Alec llegue sin avisar. Es un terrateniente. Si quieres, averiguaré quién es el dueño de esa casa de campo y de las tierras que la rodean.

—Hazlo, Farlan. Te esperaremos aquí.

Los dos hombres observaron a MacDonnell bajar la colina y dirigirse hacia la cabaña. Galeron y Alec bajaron de sus caballos y empezaron a charlar sobre las mejoras que habían hecho en Mu Ruibhe desde su llegada. Las nuevas casas, el establo y el muro de piedra que se estaba levantando poco a poco. Había pasado mucho tiempo desde que Farlan se marchó. Alec y Galeron se miraron preocupados.

—Ha pasado mucho tiempo, Alec.

—Yo también estoy preocupado por Farlan. Ya debería haber vuelto.

—¿Qué vamos a hacer?

—Iremos tras él. Farlan podría necesitarnos.

Los dos se dirigieron hacia los dos caballos que pastaban tranquilamente en la colina. Pero antes de que los montaran, Galeron gritó.

—¡Mira, Alec!

Cuando miró hacia la colina, vio a Farlan cabalgando rápidamente hacia ellos.

—¿Qué ocurre? —dijo mientras bajaba del caballo—. ¿Por qué esos rostros preocupados?

—Estábamos preparándonos para ir tras de ti.

—¿Por qué has tardado tanto, Farlan? —preguntó Alec.

—El lugar está muy bien vigilado, Alec. Y desconfían mucho de los extraños.

—¿Y eso por qué?

—Porque fabrican whisky ilegalmente para venderlo en la isla de Skye.

—¿Y sabes quién es el dueño?

MacDonnell parecía serio antes de contestar.

—No le gustará saber de quién es esa tierra.

—¿De quién son esas tierras?

—De Lord Lydell MacKinning.

—¿Has hablado con el bastardo?

—No. No estaba allí.

—¿No sabían que los MacMorran estaban viviendo aquí? —preguntó Alec, curioso.

—Sí. Lo que me enteré es que Lord Lydell pensaba usarlos para trabajar para ellos después de casarse con Rossilyn. Por eso no le dijo nada a su cuñado sobre su presencia. Para que no los echara.

—Ese hombre es un cabrón —dijo Alec con odio.

—Olvídate de él, Alec. Estás con tu mujer y tu clan.

—Tienes razón, Galeron. Lo que más deseo es alejarme de ese bastardo. Volvamos a la aldea.

Después de hacer el amor con Alec aquella noche, Rossilyn descansó sobre su pecho.

—No me dijiste cómo fue tu viaje a los límites de Mu Ruibhe.

—Mu Ruibhe es más grande de lo que imaginaba. Temía tener que echar a algunos de ellos dentro de unos años, cuando el clan creciera.

Rossilyn notó que Alec parecía diferente. Levantó la cabeza para mirarlo.

—Veo un ceño fruncido de preocupación. ¿Qué ha ocurrido?

—¿Sabías que tenemos un vecino cerca del límite de la tierra?

—No. Mi hermano me dijo una vez que no había nadie viviendo cerca de estas tierras. Nunca nos alejábamos mucho del pueblo. Les pedí a todos que no se aventuraran a salir. No quería que se enteraran y se lo contaran a mi hermano. ¿Has conocido a nuestros vecinos?

Alec se incorporó y se sentó.

—No lo he hecho y no quiero hacerlo.

—¿Qué te pasa, Alec? —preguntó mientras se sentaba frente a él.

—El propietario de las tierras es Lord Lydell, tu prometido.

Rossilyn se puso seria, no le gustaba la broma de su marido.

—Te pido disculpas. Es que pierdo el control al pensar que ese desgraciado tuvo la osadía de querer casarse contigo.

El semblante de Rossilyn se suavizó y perdonó a su marido cuando se dio cuenta de lo mucho que le había molestado aquella historia.

—Vamos a intentar olvidarlo todo.

La abrazó.

—Sí, lo haremos.

Dos días después, justo después del desayuno, Rossilyn y Alec estaban solos en el salón cuando todos se habían marchado a sus trabajos.

—Se acerca la cosecha —dijo Rossilyn entusiasmada mientras lo abrazaba.

—¿Estás contenta?

—Muy contento. Nunca he podido estar aquí en esta época del año. ¿Qué vas a hacer esta mañana?

—Voy con Seorus al campo para asegurarme de que todo está listo para la siembra. Luego

volverá y yo iré al granero a comprobar las semillas.

—¿Seorus es el marido de Aileana?

—Sí. Vi a este niño correteando por Eynort con otros niños. Hoy está casado y es padre de dos hijos.

—Ayudé a Davina a dar a luz a Aileana el año pasado. Casi muere. Fue un parto muy difícil.

—¿Qué vas a hacer?

—Iré a casa de Davina.

—Te veré en el almuerzo entonces.

Justo cuando se despedían, oyeron caer algo en el pasillo que llevaba a la cocina. Sonaba como si alguien se hubiera tropezado con algo y hubiera salido corriendo. Ambos se miraron y sonrieron.

—Parece que nos vieron juntos y no quisieron interponerse en nuestro camino —dijo Alec.

—Pero no parece que haya funcionado muy bien.

Los dos se fueron juntos y tomaron caminos distintos.

Después de pasar toda la mañana en casa de Davina, Rossilyn empezó a disponer las hierbas en sus respectivas macetas bajo la atenta mirada de la curandera. Rossilyn miró a la mujer con aprensión. Davina era una mujer muy atractiva, morena y con el pelo largo y negro. Decía que nunca se había casado porque los hombres temían su sabiduría. Era solo unos años mayor que Alec. A Rossilyn le gustaba mucho Davina.

—Bien hecho, esta vez has puesto las hierbas en las macetas adecuadas. —La mujer sonrió.

Rossilyn sonrió al ver que esta vez había acertado. Ambas se sobresaltaron cuando la puerta se abrió y Crissa irrumpió de repente.

—Venga conmigo, señora Rossilyn —pidió Crissa rápidamente.

—¿Qué ha ocurrido?

—El granero está ardiendo —dijo desesperada.

—¡Dios mío! ¡Alec está ahí!

Gritó el nombre de su marido y salió corriendo con Davina y Crissa detrás. Las tres corrieron hacia el granero. Desde la distancia, Rossilyn vio las llamas que destruían el granero. Se le llenaron los ojos de lágrimas al recordar las palabras de Alec de la mañana. —Voy al granero—. Mientras se unía a la gente, que miraba incrédula lo que estaba ocurriendo, Rossilyn se

desesperó.

De repente, Rossilyn oyó una voz familiar que gritaba su nombre. Giró la cabeza hacia un lado, cerró los ojos y dio gracias a Dios.

—¡Alec!

Rossilyn se arrojó a los brazos de su marido cuando este gritó su nombre, sintiéndose más tranquila al verlo. Lágrimas de felicidad corrieron por su rostro.

—Estoy bien, Rossilyn —dijo él, estrechándola entre sus brazos.

—Cuando Crissa me dijo que el granero estaba ardiendo, recordé que habías dicho que te pasarías por allí esta mañana. ¿Qué había pasado?

—Iba de camino al granero, pero Angus quería hablar conmigo sobre el muro. Le pedí a Seorus que fuera al granero y comprobara las semillas por mí.

—¡Oh, Alec! —La muchacha lo abrazó aún más fuerte, sabiendo que su marido debía de sentirse culpable por la muerte de Seorus.

—¿Cómo se inició el incendio, señor Alec? —preguntó Davina, que estaba junto a ellos.

—Aún no lo sé. Angus cree que se debió al calor. Quizá el sol calentó la paja y así se inició el fuego.

—Probablemente, fue eso lo que ocurrió. Los días son muy calurosos —confirmó Davina.

En ese momento, Galeron se acercó con varias partes de su cuerpo embadurnadas de ceniza por el fuego.

—Hemos perdido todas las semillas, Alec —dijo abatido.

El fuego acabó con la vida de Seorus y con la esperanza del pueblo MacMorran de pasar un invierno bien abastecido.

Fue un día de gran tristeza. Una vez apagado el fuego, sacaron el cuerpo de Seorus del granero y lo enterraron en el cementerio de Mu Ruibhe. Todos lloraron la muerte de Seorus y su mujer estaba desconsolada. Alec prometió que cuidaría de ella y de sus dos hijos. Y todos se entristecieron también por la pérdida de las semillas. Todos temían por el futuro sin el alimento que esas semillas les proporcionarían.

Aquella fue una noche angustiosa para Alec. Pasó la noche en vela pensando en cómo conseguir las semillas. Alec rebuscó en su bolsa las últimas monedas que le quedaban, que eran muy pocas. El tiempo pasaba y Alec se desesperaba aún más al darse cuenta de que no podría alimentar a su pueblo el próximo invierno.

Rossilyn se quedó despierta hasta media noche con Alec, pero el cansancio la venció y se quedó dormida sentada en la silla. Cuando despertó, se dio cuenta de que estaba tumbada en la cama. Miró hacia su marido y vio que tenía la mirada perdida mientras miraba la ventana. Se levantó y le abrazó por detrás.

Al sentir las suaves manos de su mujer, Alec la acarició.

—Buenos días.

El guerrero levantó la cabeza y sonrió.

—Buenos días, mi pelirroja.

Rossilyn acarició el rostro de Alec y vio las ojeras que tenía.

—No has dormido, ¿verdad?

—No pude, Rossilyn. Intenté encontrar una salida, pero nada. No sé qué hacer para alimentar a mi gente.

Rossilyn permaneció en silencio, no sabía qué hacer para ayudarle.

Oyeron golpes en la puerta y Rossilyn fue a abrir. Era Crissa.

—Hay un hombre en el salón que quiere hablar con el señor Alec.

Rossilyn miró a Alec. Este se levantó y miró sorprendido a la joven.

—¿Quién es, Crissa?

—Es Lord Lydell MacKinning.

Al oír el nombre, Alec y Rossilyn intercambiaron miradas de sorpresa. Los dos bajaron al salón con Crissa. En cuanto llegaron al salón, vieron que había dos hombres junto a Lord Lydell, que debían de ser sus guardias de seguridad. Los cuatro amigos de Alec también estaban en el salón, así como Bor y Angus. Lord Lydell miró en su dirección y sonrió mientras miraba a Rossilyn. Alec sintió que su cuerpo se tensaba al ver a aquel hombre sonriendo a su esposa. Rossilyn entrelazó su mano con la de Alec y ambos se acercaron a Lord Lydell.

—¿Qué le trae por aquí, Lord Lydell? —Alec intentó ser cortés.

—Pensé en venir antes, en cuanto Darren me habló de tu regreso, pero he estado ocupado. Es una lástima que nos hayamos encontrado en estas condiciones. Me enteré de lo que pasó ayer aquí en Mu Ruibhe.

—Tuvimos una tragedia en la que perdimos a uno de nuestros hombres.

—Me enteré de la tragedia. Y estoy aquí, señor Alec, para ofrecerle mi ayuda.

A Rossilyn no le sorprendió la noticia; en cuanto supo que Lord Lydell estaba en el salón, supo que estaría tramando algo.

—¿Qué clase de ayuda? —preguntó Alec con suspicacia.

—He oído que perdiste todas tus semillas en el incendio del granero. Te daré el dinero para que compres las semillas para plantar.

—¿A cambio de qué? —preguntó Rossilyn rápidamente.

—A cambio de que tu marido y sus hombres lucharan junto a mí por el Conde Andrew Campbell.

Al oír el nombre del hombre que lo había vendido para trabajar en las minas de Ben Hope, Alec tuvo que contenerse para no echar a Lord Lydell de la mansión.

—No tiene que responderme ahora, señor Alec. Espero su respuesta mañana en mi camarote. —Se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta de la mansión, pero antes de cruzarla se volvió hacia Alec y Rossilyn—. Piense en su gente, señor Alec. Un laird no puede dejar que su gente se muera de hambre.

El hombre salió de la casa.

—No puedes aceptar la ayuda de ese hombre, Alec —dijo Rossilyn mientras se colocaba frente a su marido.

—No puedes luchar por el hombre que te vendió a los MacKay —añadió Farlan.

—Vete, por favor. Quiero estar solo.

—Por favor, Alec. No voy a pasar por lo que pasé hace seis años.

Alec fulminó a Rossilyn con la mirada y salió de la mansión. Se dirigió al establo, montó en Azulão y salió por la puerta del pueblo, siguiendo el camino que lo alejaría de Mu Ruibhe. Necesitaba estar solo y decidir lo que haría.

Rossilyn y los hombres observaron en silencio cómo Alec se alejaba de Mu Ruibhe montado en Azulão. Ninguno de ellos quería que Alec se sacrificara yendo a luchar por un hombre que lo había vendido como esclavo.

Alec pasó todo el día lejos de Mu Ruibhe pensando en la propuesta de Lord Lydell. Sabía que tenía que aceptar la ayuda del hombre si no quería que su pueblo muriera de hambre el próximo invierno. Pero justo cuando pensaba que tendría que luchar junto al Conde Andrew, el hijo del hombre que le había dejado encarcelado durante dos años en las mazmorras de su castillo. Y luego pasó dos años trabajando como esclavo en la mina de Ben Hope por culpa de ese mismo Conde. Alec sabía que tenía que decidirse. Si no hubiera aceptado luchar con Lord

Lydell, su pueblo moriría de hambre, pero si lo hacía, tendría que tragarse su orgullo y acatar las órdenes del Conde Andrew. ¿Qué pesaría más sobre él? ¿El bienestar de su pueblo o su orgullo como hombre?

Capítulo Trece

El día fue largo y tenso para todos en Mu Ruibhe. En cuanto la noticia de la propuesta de Lord Lydell se extendió por el pueblo, varias personas acudieron a la mansión para pedir a Rossilyn que no permitiera que Alec fuera a la guerra a luchar por el conde Andrew. Nadie quería ver a su laird partir de nuevo a la guerra tras años, alejado del clan.

Rossilyn pasó todo el día preocupada por Alec y por la decisión que tomaría. Sabía lo responsable que se sentía su marido por su pueblo. En eso se parecía mucho a su padre. Roland MacKinnon siempre anteponía su pueblo a todo, incluso a su familia. A menudo oía a su madre quejarse de que su marido prestaba más atención a su gente que a ella. Pero todos sabían cuánto quería Roland a Gisela. Si lo hacía todo por su pueblo, era porque sabía que era la responsabilidad de un laird. Y Alec era como su padre. Por eso se temía lo peor.

Llegó la noche y todos los que vivían en la mansión con Alec y Rossilyn estaban en el salón para cenar, como los cuatro amigos de Alec, la señora Arlana, la familia de Bhric y Douglas, que aún vivían en la mansión porque sus casas aún no estaban listas, Angus y Bor, aunque Bor tenía su casa en el pueblo, a veces comía en el salón de la mansión con su laird. Todos estaban visiblemente preocupados por Alec. Pero una persona de la mesa no parecía preocupada en absoluto por todo lo que estaba ocurriendo, comía tranquilamente el pastel de carne que había preparado la señora Rhona. Rossilyn estaba tan perdida en sus pensamientos debido a su preocupación que ni siquiera se percató del alegre semblante de la persona.

Después de cenar, todos se fueron a sus habitaciones, nadie estaba de humor para hablar de la posibilidad de tener que ir a la guerra. Ninguno de los hombres tenía miedo de ir a luchar, pero no querían tener que luchar por un hombre que había hecho tanto daño a su laird y los había expulsado de sus tierras de una manera tan cobarde. Seguramente eso sería una humillación para Alec tanto como lo sería para su pueblo.

Rossilyn se paró frente a la ventana y miró fijamente la oscuridad del exterior. Desde su habitación se veían las casas del pueblo de Mu Ruibhe. Todo el mundo estaba en casa, las calles del pueblo estaban desiertas. La cena hacía tiempo que había terminado y Alec no había vuelto a casa. En silencio, Rossilyn rezó a Dios para que su marido volviera pronto a casa. Y para su alegría, su petición fue atendida. Se dio la vuelta rápidamente en cuanto oyó abrirse la puerta.

—Me alegro mucho de que estés aquí, Alec —dijo, aliviada de verle.

Alec se acercó a su mujer y la abrazó.

—Lo siento, Rossilyn. No quería preocuparte, pero necesitaba estar solo para pensar.

Se apartó y se acercó a la mesa, cogió de ella una jarra de vino y llenó un vaso. Se bebió todo el contenido de un trago.

—Te pareces mucho a mi padre.

Alec se dio la vuelta rápidamente y miró a su mujer, sorprendido por la comparación. En los dos años que había vivido con Roland MacKinnon durante la guerra, había llegado a admirarlo como hacendado. Su suegro siempre se preocupaba por sus hombres. Vio muchas peleas entre él y Darren, porque él quería que sus hombres descansaran, mientras que su cuñado quería que todos lucharan sin descanso. Se sintió honrado al oír esa comparación.

—¿Qué le parezco a tu padre? —preguntó con curiosidad.

—A él también le gustaba estar solo cuando tenía que decidir algo importante. Mi padre se recluía en una parte de la playa cercana al castillo. Mi madre siempre iba con él. A mi padre le gustaba hablar con ella.

Sonreía y le acariciaba la mejilla.

—A mí también me gusta hablar contigo, mi pelirroja.

Ella sonrió aún más después de aquel comentario.

—¿Vas a contarme lo que has decidido?

Alec dejó escapar un pequeño suspiro, como si sus siguientes palabras fueran a resultar difíciles.

—Aceptaré la ayuda de Lord Lydell —Rossilyn inclinó la cabeza y cerró los ojos. Aunque realmente deseaba que su marido no aceptara, sabía que lo haría. Alec le sujetó la barbilla y la obligó a mirarlo—. No puedo dejar que mi pueblo se muera de hambre. El invierno pasado fue muy duro, Rossilyn. Casi morimos dentro de esa mina. Imagínate afrontar un invierno sin comida. Lucharé por el conde Andrew Campbell si eso garantiza que mi pueblo tenga comida para el próximo invierno. Es un sacrificio que tendré que hacer.

—No quiero que vayas a la guerra ahora. No quiero que te alejes de mí.

Alec la abrazó. Cuando su mujer levantó la cabeza y lo miró, una pequeña sonrisa apareció en la comisura de sus labios al contemplar aquellos hermosos ojos azul brillante.

—Te prometo que volveré.

—Ya me lo dijiste la primera vez. Entonces estuvimos seis años separados y durante cuatro años pensé que habías muerto.

—Esta vez volveré contigo.

—Cuando mi padre se marchó a esa maldita guerra, estoy segura de que si mi madre hubiera podido, habría hecho cualquier cosa para quedarse con él. —Rossilyn se acercó a su baúl y sacó algo—. Toma.

Colocó un pequeño baúl delante de Alec. Él cogió el pequeño baúl y lo puso sobre la mesa. Sus ojos se abrieron de par en par cuando vio varias joyas en el cofre.

—¿Qué es esto, Rossilyn?

—Unos días antes de morir, mi madre me llamó a su habitación y me dio estas joyas. Me dijo que me las pusiera como quisiera, cuando lo necesitara. Creo que estaba pensando en una forma de librarme de un matrimonio que yo no quería. —Suspiró al recordar a su madre con cariño—. Te los doy para que compres las semillas.

—No puedo aceptarlas, Rossilyn —dijo mientras cogía el baúl y lo colocaba frente a Rossilyn—. Son un recuerdo de tu madre.

Rossilyn miró la caja que seguía en manos de su marido.

—Estas joyas son muy importantes para mí porque pertenecieron a mi madre. Algunas se las vi puestas. Pero si tú puedes hacer sacrificios por tu pueblo. Yo también puedo sacrificarme por el mío. No dejaré que mi gente pase hambre o se quede sin su laird. Y lo hago por ti y por mí. Hemos estado lejos, suficiente tiempo. Quiero a mi marido cerca de mí.

Alec sonrió, volvió a dejar el cofre sobre la mesa y cogió a Rossilyn en brazos. La acercó aún más a él, haciendo que su mujer se pusiera de puntillas, y le devoró los labios con furia y cariño al mismo tiempo. Mientras la besaba, Alec la llevó hasta la mesa y la sentó sobre ella, a horcajadas sobre sus piernas. Levantó el camisón de Rossilyn y le apartó la falda escocesa.

—Alec... —dijo su nombre en un gemido de placer al sentirlo dentro de ella.

Alec la poseyó sobre la mesa y Rossilyn se entregó a aquel momento con la certeza de que la guerra no se llevaría a su marido.

Al día siguiente, Alec partió de Mu Ruibhe por la mañana temprano en una carreta. Algunas personas lo vieron partir, pero no lo saludaron. Sabían que el laird no estaría de buen humor. Todos creían que se dirigía a la cabaña de Lord Lydell para aceptar su ayuda. Todos sabían que Alec no les dejaría morir de hambre.

Rossilyn no dijo nada sobre la decisión de Alec, ni siquiera a sus cuatro amigos, que no dejaban de mirar hacia la entrada del pueblo esperando ver llegar a Alec. Rossilyn tuvo que disimular su alegría. Poco antes del final de la mañana, Alec regresó con una carreta lleno de

semillas listas para plantar. Se detuvo en medio de la plaza y esperó a que todos se acercaran. Por sus caras de abatimiento, se dio cuenta de que su mujer no había dicho nada de lo que había decidido. En cuanto Rossilyn se acercó de la carreta, ambos intercambiaron una sonrisa cómplice, lo que desconcertó a algunos. También vieron que su laird tenía un semblante feliz, lo que les intrigó aún más.

Alec subió al carro y miró a cada uno de los rostros.

—Por vuestros semblantes abatidos, imagino que mi esposa no os ha contado lo sucedido.

—¿Qué ha pasado, señor Alec? —preguntó Angus.

—Aquí están las semillas que se plantarán en los campos. Nadie pasará hambre el próximo invierno.

—Semillas que te llevarán a ti y a nuestros hombres a la guerra —dijo Riane en medio de la multitud y muchas mujeres asintieron.

—Nadie tendrá que ir a la guerra, Riane. Ni siquiera yo. Ayer llegué a casa con la decisión de aceptar la ayuda de Lord Lydell y luchar junto a él con mis hombres. Pero mi mujer dijo que no. —Sonrió mientras miraba a Rossilyn, que permanecía en silencio junto de la carreta—. Me dio un cofre con joyas que perteneció a su madre, lo cambié por dinero y compré las semillas. No necesitaremos la ayuda de Lord Lydell. Y tampoco pasaremos hambre el próximo invierno —gritó la última frase.

Se oyó un alegre alboroto en toda la plaza. Los hombres felicitaron a Alec y las mujeres abrazaron a Rossilyn y le dieron las gracias por haber salvado la vida de sus maridos e hijos. Todos ayudaron a guardar las semillas en una pequeña habitación dentro de la mansión. Esa noche hubo una gran fiesta para celebrar la compra de las nuevas semillas. Por la tarde, Alec envió a Angus y Bor a advertir a Lord Lydell de que no aceptaría su ayuda. Cuando regresaron, los dos contaron a Alec que el lord no dijo nada tras oír su negativa, pero que su semblante no dejaba lugar a dudas de que estaba furioso por dentro.

Dos semanas después, todos los campos estaban sembrados con las semillas que florecerían antes del invierno. Y en la época de la cosecha recogerían la cosecha y tendrían suficiente comida para pasar el invierno, que a menudo era duro en las Tierras Altas.

Pocos días después de terminar la siembra, se celebró una gran fiesta en el patio de la mansión. Alec estaba sentado junto al pozo con algunos hombres y miraba sonriente a Rossilyn, que estaba al otro lado del fuego hablando con algunas mujeres. Alec estaba muy orgulloso de su esposa, había trabajado mucho durante la siembra.

Sintiéndose observada, Rossilyn miró hacia su marido y sus ojos le sonrieron. Vio que Alec se levantaba y caminaba hacia ella. Susurró al oído de Davina que iría a ver a su marido. Las dos se miraron y sonrieron. Rossilyn y Davina se hicieron grandes amigas. Durante la temporada de siembra, Rossilyn aprendía el arte de curar de Davina por las mañanas y trabajaba en el campo

con las demás mujeres por las tardes.

Mientras Alec caminaba hacia Rossilyn, una chica se detuvo delante de él y le puso un trozo de tarta de manzana en la mano. Alec le dio las gracias y volvió hacia su mujer.

Cuando estaba casi junto a Alec, Rossilyn se arrojó a sus brazos, haciendo que se le cayera el dulce de la mano.

—¡Ay, perdón! —dijo ella, mirando el trozo de tarta en el suelo.

—Qué chica más torpe —dijo, sonriendo.

—Solo un poquito. Te traeré otro trozo.

Ambos miraron hacia abajo y vieron a Grey comiéndose el trozo de tarta. Gris era un perro que Kinnon había encontrado vagando por la carretera en uno de sus viajes a Drinan Du, el pueblo más cercano a Mu Ruibhe. Era un pueblo costero con un pequeño puerto, varios barcos abastecían al pueblo de mercancías procedentes del continente y mucha gente iba a Drinan Du a comprar provisiones. Fue en uno de estos viajes cuando Kinnon encontró a Grey y lo llevó a Mu Ruibhe. Todos querían al perro y le daban de comer.

—Parece que hiciste feliz a alguien tirando la tarta de manzana. El viejo Gris tendrá ahora su parte del festín.

—Se lo merece —dijo Rossilyn sonriendo, pero su semblante se volvió serio cuando vio que el perro se retorció y tenía arcadas.

El perro se tumbó en el suelo y empezó a forcejear.

—Por favor, apartaos —pidió Alec mientras él también se alejaba.

La música se detuvo y todos rodearon al perro, que cayó al suelo y respiraba con dificultad. Poco a poco, su respiración se hizo más lenta hasta que se detuvo por completo.

El perro estaba muerto.

Alec y Rossilyn se miraron y supieron lo que eso significaba. Ambos miraron a la mesa donde estaba la tarta de manzana y vieron que ya se habían comido la mitad. Fion, uno de los hijos de Seorus y Aileana, tenía la mitad de la tarta en la mano y la boca llena. Aileana corrió hacia su hijo y le tiró al suelo la tarta que tenía en la mano, diciéndole que abriera la boca y sacara el resto que había dentro. El niño empezó a llorar, sin saber por qué su madre hacía esto. Aileana miró a su hijo con lágrimas en los ojos. Todos miraban preocupados a Fion, esperando que le pasara algo.

—Comí dos pedazos de pastel hace momentos —dijo Kendric, y todos lo miraron—. Creo que solo el trozo de Alec estaba envenenado.

Rossilyn miró hacia la madre y el hijo y vio a Aileana abrazando a su hijo cuando estaba segura de que no le pasaría nada. Al darse cuenta de lo que podía haberle pasado a su marido, Rossilyn lo abrazó. Alec se dio cuenta de que el corazón de su mujer se aceleraba.

—No pasa nada, Rossilyn.

—¿Por qué, Alec? —dijo ella mientras se alejaba.

Alec miró a todos los rostros en busca de la chica que le había dado el trozo de tarta.

—Una chica me dio el trozo de tarta que se comió Grey.

—¿Una chica? ¿Qué chica? —preguntó Farlan. Tenía cara de preocupación.

—Tenemos que encontrarla, Alec —advirtió Galeron.

—¿La has visto? La verdad es que no recuerdo qué aspecto tenía —preguntó Alec a Rossilyn.

—Acabo de verla de espaldas.

—Todo pasó tan rápido —se lamentó Alec al no poder recordar a la chica.

Después de lo sucedido, todos abandonaron la fiesta y se fueron a sus casas. En el hall de la mansión, todos estaban indignados por lo ocurrido. Intentaban averiguar por qué alguien querría ver muerto a Alec.

—No puedo creer que alguien intentara matarlo... —comentó Rossilyn, que se paseaba de un lado a otro del pasillo.

—Nadie del clan haría eso, Alec —se apresuró a decir Bor.

—Aquella mujer no era una MacMorran.

—Había muchos forasteros en la fiesta —recordó Kendric, que había llevado a dos mujeres a la fiesta—. Nos dejaste invitar a los vecinos que viven alrededor de Mu Ruibhe.

—No creo que haya sido buena idea —comentó Angus.

—Tenemos que encontrar a la persona que intentó matarte, Alec —dijo Farlan, visiblemente irritado.

—Y no era la primera vez.

Todos miraron a Rossilyn sorprendidos por su comentario.

—¿Por qué dices eso, Rossilyn?

—El granero, Alec. Se suponía que estabas en el granero. No se incendió solo. Alguien intentó matarlo.

—Y fue el pobre Seorus quien murió, murió en mi lugar. Hoy fue Grey.

—No fue culpa tuya —dijo Rossilyn acercándose a su marido.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Galeron.

—Quiero que reúnas a algunos hombres y saldremos a buscar a la mujer que me dio el trozo de tarta. Empezaremos registrando las chozas de los alrededores de Mu Ruibhe. Pero creo que no es ella la que quiere verme muerto.

—¿Qué quieres decir, Alec? —preguntó Kendric.

—Creo que lo hizo a instancias de alguien. Por eso tenemos que encontrar a esa mujer.

—Y lo antes posible —dijo Kinnon—. Mientras no encontremos a esa mujer, estarás en peligro de muerte.

—Eso no es lo peor, Kinnon —dijo Alec y miró a su mujer—. Otras personas están muriendo en mi lugar.

Todos guardaron silencio al percibir en la voz de Alec el odio que sentía al darse cuenta de que alguien había muerto por su culpa. Y si Grey no hubiera comido y se lo hubiera dado a otra persona, habría vuelto a ocurrir. Alguien habría muerto en su lugar. Y cuando vieron la cara de amargura que ponía al mirar a su mujer, se dieron cuenta de que estaba pensando en darle la tarta a ella.

Poco después, Rossilyn subió a su habitación, su cuerpo se sentía demasiado cansado después de todo lo que había pasado. Cuando salió del salón, los hombres estaban decidiendo qué ruta seguiría cada uno en busca de la mujer. El problema era que pocos de ellos sabían qué aspecto tenía la mujer. Alec no recordaba con exactitud el aspecto de la mujer que le había dado el pastel. Lo único que recordaba era que era bajita y tenía el pelo largo y oscuro. Y había varias mujeres con ese aspecto. En la propia mansión había una. Crissa MacKinnon. Era bajita y tenía el pelo largo y negro. Iba a ser una búsqueda muy difícil. Se acordó que cada vez que encontraran a una mujer que se pareciera a ella, Alec iría a verla para ver si era la mujer que le había dado el pastel.

Al entrar en la habitación, Rossilyn se sorprendió al ver a Crissa y no a la señora Arlana preparando la habitación para que ella y Alec durmieran.

—¿Dónde está la señora Arlana?

—Me pidió que preparara la habitación, señora. Dijo que tenía que hacer algo muy importante.

Rossilyn se quedó perpleja.

—Fue terrible lo que pasó, señora.

—Fue terrible, Crissa. Si no me hubiera tropezado con el plato, Alec se habría comido ese pastel. No quiero ni pensar en lo que habría pasado. ¿Quién podría querer matar a mi marido, Crissa?

—Mucha gente, señora.

Rossilyn miró rápidamente a la chica.

—¿Quién?

—Tu hermano. Deseaba mucho que te casaras con Lord Lydell, el clan sería fuerte con la alianza de los dos clanes. Y la noche en que el señor Alec regresó, le pidieron a mi padre que fuera al castillo. Fue entonces cuando el señor Darren dijo que iríamos con usted a Mu Ruibhe. Le pedí a mi padre que me llevara con él al castillo, nunca había estado en el castillo. Me alejé un poco del vestíbulo y oí a tu hermano hablando con la señora Aileen en una de las habitaciones. Decía que el señor Alec no debería haber vuelto y que él pondría fin a aquello.

Rossilyn miró a Crissa con asombro. No podía creer que su hermano pudiera hacer algo tan monstruoso.

—También podría ser Lord Lydell. Todo el mundo sabe cuánto deseaba casarse con la dama. Alguien podría estar intentando matar al señor Alec por orden suya. Y está el señor Calder. Le dice a todo el mundo cuánto odia al señor Alec y que debería estar muerto como su hijo. Y hay una persona más, señora.

—¿Quién, Crissa?

—La señora Arlana.

—¿Mi ama? Ella no tiene ninguna razón para querer a Alec muerto.

—No le gusta el señor Alec y no se lo oculta a nadie. Las mujeres de la cocina no la quieren porque no para de decir que el señor Alec no la merece. Y desde hace días, la señora Arlana sale en la oscuridad de la noche y nadie sabe adónde.

—No puede ser —dijo Rossilyn, pensando que todo lo que había dicho Crissa era absurdo.

—Todo el mundo tiene un motivo para matar al señor Alec. Ya he terminado. ¿Seguirás necesitándome?

—No, Crissa. Puedes marcharte.

Una vez sola en su habitación, Rossilyn no podía quitarse de la cabeza cada una de las

palabras de Crissa. Por absurdo que fuera todo lo que había dicho, Rossilyn no podía negar que la chica había tenido razón. Todas aquellas personas tenían un motivo para ver muerto a Alec. Al pensar que su ama, la mujer que la había criado desde que era un bebé, podría estar intentando matar a su marido, un dolor le atravesó el pecho, haciéndola sentarse en la cama y apretarse el vestido para mantenerse fuerte. No podía creer que fuera posible. Podría haber sido cualquiera menos su ama. Excepto la mujer que amaba como madre.

—Averiguaré quién intenta matar a mi marido —se prometió a sí misma, con las lágrimas corriéndole por la cara.

Alec se quedó hablando en el salón hasta media noche. Cuando entró en el dormitorio, vio que Rossilyn ya dormía. Se quitó la ropa en silencio para no despertarla. Se tumbó junto a su mujer y le dio la vuelta para que se tumbara sobre su pecho. Aunque la habitación estaba iluminada por unas cuantas velas, Alec vio los ojos enrojecidos de su mujer. No le gustaba que Rossilyn hubiera llorado. Causarle aquel dolor a su mujer le destrozaba por dentro. La abrazó con fuerza y afecto.

Al sentir el abrazo de su marido, Rossilyn se despertó, le besó el pecho y lo apretó contra su cuerpo.

—Alec.

—No te preocupes, mi pelirroja. No me pasará nada. —Rossilyn levantó la cabeza y lo miró—. Nunca te abandonaré. Te quiero, Rossilyn.

Rossilyn sonrió al oír aquella frase.

El corazón de Alec se llenó de felicidad al ver el brillo de felicidad en los ojos de Rossilyn.

—Yo también te quiero, Alec. Te quiero desde la primera vez que me besaste. Fue ese beso el que me hizo soportar los años que estuvimos separados. Y después de enterarme de tu muerte, te prometí que nunca dejaría que otro hombre tocara mis labios. Nunca dejaría que me quitaran el recuerdo de tu beso. El día que llegamos aquí, me preguntaste si mi negativa a volver a casarme se debía a los MacMorran. Te mentí. También era por ellos. Pero también había otra razón. No quería casarme porque te amaba y no quería otro hombre en mi vida. Quería ser tu esposa para siempre. Solo tuya.

Alec se sintió conmovido por las palabras de su mujer.

—También la amé el día que nos casamos, Rossilyn.

—¡Pero yo era una niña! —dijo ella sorprendida.

—Sí, era una niña. El niño más hermoso que he visto nunca. Con unos ojos azules brillantes que me encantaron. Durante los dos años que pasé luchando contra el Conde Desmond, fue el recuerdo de sus ojos lo que me hizo seguir adelante. Miraba al cielo y veía sus ojos sonriéndome. Anhelaba el día en que los volvería a ver. Durante los cuatro años siguientes, fue el amor que

sentía por ti lo que alimentó mis ganas de vivir. Soñaba con el día en que te tendría en mis brazos y te haría el amor, convirtiéndote en mi esposa. No sabes lo feliz que soy de haberme casado contigo, mi pelirroja.

Cuando Alec terminó de hablar, Rossilyn rozó sus labios con los de él, como había hecho la noche en que habían dormido juntos por primera vez.

—Eso es todo lo que voy a hacer por ahora. Ahora tumbate y duerme un poco —dijo Rossilyn, utilizando las mismas palabras que él había empleado aquella noche.

Se recostó sobre el pecho de su marido y sintió que Alec le besaba la cabeza. Los dos durmieron abrazados como siempre lo habían hecho, desde el día en que se casaron.

Capítulo Catorce

Una semana después, continuó la búsqueda de la mujer que le había dado a Alec el trozo de tarta envenenada. Los hombres se turnaban en la búsqueda debido al trabajo en el muro; Alec quería que el muro frente a la aldea estuviera terminado antes del invierno. Cuando uno de los grupos encontraba a una mujer que coincidía con las descripciones dadas por el laird, se lo llevaban para que les dijera si era ella a quien buscaban, pero siempre era una falsa alarma.

Rossilyn estaba constantemente preocupada por si la vida de su marido volvía a estar amenazada. Después de lo que Crissa le había contado la noche en que Alec estuvo a punto de ser envenenado, empezó a prestar atención al señor Calder y a la señora Arlana. Se dio cuenta de que los dos habían cambiado mucho en los últimos días y, por eso, no vio motivos para desconfiar de ellos. El señor Calder dejó de hablar de la muerte de Alec y su ama evitó mirar a Alec. Crissa dijo que la señora Alana había dejado de decir que Alec no la merecía.

Los días pasaban y Rossilyn pensaba mucho en su hermano. Y cada vez se daba más cuenta de que Crissa podía tener razón. Empezó a observar a Bhric y Douglas. Los dos hombres, que habían sido enviados por su hermano, podrían haber estado intentando matar a Alec a instancias del laird MacKinnon, pero no se lo dijo a Crissa, que sospechaba de su padre. Rossilyn pidió a la niña que no dijera nada a nadie sobre sus sospechas. No quería que Alec se preocupara aún más. Aun protestando, Crissa dijo que obedecería a su ama.

Pasó otra semana y no encontraron a la mujer. Alec creía que nunca la encontrarían, que la habrían matado para evitar que les dijera quién había ordenado el atentado. Poco a poco, la búsqueda de la mujer se ralentizó, ya que no había otro lugar donde buscar, hasta que se detuvo y la vida volvió a la normalidad en el pueblo de Mu Ruibhe.

Al bajar al salón justo antes de la cena, Rossilyn se asomó a la habitación privada de Alec y vio que estaba hablando con unos hombres de MacMorran. Cuando los hombres se hubieron marchado, Rossilyn entró en la habitación y se dirigió a su marido.

—¿Hay algún problema?

—Esta vez es una manada de lobos la que está asustando a los habitantes del norte de Mu Ruibhe.

—Hace unos días, Davina y yo fuimos a casa de la señora Elsie porque uno de sus hijos fue atacado por un lobo cuando recogía leña en el bosque. Davina dijo que la única razón por la que el daño no era mayor era porque la mordedura era de un cachorro. Pero si hubiera sido un lobo adulto, el niño podría haber perdido la pierna.

—Hoy otra persona ha sido atacada por lobos. Una de las hijas del señor Banain fue atacada por dos lobos, pero la salvaron dos hombres de MacMorran que iban a visitar al señor Banain. Si los hombres no hubieran llegado, la niña habría muerto.

—¿No llamaron a Davina?

—El señor Banain dijo que su hija solo sufrió algunos rasguños. Su madre atendió sus heridas.

—¿Qué vas a hacer, Alec?

—Tendremos que cazar y matar a esos lobos. Hablaré con los hombres y planearemos una cacería. Cenemos ahora y olvidémonos de esos lobos por ahora.

Unos días después, todo estaba listo para la cacería de lobos. Cuando Alec y Rossilyn se despertaron, aún estaba oscuro. En el grupo que salía a cazar estaban los cuatro amigos de Alec, Bhric, Douglas y algunos otros MacMorran. Antes de que amaneciera, todos estaban listos para salir a cazar lobos.

Rossilyn se apartó de Alec y se acercó a Farlan, lo atrajo hacia un rincón vacío y le dijo en voz baja.

—Quiero pedirle un favor, señor Farlan.

—¿De qué se trata?

—Temo que la persona que intenta matar a Alec aproveche esta cacería para intentar algo.

—No puedo creer que alguien lo intente con tantos hombres juntos.

—No sé, tengo el corazón amargado desde hace días. Quiero pedirte que te mantengas cerca de Alec en todo momento. Por favor, no dejes que le pase nada.

Farlan parecía conmovido y agradecido de que Rossilyn confiara tanto en él para pedirle que cuidara de Alec.

—No tiene por qué preocuparse, señora Rossilyn. Quiero a Alec como si fuera un hermano. No dejaré que le pase nada. Estaré atento a cualquier amenaza que pueda enfrentar mi amigo.

—Gracias, señor Farlan.

—Estaremos de vuelta al final del día. O antes, si logramos matar a esos bastardos.

—Buena suerte.

Rossilyn se acercó a Alec, que se apartó de los hombres, se llevó a su mujer a un rincón vacío y la abrazó.

—Por favor, cuídate, Alec.

—No te preocupes, solo son unos lobitos. —Rossilyn miró seriamente a su marido—. De acuerdo, me cuidaré. Volveré contigo, mi pelirroja.

—Espero que estas palabras sean una promesa. Cuando vuelvas, no quiero que falte ninguna pieza.

Alec sonrió y besó tiernamente a Rossilyn en los labios. Montó en Azulão y se alejó bajo la mirada de su esposa y de las demás mujeres, que también habían ido a despedirse de sus maridos. Rossilyn miró y vio a Crissa mirando apasionadamente a Kinnon. Pronto la boda de los dos traería alegría a la villa de Mu Ruibhe. La boda estaba prevista para después de la cosecha.

Algunas mujeres volvieron a sus casas. Rossilyn y algunas de las mujeres entraron en la mansión y comenzaron sus tareas domésticas. A media mañana, Rossilyn fue al pozo del centro de la plaza a buscar agua para las mujeres de la cocina. Se disponía a volver a la mansión cuando vio que el señor Bor se acercaba por donde ella estaba.

—¿Por qué no fuiste con los hombres a cazar lobos, señor Bor?

—No tengo edad para pasarme todo el día a caballo o caminando por el bosque. Espero que consigan matar a esos lobos. Los MacMorran que viven en la parte norte tienen mucho miedo de esos animales.

—Los atraparán. Si esos lobos siguen vivos, podrían matar a alguien. ¿Has visto a Angus? Necesito que vaya a Drinan Du a comprar algunas cosas para la casa. Siempre es Kinnon quien va, pero como está con los hombres que cazan esos lobos y si no los atrapan hoy, continuarán la cacería mañana. No podré esperarle.

—Hoy no he visto a Angus, señora Rossilyn. De hecho, no lo he visto desde ayer por la tarde.

—Si lo ves por ahí, dile que lo estoy buscando.

—Sí, se lo diré.

Rossilyn se dirigió hacia la mansión y dejó el cubo en la cocina para que las mujeres prepararan el almuerzo. La desaparición de Angus dejó a Rossilyn con una sensación de amargura en el pecho. Intentó apartar un pensamiento que cruzó rápidamente por su mente. La mañana de su partida hacia Mu Ruibhe, en Kyleakin, Angus se le había acercado y le había rogado que lo dejara ir con ella. Dijo que Darren ya no lo quería en Kyleakin. Pero ¿qué si todo no hubiera sido una mentira y él hubiera ido con ellos para matar a Alec por orden de su laird?

¿Quién iba a sospechar de un hombre que prácticamente había sido expulsado de Kyleakin? Rossilyn entró en el dormitorio y sintió que una angustia volvía a sofocarle el pecho.

La puerta del dormitorio se abrió y entró Crissa.

—¿Has visto a la señora Arlana, Crissa?

—Se fue diciendo que iba a visitar a alguien en el pueblo.

—¿A alguien del pueblo? No sabía que la señora Arlana tuviera amigos en Mu Ruibhe.

—Yo tampoco, señora.

—Cuando vuelva, dile que venga a mi habitación.

—Sí, señora.

Crissa salió de la habitación y cerró la puerta. Rossilyn se acercó a la ventana y se quedó perpleja por la marcha de su ama. Todo era tan extraño que sintió que una amargura la carcomía por dentro y una sensación de ansia la atacó de repente. Llevaba días sintiéndose mal.

Justo antes de comer, Rossilyn bajó al salón y, al bajar el último escalón, vio a Crissa corriendo por el pasillo desde la cocina, parecía desesperada.

—¿Qué te pasa, Crissa? —preguntó rápidamente.

—Zennor se ha cortado la mano y está sangrando mucho. Mi madre me ha dicho que te llame.

—Vámonos.

Las dos salieron corriendo hacia la cocina. Zennor estaba sentada llorando y Rhona sostenía un paño alrededor de su mano. Zennor era una joven MacMorran que ayudaba a Rhona y Odara en la cocina. Rossilyn cogió el paño y vio el corte que le iba de un extremo a otro de la palma de la mano.

—Cálmate, Zennor. Te coseré la herida y no podrás usarla durante un tiempo.

—Por favor, señora Rossilyn, haga que pare esta sangre. Temo quedarme sin sangre y morir.
—Lloró aún más.

—No te preocupes, Zennor. La hemorragia se detendrá pronto.

Rossilyn cogió la cesta con lo que necesitaría para limpiar y coser el corte. Mientras la señora de la mansión cosía, Zennor mordía un trozo de tela y no paraba de llorar. Cuando terminó, Rossilyn se dio cuenta de que ya no tenía la pasta que debía poner en el corte para evitar que se formara pus.

—Tendré que ir a casa de Davina a por más pasta para el corte. Quiero que te quedes aquí y descansas —se levantó y se dirigió a la señora Rhona—. Dale un poco de sopa de carne y luego llévala a casa. Cuando vuelva de casa de Davina me pasaré por su casa.

—Gracias, señora Rossilyn. Si usted no hubiera estado aquí, creo que habría muerto después de perder toda la sangre del cuerpo —dijo Zennor exagerando.

Rossilyn le dedicó una pequeña sonrisa y salió de la cocina por la puerta trasera.

—Señora Rossilyn.

La pelirroja miró hacia atrás y vio a Crissa corriendo hacia ella.

—¿Ha ocurrido algo?

—No. ¿Puedo acompañarla?

—Sí, será muy bueno tener tu compañía, Crissa.

La casa de Davina estaba en las afueras de Mu Ruibhe, un poco alejada de la última casa del pueblo. A Rossilyn le sorprendió no ver a su amiga trabajando con hierbas en el exterior. A esas horas, siempre estaba en su huerto, delante de la casa. Rossilyn y Crissa entraron por la pequeña puerta de madera.

—Davina —llamó Rossilyn antes de acercarse a la puerta.

Las dos mujeres se miraron y se sorprendieron de que no hubiera respuesta.

Al acercarse a la puerta, Rossilyn vio que estaba entreabierta. Abrió la puerta y miró dentro.

—Davina —volvió a llamar, pero no obtuvo respuesta.

Las dos entraron en la casa y se sobresaltaron al verlo todo desordenado, con varias macetas de hierbas rotas por el suelo. Mientras su ama contemplaba asombrada los destrozos, Crissa recorrió la habitación. Rossilyn se sobresaltó al oír el grito agudo de la chica. Miró hacia Crissa y la vio mirando al suelo, con los ojos muy abiertos por el terror. Rossilyn se acercó y, al mirar al suelo, se sintió desfallecer, pero se recuperó rápidamente.

—Davina —gritó mientras se agachaba junto a la mujer.

La sanadora estaba tumbada boca abajo con el pelo negro, ocultándole la cara y el pecho. Rossilyn vio que había un gran charco de sangre junto a Davina. En ese momento tuvo un mal presentimiento. Apartó el pelo empapado de sangre y vio la garganta de Davina cortada de un extremo a otro. Tenía los ojos abiertos.

—¡Dios mío! ¿Quién ha podido hacer algo tan terrible, señora Rossilyn? —dijo, sollozando.

—No lo sé, Crissa —dijo aterrorizada—. Ve a buscar al señor Bor. Y, por favor, no tardes.

En cuanto Rossilyn terminó de hablar, Crissa salió corriendo de la habitación.

Cuando se quedó sola, Rossilyn miró el cuerpo sin vida de Davina. No podía creer que su amiga hubiera sido asesinada tan brutalmente. ¿Por qué le habrían hecho esto? Rossilyn se levantó y buscó cualquier cosa que pudiera indicar por qué la habían matado.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Bor al entrar en la casa y mirar el cadáver de Davina en el suelo, en un rincón de la habitación.

—Alguien la ha matado, señor Bor.

Bor miró a Rossilyn y vio cuánto sufría. Se acercó al cuerpo de Davina y se agachó para examinarlo.

—No fue poseída a la fuerza —dijo Bor, mirando las piernas de la mujer y sin ver nada que sugiriera que había sido violada.

—Y no le han robado nada, señor Bor. He mirado y todo lo que tiene de valor está en su sitio. El jarrón en el que pone sus monedas sigue donde siempre lo deja. Por lo que parece, se peleó con la persona que la mató.

—¿Quién haría algo tan monstruoso a alguien tan buena como Davina?

—No lo sé —miró desesperada al hombre que tenía delante.

El hombre vio que la expresión de Rossilyn había cambiado de repente.

—¿Qué ha pasado, señora Rossilyn? Pensó en alguna razón por la que habían matado a Davina.

—Alec.

—¿Qué tiene que ver Alec?

—Van a intentar matarlo, señor Bor. —Había mucha preocupación en su voz.

—¿Y qué tiene eso que ver con la muerte de Davina? —preguntó el anciano alzando las cejas.

Bor no entendía el razonamiento de Rossilyn.

—Porque si sobrevive al intento de matarlo, no habrá nadie que pueda salvarlo.

—¿Qué quiere decir, señora Rossilyn? —Bor seguía sin entender.

—No lo sé —gritó nerviosa y desesperada—. Tienes que ir tras los hombres y detener esta

cacería. Tienes que traer a Alec a casa.

—¿Cómo puedo hacerlo, señora Rossilyn? Podrían estar en cualquier lugar de Mu Ruibhe o sus alrededores.

Rossilyn se acercó al hombre.

—Tiene que intentarlo. La vida de Alec corre peligro. —Sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Señora Rossilyn.

Los dos se volvieron hacia la puerta de la cabaña y vieron a una jadeante Crissa con una mirada desesperada.

—¿Qué te pasa, Crissa? —preguntó Rossilyn, presintiendo lo peor.

—Es el señor Alec.

—¿Qué le ha pasado? ¿Ha vuelto ya?

—Los hombres trajeron al señor Alec. Fue alcanzado por una flecha. Parece que está malherido.

—¡Dios mío!

—La señora tenía razón. Mataron a Davina para que no salvara a Alec.

Los tres corrieron hacia la mansión.

Cuando Rossilyn entró en la mansión, vio a Alec tumbado en un catre en medio del pasillo. Corrió y se colocó junto a la cama improvisada. Vio que la flecha seguía clavada en el costado izquierdo del cuerpo de su marido. Alec sudaba y temblaba.

—¿Por qué está así? ¿Por qué tiembla tanto?

—Lo que parece es que la flecha está envenenada, señora Rossilyn —respondió Galeron, visiblemente preocupado por su amigo.

—Lo siento, señora Rossilyn —dijo Farlan, sintiéndose culpable—. Nos hemos enterado de lo que le ha pasado a la señora Davina. Kinnon ha ido a buscar a un sanador a Drinan Du.

—Alec no durará tanto. Eso si consigue un sanador.

—¿Cómo vamos a salvarlo, señora Rossilyn? —preguntó Crissa, llorando en brazos de su madre.

Rossilyn se levantó con decisión.

—Crissa, coge mi cesta. Voy a sacar esta flecha e intentaré averiguar qué veneno han utilizado.

Un momento después, Rossilyn había sacado la flecha, limpiado bien la herida y la había cosido. El problema era que el veneno ya se había extendido por el cuerpo de Alec y empezaba a atrofiar sus órganos, y pronto el guerrero moriría.

—Señor Bor, me gustaría hablar con usted —dijo Rossilyn y se alejó hacia una de las esquinas de la sala.

—¿Qué quiere de mí, señora Rossilyn?

—Por favor, señor Bor, no deje a Alec por nada del mundo. No me fío de nadie más. Alguien que estaba en esa cacería intentó matar a Alec.

—No me iré, señora Rossilyn. ¿Qué va a hacer?

—Intentaré averiguar qué veneno usaron y haré una poción para contrarrestar el efecto.

—¿Y sabes cómo hacerlo?

—Davina me estaba enseñando a reconocer venenos y a hacer remedios para combatirlos.

—Parece que estaba adivinando que necesitarías este conocimiento.

—Por favor, no dejes a mi marido.

—No lo dejaré. Ya puedes irte.

Rossilyn entró en la cocina y observó detenidamente la punta de flecha. Olfateó la punta varias veces hasta estar segura de qué veneno era.

—¿Ha descubierto algo, señora Rossilyn?

—He descubierto qué veneno utilizaron, Crissa. Ahora puedo hacer una poción para combatirlo.

—¿Qué usaron, señora Rossilyn?

—Un veneno hecho de un hongo llamado sombrero de la muerte, un hongo muy venenoso. Y sé dónde encontrarlo.

—¿Puedo ir con usted?

—Realmente voy a necesitar tu ayuda, Crissa.

Los dos salieron por la puerta trasera y rodearon la casa. Cuando llegaron al patio, se encontraron con una pequeña multitud alrededor de un carro. Kendric estaba cerca del carro y,

cuando vio que Rossilyn y Crissa estaban de pie mirando a la gente que rodeaba el carro, se dirigió hacia ellas.

—¿Qué pasa, Kendric? —preguntó Rossilyn en cuanto se acercó.

—Es el señor Angus, señora.

—¿Qué le ha pasado a Angus? —preguntó seriamente, porque sospechaba que él podría haber estado detrás del atentado de Alec contra su vida.

—Encontramos su cuerpo despedazado por los lobos en el bosque.

—¡Oh, Dios mío! —Se llevó las manos a la boca.

Antes de que Rossilyn diera el primer paso hacia el carromato, Kendric la agarró del brazo para impedir que fuera hacia él.

—Es mejor no mirar, señora Rossilyn. Los lobos han dejado el cuerpo casi irreconocible. Cerca del cuerpo encontramos unos trozos de leña. Debió de ir al bosque ayer por la tarde a recoger leña y fue atacado por los lobos. Alec pidió a todos que no fueran solos al bosque.

—Están ocurriendo muchas tragedias —se lamentó Crissa—. Señor Angus, Davina y señor Alec. ¿Atraparon al menos a los lobos?

—Matamos a tres lobos. Pero aún hay dos que escaparon. Las mujeres van a preparar el cuerpo del señor Angus para enterrarlo. ¿Y cómo está Alec?

—Me las arreglé para averiguar qué veneno se utilizó en la flecha. Es un hongo muy venenoso. Pero sé dónde se puede encontrar este tipo de hongo. ¿Podrías venir con nosotros? No queremos que nos sorprendan los dos lobos.

—Por supuesto, señora Rossilyn. ¿Y dónde tiene estas setas?

—En la colina al norte de Mu Ruibhe.

—Necesitaremos caballos para llegar. Los traeré y volveré enseguida.

Los tres se pusieron en marcha y se dirigieron al norte de Mu Ruibhe. Rossilyn buscó la seta entre las flores moradas que crecían en la colina. Davina ya la había llevado allí y le había mostrado las setas venenosas. Después de mucho buscar, Rossilyn encontró un círculo de setas del sombrero de la muerte. Cogió cinco setas y las metió en la bolsa. Las setas estaban en la parte de la colina que pertenecía a Lord Lydell. La muchacha de ojos azules miró la cabaña de Lord Lydell y sintió que el odio subía a su corazón. Él también estaba en su lista de sospechosos que intentaban matar a Alec.

Poco después, Rossilyn, con la ayuda de Crissa y Rhona, preparó la poción y se la dio a beber a Alec. Aunque estaba inconsciente, el guerrero se bebió toda la poción que combatiría el

veneno que había dentro de su cuerpo.

—¿Qué hacemos ahora, señora Rossilyn?

—Esperamos, Crissa. Ahora solo podemos esperar y rezar para que la poción pueda combatir el veneno. Quiero preguntaros algo a las dos —dijo, mirando de su hija a su madre.

—Puede decirlo, señora Rossilyn —dijo Rhona.

—Por favor, ve al funeral de Angus y Davina por mí. No puedo dejar a Alec ahora.

—Iremos, señora.

La mayoría de la gente salió de la mansión y fue al funeral de Angus y Davina. Solo Farlan, Galeron y Kendric se quedaron en la mansión con Rossilyn, esperando que Alec ganara aquella batalla.

Momentos después, Rossilyn miró desesperada a Alec al ver que no le bajaba la fiebre. Estaba muy triste por todo lo que estaba ocurriendo. La muerte de Angus y Davina, el estado de Alec, que luchaba por su vida. La fiebre no le bajaba y sus temblores eran cada vez más fuertes. El tiempo pasaba y el dolor de Rossilyn no hacía más que aumentar.

Todo el tiempo, uno de los amigos de Alec se acercó a Rossilyn y le preguntó cómo estaba. Ella solo asintió negativamente. Los amigos de Alec no salían de la habitación. Rossilyn podía ver la preocupación en sus rostros. Al final de la velada, Kinnon regresó y se mostró visiblemente decepcionado por no haber conseguido un sanador. Pero dijo que confiaba en que Rossilyn le salvaría. Crissa nunca se separó de su prometido. Kinnon siempre era muy juguetón, pero en aquel momento Rossilyn vio a un Kinnon serio y preocupado como nunca había visto. Los cuatro querían mucho a Alec.

Rossilyn miró por el pasillo y vio a varias personas durmiendo en el suelo. Estaban tan preocupados por su laird que no querían volver a casa.

El señor Bor se acercó a Rossilyn.

—Tienes que descansar.

—No me iré del lado de Alec.

—Necesitas un baño y algo de comer.

Rossilyn miró su vestido y vio que estaba manchado de sangre por varios sitios. Necesitaba cambiarse el vestido.

—Solo subiré a cambiarme el vestido. Pero, por favor, señor Bor, No te alejes de ese catre.

—No se preocupe, señora Rossilyn. No lo haré.

Bor hizo un gesto con la mano a la señora Arlana, que se acercó y se llevó a Rossilyn escaleras arriba. En cuanto llegaron al dormitorio, Rossilyn vio que ya le habían preparado el baño. Se bañó con la ayuda de su ama. La niña intentaba ser fuerte, pero cuando sintió que su cuerpo se relajaba en la bañera, lloró desesperadamente por la muerte de Angus, por Davina y por el miedo a perder a Alec para siempre.

La señora Alana miró desconsolada a Rossilyn, que tiembla de tanto llorar. La abrazó y le cantó suavemente para calmarla.

Tras salir del baño, Rossilyn se puso un vestido limpio y, después de que la señora Arlana insistiera mucho, comió un poco.

—Ahora voy abajo, no quiero estar mucho tiempo lejos de Alec —dijo en cuanto hubo terminado de comer.

—Espera un momento. Ven aquí conmigo. —La mujer cogió la mano de Rossilyn y la condujo hasta la cama—. Siéntate un rato. Descansa un poco, querida.

Rossilyn se sentó en la cama junto a ama.

—No puedo perderlo, ama —dijo llorando.

La señora Arlana se acercó y la abrazó con cariño.

—Hiciste todo lo que pudiste para salvarle, querida —dijo como si ya estuviera muerto—. Ven, tumbate aquí un rato.

Se tumbó en la cama y apoyó la cabeza en el regazo de ama.

—No puede morir, ama. No sabré vivir sin él. Cuando murió mi padre, mi madre perdió las ganas de vivir. En ese momento, no podía entender por qué se comportaba así. Cómo mi padre podía ser tan importante para ella como para perder la alegría. Pero ahora lo entiendo. Es como si fuéramos dos partes del mismo árbol. Yo soy el tronco y Alec es la raíz. ¿Cómo puede vivir un árbol sin su raíz, ama? Yo no puedo vivir sin mi raíz.

—Yo también lo creía, querida. Pero a veces la vida nos trae otra raíz.

Levantó la cabeza y miró a ama.

—No quiero otra raíz, ama. Quiero a Alec. Lo necesito. —Volvió a apoyar la cabeza en el regazo de ama y se echó a llorar.

—Cálmate, querida. Todo se arreglará con el tiempo.

Momentos después, Rossilyn abrió los ojos y vio que estaba sola en su habitación. Se incorporó y se dio cuenta de que se había quedado dormida. Se levantó rápidamente, se puso un chal a la espalda y salió de la habitación con una vela en la mano. Cuando llegó al salón, vio a

algunas personas durmiendo en el suelo. Bor estaba sentado y dormido en una silla junto a Alec.

—Señor Bor —llamó en voz baja para no despertar a los demás que dormían.

El hombre se despertó sobresaltado.

—¿Qué hace aquí, señora Rossilyn? Debería estar durmiendo.

—No tengo sueño, señor Bor. Me quedaré con Alec. Vaya a dormir a una de las habitaciones de arriba. Le dolerá el cuerpo si duerme sentada en esa silla.

Antes de que el señor Bor pudiera quejarse, Rossilyn lo ayudó a levantarse y lo llevó a las escaleras.

Rossilyn se sentó en la silla junto a Alec y le tocó la frente. Su marido seguía ardiendo. Cerró los ojos y lloró suavemente.

—Por favor, Alec, no te mueras —le susurró cerca del oído—. No puedes dejarme. Espero un hijo tuyo. No puedes dejarme ahora —suplicó entre lágrimas.

Aquella fue una larga noche para Rossilyn. Estaba tan cansada, física y mentalmente, que durmió sentada sin darse cuenta.

—Señora Rossilyn.

La chica se despertó sobresaltada al ver a la señora Rhona de pie frente a ella.

—¿Alec?

—Está bien, señora —dijo sonriendo—. le había bajado la fiebre.

Rossilyn se levantó rápidamente y se acercó a su marido. Al ponerle la mano en la frente, vio que la señora Rhona había dicho la verdad: Alec no tenía fiebre y respiraba con normalidad.

—Está bien —dijo, aliviada.

—Gracias a su poción, señora. El señor Alec está vivo gracias a sus conocimientos de curación.

—Conocimientos que Davina me transmitió.

Al pensar en Davina, una gran tristeza se apoderó de su corazón. Sabía que cuando Alec se recuperara y se enterara de la muerte de la curandera del clan MacMorran, se sentiría culpable. La verdad era que ella había muerto por su culpa. Eso haría que Alec se sintiera muy mal. Por eso Rossilyn les pidió que le hablaran de la muerte de Davina solo cuando Alec se hubiera recuperado del todo.

A media mañana, Alec abrió los ojos y sonrió al ver a Rossilyn a su lado.

—Te dije que volvería.

Rossilyn sonrió al ver el buen humor de su marido. Sabía que aún le dolía mucho el veneno.

—Siempre vuelves a mí.

Con la ayuda de sus amigos, llevaron a Alec a su habitación y Rossilyn se quedó con él hasta que durmió. Por la tarde, tuvo que salir a recoger unas hierbas para preparárselas a Alec. Dejó a Crissa en la habitación con él. Rossilyn no quería que su marido estuviera solo.

Rossilyn se dirigió al extremo sur de Mu Ruibhe, que estaba cerca del camino que llevaba a la entrada del pueblo, para recoger la hierba que necesitaría para hacer una poción que haría más fuerte a Alec. De repente, oyó un ruido procedente de algún lugar cercano a la carretera. Rossilyn se acercó sigilosamente al ruido. Se paró detrás de un gran árbol y miró en la dirección del ruido. Su corazón se llenó de odio y furia cuando vio de quién se trataba.

Salió rápidamente detrás del árbol y corrió hacia Darren, que se asustó con la llegada repentina de su hermana sobre él.

—¡Monstruo! —gritó e intentó golpear a su hermano en el pecho, pero este la sujetó por los brazos.

—¿Qué te pasa, Rossilyn? —Le sorprendió la actitud de su hermana.

—¿Por qué haces esto, Darren? —preguntó ella con lágrimas en los ojos.

—¿Haciendo qué, Rossilyn? No lo entiendo.

—Estás intentando matar a mi marido.

Darren la soltó y se alejó. Se quedó mirándola como si lo que acababa de decir fuera absurdo.

—¿Estás loca?

—Casi lo matas con tu flecha envenenada.

—¿Yo qué?

—¿Por qué quieres matarlo, Darren? ¿Lo que hizo Alec para que desearas verlo muerto?

—No intento matarlo y no quiero verlo muerto, Rossilyn. Todo lo que dices son tonterías.

Rossilyn conocía a su hermano lo suficiente como para ver que decía la verdad.

—Alec fue alcanzado por una flecha envenenada ayer por la mañana. Estuvo a punto de morir. Pero ahora su vida ya no corre peligro —dijo con calma.

—Ayer por la mañana abandoné Kyleakin. Si no me creen, envíen a alguien a Kyleakin y pregúntenle a cualquiera. Todo el mundo me vio salir.

—Alguien podría estar intentando matar a Alec por orden tuya. Bhric o Douglas. Pensé en Angus, pero murió hace dos días, atacado por lobos.

—¿Angus está muerto? —Ella asintió con la cabeza—. A pesar de nuestras diferencias, me gustaba Angus. Me recordaba a mi padre. ¿Por qué iba a intentar matar a tu marido, Rossilyn? —preguntó él, mirándola a los ojos.

—No lo sé —gritó ella.

—Yo nunca haría eso, Rossilyn.

Sintió que su hermano se sentía herido por su desconfianza. La sacudió un poco y, por un momento, pensó que tal vez no era Darren quien intentaba matar a su marido. Pero seguía necesitando saber más para estar segura de que no era él quien había intentado u ordenado el asesinato de Alec.

A pesar de la tristeza de verlo herido por ella, Rossilyn lo miró con seriedad.

—¿Qué haces aquí entonces, Darren?

—Necesito hablar con tu marido. Me detuve un poco aquí para tener valor para lo que le voy a decir.

—¿Qué tienes que decirle a Alec?

Darren se sentó al pie de un árbol del sendero.

—Tengo que pedirle disculpas a su marido.

Rossilyn se sentó junto a su hermano y lo miró sorprendida.

—¿Pedir perdón? ¿Por qué?

—Por ser un cobarde y dejarlo morir. —Rossilyn se levantó y miró enfadada a su hermano—. Tenía miedo de morir, Rossilyn.

—¿Qué has hecho, Darren? —gritó, visiblemente enfadada.

Darren se levantó, mirando a su hermana.

—Estaba luchando contra tres hombres del Conde Desmond y Alec vino a ayudarme. Después de matar al hombre contra el que luchaba, Alec me envió a buscar ayuda mientras él luchaba contra los otros dos hombres. Fui, pero cuando volví él estaba luchando contra otros tres hombres y se acercaban más. Había más de diez hombres Campbell. Yo solo tenía tres hombres

conmigo. Los diez hombres aún estaban lejos, así que tal vez había tiempo para ayudar a Alec y escapar. Pero me acobardé y no dejé que los hombres fueran a ayudarlo. Vimos cuando lo hirieron y cayó tras recibir dos golpes de espada. Cuando los otros hombres se acercaron, huimos.

—No puedo creer que hicieras eso, Darren. —De nuevo se acercó a su hermano y le golpeó el pecho con los puños. Esta vez Darren no hizo nada para detener a su hermana. Se lo merecía.

Rossilyn se cansó y se alejó jadeando.

—Tenía miedo de morir, Rossilyn.

—Y por eso lo dejaste morir.

—Perdóname, Rossilyn.

—No soy yo quien tiene que perdonarte.

—¿Me perdonará Alec?

—No lo sé. Yo no lo haría —dijo con sinceridad.

—No digas eso, Rossilyn.

— le quitaste cuatro años de vida, Darren.

—Me arrepiento mucho de lo que hice —dijo entre lágrimas. Esto sorprendió a Rossilyn, que nunca había visto llorar a su hermano, ni siquiera cuando murieron sus padres—. No hay un miserable día en que no desee volver atrás en el tiempo y ayudarlo. —Lloró con desesperación.

Al ver que su hermano sufría de verdad por el error que había cometido, Rossilyn se acercó a él y lo abrazó. Darren se agarró a su hermana y lloró aún más en su hombro.

—Perdóname, Rossilyn. Pude ver en tus ojos cuánto estabas sufriendo por su muerte. Y sabía que era culpa mía. Podría haber intentado salvarlo. Tal vez había tiempo. Pero en ese momento, me acobardé.

—Eras demasiado joven, hermano mío. —Lo estrechó entre sus brazos.

Darren se apartó y la miró.

—Por eso deseaba tanto que te casaras. No podía soportar mirarte y verte sufrir por él. Y fue aún más duro cuando me enamoré de Aileen y ella de mí. Pensé en lo que habías perdido por mi culpa. Quería que fueras feliz, Rossilyn. De verdad creía que Lord Lydell podría hacerte feliz, como Aileen y yo somos. Perdóname, Rossilyn, por favor.

—Te perdono, Darren. —Ella lo abrazó, llorando—. Te perdono, hermano mío.

Los dos lloraron un rato, abrazados. Recuperando el amor y el afecto que sentían el uno por el otro antes de la guerra.

Momentos después, los dos cabalgaban juntos como hacía tiempo que no lo hacían. Llegaron al pueblo y Rossilyn llevó a su hermano a su habitación, donde estaba Alec. Los tres hablaron durante largo rato y Darren se disculpó con Alec, que al principio se enfadó al pensar que si su cuñado le hubiera ayudado, no habría pasado cuatro años lejos de Rossilyn. Pero cuando miró a su mujer, se dio cuenta de que estaba dolida por su hermano. Se había equivocado, pero lo lamentaba mucho. Alec pidió a su cuñado que se acercara a la cama y ambos se abrazaron, sellando la unión familiar. Darren prometió que algún día haría lo que no había hecho en el pasado. Entonces podría olvidar su cobardía.

Mirando a Alec y Darren hablar, Rossilyn se dio cuenta de que no había sido Darren quien había intentado matar a Alec, ni nadie a instancias suyas. Tachó mentalmente el nombre de su hermano de su lista de sospechosos. Pero aún quedaban tres nombres más. Y se prometió a sí misma que no dejaría de buscar a la persona que intentaba matar a su marido.

Rossilyn se acercó a ambos y le dio a su hermano una taza de whisky y a su marido una taza de té. La taza contenía una poción que le ayudaría a recuperar fuerzas. Alec miró la taza con el semblante enfurruñado. Darren se rio de su cuñado y bebió su whisky con satisfacción.

Capítulo Quince

El hermano de Rossilyn pasó casi todo el día en Mu Ruibhe. Como Alec estaba muy débil y no podía levantarse de la cama, Rossilyn llevó a su hermano a ver las tierras que le había regalado su abuela paterna cuando era un bebé. Darren estaba asombrado de todas las mejoras que habían hecho en tan poco tiempo. El laird MacKinnon prometió a Alec que enviaría algunos carromatos con piedras desde Kyleakin para ayudar a levantar el muro frente al pueblo. Darren partió de Mu Ruibhe poco después del almuerzo. Prometió llevar pronto a su mujer y a sus dos hijos a visitar a su hermana. Pero antes de marcharse, Rossilyn le dijo a su hermano que estaba embarazada, y una vez más vio cómo a su hermano se le humedecían los ojos de la emoción. La abrazó y la miró en silencio durante un rato. A Darren le resultaba difícil mirar a su hermana y aceptar que se había convertido en una mujer. Y que pronto tendría un hijo en brazos. El líder de los MacKinnon miraba a su hermana y seguía viendo a la niña traviesa que conseguía todo lo que quería cuando lo miraba con aquellos dos ojos azules que hacían que se derritiera por dentro. Para Darren, Rossilyn siempre sería su hermana pequeña.

Después de despedir a su hermano, y con el corazón un poco más aliviado al saber que no había sido él quien había intentado acabar con la vida de su marido, Rossilyn regresó a su habitación. No había visto a Alec desde que salió por la mañana para enseñar Mu Ruibhe a su hermano. Antes de abandonar la habitación, Alec insistió en que su esposa almorzara con su hermano en el salón y con la gente de la mansión. Aun protestando, la muchacha obedeció.

Rossilyn miró a su marido al entrar en la habitación y sonrió.

—¿Por qué sonríes?

—Me alegra verte en esta cama. —Rossilyn se sentó junto a Alec—. Temía que ya no ocurriera.

—Siempre estaré a tu lado. —Alec tocó el vientre de Rossilyn—. Y a nuestro hijo también.

Los ojos azules de la chica se abrieron de par en par.

—¿Lo has oído?

—A pesar del dolor y la debilidad, podía oír todo lo que decían a mi alrededor. Tenía tantas ganas de consolarla. Parecía tan triste y desesperada.

—Te estabas muriendo.

—Ahora estoy bien. Y todo gracias a ti, Rossilyn.

La besó cariñosamente.

—Nunca más dejaré que te alejes de mí. Te prohíbo que vuelvas a morir.

Ambos rieron. Rossilyn se levantó y fue a la mesa a preparar otro de sus té para que Alec se recuperara lo antes posible.

—Farlan me ha contado lo que le ha pasado a Davina.

Rossilyn se detuvo a medio camino y volvió a la cama.

—Pedí que nadie te contara la muerte de Davina. Aún estás demasiado débil.

—Necesitaba saberlo, Rossilyn. Hizo lo correcto.

—No quiero que pienses en ello ahora. Tienes que recuperarte —dijo como si su petición fuera una orden.

—Dos personas han muerto por mi culpa —dijo con rabia.

—Por favor, Alec. —Volvió a sentarse junto a su marido en la cama—. No servirá de nada darle vueltas a esto. Solo empeorará tu recuperación.

—¿Por qué, Rossilyn? ¿Por qué intentan matarme? A veces pienso que sería bueno que me mataran pronto para que la vida de nadie más corriera peligro.

Rossilyn lo fulminó con la mirada.

—Estás diciendo tonterías y lo sabes.

—Lo sé —asintió abatido y miró el vientre de Rossilyn—. Es que tengo mucho miedo por ti y por el bebé. No puedo ponerlos en peligro.

—Pronto descubriremos quién intenta matarte.

—Galeron y Kendric me están ayudando con eso. —Rossilyn lo miró intrigada—. Tenemos que encontrar a la chica que me dio el pastel. Ella nos dirá quién la contrató para darme ese pastel envenenado.

—¿Recordabas algo más de ella?

—Sí —dijo con una sonrisa maliciosa—. Tenía el pelo negro y un gran lunar bajo el ojo. Y algo más que me llamó mucho la atención.

—¿Qué?

—Tenía unos pechos enormes. —Los mostraba con las manos delante del pecho y una amplia sonrisa en la cara.

—¡Alec! —Rossilyn le dio un puñetazo en el brazo y se levantó de la cama.

—¡Ay! Aún no estoy del todo recuperada, Rossilyn.

—Pero ya está bien para hablar tonterías.

Alec sonrió.

—¿Estás celosa, Rossilyn?

—No —dijo enfadada mientras lo miraba.

—Sabes que solo tengo ojos para ti. —Bajó la mirada y se detuvo en sus pechos—. Solo me atraen ellos. Ven, mi pelirroja. —Abrió los brazos para recibirla.

Rossilyn sonrió y se sentó junto a Alec, que la rodeó con los brazos.

—Tal vez la persona contrató a ella justamente por este atributo. Si algo salía mal, no recordaría su cara, solo sus pechos.

—Podría ser. La mujer era normal, como cualquier otra, pero no se ven esos pechos en muchas mujeres. Seguramente la persona sabía que me fijaría mucho más en sus pechos.

Rossilyn puso los ojos en blanco y resopló ante el comentario de su marido.

—Una buena estrategia entonces.

—Lo que la persona no esperaba era que apareciera mi salvadora y me quitara el pastel de la mano. —Rossilyn sonrió—. Me has salvado la vida dos veces.

—Lo salvé porque lo amo, Alec. Y no podría vivir sin ti.

Alec sonrió al oír la declaración de su mujer. Le acarició la mejilla.

—Yo también te quiero, Rossilyn. Tenía muchas ganas de hacerte el amor.

—Cuando te hayas recuperado, haremos el amor toda la noche. —Ella lo besó y se apartó de sus brazos, dirigiéndose a la mesa para preparar el té.

Al día siguiente, Alec aún se sentía débil y tomó la comida de la mañana en su habitación

con Rossilyn.

—¿Cuándo voy a sentirme con fuerzas para salir de esta cama? Mis pies son como dos piedras enormes, pesan mucho.

—Lo que sientes sigue siendo el efecto del veneno. Te sentirás mejor en dos o tres días. Voy a ir al molino a recogiendo algunas hierbas para que se recupere más rápido.

Besó a su marido y salió de la habitación.

Rossilyn fue a la habitación que utilizaba para hacer sus pociones curativas y cogió una cesta. Justo cuando se disponía a salir de la habitación, vio entrar a Crissa con una sonrisa en la cara.

—¿Va a salir, señora Rossilyn?

Crissa se sorprendió al ver que su señora se iba sin ella. Rossilyn siempre la llevaba cuando salía a ayudar a alguien enfermo.

—Voy al molino a recogiendo hierbas.

—¿No quieres que te acompañe?

—No hace falta, Crissa. No tardaré mucho. Y tu madre dice que te necesitará ahora por la mañana. Hasta luego.

Rossilyn montó en Proteus y cabalgó hacia el molino, que estaba en dirección opuesta al campo de la plantación. El molino estaba a orillas del río que pasaba junto al pueblo de Mu Ruibhe. Cuando se acercó al molino, ella se desmontó y caminó alrededor de él buscando las hierbas que necesitaría para hacer el té para Alec. Rossilyn se apartó y se adentró en el bosque que había junto al molino. De repente, oyó el ruido de los cascos de los caballos contra el suelo. Miró hacia el molino y vio al señor Calder acercándose en una carreta. Iba al molino a recoger los sacos de harina molida. Rossilyn estaba tan lejos del molino que el señor Calder no la vio.

Después de que el señor Calder entrara en la casa contigua al molino, Rossilyn se dirigió hacia donde él había entrado. Al entrar en la casa, vio al hombre metiendo la harina en un saco de tela.

Al darse cuenta de que ya no estaba solo, el señor Calder se volvió y se sorprendió al ver a Rossilyn.

—¿Señora Rossilyn? —Se levantó y se volvió hacia ella.

—¿Cómo se encuentra, señor Calder?

—Estoy bien, señora. No sabía que iba a venir al molino. Podría haber venido conmigo en la carreta.

—He venido en el Proteus. Estoy buscando algunas hierbas para hacer té para Alec.

—¿Y cómo está el señor Alec?

Rossilyn no respondió a la pregunta del hombre. Tenía que enfrentarse a él y averiguar si intentaba matar a Alec.

—¿Está intentando matar a mi marido, señor Calder? —Fue directa en su pregunta.

El hombre, que llevaba el pelo largo y gris recogido en una cinta, se sorprendió de su pregunta. Rossilyn notó que el semblante del señor Calder pasaba de la sorpresa a la indignación.

—No, señora. ¿Por qué cree que intento matar al señor Alec?

—Porque desde que mi marido llegó a Mu Ruibhe, alguien ha estado intentando matarlo. Y usted sigue diciendo que mi marido debería haber muerto junto con su hijo. Todo el mundo sabe cuánto odia usted a mi marido.

El señor Calder suspiró pesadamente y bajó la mirada, avergonzado.

—Estaba sufriendo, señora Rossilyn. —El hombre tenía una expresión de dolor en el rostro al decir aquellas palabras.

—¿Y por eso intenta matar a mi marido? —preguntó nerviosa.

—No —dijo rápidamente—. Nunca intentaría nada contra el señor Alec. Es nuestro laird y no le odio. Confieso que cuando llegó dije algunas cosas de las que ahora me arrepiento mucho. Pero luego dejé de hacerlo. Conocí a alguien que me hizo comprender que el señor Alec no tuvo nada que ver con la muerte de mi hijo. Bruce tenía muchas ganas de estar en esa guerra. El señor Alec también perdió mucho en esa guerra. Perdió a su padre, pasó años siendo torturado y humillado por ese bastardo hijo del Conde. Sé que sufrió mucho. Durante el tiempo que ha estado cuidando del clan, he visto que es un gran laird para todos los MacMorran. Cuida de la gente, se preocupa por todos. Es incluso mejor que su padre —dijo sonriendo.

Rossilyn escuchó en silencio. Intuyó la verdad en las palabras del hombre, que aún lloraba la muerte de su hijo.

—Como usted dijo, Alec ha sufrido demasiado. Ahora es el momento de ser feliz. ¿Y no sospecha de nadie?

—Podría ser cualquiera, señora Rossilyn. Pero puedo asegurarle una cosa. No fue ningún MacMorran. Esta gente quiere mucho al señor Alec. Hemos pasado cuatro años sin un laird, y ya sabe por lo que hemos pasado. Ninguno de nosotros quiere que eso vuelva a pasar.

—¿Crees que podría ser alguien que llegó con él aquí en Mu Ruibhe?

—Podría ser. Muchas personas nuevas llegaron ese día.

—Cuatro de ellas son personas en las que Alec confía mucho.

El hombre sabía que Rossilyn se refería a los cuatro amigos que vinieron de la mina con Alec.

—No sabemos mucho de esa gente. Es bueno vigilarlos a todos. Puedes confiar en mí. No soy yo quien intenta matar al señor Alec. Pero lo que pueda hacer para intentar averiguarlo, lo haré.

—Gracias, señor Calder.

—He terminado aquí. ¿Quieres venir conmigo? Ataré a Proteo al carro y regresaremos juntos.

—No. Me quedaré un poco más aquí en el molino. Todavía tengo que buscar algunas hierbas.

Rossilyn ayudó al señor Calder a poner los sacos de harina en la carreta y vio cómo se alejaba.

—Ahora solo quedan dos personas. —Rossilyn cerró los ojos y sintió una amargura en el estómago al pensar que podía ser su ama, la persona que intentaba matar a Alec—. Por favor, no seas tú, ama.

Mientras buscaba las hierbas, Rossilyn no podía quitarse dos nombres de la cabeza. Arlana y Lydell. Los dos podrían haber estado en el complot para matar a su marido. La señora Arlana nunca ocultó que quería que ella se casara con Lord Lydell para que fueran del mismo clan. Y desde el principio no le gustó Alec y siempre dijo que no la merecía. Y el orgullo de Lord Lydell podría haberse sentido herido porque no se había casado con ella como había planeado. Y ella sabía por Alec que él quería que Mu Ruibhe se uniera a sus tierras y pusiera a los MacMorran a trabajar para él en su fábrica de whisky. Por mucho que le doliera a Rossilyn, todo apuntaba a que ellos dos eran los que intentaban matar a Alec.

Aunque no había encontrado las hierbas que necesitaba, Rossilyn decidió volver a la mansión y poner a la señora Arlana contra la pared y hacerla confesar que realmente estaba intentando matar a Alec. Montó en Proteus y cabalgó hacia el pueblo de Mu Ruibhe.

El molino estaba en dirección al campo de plantaciones y justo antes de la colina que bordeaba las tierras de Lord Lydell. Al llegar al camino que la llevaría a la aldea, vio a un hombre a caballo que venía de la colina al norte de Mu Ruibhe, cabalgaba hacia la aldea. Rossilyn se bajó rápidamente de Proteus y se escondió detrás de un árbol junto al camino. Miró al hombre y sus ojos se abrieron de par en par al ver a un sonriente señor Bor montado en un caballo con manchas marrones y blancas.

Rossilyn estaba intrigada al ver al señor Bor que venía del norte de Mu Ruibhe, y además sonriendo. Cuando pasó junto a ella y ya estaba lejos, salió de detrás del árbol con Proteus. Miró hacia el norte y quedó intrigada por lo que vio. ¿Qué había estado haciendo el señor Bor en la

colina al norte de Mu Ruibhe que lindaba con las tierras de Lord Lydell? Rossilyn apartó rápidamente un mal pensamiento que se había formado en su cabeza. No podía imaginar que el señor Bor, un hombre que conocía a Alec desde que nació, que había cuidado del clan cuando todos creían que Alec había muerto, intentara matar a Alec. Y si eso era realmente cierto, según todos los indicios, lo estaba haciendo a instancias de Lord Lydell.

Pensar en esa posibilidad enfermó tanto a Rossilyn que sintió que todo giraba a su alrededor y tuvo que agacharse y respirar hondo. Cuando volvió a estar erguida, se puso la mano en el vientre como si pudiera proteger a su hijo de tanta maldad y traición. En cuanto se sintió mejor, montó en Proteus y regresó a la aldea. Rossilyn estaba tan confundida que ya no sabía qué hacer. No sabía si enfrentarse a su ama. Decidió que primero intentaría averiguar algo sobre el señor Bor. Intentaría averiguar qué hacía en el norte de Mu Ruibhe, sin despertar sospechas de su desconfianza.

Capítulo Dieciséis

A la mañana siguiente, después de preparar el té para su marido, Rossilyn salió del dormitorio y se dirigió a la habitación que Alec había mandado preparar para que ella trabajara con las hierbas. La habitación se parecía a la que Davina tenía en su casa. Rossilyn y Crissa cogieron algunas cosas de la casa de Davina y las trasladaron a esta habitación. Colocaron una gran mesa en el centro de la habitación y Rossilyn puso las hierbas que aún tenía que clasificar en tarros, que estaban en un rincón de la mesa esperando a ser utilizados. En una esquina de la habitación había varias estanterías con los tarros y sus hierbas. En otra pared había estanterías con los botes y sus pociones ya preparadas. Eran pociones para el dolor, las náuseas, las heridas y algunas enfermedades. Pociones que Davina había enseñado a Rossilyn en el poco tiempo que habían pasado juntas. La señora de Mu Ruibhe decidió que le enseñaría a Crissa lo poco que sabía. A la chica le encantaba ayudar a la gente y Rossilyn vio que Crissa tenía mucha paciencia con los enfermos y que sería una gran sanadora. Sabía que, como esposa del laird del clan MacMorran, no podía ser la curandera del clan. Y pronto tendría un hijo y necesitaría tiempo para cuidar de él, de Alec, de la mansión y de todos en el pueblo. Así que tampoco tendría tiempo para ser la sanadora del clan. Durante el tiempo que pasó con Davina cuidando a los enfermos, se dio cuenta de que ser curandera le quitaba mucho tiempo. La antigua sanadora tenía que preparar pociones, visitar a los enfermos y buscar hierbas en el bosque, a veces en lugares alejados de Mu Ruibhe. Rossilyn pensó, mirando a Crissa, que sería una buena curandera.

Al final de la tarde, cuando estaban guardando las hierbas en sus macetas, Crissa miró a Rossilyn y vio que tenía cara de preocupación.

—¿Le preocupa algo, señora Rossilyn?

—No puedo dejar de pensar en quién intenta matar a mi marido, Crissa. La persona que quiere matarlo anda por todas partes. Y podrían intentar matarlo de nuevo en cualquier momento. Pensar en ello me aterroriza. Quiero proteger a Alec, pero no sé cómo.

—Dijiste que ibas a buscar al culpable.

—Y lo estoy haciendo. Ya he tachado dos nombres de mi lista —dijo un poco excitada.

—¿Qué nombres? —preguntó ansiosa.

—Mi hermano y el señor Calder. Me enfrenté a ellos y vi en sus ojos que decían la verdad cuando dijeron que no intentaban matar a Alec.

—No creo que su hermano hiciera eso, señora.

—¿Por qué piensa eso ahora?

—Porque parece que le gustas mucho. Lo vi cuando estuvo aquí hace unos días. Y el señor Calder es un MacMorran. Un miembro de un clan no mataría a su laird. Y sabe lo que es estar sin un laird que les guíe. Es como un barco sin su capitán. —Rossilyn la miró sorprendido—. Una vez oí que tu padre le decía al mío.

Ambas sonrieron.

—¿Quién es la persona que intenta matar a Alec? —Rossilyn formuló la pregunta, mirando una olla vacía que tenía en la mano.

—Aún quedan dos personas más, señora Rossilyn.

Rossilyn miró a Crissa y por mucho que todo indicara que su ama podía estar detrás de los ataques a Alec, no podía aceptar que fuera cierto. Tal vez otra persona, pero no la mujer que la había cuidado toda su vida.

—Lord Lydell podría haber puesto a alguien de su confianza a intentar matar a Alec.

—Tal vez la señora Arlana.

—Ella no haría eso —dijo la pelirroja sin mucha convicción.

—Señora Rossilyn —Crissa se acercó a su ama—, hay días en que la señora Arlana sale justo después de que todo el mundo se haya ido a dormir y solo vuelve en mitad de la noche, a veces solo vuelve al día siguiente y actúa como si no hubiera pasado nada. Una noche, salí al encuentro de Kinnon después de que mis padres se hubieran ido a dormir, y vi a la señora Arlana entrando en la mansión. Estaba escondida en la oscuridad para que nadie la viera.

—¿Estás segura, Crissa?

—Sí, señora. Yo no mentiría. Hace un par de días que no sale de noche. Tal vez esta noche lo haga.

—Crissa, termina de ordenar las ollas y luego cierra la puerta. Necesito hablar con el señor Bor.

—No te preocupes, lo guardaré todo.

En cuanto Rossilyn salió de la habitación, Crissa miró la puerta con seriedad.

—Tengo que empaquetar estos frascos enseguida y contarle a Kinnon lo que he averiguado.

Mientras se ponía el camisón para dormir, Rossilyn no dejaba de pensar en lo que Crissa le había contado aquella tarde sobre su ama. Tenía que averiguar qué hacía la señora Arlana cuando salía de la mansión por la noche. Estaba decidida a quedarse despierta toda la noche para ver si su ama salía de la mansión como Crissa había dicho.

Alec entró en la habitación con cara de cansancio.

—Te dije que aún no estabas bien para levantarte de la cama.

—Confieso que mi cuerpo sigue pesado y dolorido, pero no podía quedarme en esa cama. Ya viste lo emocionados que estaban todos cuando me vieron en el salón. Esta gente me necesita, Rossilyn. Necesitan a tu laird.

—Lo sé, Alec. Pero me preocupo por ti. ¿Han averiguado algo Galeron y Kendric?

—No. Nada aún. —Alec se acercó y la besó—. Eres mi mejor medicina —dijo mientras apartaba la boca de la suya.

Rossilyn sonrió y le rodeó la cintura con los brazos.

—¿Cuándo vamos a contarle a todo el mundo lo de nuestro hijo?

Alec se apartó un poco y acarició el vientre de Rossilyn. Ella vio que él le miraba el vientre con cara de preocupación.

—Sé que quieres contarle a todo el mundo lo de nuestro hijo. Y yo también. Pero tengo miedo de que esto te atraiga algún peligro. Aún no sé por qué alguien querría verme muerta.

—¿Crees que es por el clan? ¿Alguien que quiere ocupar tu lugar como laird del clan? —preguntó Rossilyn preocupada.

Rossilyn pensó rápidamente en el señor Bor. Si ese era el motivo, bien podía ser el señor Bor. Antes de que volviera Alec, se comportaba como el señor del clan. Pero en ningún momento, desde que llegaron a Mu Ruibhe, había visto al señor Bor molesto porque Alec hubiera vuelto y ocupado su lugar como señor del clan. Un sitio que le correspondía por derecho. Aun así, la muchacha empezó a sospechar aún más.

Al ver a Rossilyn callada y pensativa, Alec se acercó a la cama, se sentó y empezó a quitarse la falda escocesa.

—Tienes un aspecto extraño. Apenas has dicho nada durante la cena. ¿Qué te ocurre?

Rossilyn se acercó y se agachó para quitarle los zapatos y los calcetines a su marido.

—No es nada. Estoy un poco preocupada. He buscado al señor Bor esta tarde y no lo he

encontrado.

—Envié al Bor a Elgol para que intercambiara parte de la cosecha con los comerciantes de allí. Comerciaremos por lo que necesitemos. Pero ya ha vuelto. Dijo que iba a la cocina a por algo de comer y luego a su habitación, donde está durmiendo. ¿Qué quieres con Bor?

—Nada importante. Quería preguntarle si sabía dónde crecía una hierba que encontré entre las cosas de Davina. Se lo preguntaré mañana.

Rossilyn cogió la falda escocesa de Alec y la puso sobre una silla. Apagó unas velas y se tumbó junto a su marido. Al poner la pierna sobre la de Alec, sintió su miembro duro. Levantó la cabeza y lo miró sorprendida.

—¿Alec?

—Siento tanto deseo por ti, mi pelirroja. —Su voz salió cargada de deseo. Le acarició la cara con una mano y la besó con furia y deseo.

—Todavía no estás bien, Alec —dijo sin aliento mientras se separaba. Ella también estaba loca de deseo. Aquellos últimos días durmiendo junto a Alec, y teniendo que contenerse para no demostrarle cuánto deseaba hacerle el amor, la habían vuelto casi loca.

—Aún me pesa el cuerpo. Pero necesito estar dentro de ti. Quédate encima de mí, Rossilyn.

Una mirada traviesa cruzó el rostro de Rossilyn. Se quitó el camisón e hizo lo que su marido le decía. Rossilyn gimió al sentirlo dentro de ella. Al poco rato, Rossilyn se desplomó exhausta sobre el pecho de su marido, sintiéndose feliz y realizada por haber sentido placer y también por haber dado placer a su marido. Mientras apoyaba la oreja en su pecho, oyó cómo su corazón latía deprisa y se iba calmando poco a poco.

—Te quiero mucho, Rossilyn.

—Yo también te quiero, Alec. Ahora duerme un poco, mi amor.

—Buenas noches, mi pelirroja.

—Buenas noches.

Poco después, Rossilyn oyó la respiración agitada de Alec, levantó la cabeza y lo miró. Alec dormía plácidamente. Sonrió y acarició lentamente la espesa y suave barba de Alec. Rossilyn se levantó y fue al fondo de la habitación, cogió un paño húmedo y se aseo.

Al volver a la cama, sintió que un aire frío entraba en la habitación, miró hacia la ventana y vio que estaba ligeramente abierta. Se puso el camisón y se acercó a la ventana para cerrarla. Mirando al cielo, vio una brillante luna llena, pero empezaban a formarse pesadas nubes que oscurecían poco a poco su brillo. De repente oyó un ruido procedente del pasillo. Cerró rápidamente la ventana, corrió hacia la puerta y la abrió lentamente. Vio una figura vestida de

negro que bajaba las escaleras. Rossilyn recogió rápidamente su chal marrón de la silla y se lo envolvió alrededor de la espalda. Salió sigilosamente de la habitación y se dirigió a las escaleras.

Cuando llegó a la escalera, miró hacia abajo y vio que la figura se detenía detrás de una columna del pasillo y miraba a la gente que dormía. Cuando estuvo segura de que todos dormían, se dirigió a la puerta y salió de la mansión. Rossilyn bajó corriendo las escaleras y también salió de la mansión.

Cuando llegó al patio, vio la figura que caminaba rápidamente hacia el norte de Mu Ruibhe. La figura estaba lejos y Rossilyn no podía distinguir de quién se trataba. Siguió a la figura, dejando siempre una buena distancia entre ellos. Sabía que el camino que había tomado la persona la llevaría a un claro en dirección al campo de plantaciones. Rossilyn miró al cielo y se dio cuenta de que las nubes pronto tapanían la luz de la luna y sería difícil caminar por el sendero. Apuró el paso y se dio cuenta de que ya no podía ver la figura negra que tenía delante. Rossilyn se detuvo y miró a su alrededor. Miró al cielo y sintió las primeras gotas de lluvia caer sobre su cara. Miró hacia atrás y supo que lo correcto sería regresar antes de que oscureciera aún más y antes de que se desatara la tormenta que se estaba gestando. Pero estaba decidida a averiguar quién intentaba matar a su marido. Rossilyn continuó con pasos apresurados hacia el claro.

Cuando llegó al final del camino, se detuvo y vio a la persona de la capa negra de pie en medio del claro, aparentemente esperando a alguien. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Su corazón se aceleró. La lluvia arreció y empapó su jersey, amoldando la tela a su cuerpo.

Poco después, Rossilyn oyó pasos y vio a un jinete que se acercaba lentamente desde el centro del claro donde le esperaba la persona.

Las lágrimas se mezclaron con la lluvia cuando se dio cuenta de que el hombre del caballo era Lord Lydell. En ese momento, se dio cuenta de que su ama estaba intentando matar a Alec a instancias de ese hombre. Sintió que se le partía el corazón de tristeza al darse cuenta de que su ama nunca la había querido de verdad. Si lo hubiera hecho, nunca se habría unido a Lord Lydell para matar al hombre que amaba.

Una rabia incontrolable se apoderó de Rossilyn y la hizo ciega al peligro que corría. Caminó hacia los dos. Rossilyn se detuvo unos pasos detrás de la figura de la capa negra.

Cuando Lord Lydell se dio cuenta de que alguien se acercaba, miró en dirección a Rossilyn y le sonrió.

Al ver la sonrisa libertina del lord, Rossilyn no tuvo ninguna duda de que él estaba detrás de los intentos de matar a Alec. La persona que tenía delante continuó dándole la espalda.

—¿Cómo has podido hacerme esto? —gritó Rossilyn entre lágrimas—. Creía que me querías, que querías verme feliz. ¿Cómo has podido tramar la muerte de mi marido con ese traidor?

Rossilyn guardó silencio para que la señora Arlana pudiera responderle, pero guardó silencio.

—Vóltéate y dime mirándome, ¿por qué haces esto?

La persona continuó de pie mirando en dirección al caballo de Lord Lydell.

—No vuelvas a la mansión. Ya no eres bienvenida en Mu Ruibhe. No quiero volver a verte nunca más —gritó la última frase. Rossilyn estaba tan cegada por el odio que ni siquiera se dio cuenta de que la persona que tenía delante no era tan pequeña como su ama.

Pero antes de que Rossilyn pudiera darse la vuelta para marcharse, la persona que tenía delante giró lentamente el cuerpo y, cuando estuvo frente a ella, se quitó la capucha que le cubría la cabeza.

El semblante de Rossilyn cambió radicalmente. Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de quién era la persona que tenía delante.

—¿Tú?

Nada más terminar de decirlo, Rossilyn sintió que algo la golpeaba con fuerza en la nuca. Pero antes de que pudiera caer al suelo, la persona la sujetó y le sonrió.

—¿Por qué?

Fueron sus últimas palabras antes de que la oscuridad la envolviera.

Capítulo Diecisiete

Al despertarse aquella mañana de otoño, Alec giró la cabeza hacia un lado y no vio a su esposa a su lado. Pero no le sorprendió, porque desde que lo habían herido con una flecha envenenada, Rossilyn se había levantado temprano todas las mañanas y se había ido a una de las habitaciones de la mansión a preparar una tisana para que se recuperara lo antes posible. Y ya se sentía menos débil que los primeros días. Todo lo que Alec deseaba era poder recuperar plenamente sus fuerzas y ayudar a su pueblo, cuidar de su esposa y del hijo que llevaba en su vientre. Cada mañana, Alec sentía que las infusiones que le había dado su mujer hacían efecto, porque cada día se sentía mejor. Todo el cariño con el que Rossilyn le trataba a él y a su clan le hacía sentirse muy orgulloso de la esposa que tenía.

Antes de salir de la habitación, Alec echó un vistazo a la ventana, que estaba entreabierta, y vio que fuera arreciaba una gran tormenta, que hacía aún más gris aquel día de otoño. Se puso la falda solo, lo cual era un poco extraño, ya que Rossilyn le había ayudado todas las mañanas desde que llegaron a Mu Ruibhe. Aunque podía arreglarse solo, le gustaba recibir el cariño de su mujer a primera hora de la mañana. La echaba de menos en esos momentos. Alec sabía que ya no podría vivir sin ella en su vida. Miró su tartán rojo y verde, el color del clan MacMorran, y se lo ajustó a la cintura. Lo que quedó de la tela se lo echó al hombro y se lo prendió a la camisa con el broche que su madre le había regalado a su padre pocos días después de casarse. Pasó un poco de agua en su pelo largo y dorado y bajó al salón.

El día anterior, cuando había bajado al salón después de varios días de tomar la comida de la mañana en su habitación con Rossilyn, había encontrado a la gente comiendo tranquilamente y con la cabeza gacha. Pero cuando le vieron de pie en el vestíbulo, todos se levantaron y le felicitaron por su recuperación. Alec se dio cuenta de que todos estaban agradecidos de que Rossilyn le hubiera salvado una vez más. Pero lo que encontró aquella mañana fue muy distinto. Todos charlaban animadamente mientras esperaban al señor de la mansión. Alec notó que faltaban algunas caras conocidas. En cuanto repararon en él, le dieron la bienvenida y todos se sentaron a comer. Alec se acercó y se sentó donde siempre comía, en la silla del centro de la mesa. Miró el asiento vacío de su esposa a su lado y se volvió hacia Crissa, que estaba sentada junto a Kinnon en una de las mesas contiguas a la que estaba destinada al señor de la mansión, su familia y sus allegados.

—Crissa, ve a la habitación de Rossilyn y pídele de comer.

—La señora Rossilyn no está en la habitación donde trabajamos con las hierbas, señor Alec.

Antes de venir al salón, me he dado una vuelta para ver si estaba, pero la habitación estaba vacía.

—La señora Rossilyn aún no ha bajado al salón, señora Alec —dijo la señora Rhona, la madre de Crissa—. Fui una de las primeras en despertarme y aún no he visto a la señora Rossilyn.

—Cuando me desperté, ya no estaba en la habitación. Pensé que estaba en su sala con sus hierbas, preparando un poco de té como hace cada mañana. Crissa, ve a la habitación de la señora Arlana a ver si Rossilyn está con ella —le pidió Alec.

Después de que Crissa subiera corriendo las escaleras, todos se miraron preocupados. Alec intentó no imaginarse lo peor, nunca se lo perdonaría si les ocurriera algo a Rossilyn y a su hijo. Momentos después, Crissa regresó, con la respiración acelerada por la carrera.

—La señora Rossilyn no está en su habitación y tampoco la señora Arlana. Ni siquiera le han deshecho la cama.

Alec se levantó y miró a todos; tenía una mirada desesperada. Lo que tanto había temido parecía haber sucedido.

—Quiero que todos busquen a Rossilyn por toda la mansión. Kinnon, mira si Proteo está en el establo y, si no, pregunta al vigilante nocturno adónde ha ido.

Todos salieron corriendo para obedecer la orden del laird. Galeron se quedó con su amigo, que no tenía buen aspecto.

—Cálmate, Alec. La encontraremos.

Al pensar que algo grave podía haberle ocurrido a su esposa, sintió una debilidad en el cuerpo y tuvo que volver a sentarse. Galeron se acercó a su amigo al ver la debilidad en su rostro.

—Aún no te has recuperado del todo, Alec.

—Mi fuerza no puede abandonarme ahora, Galeron. Rossilyn y mi hijo me necesitan.

Galeron miró sorprendido a su amigo.

—¿La señora Rossilyn está embarazada?

—Sí. Me lo dijo hace unos días. Pensé que era mejor no decir nada para no ponerte en peligro. Aún no sé por qué intentan matarme. Pero no parece haber servido de nada.

—Cálmate, Alec. Encontraremos a la señora Rossilyn. No pienses lo peor.

Poco a poco la gente volvió e informó de que no habían encontrado a Rossilyn en ninguna parte de la mansión. Kinnon también regresó con semblante abatido.

—Proteo y los demás caballos están en el establo. No falta ninguno, Alec. Y el vigilante nocturno dijo que no había visto a la señora Rossilyn.

—¡Maldita sea! —Golpeó con fuerza la mesa—. Me pregunto dónde estará Rossilyn. —preguntó Alec, desesperado—. ¿Dónde están Kendric y Farlan?

—Mi hermano fue ayer a Drinan Du. Dijo que iba a celebrar su recuperación con las chicas en una taberna cerca del puerto. Creo que Farlan fue con él.

—Quizá ella fue a ayudar a alguien del pueblo —le recordó Galeron.

—No lo creo, señor Galeron —dijo la señora Rhona, acercándose a los dos hombres—. Siempre que la señora Rossilyn va a ayudar a alguien, se lleva a mi Crissa con ella.

—No puedo creer lo que está pasando. Cuando dormía, ella estaba a mi lado. ¿Alguien ha visto a Bor?

—Tampoco durmió en la mansión, señor Alec —dijo la señora Rhona con cara de preocupación—. Desde que usted se lesionó, el señor Bor duerme aquí en la mansión y siempre es el primero en despertarse después de mí. Pero como esta mañana no ha venido a la cocina, he pedido a uno de los criados que fuera a su habitación para ver si todo iba bien. El criado dijo que la habitación estaba vacía y que ni siquiera se había deshecho la cama.

A Alec le pareció muy extraño, Bor nunca hacía nada sin decírselo antes. Por primera vez en su vida, sintió una opresión en el corazón y esa sensación era un aviso de que Rossilyn le necesitaba.

Crissa miró con aprensión a Alec. Le aterraba la idea de que pudiera haberle ocurrido algo a su ama. Miró a Kinnon y este asintió. La muchacha se acercó a Alec, temerosa de que se peleara con ella cuando le contara lo que sabía. Pero tenía que ser fuerte por su ama.

—Tengo algo que decirte. —La voz de la muchacha temblaba por el miedo que sentía.

—¿Qué pasa, Crissa?

—La señora Rossilyn me hizo prometer que no se lo contaría a nadie, pero se lo dije a Kinnon. —La muchacha miró a su prometido, que la animó a continuar—. Te ruego que no te pelees con él. Le rogué que no se lo contara a nadie para que la señora Rossilyn no perdiera la confianza en mí.

—Dime qué me ocultaba Rossilyn, Crissa —ordenó Alec con impaciencia.

—Estaba buscando sola a la persona que intentaba matarte.

Alec se puso en pie de un salto y fulminó a Crissa con la mirada, lo que la asustó aún más.

—¿Qué?

—La señora Rossilyn estaba decidida a encontrar a la persona que intentaba matarte.
—Aunque estaba asustada, Crissa siguió contando su historia.

Al ver que su prometida tenía mucho miedo de Alec, Kinnon se acercó a ella y la abrazó.

—Deberías habérmelo contado, Kinnon —dijo Alec, aún más furioso mientras miraba al chico.

—Crissa me contó todo lo que descubrió la señora Rossilyn. No podía decirte nada para no perder la confianza de mi prometida y la de la señora Rossilyn en ella. Por eso le dije a Crissa que solo te lo contaría si la señora Rossilyn corría algún peligro. Crissa me dijo que la señora Rossilyn podría ir a por la señora Arlana anoche si salía. Estuve vigilando fuera de la mansión. Vi cuando la señora Arlana salió y fui tras ella. Pero la perdí en uno de los callejones del pueblo. Miré a mi alrededor para ver si encontraba a la señora Rossilyn, pero no vi a nadie. Pensé que se habría quedado dormida y por eso no había ido tras la señora Arlana. No pensé que la señora Rossilyn pudiera estar en peligro, de lo contrario te habría avisado, Alec. Lo siento —Kinnon se sentía culpable por la desaparición de Rossilyn.

—Tú no tienes la culpa de la desaparición de Rossilyn, Kinnon —dijo un poco más calmado.
—Debería haber prestado más atención a mi mujer. La culpa es mía.

Todos vieron lo culpable que se sentía Alec por todo lo que estaba ocurriendo. Vieron el dolor en su rostro. Pero todos callaban, nadie podía hacer nada.

—Dime qué más sabes, Crissa —preguntó Alec.

—La señora Rossilyn sospechaba de cuatro personas, pero descartó a dos después de enfrentarse a ellas y asegurarse de que no eran las que intentaban matarte. —Ya no había miedo en la voz de la chica, se sentía protegida con Kinnon a su lado y sabía que de alguna manera podía ayudar a encontrar a la señora Rossilyn. Y eso le dio aún más fuerzas.

—¿Y de quién sospechaba?

—Del señor Darren, del señor Calder, de la señora Arlana y de Lord Lydell. Pero ya no sospechaba del señor Darren y del señor Calder. Habló con ellos y se dio cuenta de que ninguno de ellos estaba tratando de matarte. Pero la señora Rossilyn sospechaba mucho de la señora Arlana. Le dije a la señora Rossilyn que se escapaba casi todas las noches. Quizá se reunía con Lord Lydell para planear tu muerte.

Alec recordó a la mujer que siempre lo había mirado con odio, pero que en los últimos días apenas lo había mirado.

—Puede que Kinnon le perdiera la pista a la señora Arlana, pero la señora Rossilyn no. Ella debió haber ido tras la señora Arlana anoche y los vio a ambos hablando. La señora Rossilyn podría haberse enfrentado a los dos y Lord Lydell podría haberla secuestrado —dijo Galeron.

—¡Maldito bastardo! —Volvió a golpear la mesa—. Si realmente lo hizo, sé adónde la llevó.

Kinnon, quiero que vayas a Kyleakin y le cuentes al hermano de Rossilyn lo que está pasando aquí. —Alec se levantó y se dirigió a la puerta.

—¿Qué vas a hacer, Alec? —preguntó Galeron, todavía cerca de la mesa del fondo de la sala.

—Voy a salvar a mi mujer.

—Iré contigo.

Antes de que Galeron pudiera dar el primer paso, Alec se dio la vuelta y lo miró seriamente.

—No. Quédate aquí y espera a Kendric y Farlan. Cuando lleguen, reúne a algunos hombres y ve a la cabaña de ese bastardo. Seguro que es allí donde tiene retenida a Rossilyn.

Alec salió de la mansión y cerró la puerta tras de sí. Cuando llegó al patio, sintió que las gruesas gotas de lluvia le golpeaban la cara. El Azulão estaba listo y le esperaba. Alec montó en su caballo y partió a toda velocidad hacia el norte de Mu Ruibhe.

En poco tiempo, Azulão y Alec estaban subiendo la colina que los llevaría a las tierras de Lord Lydell y a su cabaña de fabricación de whisky. El ascenso no fue fácil para Azulão ya que la fuerte lluvia hizo que el suelo estuviera embarrado y resbaladizo. El descenso fue un poco mejor, pero Alec tuvo que sujetar firmemente las riendas del animal para evitar que resbalara. Cuando llegaron abajo, Alec acarició el cuello del caballo, felicitándolo por el esfuerzo que había hecho.

A medida que se acercaban al borde de la cabaña, Alec se dio cuenta de que el lugar estaba desierto y en silencio. Al acercarse a la cabaña, Alec se apeó de Azulão, momento en el que se sintió mareado y tuvo que apoyarse en el caballo para mantenerse en pie. Sabía que no podía flaquear en ese momento, tenía que usar las pocas fuerzas que le quedaban para mantenerse firme. Rossilyn y su hijo, que aún no había nacido, le necesitaban.

Miró a su alrededor y el silencio del lugar le intrigó. ¿Dónde estaban los hombres que fabricaban el whisky? Alec desenvainó la espada. Abrió la puerta de la cabaña y vio que dentro estaba oscuro. Sus ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la oscuridad. En cuanto empezó a distinguir el contorno de las cosas dentro de la cabaña, vio a una mujer atada a una silla en medio de la habitación. Era su Rossilyn. Tenía un paño sobre la boca y empezó a hacer ruidos con la boca. Alec se dio cuenta de que tenía cara de terror. Volvió a enfundar la espada, corrió hacia ella y se arrodilló junto a su silla. Vio que los ojos de Rossilyn estaban humedecidos por las lágrimas.

—¡Rossilyn! ¿Qué te ha hecho ese bastardo?

Con los ojos, Rossilyn intentó advertirle de que estaba en peligro, pero ya era demasiado tarde. Mientras Alec intentaba desatarle las manos, sintió que algo le golpeaba con fuerza en la nuca y, poco a poco, la oscuridad se apoderó de su visión y todo se volvió negro. Alec se desplomó a los pies de Rossilyn, que miraba a su marido, desesperada por no poder ayudarle.

Instantes después de recibir el golpe en la cabeza, Alec empezó a recobrar el conocimiento. Poco a poco, abrió los ojos y vio un poco de luz del día gris que entraba por dos ventanas que se habían abierto. Intentó mover las manos, pero las tenía atadas a la espalda. Miró hacia abajo y vio que estaba sin su espada. Al girar la cabeza, vio que Rossilyn seguía atada a una silla junto a él. Sus miradas se cruzaron y vio el brillo de felicidad en los ojos azules de su esposa al verle despierto. Al volver la cara hacia delante, Alec vio su propia espada apuntándole. Levantó lentamente la cabeza y se quedó paralizado al ver quién le apuntaba con la espada. No podía creer que fuera él quien había estado intentando matarlo todo este tiempo.

—¿Tú? ¿Por qué?

Bor miró fijamente a Alec con una mirada llena de odio. Un odio que había intentado disimular desde que el guerrero llegó a Mu Ruibhe.

—No deberías haber vuelto, Alec. Deberías haber permanecido muerto como tu padre.

—Todo este tiempo eras tú quien intentaba matarme. Pero, ¿por qué, Bor?

Rossilyn pudo percibir en la voz de Alec lo decepcionado y entristecido que estaba por esta revelación. Tal vez había esperado que fuera cualquiera de Mu Ruibhe menos Bor. El hombre al que respetaba como a un padre.

—Volviste para ocupar mi lugar. —Cada palabra de Bor estaba llena de odio—. Durante cuatro años, fui el laird de esta gente. Pero llegaste y lo arruinaste todo. Me dieron la espalda y te recibieron con los brazos abiertos. Esa gente es desagradecida. Después de todo lo que he hecho por ellos. Lo que deberían haber hecho es exigirme que siguiera siendo su señor. Pero ellos también pagarán por esta traición.

—Confíe en ti, Bor.

—Tienes que morir, Alec. Tienes que morir para que yo pueda seguir siendo el señor de los MacMorran. Todo esto habría terminado si ese maldito Angus no te hubiera sacado del camino del granero. Se suponía que morirías ese día. —La respiración del hombre se aceleró al recordar lo ocurrido.

—Fuiste tú quien contrató a esa chica para que me diera ese pastel envenenado.

—Era una prostituta de Torin. Lord Lydell me la envió. Pero todo salió mal y tuve que matarla al día siguiente. Tu búsqueda de la chica fue en vano. Llevaba muerta mucho tiempo.

—¿Por qué matar a esta gente, Bor?

—Porque estaban en mi camino. Maté a todos los que se atrevieron a interponerse en mi camino. Como Angus MacLeod —dijo, sonriendo. Al oír el nombre del hombre que había sido la mano derecha de su padre y que la conocía desde que era una niña, Rossilyn sintió un dolor agudo en el pecho al recordar su muerte—. Yo maté a Angus. Sospeché después de verme regresar de las tierras de Lord Lydell. Tuve que matarlo. Después de matarlo, llevé su cuerpo al

bosque y dejé que los lobos se comieran su carne para ocultar los cortes de mi daga. El hombre era pesado y me costó mucho trabajo llevarlo al bosque, yo solo —dijo como si hubiera hecho algo grandioso. Rossilyn lloró la muerte de Angus. Alec se sintió culpable por otra muerte más—. Pero esta vez no escaparás, Alec. Esta vez tu mujer no te salvará de la muerte como te salvó de aquella flecha envenenada.

—Mataste a Davina para que no me salvara, pero no esperaba que Rossilyn supiera curar venenos.

—Sentí mucho odio cuando vi que tu mujer podía salvarte. Sabía que estaba aprendiendo el arte de curar de Davina, pero no esperaba que hubiera aprendido tanto en tan poco tiempo. Pensé en matarlo mientras agonizaba en aquel catre por la noche. Miré a mi alrededor y vi que todos dormían, pero justo cuando estaba a punto de ponerle las manos en el cuello, oí un ruido que venía de las escaleras y miré hacia atrás, era la señora Rossilyn. Tuve que hacerme la dormida. Me fui a mi habitación con mucho odio por no haber acabado con usted aquella noche. Tenía que matarlo pronto, Lord Lydell se estaba impacientando con el retraso.

—¿Desde cuándo te aliaste con ese bastardo? —preguntó con odio.

—Conocí a Lord Lydell poco después de llegar a Mu Ruibhe. Nos encontramos en la colina y me dijo que dejaría el clan MacMorran en Mu Ruibhe después de casarse con la señora Rossilyn con una condición. Que yo convenciera a la gente de trabajar como esclavos para él fabricando whisky. Acepté si me dejaba ser el laird del clan. Estuvo de acuerdo y teníamos un trato. Pero entonces llegaste tú. Resucitando de entre los muertos —gritó enfadado—. Desbaratando todos mis planes.

—¿Cómo te las arreglaste para alcanzarme con esa flecha y volver a Mu Ruibhe sin que nadie se diera cuenta?

El hombre sonrió.

—Oí una conversación con Farlan y los otros tres que venían contigo. —Estaba claro por la voz de Bor que no le gustaban los cuatro amigos de Alec—. Farlan dijo que estaría al acecho de lobos cerca del arroyo que lleva a Elgol. Conozco muy bien estas tierras, Alec. Después de encontrar a la señora Rossilyn en el pozo, monté en mi caballo y me dirigí hacia donde estabais Farlan y tú. No tuve que acercarme para usar mi arco. Ya sabes lo bueno que soy con el arco. Luego cabalgué rápidamente de vuelta a la aldea. Llegué justo cuando la señora Rossilyn me mandó ir a casa de Davina. Ya sabía lo que me iba a encontrar. Había matado a Davina la noche anterior. Lo cual no fue fácil. Amaba a Davina. Pero tenía que morir.

—Mataste a una mujer inocente por tu codicia. Pagarás por todas esas muertes, Bor.

—He matado y mataría más si tuviera que hacerlo. Estoy recuperando lo que es mío por derecho. Tú y tu padre dejaron a esta gente vagando por los caminos. Yo los traje a esta tierra y cuidé de ellos. Esta gente me pertenece. Ahora soy su señor.

—¿Y qué pretendes hacer ahora? ¿Matarnos a Rossilyn y a mí?

—No. No voy a matar a la señora Rossilyn. Ella pertenece a Lord Lydell. Él la quiere como esposa.

Al oír lo que decía Bor, Alec intentó ponerse en pie y miró con odio al hombre que tenía delante.

—Mataré a ese bastardo si toca a mi mujer.

—No harás nada, Alec —dijo el hombre mayor, sonriendo—. ¿Sabes por qué? Porque ahora voy a terminar lo que empecé con ese fuego. Pero esta vez no te saldrás con la tuya. Voy a matarte.

Al ver que su marido estaba en peligro, Rossilyn empezó a gritar, aunque tenía la boca amordazada, y sacudió la silla de un lado a otro para llamar la atención de Bor.

Alec aprovechó que Bor miraba a Rossilyn e intentó aflojar la cuerda que le rodeaba las muñecas.

—No tiene sentido luchar, señora Rossilyn. Pronto estarás casada con Lord Lydell y serás lady MacKinning. Sin duda será mucho mejor que ser la señora MacMorran. Parece que, al final, ambos saldremos ganando con la muerte de Alec —dijo como si realmente creyera en sus palabras.

Rossilyn miró horrorizada al hombre que antes había visto como un amigo. Se dio cuenta de que Bor tenía cara de loco mientras le hablaba. Seguramente el hombre debía de estar loco y creía realmente que tenía derecho a ser el laird del clan MacMorran.

Mientras intentaba quitárselo de encima, Alec se preguntó cómo Bor había conseguido ocultar su odio durante tanto tiempo. La verdad era que él ya se había dado cuenta de que algo era diferente con Bor, pero creía que era por la amenaza que corrían todos hasta que encontraran a quien intentaba matarlo. Muchas veces le vio mirándole con el rostro cerrado, pero creía que era porque había vuelto y traía el miedo a la gente. La gente moría por su culpa. El odio que Bor sentía era porque Alec había vuelto, sí, pero no por el peligro que corría el pueblo, sino porque le había arrebatado el mando del clan.

Bor volvió su atención hacia Alec.

—¿Sabes qué está haciendo ahora Lord Lydell?

Alec miró aún más serio a Bor. Necesitaba más tiempo para terminar de quitarse la cuerda de las muñecas.

—¿Qué está haciendo ese bastardo?

—Está en Torin preparando a sus hombres para ir a Mu Ruibhe y matar a todos los hombres.

Solo dejará con vida a las mujeres y a los niños. Los necesitará para trabajar como esclavos en su fábrica de whisky.

—¿Por eso el lugar está vacío?

—Así es. Los hombres de MacKinning se están preparando para atacar a los MacMorran. Pero no te preocupes, Alec. Yo cuidaré de la gente que queda. Cuidaré de las mujeres y los niños que quedan. —Alec lo miró como si no hubiera entendido bien lo que acababa de decir—. Lord Lydell matará a todos los hombres MacMorran. Solo dejará con vida a las mujeres y los niños. Y yo seré su laird —dijo, orgulloso de lo que estaba haciendo.

—¡Cabrón! —Alec intentó levantarse, pero se enganchó con el pie y cayó sobre su propio brazo. Lo cual fue bueno para él. Estaba casi libre de las cuerdas—. ¿Darren también forma parte de este plan para acabar con mi clan?

Cuando oyó el nombre de su hermano, los ojos de Rossilyn se abrieron de par en par. No podía creer que su hermano pudiera estar con Lord Lydell en toda aquella maldad.

—El hermano de su esposa es un debilucho. Por Lord Lydell, él también sería eliminado. Pero dijo que no podía luchar contra Darren porque era parte de los clanes aliados de la Isla de Skye. No puedes atacar a un clan aliado sin sufrir las consecuencias. Pero el clan MacMorran no forma parte de los clanes aliados. Pero no te preocupes, con el tiempo volveremos a ser un gran clan.

La locura de Bor era tal que no podía ver lo absurdo de aliarse con Lord Lydell. Seguramente acabaría con el clan MacMorran ayudando a ese hombre. Lord Lydell aprovecharía para matar a todos los MacMorran y luego mataría a Bor. Pero Alec sabía que no tenía sentido decírselo al hombre que tenía delante. Su locura lo estaba cegando y lo único que podía ver frente a él era la oportunidad de matarlo.

Mientras Bor hablaba, Alec consiguió aflojar las cuerdas que ataban sus muñecas y utilizó toda su furia para atacarle. Saltó sobre el hombre, haciendo que la espada cayera al suelo. Bor, a pesar de su avanzada edad, era un hombre fuerte y corpulento. Seguía siendo un valiente guerrero.

—Lo mataré, Bor —gritó Alec.

Los dos hombres se miraron fijamente y sus ojos enrojecieron por el odio que sentían el uno por el otro.

—No, Alec. Soy yo quien va a matarte. No te interpondrás en mi camino.

Alec dio un puñetazo a Bor, tirándolo al suelo. El hombre se llevó la mano a la boca y vio su propia sangre en la piel arrugada. El odio que sentía por Alec en aquel momento hizo que su respiración se acelerara. Con una rabia incontrolada, Bor se levantó y empezó a dar puñetazos a Alec, que, como aún estaba débil, apenas podía esquivar o protegerse de los fuertes golpes. El

guerrero cayó, golpeándose la espalda contra el suelo de tierra de la cabaña. Bor aprovechó y se acercó a él y empezó a golpear en la cara al que veía como su enemigo. Sonrió al darse cuenta de que el hombre que tenía debajo no podría resistir mucho tiempo. Agarró a Alec por el cuello y empezó a estrangularlo. El guerrero MacMorran aún intentó asestar algunos golpes en el estómago de Bor, pero estaba demasiado débil, había agotado sus últimas fuerzas en aquel combate, sus puñetazos ya no causaban ningún dolor al hombre, que miró a Alec y sonrió aún más.

—Esta vez voy a matarlo —dijo entre dientes mientras apretaba aún más el cuello de Alec.

Mientras ambos forcejeaban, Rossilyn hizo todo lo posible por aflojar la cuerda que la ataba a la silla. Vio la espada de Alec cerca de su pie. Tiró la espada detrás de la silla con el pie y empujó la silla a un lado, dejándola caer al suelo. Sintió un dolor agudo en el brazo al caer, pero no le importó el dolor. Con la mano aún atada, buscó su espada y la encontró. La puso en posición de cortar la cuerda que le ataba las manos. Cuando Rossilyn vio a su marido caer al suelo y recibir varios golpes de Bor, se dio cuenta de que sus fuerzas se habían agotado, aún no se había recuperado del todo del último ataque, y seguramente el hombre mayor lo mataría aprovechándose de su debilidad. Ella empujó la espada más fuerte y logró cortar la cuerda, liberándola de la silla.

Bor se dio cuenta de que Alec estaba casi muerto, pero un poco y nadie más se interpondría en su camino y sería el laird del clan MacMorran para siempre. Apretó aún más el cuello de Alec, sonriendo y pensando en cómo celebraría su victoria.

Pero, de repente, la sonrisa del viejo guerrero MacMorran desapareció y una expresión de dolor se dibujó en su rostro. Sus manos ya no agarraban con tanta fuerza el cuello de Alec. Bor miró hacia abajo y vio que la espada de su enemigo le atravesaba el cuerpo. Giró el cuerpo lentamente y miró hacia atrás. Vio a Rossilyn de pie detrás de él con una mirada feroz.

—No vas a matarlo. —La voz de la chica sonaba llena de odio.

Bor abrió la boca como si fuera a decir algo, pero no se oyó ningún sonido. El hombre cayó a un lado y la muerte lo silenció para siempre.

Rossilyn corrió hacia Alec y se agachó, acunando su cabeza entre los brazos.

—Respira despacio, Alec.

Alec la miró, aún respirando con dificultad, y sonrió.

—Una vez más me has salvado la vida, mi pelirroja.

—Te he dicho que no volveré a dejarte morir.

Le sujetó la cabeza, la acercó a su cara y le besó los labios lentamente.

Rossilyn ayudó a Alec a sentarse. Apartó la mirada del hombre al que una vez había visto

como un padre. Bor ahora estaba muerto.

—En ningún momento me di cuenta de la locura de Bor. —A Alec le dolía que Bor hubiera acabado así.

—Se dejó dominar por la codicia y la envidia. Estas dos cosas le volvieron loco.

La miró.

—Tenemos que ir a Mu Ruibhe. Tenemos que advertir a todos sobre el ataque de Lord Lydell.

—¿Qué haremos para protegernos de él, Alec?

—Aún no lo sé, Rossilyn. Pero tendremos que luchar para defender nuestro hogar y nuestro clan.

Rossilyn ayudó a Alec a subir al Azulão, luego se subió a la parte trasera y abrazó a su marido. A pesar del peligro que aún se cernía sobre ellos, Rossilyn se sentía feliz. Ella, su hijo y Alec estaban bien y el miedo a que alguien los acechara para matarlos había terminado. Ahora sabían quién era el enemigo y juntos lucharían para acabar con él. Alec miró hacia atrás y sonrió al encontrarse con la brillante mirada azul de su esposa. Agarró con fuerza el caballo y dejaron atrás el lugar. Azulão cabalgó tan rápido como pudo hacia Mu Ruibhe.

Capítulo Dieciocho

La puerta del salón se abrió y entró Alec, apoyado en Rossilyn. Bhric y Douglas, que venían de la cocina, corrieron a ayudar al laird MacMorran. Lo llevaron a un banco y lo sentaron. Algunos criados los vieron entrar y corrieron a avisar a todos de que habían regresado. Pronto el salón se llenó de criados y amigos íntimos. En cuanto Crissa supo que su señora estaba en el salón, corrió hacia ella.

—¡Señora Rossilyn!

gritó la muchacha mientras se lanzaba a los brazos de su ama.

—Estoy bien, Crissa —dijo mientras se alejaban.

—Estaba muy preocupada por ti. Nunca me lo perdonaría si te hubiera pasado algo.

—Mientras regresábamos a la villa, Alec me contó todo lo que le dijiste, lo culpable que parecías sentirte. Si me hubiera pasado algo, habría sido culpa mía y no tuya, Crissa. Solo obedecías una orden mía. Debería haberle dicho a Alec lo que estaba haciendo. Pero le prometí a mi marido que nunca volvería a ocultarle nada. —Miró a Alec con la promesa en los ojos—. Ahora coge mi cesta, Crissa. Hay que cuidar de Alec. Y pídele a tu madre que traiga un plato de sopa de ternera. Alec necesita fortalecerse.

Crissa y una de las criadas salieron corriendo al pasillo para obedecer la orden de la señora de la mansión.

—No tienes por qué hacerlo, Rossilyn —dijo Alec, tratando de ocultar el dolor que sentía.

—Sí que tengo que hacerlo. Tienes que ser fuerte para lo que estamos a punto de afrontar.

—¿A qué nos vamos a enfrentar, señor Alec? —preguntó Bhric.

Antes de que Alec pudiera responder a la pregunta del señor Bhric, la puerta de la sala se abrió y entraron Galeron, Farlan y Kendric. Los tres caminaron rápidamente hacia el fondo de la sala. Los tres parecían aliviados de ver a Rossilyn y a su amiga con vida. Pero se preocuparon al ver el estado de Alec.

—Parece que has tenido una buena pelea, Alec —dijo Kendric, mientras se acercaba a su amigo y a su esposa—. ¿Qué ha pasado? Podría haber esperado a que te ayudáramos a acabar con ese Lord Lydell.

—Kendric y Farlan acaban de llegar a la aldea, Alec —dijo Galeron, sin dar a su amigo la oportunidad de responder a Kendric.

—Al parecer, Kendric y yo deberíamos haber esperado un poco más para celebrarlo. —Farlan dijo esas palabras con una sonrisa, pero todos vieron su expresión preocupada—. Estábamos reuniendo a los hombres para ir a la cabaña cuando nos avisaron de vuestra llegada con la señora Rossilyn. ¡Qué bien que la salvarais de Lord Lydell!

—Lord Lydell no estaba en la cabaña, Farlan. Rossilyn estaba retenida en la cabaña por otra persona.

Todos percibieron la tristeza en la voz del guerrero.

—¿Y quién era, Alec?

preguntó Kendric con seriedad al darse cuenta de la gravedad de la situación.

—Bor. —Por toda la sala se oyeron sonidos de lamento y sorpresa—. Era él quien intentaba matarme a instancias de Lord Lydell.

—¿Por qué? —preguntó Galeron, también sorprendido por la revelación.

—El señor Bor no estaba bien. Parecía fuera de sí. Decía que Alec no debería haber vuelto, que debería estar muerto. Que debería ser el laird del clan MacMorran. Tenía un acuerdo con Lord Lydell desde que los MacMorran llegaron a Mu Ruibhe. —Fue Rossilyn quien respondió a la pregunta de Galeron.

—¿Qué acuerdo, señora Rossilyn? —preguntó la señora Enide, una MacMorran que trabajaba en la mansión.

Antes de que Rossilyn pudiera responder, Alec se puso en pie.

—El acuerdo de Bor con ese bastardo consistía en que, cuando Lord Lydell se casara con Rossilyn, todos los hombres MacMorran trabajarían para él como esclavos fabricando whisky. A cambio, él lo dejaría que ustedes se quedaran aquí y Bor sería su laird.

—Y el señor Bor tendría que convencerlos de que esto era para el bien del clan. En su locura, realmente creía que eso era lo mejor para todos —añadió Rossilyn, sintiendo que todo aquello hería demasiado a su marido.

—Sin duda Bor debía de estar loco. Él no haría eso si supiera lo que era trabajar como esclavo. —Alec miró a sus tres amigos que tenía delante.

Los tres miraron a Alec y comprendieron sus palabras. Sabían lo que era vivir como esclavos, y Kendric mucho más que los demás. Él y Kinnon habían pasado diez años de sus vidas dentro de aquella mina de mineral. Diez años sin derecho a nada. Alec sintió que le invadía el odio al imaginar que su gente podría haber tenido esa vida si él no hubiera vuelto.

Rossilyn sintió el dolor de su marido, se acercó y le cogió la mano.

—Ahora estás aquí para protegerlos.

Mirando los brillantes ojos azules de Rossilyn, Alec se tranquilizó. La mirada de su esposa tenía un efecto tranquilizador en él. El guerrero se preguntaba cómo podía hacerlo. Cómo podía transmitir tanta tranquilidad con una sola mirada.

—¿Y qué le pasó al señor Bor, señor Alec? —preguntó Douglas—. ¿Lo mató?

—Eso es lo que debería haber hecho después de todo lo que hizo —dijo la señora Enide con odio en sus palabras—. Intentó matarte, arrestó a la señora Rossilyn y nos iba a entregar como esclavos a ese tal Lord Lydell —añadió la mujer con indignación.

Otras personas de la sala estaban de acuerdo con la señora Enide.

—Yo no lo maté. —Miró a su mujer—. Una vez más mi mujer me salvó de la muerte. Estaba luchando contra Bor, pero aún estoy demasiado débil y consiguió dominarme. Si no hubiera sido por Rossilyn, habría muerto.

Alec sonrió con cariño a su mujer. Todos los presentes miraban a Rossilyn con gratitud y admiración por su valor.

—El señor Bor recibió su merecido —dijo Galeron, mirando a Rossilyn.

La puerta del salón volvió a abrirse, introduciendo en la mansión un aire gélido procedente del exterior. Todos miraron hacia la puerta y vieron a la señora Arlana y al señor Calder entrando en la mansión cogidos de la mano.

Rossilyn sonrió al darse cuenta de por qué su ama salía a escondidas por la noche. Corrió hacia ella y la abrazó con fuerza.

—¿Qué ocurre, Rossilyn? —preguntó la señora Arlana, apartándose de la niña y mirándola de arriba abajo—. ¡Aún llevas puesto el camisón y está todo sucio! ¿Qué te pasa, querida?

—Es una larga historia, ama. Pero ya está bien —dijo sonriendo.

El señor Calder se acercó a Alec, que estaba al fondo de la sala. Todos los que habían estado en la sala antes de que Alec saliera para salvar a Rossilyn miraron al señor Calder y parecieron aliviados. Pero no por él, sino por la señora Arlana. En los últimos días, la mujer que había estado cuidando de la señora de la mansión desde que nació había cambiado mucho, ya no se quejaba del matrimonio de Rossilyn, sonreía y era agradable con todo el mundo. Ahora todos

sabían la razón de su cambio, la señora Arlana estaba enamorada.

—Señor Alec... ¿Qué le ha pasado? ¿Han intentado matarle otra vez?

—No, señor Calder. Esta vez no. Pero descubrimos quién intentaba matarme y ahora todo ha terminado.

—¡Eso está bien, señor Alec! Pero me doy cuenta de que no es un buen momento para decirle lo que he venido a hacer.

—De hecho, el momento no podría ser mejor, señor Calder —dijo, al ver la sonrisa de Rossilyn mientras abrazaba a la señora Arlana—. ¿Qué queréis?

El hombre miró a todos un poco avergonzado.

—He venido a preguntarles si puedo casarme con la señora Arlana. —Miró a la pequeña mujer que estaba junto a Rossilyn.

Alec vio que las dos intercambiaban una sonrisa de complicidad; ese era también su deseo. Volvió a mirar al hombre de pelo y barba blancos.

—Por supuesto que le doy mi permiso, señor Calder. —Volvió la cabeza hacia la señora Arlana—. Estoy seguro de que será muy feliz siendo una MacMorran.

—Gracias, señor Alec —dijo la señora Arlana y se volvió para abrazar a Rossilyn—. Te dije que algún día seríamos del mismo clan, querida.

—Y lo seremos para siempre, ama.

Por un momento todos olvidaron lo que había hecho el señor Bor y se alegraron por el señor Calder y la señora Arlana. Los dos habían vivido solos durante muchos años, y ahora habían encontrado a alguien con quien pasar juntos los años que les quedaban.

—¿Y ahora qué pasará, Alec? —preguntó Farlan, poniendo fin a aquel momento de felicidad que se había cernido sobre la sala.

—Quiero que reúnas a toda la gente de la plaza, necesito decirles algo a todos.

—¿Y qué le dirás a la gente, Alec? —preguntó Kendric.

Alec ya se sentía un poco mejor después del ambiente de felicidad que se había apoderado de la sala. Se acercó a Rossilyn con semblante serio y la abrazó.

—Lord Lydell está formando un ejército para atacar Mu Ruibhe. Bor nos dijo que quiere matar a todos los hombres y dejar con vida solo a las mujeres y a los niños para que trabajen para él como esclavos. Pero creo que realmente quiere acabar con todo el clan MacMorran y tomar estas tierras. Debemos prepararnos para defender Mu Ruibhe.

Todos se miraron con aprensión. Pero estuvieron de acuerdo en que tenían que defender Mu Ruibhe. Tenían que defender su hogar.

Mientras Rossilyn atendía las heridas de la cara de Alec, Galeron, Kendric, Farlan, Bhric y Douglas reunieron a todos los MacMorran en la plaza frente a la mansión. Tras tomarse la sopa, que había sido preparada especialmente para él, el laird MacMorran se dirigió a la plaza y contó a todos lo del ejército que se acercaba hacia Mu Ruibhe. Después de la noticia impactante, todos los hombres comenzaron a prepararse para la lucha. Estaban decididos a luchar por sus familias y su hogar.

Mientras los hombres se preparaban para luchar, Rossilyn y algunas de las mujeres se llevaron a las ancianas y a los niños del pueblo a la mansión. La preocupación de Rossilyn era que si los hombres de Lord Lydell lograban pasar a los MacMorran, podrían incendiar las casas, la mayoría de las cuales estaban hechas de madera y paja. La mansión estaba construida en piedra y era muy robusta, estarían mejor protegidos dentro. Después de meter a todas las ancianas y niños dentro, Rossilyn buscó a Alec, que estaba con algunos hombres cerca del pequeño muro, dándoles algunas órdenes. Incluso estando de espaldas a su esposa, sintió su mirada clavada en él. Se dio la vuelta y sus miradas se encontraron. Sintió miedo al bloquear el fulgor de aquella mirada que tanto le fascinaba. Alec despidió a los hombres y se dirigió hacia Rossilyn. La cogió de la mano y la llevó detrás del establo.

Alec apoyó a Rossilyn contra la pared y le sujetó la cara con ambas manos, obligándola a mirarle.

—No hagas eso, Rossilyn. No apagues el brillo de sus ojos.

—No puedo perderte, Alec.

El guerrero se mortificó al sentir el dolor de su esposa en sus palabras.

—No me perderás, Rossilyn. No voy a morir.

Alec bajó la cabeza y justo cuando iba a rozar sus labios con los de ella, Rossilyn volvió el rostro.

—No. No quiero que me beses.

Él apartó la cara y la miró desconcertado. Rossilyn lo miró y le dijo con seriedad.

—La última vez dijiste lo mismo y durante cuatro años el único recuerdo que tuve de ti fue el beso que me diste la primera noche que dormimos juntos.

Él sonrió y le puso una de las manos en el estómago.

—Pero esta vez te dejaré algo más que un beso.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Alec, te mataré si vuelves a morir.

Rossilyn dijo aquellas palabras tan en serio que Alec no pudo soportarlo y se rio a carcajadas.

—No te preocupes, mi pelirroja. Los tres seguiremos viviendo muchas cosas juntos. —le acarició el vientre.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Entonces bésame.

Antes de que pudiera reaccionar, Rossilyn le agarró la cara y acercó su boca a la suya. Fue un beso sobrecogedor. Cuando sintieron las lenguas del otro en sus bocas, el calor y el fuego estallaron en su interior, irradiando a cada parte de sus cuerpos lo que estaban sintiendo en aquel momento. Amor. Deseo. Miedo. Esperanza. Dejando la huella del recuerdo de aquel momento en sus cuerpos.

Antes del final de la tarde, todo estaba listo para la defensa de Mu Ruibhe. Todos los hombres que podían luchar estaban frente a la entrada del pueblo. No eran muchos hombres, apenas más de cincuenta. Alec miró a los hombres, pensativo. No sabía cuántos hombres traería Lord Lydell, pero estaba seguro de que debían ser muchos más de cincuenta, tal vez doscientos o más. Sabía que el clan MacKinning era un clan pequeño cuando lucharon contra el Conde Desmond, seis años atrás. Pero después de aliarse con el Conde Andrew, se habían convertido en un clan grande, con muchos hombres para una batalla.

Miró a su alrededor y vio acercarse a Farlan, que, como él, tenía cara de preocupación.

—Sabes que va a ser una masacre, ¿verdad, Alec? —dijo en voz baja mientras se acercaba a su amigo.

—¿Y qué debo hacer, Farlan? ¿Decirles que, como somos pocos y son solo granjeros, entregaré a Mu Ruibhe y nos iremos con la cola entre las piernas? Estos hombres, aunque todavía jóvenes, son guerreros. Fueron expulsados de sus tierras una vez porque no tenían un laird. Míralos, Farlan. Están felices de poder defender su tierra. Lo que no pudieron hacer en el pasado.

—¿Van a defender su tierra con guadañas y hachas?

—Los guiaré sin importar lo que tengan. Lo entenderé si tú y los demás no queréis participar.

Farlan lo miró como si se sintiera ofendido por sus palabras.

—Creía que nosotros también formábamos parte del clan MacMorran.

Alec sonrió y puso la mano en el hombro de su amigo.

—Desde luego que lo sois. Ayúdame a guiar a estos hombres, amigo mío.

—Claro que te ayudaré, Alec. Siempre estaremos a tu lado, amigo mío.

En el interior de la mansión, Rossilyn se paseaba de un lado a otro. A cada vuelta que daba en el vestíbulo, su agonía aumentaba aún más. Todas las mujeres miraban con aprensión a la señora de la mansión. La señora Rhona ya le había pedido varias veces que se sentara y se calmara. Pero Rossilyn solo podía pensar en los años que había pasado creyendo que su marido había muerto. El dolor que sentía por no tenerlo a su lado. Se detuvo en medio del salón, cerró los ojos y suspiró lentamente. Crissa miró a su ama y sonrió. La muchacha sabía que su ama acababa de decidir algo. Rossilyn se acercó a la chimenea que había en una esquina de la sala y cogió uno de los mecheros.

—No me quedaré dentro mientras Alec corre peligro fuera. Lucharé junto a mi marido.
—Rossilyn se dirigió hacia la puerta bajo la mirada de admiración de las mujeres y los niños.

—Espere, señora Rossilyn —preguntó la señora Rhona.

Rossilyn se detuvo y dijo con decisión

—No me pida que me quede, señora Rhona.

—No lo haré, señora Rossilyn. —La mujer se acercó a la chimenea, cogió la otra barra de hierro que hacía las veces de atizador y se dirigió hacia su ama—. Iré contigo, yo también lucharé junto a mi marido.

Otras mujeres también se armaron con lo que vieron y se unieron a Rossilyn y a la señora Rhona. Crissa cogió un trozo de madera y se acercó a las mujeres.

—No, Crissa —dijo la señora Rhona—. Te quedarás aquí con las otras mujeres y los niños.

—No, mamá —dijo Crissa con decisión—. Kinnon no está ahí fuera, pero yo también lucharé por él y por mi pueblo. Pronto me casaré con Kinnon, y él ha elegido ser un MacMorran, y cuando me case con él yo también seré una MacMorran. Lucharé por mi pueblo.

Rossilyn miró a la señora Rhona y vio el brillo del orgullo en sus ojos.

—Entonces ven, hija mía.

—Señora Enide, cierre la puerta cuando nos vayamos y no le abra a nadie —ordenó Rossilyn y salió de la mansión con las mujeres.

Alec estaba formando a los hombres cerca de la muralla cuando oyó la llamada de Galeron.

—Alec, creo que no te va a gustar lo que vas a ver.

Alec miró a Galeron, sin entender sus palabras.

—¿Qué?

—Mira detrás de ti.

Mirando hacia atrás, Alec vio a Rossilyn y a algunas otras mujeres que se acercaban con hierros y palos en las manos.

—¿Qué piensa hacer esta loca con estas mujeres?

Alec se alejó con paso firme y fue hacia ellas.

—¿Qué crees que vas a hacer, Rossilyn? —preguntó al detenerse frente a ella.

—Vamos a defender Mu Ruibhe junto contigo. No vamos a escondernos mientras lucháis.

Las mujeres estuvieron de acuerdo con Rossilyn.

—Por favor, Rossilyn, vuelve con las mujeres a la mansión. Es peligroso aquí afuera.

—No vamos a volver, Alec —dijo con decisión—. Voy a luchar a tu lado.

—¿De verdad crees que seré capaz de luchar si sé que estás en peligro? —dijo, casi gritando—. Piensa en nuestro hijo, Rossilyn —pidió Alec, perdiendo la paciencia.

—Yo también pienso en él. Voy a luchar para que nazca con su padre vivo y un hogar donde vivir. Estaré a su lado.

—¿Está embarazada, señora Rossilyn? —preguntó la señora Rhona.

—Íbamos a decírselo cuando todo esto terminara —dijo Rossilyn con una disculpa en la voz.

—Creo que el señor Alec tiene razón, señora Rossilyn. No puedes luchar estando embarazada.

Rossilyn miró a las mujeres y vio que estaban de acuerdo con la señora Rhona. Volvió a mirar a Alec, pero ahora estaba furiosa porque había conseguido poner a las mujeres en su contra.

—¡Viene Lord Lydell!

Todos miraron hacia la entrada de Mu Ruibhe y vieron a Farlan cabalgando hacia el pueblo. Detuvo su caballo cerca de Alec.

—Viene un gran ejército. Son muchos hombres, Alec.

Alec miró desesperado a Rossilyn.

—Vuelve a la mansión —ordenó.

—No, me quedo. —Ella lo miró resueltamente.

—¡Se están acercando, Alec! —gritó Galeron desde lo alto de la muralla.

Alec corrió hacia la entrada de la aldea. Rossilyn y las mujeres lo siguieron. El laird MacMorran se estremeció al ver acercarse al gran ejército. Se dio la vuelta.

—Por favor, Rossilyn, vuelve a la mansión. —Era una súplica desesperada.

Pero Rossilyn no prestaba atención a Alec, sino que miraba fijamente al ejército que se acercaba rápidamente a la aldea. De repente, una sonrisa se formó en sus labios, dejando a Alec perplejo.

—¡Es Darren! —dijo Rossilyn, sin dejar de mirar en dirección al ejército que se acercaba—. Son los hombres MacKinnon.

Miró rápidamente a Alec y sonrió aún más. Caminó hacia la entrada del pueblo.

—¡Darren! —gritó Rossilyn y saludó a su hermano, que le devolvió el saludo.

Al ver que no era el ejército enemigo el que se acercaba, todos respiraron aliviados. Algunas mujeres lo celebraron con gritos y abrazaron a sus maridos e hijos. Rossilyn corrió hacia Alec y saltó a sus brazos. Alec la hizo girar y le sonrió.

—Todo se arreglará, mi amor —dijo Rossilyn cuando dejó de rodarla y la dejó en el suelo.

Alec sonrió al ver el brillo de felicidad en los ojos de su mujer; era la persona más importante de su vida.

Momentos después, Darren se acercó y bajó del caballo; junto a él estaba Kinnon, que fue recibido con besos y abrazos por Crissa. Kinnon la levantó y la hizo girar, atrayendo la atención de todos hacia la pareja. Kinnon era una persona alegre y espontánea. Y era su alegría lo que había cautivado el amor de Crissa. Y todos en Mu Ruibhe querían mucho a Kinnon.

Darren abrazó a su hermana y estrechó la mano de Alec.

—Me alegro de verte, cuñado —dijo Alec.

—He venido a enmendar un error que cometí hace seis años. Me necesitabas y huí asustado, pero esta vez he venido a luchar a tu lado, Alec. Esta vez no dejaré que mi hermana se quede viuda. —Miró a Rossilyn y sonrió.

Rossilyn le devolvió la sonrisa y besó la mejilla de su hermano.

—Gracias, Darren.

—¿Cómo sabías que necesitaríamos un ejército? Cuando Kinnon se marchó de aquí, no

sabíamos que nos atacarían.

—Esta mañana envié un mensajero a Torin con un mensaje mío para Lord Lydell. Cuando llegó a Torin, vio un gran movimiento de hombres armándose y se dio cuenta de que se preparaban para una lucha. Se mezcló con los hombres de Lord Lydell y, sin decir quién era, preguntó qué pasaba. El hombre le dijo que iban a atacar al clan MacMorran en Mu Ruibhe. Mi mensajero corrió a Kyleakin para avisarme. Cuando llegó, yo estaba hablando con Kinnon y él ya me había dicho que mi hermana había sido secuestrada por Lord Lydell. Cuando el mensajero me contó lo que Lord Lydell estaba planeando, preparé a mis hombres y marchamos hacia Mu Ruibhe tan rápido como pudimos. Mi temor era que llegáramos demasiado tarde. Pero parece que la reputación de lentitud de Lord Lydell es realmente cierta —dijo, sonriendo.

—Estoy seguro de que tus hombres serán de gran ayuda, Darren.

Darren miró a los pocos hombres de Alec, que solo llevaban guadañas y hachas en las manos.

—Eres un hombre valiente, cuñado mío. Ibas a enfrentarte a Lord Lydell con solo unos pocos hombres, con guadañas y hachas.

—Valiente, no. Pero un hombre desesperado.

—Pon a tus hombres en la retaguardia con algunos de los míos.

—Farlan, Galeron, ayuden al capitán de Darren con la formación de los hombres.

Ambos asintieron y se llevaron a los hombres de MacMorran. Alec vio que los semblantes de Galeron y Farlan eran diferentes, ahora estaban seguros de que podían ganar esta batalla. Él también lo estaba.

—Rossilyn, quiero que vuelvas con las mujeres a la mansión. Y eso no es una petición.

Rossilyn parecía seria, pero luego sonrió.

—Sé que ahora ya no nos necesitarás. Por eso vuelvo a la mansión con las mujeres. Pero no olvides tu promesa.

—No la olvidaré. La cumpliré.

Rossilyn besó a Alec, se despidió de su hermano y regresó a la mansión con las demás mujeres.

—¿Es eso lo que he entendido? ¿Rossilyn y las otras mujeres estaban aquí para luchar contra los MacKinning?

—Eso es cosa de tu testaruda hermana.

—Sé lo testaruda que puede ser Rossilyn cuando quiere algo. Fue su testarudez lo que le

impidió casarse con Lord Lydell cuando creíamos que estaba muerto.

—Ni siquiera me gusta pensar que un día ese bastardo pensó en tomar a mi Rossilyn como esposa.

—Guarda tu ira para la pelea con el señor.

Alec notó preocupación en la voz de su cuñado.

—¿Qué te preocupa, Darren?

—El ejército de Lord Lydell es más grande que los hombres que tenemos.

—¿Cuánto más grande?

—Debemos tener un par de cientos de hombres aquí. Lord Lydell debe tener el doble, o más. Sin mencionar que sus hombres no tienen mucha experiencia en batalla. Sabes que no podemos ganar esta pelea, ¿verdad, Alec?

—No vamos a retroceder, Darren. Los MacMorran lucharán. Pero entenderé que no quieras involucrarte en una pelea que ya está perdida.

Darren se acercó y apoyó una de sus manos en el hombro de Alec.

—He venido a luchar a tu lado, Alec. Los MacMorran y los MacKinnon son aliados. Y los aliados se ayudan mutuamente. Lucharemos para ganar. No importa el número.

Alec asintió, dándole la razón a su cuñado. Los dos se dirigieron a la entrada de Mu Ruibhe en sus caballos para esperar a Lord Lydell y su ejército.

Antes del anochecer, vieron acercarse un gran ejército a Mu Ruibhe. Eran demasiados hombres, dos contra uno.

Desde la distancia, Lord Lydell miró hacia la entrada de Mu Ruibhe y vio a Alec montado en Azulão y se sorprendió al ver a Darren a su lado, montado en un semental moteado con los hombres MacKinnon detrás.

Incluso desde la distancia, Alec se dio cuenta de la expresión de sorpresa y frustración de Lord Lydell. No había esperado encontrar al clan MacKinnon en Mu Ruibhe.

Los dos hombres miraron en dirección a Lord Lydell y vieron que uno de los hombres que estaba a su lado le decía algo. Entonces el lord detuvo su caballo y todo el ejército se detuvo. Darren se volvió hacia Alec.

—Démosle a Lord Lydell la oportunidad de cambiar de opinión sobre el ataque y regresar con su ejército a Torin.

—Tú lo conoces, Darren. Sé que sabrás cómo manejar a este bastardo.

Alec y Darren se acercaron a Lord Lydell. Galeron, Farlan, Kendric y Kinnon los siguieron, montados en sus caballos.

Lord Lydell sonrió cuando ambos se acercaron. Pero no estaba contento.

—¿Qué haces aquí, Darren?

—He venido a defender a mi familia. Oí que alguien se estaba armando para atacar al clan MacMorran. Pero no esperaba que fueras tú. ¿Por qué intenta acabar con el clan al que ahora pertenece mi hermana, Lord Lydell?

—Están entrando en mi finca para robarme el whisky —mintió.

—¿Y por eso quieres acabar con todo un clan?

—Nuestros hombres están impacientes, Lord Lydell —dijo uno de los que estaban junto al lord, que debería de ser el capitán de su ejército.

—No he traído a mis hombres aquí para charlar. Ya has visto que tengo muchos más hombres que tú. Te daré un consejo amistoso, Darren. Retira a tus hombres, no quiero luchar contigo. Solo quiero luchar contra el clan MacMorran. —Miró con odio a Alec.

—No puedo aceptar tu consejo, amigo mío. Alec es mi cuñado, mi familia. Sé que si luchamos, perderé a muchos de mis hombres, puede que incluso a todos. Pero también sé que tú perderás a muchos de los tuyos. Y cuando nuestros enemigos oigan que has perdido a muchos de tus hombres, te atacarán. Y los clanes aliados ciertamente no te ayudarán cuando escuchen que has atacado a un clan aliado. Sabes que después de que te aliaras con el Conde Andrew, muchos clanes están esperando una oportunidad para atacar a tu clan. Piénselo, Lord Lydell.

—No hagas esto, Darren. Estas tierras y tu hermana me pertenecen —dijo con odio.

Alec se estremeció de odio al oír aquellas palabras. Con una mirada, Darren le pidió que se calmara.

—¿Así que esa es la verdadera razón de tu ataque? —Lord Lydell no respondió a la pregunta de Darren—. Antes de que mi cuñado volviera de entre los muertos, quería que te casaras con mi hermana, pero eso ya no es posible. Ahora tiene marido y espera un hijo suyo.

Esta revelación cogió a Lord Lydell por sorpresa. Miró a Alec y evaluó la situación. Si continuaba con su determinación de luchar por las tierras, seguramente perdería a muchos de sus hombres y si después era atacado, podría perder sus tierras en Torin. Mu Ruibhe no valía tanto. Y si mataba a Alec, no querría tener una esposa embarazada de otro hombre. Fue con gran dificultad que dijo sus siguientes palabras.

—Voy a retirar a mis hombres y regresar a Torin.

—Escuche, Lord Lydell. El clan MacMorran es ahora parte del clan MacKinnon. Y un ataque contra ellos es un ataque contra mi clan.

—Así que el clan MacMorran es ahora nuestro aliado —dijo con una sonrisa libertina en el rostro. A Lord Lydell no le gustó nada esta noticia. Tenía la esperanza de que en el futuro podría atacar al clan MacMorran y quedarse con Mu Ruibhe. Pero ahora tendría que olvidarse de Mu Ruibhe.

Lord Lydell acercó su caballo a Azulão y tendió la mano hacia Alec, que miró de reojo la mano tendida del lord. A regañadientes, el laird MacMorran estrechó la mano del lord, sellando la alianza entre los clanes.

—Si tu hijo es una niña, podemos sellar esa alianza con una boda. Sigo buscando esposa. —Se dio la vuelta sonriendo y cabalgó hacia el centro de su ejército.

—Ni siquiera le daría mi cerda a ese bastardo —dijo Alec entre dientes cuando los hombres de los MacKinning hubieron emprendido la marcha.

Darren sonrió ante el comentario de su cuñado.

—No se atreva a pensar en casarse con mi pequeña Alison.

Los dos giraron sus caballos hacia el pueblo.

—Has cambiado mucho, Darren. Tu padre estaría muy orgulloso de lo que acabas de hacer.

—¿Y qué acabo de hacer, Alec?

—Ganaste una batalla sin levantar una espada.

—En tiempos pasados, no habría dudado en luchar contra Lord Lydell, aunque me superaran en número; la lucha era lo que me importaba. Pero el tiempo pasa y ganamos experiencia. Ahora me doy cuenta de que ganar una pelea con palabras es mucho más importante que ganar una pelea con una espada. En esos momentos pienso en mi mujer y mis hijos. Quiero volver con ellos de una pieza.

—Ahora me recuerdas a tu padre. Me dijo lo mismo antes de que entráramos en la última batalla con el Conde Desmond... A mí también, Darren. Todo lo que quiero es volver con Rossilyn de una pieza. Y pronto tendremos también a nuestro hijo.

Cuando los dos llegaron a la plaza frente a la mansión, vieron que se estaba celebrando una gran fiesta. Las mujeres corrían hacia sus maridos e hijos y se abrazaban.

Alec vio a Rossilyn esperándole junto al pozo. Bajó del Azulão y corrió hacia ella. Rossilyn saltó al regazo de su marido y él la hizo girar en el aire.

Se dieron un largo beso para disipar el miedo a la separación y a la muerte.

Por la noche, celebraron la alianza con el clan MacKinnon y el embarazo de Rossilyn. Todos estaban felices por la llegada de un heredero para Alec y el clan MacMorran.

Pasaron los días y el pueblo de Mu Ruibhe estaba en paz. La vida de Alec ya no corría peligro, no había nadie al acecho para matarlo. Y ahora que el clan MacMorran estaba aliado con el clan MacKinnon, un clan que formaba parte de los clanes aliados de la isla de Skye, nadie se atrevería a atacarlos. La normalidad volvió al pueblo y pronto comenzaría la cosecha.

Antes de la cosecha, se celebraron dos bodas. La primera fue la de la señora Arlana y el señor Calder, pero ellos no querían una fiesta porque pensaban que no tenían edad para grandes celebraciones. Rossilyn organizó una cena en la mansión para celebrar su matrimonio. Unos días después, Kinnon y Crissa se casaron y se celebró una gran fiesta. Todos los miembros del clan MacMorran participaron en los festejos y en su felicidad.

Al principio, Rossilyn echaba de menos a la señora Arlana y a Crissa paseando por la mansión. Ahora ambas tenían sus propias casas y maridos a los que cuidar. Veía más a Crissa en la mansión, pues le estaba enseñando lo que había aprendido de Davina.

La barriga de Rossilyn crecía y ella y Alec eran cada día más felices con el amor que sentían el uno por el otro y la llegada de un hijo, o una hija.

Pero después de la cosecha ocurrió algo que dejó al laird y a los MacMorran con el corazón amargado. Alec no podía ocultar su frustración por lo ocurrido.

Días después de la cosecha, los hombres del Conde Andrew se presentaron en Mu Ruibhe y exigieron la mitad de la cosecha como pago del impuesto. Alec tuvo que racionar lo que quedaba para que nadie pasara hambre cuando llegara el invierno.

Ver a su pueblo tener que racionar la comida por un impuesto que debían pagar a alguien que creían dueño de la isla de Skye, dejó a Alec con el corazón amargado y disgustado. Una tarde, cogió a Azulão y se dirigió a una parte del río donde se unían dos colinas de piedra. Se sentó al pie de un árbol frente al río y pensó en todo lo que estaba ocurriendo. Alec siempre iba allí cuando quería pensar. Poco después, Rossilyn llegó montada en Proteus y se sentó a su lado. A veces no decían nada, solo miraban el río en silencio. A veces Alec le hablaba de lo que le preocupaba. Y aquella tarde no fue diferente. Rossilyn montó en Proteus, bajó del caballo y se sentó junto a su marido.

Alec guardó silencio un rato y luego habló, sin dejar de mirar al río.

—No puedo ver por lo que está pasando mi pueblo y no hacer nada, Rossilyn.

—Sé que es triste lo que estamos pasando, pero con el tiempo nos adaptaremos y lo aceptaremos. Los MacKinnon se han adaptado y viven bien.

—No quiero conformarme con lo equivocado —dijo seriamente mientras la miraba.

Rossilyn miró a su marido y se dio cuenta de que no se quedaría de brazos cruzados y

aceptaría dar la mitad de la cosecha de su pueblo al Conde Andrew.

—¿Y qué pretendes hacer, Alec?

—Voy a librar a la isla de Skye del Conde Andrew.

—¿Y pretendes hacerlo solo?

—No. —Sonrió, lo que lo hizo aún más encantador—. Voy a convencer a Darren y a los demás clanes aliados para que luchen contra el Conde Andrew.

Rossilyn miró al río y suspiró. Una vez más, Alec tendría que ir a la guerra. Pero por mucho que quisiera gritarle que tenía que conformarse y estar a su lado y al de su hijo, sabía que su marido no sería feliz mientras su clan y su familia vivieran bajo la opresión de los impuestos del Conde Andrew. Lo miró y sonrió.

—¿Me apoyarás en mi decisión?

—Por supuesto, mi amor. Siempre te apoyaré en tus decisiones. Pero nunca olvides la promesa que me hiciste.

—Siempre volveré a ti, mi pelirroja.

Alec la acercó a él y la besó con ternura y cariño. Los dos se quedaron acurrucados mirando el río y disfrutando de aquel hermoso atardecer.

Capítulo Diecinueve

Dos años después...

Aquel primer día de verano amaneció con un hermoso sol radiante, y Rossilyn aprovechó para llevar a Arthur a jugar junto al río, era el lugar que más le gustaba al pequeño Arthur. Cuando Alec no estaba ayudando a construir la muralla que rodeaba el pueblo, también llevaba a su hijo, una miniatura de sí mismo, con el pelo dorado y los ojos verde claro como su padre, a jugar junto al río. El laird MacMorran también pasaba mucho tiempo en reuniones con Darren y los demás jefes de los clanes aliados de la isla de Skye. Tras convencer a Darren de que tenían que luchar para acabar con el dominio del cConde Andrew Campbell sobre la isla de Skye, hicieron todo lo posible por convencer a los demás jefes, pero fue en vano. Cuando Alec se dio cuenta de que intentar convencer a los clanes aliados era en vano, decidió dedicarse más a su familia y a su clan. El guerrero estaba decidido a construir un gran muro alrededor de Mu Ruibhe y no dejar que los hombres del Conde Andrew se llevaran ni un grano más de lo que cosechaban.

A un lado estaba Rossilyn y al otro la señora Arlana, que ayudaba a la señora de la mansión a cuidar del pequeño Arthur mientras el señor Calder ayudaba a construir el muro. Arthur se divertía mientras caminaba con pasos inseguros de una a otra.

—Señora Rossilyn.

Las dos miraron en la dirección de la llamada y vieron a Kinnon corriendo hacia ellos.

—¿Qué ocurre, Kinnon? —Rossilyn levantó a Arthur y se puso en pie.

—Crissa te llama. Va a nacer mi hijo —gritó la última parte con gran alegría.

Rossilyn entregó a Arthur a la señora Arlana.

—Llévalo a la mansión, ama. Voy a ayudar a Crissa a traer al mundo a otro MacMorran.

Poco después, Rossilyn entró en casa de Crissa y Kinnon y la vio tumbada en la cama.

—Va a nacer, señora Rossilyn. Pero quería esperarte. Quiero que mi hijo nazca de tus manos.

—Igual que el mío nació de las tuyas.

Las dos sonrieron y Crissa gritó al sentir una fuerte contracción. Rossilyn se lavó las manos rápidamente y fue a ayudar a la señora Rhona con el parto de su hija. El parto no duró mucho, Crissa tuvo otras dos fuertes contracciones y en la última nació un precioso niño.

Mientras sostenía en sus brazos al hijo de Crissa y Kinnon, a Rossilyn la embargaba la emoción. Era el hijo de su gran amiga. En aquellos dos años, Rossilyn y Crissa se habían hecho grandes amigas. Rossilyn limpió al pequeño y lo puso en brazos de su madre.

—Eres tan hermoso, hijo mío —dijo Crissa mientras contemplaba emocionada a su hijo—. Voy a llamarte Angus. —Miró a Rossilyn—. Será en honor del señor Angus. Era un buen hombre.

Rossilyn sonrió a su amiga, mostrándose de acuerdo con su decisión.

—Le diré al padre del pequeño Angus que puede venir a conocer a su hijo.

—Gracias, señora Rossilyn. Gracias por ayudarme a traerlo al mundo.

—Tú hiciste todo el trabajo, amiga mía.

Al salir de la casa, Rossilyn encontró a un ansioso Kinnon. A su lado estaban Farlan, Alec, Galeron y Kendric.

—Hemos oído el llanto, señora Rossilyn —dijo Kinnon con aprensión—. Pero de pronto se detuvo.

—Dejó de llorar en cuanto se lo entregué a su madre.

—¿Ha dicho él? —preguntó emocionado.

—Sí, Kinnon. Es un niño precioso.

Kinnon miró emocionado a su hermano y los dos se abrazaron, sonrientes. Kendric también se alegró mucho por su hermano. Se miraron a los ojos y recordaron los años que habían pasado en la mina de mineral de Ben Hope, en el norte de Escocia. Durante esos diez años, nunca imaginaron que algún día experimentarían ese tipo de felicidad. Nunca se atrevieron a soñar con una vida fuera de la mina. Pero toda aquella pesadilla había terminado y ahora Kinnon era padre de un precioso niño. Un hijo al que nunca dejaría pasar por lo que él pasó en aquella mina.

Antes de entrar en casa, Kinnon fue abrazado por sus amigos. Alec fue el último en abrazarle.

—Nuestros hijos serán grandes amigos, Alec. Mi hijo ayudará al tuyo a guiar a esta gente cuando seamos viejos.

—Estoy seguro de ello, amigo mío. Serán amigos como nosotros.

Después de que Kinnon entrara en la casa para reunirse con su hijo, Rossilyn se acercó a Alec y lo besó cariñosamente. Miró a los cuatro y comprobó una vez más lo unidos que estaban. Era como si fueran uno solo. Los años pasados en la mina los habían unido de un modo que los había convertido en mucho más que amigos. Compañeros. Cómplices. Familiares. Rossilyn sabía que cada uno daría su vida por salvar la del otro.

Dos días después, recibieron la visita de Darren. Rossilyn entró en el salón justo cuando su hermano daba la noticia que Alec llevaba esperando casi dos años.

—Los clanes aliados decidieron luchar contra el Conde Andrew Campbell.

Alec recibió la noticia con alegría. Miró a Rossilyn que se acercaba lentamente desde el fondo de la sala. Ella le sonrió, pero su mirada era de preocupación.

—Vamos a liberar a nuestro pueblo y a todo Skye de las manos de ese desdichado conde.

Se acercó y lo abrazó.

—Me alegro, Alec. Me alegro por ti y por nuestro pueblo. No te dejes engañar por la expresión de mi cara. La verdad es que quería estar a tu lado y ayudarte en este momento tan importante para ti y para nuestro pueblo.

La miró con orgullo.

—Me ayudarás mucho si sé que tú y nuestro hijo estáis protegidos aquí.

—Pero no olvides tu promesa.

—Nunca la olvidaré.

Darren contempló la escena con emoción. Veía un poco de su madre en Rossilyn. A menudo no estaba de acuerdo con las decisiones de su marido de ir a la batalla, pero, aun así, hacía todo lo posible para que su partida fuera tranquila y se marchara sin preocupaciones. Rossilyn, al igual que su madre, actuaba del mismo modo.

Los tres se sentaron a la mesa y les sirvieron vino de manzana para celebrar la noticia. Rossilyn se sentó junto a su hermano.

—¿Por qué han decidido luchar ahora los clanes, Darren? —preguntó Rossilyn mientras terminaba su bebida.

—El señor MacLeod llegó del continente hace unos días y se enteró en la corte de que

muchos de los aliados que lucharon del lado del Conde Desmond ya no lo son de su hijo. Muchos dijeron que si hubiera una guerra en Skye de nuevo, no pelearían.

—¿Y por qué ya no son aliados del conde? —preguntó Rossilyn.

—El Conde Andrew no es muy querido en el continente. A lo largo de los años, lo único que ha conseguido es ganarse enemigos. No ayudar a los aliados en las batallas, hacer alianzas pero no honrarlas, no presentándose a la boda. Esto solo provocó que los aliados de su padre se distanciaran de él y muchos lo ven ahora como un enemigo. Por eso los clanes aliados creen que ahora es el momento de luchar.

—¿Y cuándo atacaremos? —pregunta Alec, entusiasmado por todo lo que ha oído.

—Quiero que tú y tus hombres vengáis mañana conmigo a Kyleakin.

—Pero ¡ahora! —interrumpió Rossilyn.

—Sí, hermana mía. Otros clanes ya están reuniendo a sus hombres y aliados. Dentro de una semana, nos reuniremos en Glenelg con los jefes de los clanes aliados. El campo de batalla estará en el mismo lugar que hace ocho años —dijo Darren con entusiasmo.

—¿Y Lord Lydell luchará contra el conde? —preguntó Rossilyn, pronunciando el nombre del lord con disgusto.

Darren se puso serio al oír la pregunta de Rossilyn. Alec se dio cuenta de que algo había ocurrido.

—¿Qué ocurre, Darren?

—Los MacKinning lucharán junto al Conde.

—Ha elegido el bando equivocado —dijo Alec con enfado—. ¿Algún otro clan se ha pasado al bando del Conde?

—Dos o tres clanes pequeños. Nada que suponga una diferencia para nosotros —dijo Darren con indiferencia.

Por la tarde, Alec reunió a sus hombres donde Farlan los estaba entrenando. Miró a los hombres que tenía delante. Ya no eran muchachos sin entrenamiento ni armas como hacía dos años. Farlan los había entrenado duramente durante esos dos años y ahora todos tenían espadas y escudos. Ahora eran guerreros MacMorran. Su padre había llevado a sesenta hombres a luchar contra el conde Desmond hacía ocho años, solo tenía cincuenta hombres cuando Lord Lydell quiso acabar con el clan MacMorran hacía dos años. Ahora llevaría ochenta guerreros para luchar contra el conde Andrew Campbell. Durante esos dos años, algunos MacMorran que habían abandonado Eynort antes de la guerra contra el Conde Desmond regresaron al clan. Y con ellos llegaron también otros guerreros de otros clanes para unirse a ellos. El clan estaba creciendo y Alec se alegraba de ello.

Los hombres acogieron con satisfacción la noticia. Nadie podía soportar trabajar todo el año en sus tierras y luego tener que dar la mitad de lo que habían plantado y cosechado para pagar el impuesto a los hombres del Conde Andrew.

Alec les dijo que tendrían esa noche para prepararse y despedirse de sus familias. Tras despedir a los hombres, Alec reunió a sus cuatro amigos para charlar.

—Kendric y Farlan, vendréis conmigo, seréis mis capitanes. —Miró a Kinnon, que lo miraba con aprensión—. Kinnon, tú te quedarás con Bhric y Douglas para cuidar de Mu Ruibhe.

—Quiero ir, Alec. Quiero luchar a tu lado.

Alec miró con orgullo al hombre que tenía delante. Kinnon admiraba tanto a Alec que se había dejado crecer el pelo hasta justo debajo de los hombros, sus músculos se habían desarrollado hasta ser tan fuertes como los de su laird, y se parecía un poco a Alec de espaldas por su pelo dorado. Pero había veces en que Kinnon seguía pareciéndose a aquel muchacho ingenuo de los días de la mina.

—Te quedarás, Kinnon —dijo con voz enérgica—. Acabas de tener un hijo. Tienes que quedarte y verlo crecer. Te necesito aquí. Me sentiré mejor si sé que estás aquí protegiendo a mi hijo y a Rossilyn.

Al oír las últimas palabras de Alec, Kinnon se llenó de orgullo de que su amigo confiara tanto en él como para pedirle que cuidara de Rossilyn y del pequeño Arthur.

—Así que me quedaré y cuidaré de todo y de todos. Puedes irte sin preocuparte por eso. No te defraudaré, Alec.

—Gracias, Kinnon. Ahora vete. Necesito hablar con Galeron a solas.

Los tres hombres se alejaron. Kendric abrazó a su hermano y se sintió cada vez más orgulloso del hombre en que se había convertido. Kinnon era alegre y juguetón, pero sabía cuándo ponerse serio y actuar como un hombre.

—¿Me pedirás que me quede también? —preguntó Galeron al ver que los tres amigos estaban ya muy lejos.

—No. Me encantaría que vinieras conmigo y me ayudaras a comandar a los hombres. Pero entenderé si decides quedarte y no luchar contra tu clan.

Galeron miró a Alec y lo admiró aún más por ser justo y darle la oportunidad de quedarse.

—Llevo dos años viviendo entre los MacMorran, tengo una esposa MacMorran y pronto me dará un hijo que será un MacMorran. Lucharé junto a mi amigo y laird. Porque ahora soy un MacMorran.

Los dos se abrazaron y se dieron un puñetazo en la espalda.

—¿Quieres decir que Meegan está embarazada?

—Sí.

Aquello era un trozo más de felicidad para Alec y sus cuatro amigos. Galeron había perdido a su prometida, que se suicidó tras ser violada por el Conde Andrew. Pero ahora encontró el amor en los brazos de Meegan, una de las viudas que había intentado conquistar su corazón desde que llegó a Mu Ruibhe. Meegan curó el corazón herido de Galeron y ahora, juntos, formarían una familia con el niño que estaba a punto de llegar. Ese niño era una razón más para que Alec luchara por acabar con el mando del Conde Andrew en la isla de Skye. Si todo salía bien, el hijo de Galeron nacería en una isla libre de la opresión que todos sufrían a manos de los hombres del Conde Andrew Campbell.

Tras comprobar que las provisiones que traerían los hombres estaban listas para ser transportadas a los carromatos al día siguiente, Rossilyn subió a su habitación. Estaba cansada después de haber pasado toda la tarde haciendo los preparativos para la partida de los MacMorran al día siguiente.

Al entrar en la habitación, Rossilyn vio a Alec acunando al pequeño Arthur mientras el bebé dormía en sus brazos. Contempló la escena con emoción. Alec se dio cuenta de que lo observaban y miró hacia su esposa.

—Está dormido —dijo en un susurro para no perturbar el sueño de su hijo.

Rossilyn se acercó a los dos amores de su vida.

—Lo pondré en su cuna. —Sacó al pequeño Arthur de los brazos de su padre con cuidado para no despertarlo.

Colocó al niño en la cuna hecha por el señor Calder, que era un excelente artesano. Tapó a su hijo y le deseó dulces sueños.

Después de que Alec ayudara a Rossilyn a quitarse el vestido, se quitó la falda escocesa, quedándose solo con la bata, y se tumbó en la cama. Rossilyn sopló algunas velas, echó una mirada más a Arthur y se tumbó junto a su marido.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Me estaba asegurando de que todo estuviera listo para tu partida de mañana.

Alec notó un deje de abatimiento en la voz de su mujer. Le sujetó la barbilla y la obligó a mirarle.

—Volveremos pronto.

—Es que la última vez la guerra duró más de dos años. No quería estar tanto tiempo lejos de ti. Tampoco quiero que Arthur crezca sin su padre cerca.

Sonrió.

—No te preocupes, haremos todo lo posible para que esta guerra termine cuanto antes. Y no lo digo solo por mí. Galerón va a ser padre —dijo con una amplia sonrisa.

—Ya lo sé. Meegan está embarazada.

—Quiero que él esté aquí cuando nazca el bebé. —Le tocó la barriga—. Y puede que también para el nuestro.

Ella lo miró sorprendida.

—Que yo sepa, no estoy embarazada.

—Podemos solucionarlo ahora mismo —dijo mientras la acercaba a él.

—¿Es una especie de truco para hacerme el amor, señor Alec?

—¿Y desde cuando necesito artimañas para meterme en medio de tus piernas, esposa mía? —Intentó meter la mano bajo la camisa, pero Rossilyn se apartó sonriendo.

—Basta, Alec —dijo ella, aún sonriendo—. Despertarás a Arthur.

—No, no podemos despertarlo —dijo en voz baja—. Todavía tengo muchas ganas de quererte esta noche.

Rossilyn lo apartó de un empujón y se sentó encima de él. Alec la miró, sorprendido y sonriente.

—La primera vez que nos separamos, dijiste que mis ojos te recordaban a mí cuando estabas en el campo de batalla. Voy a darte algo para que me recuerdes, aparte de mis ojos. Voy a darte un recuerdo que hará que quieras volver a mí lo antes posible.

—¿Qué vas a hacer, Rossilyn? —Había curiosidad en su voz.

Rossilyn ayudó a su marido a quitarse la bata por encima de la cabeza y la tiró. Miró el vello dorado de su pecho y suspiró. Se quitó la camisola y se quedó desnuda encima de Alec. Tiró la camisa en el mismo lugar que la bata. Alec miró el cuerpo de su mujer y suspiró. Rossilyn se inclinó y acercó su cara a la de él.

—Cierra los ojos, Alec.

—¿Qué vas a hacer, mi pelirroja? —Él sintió curiosidad y un poco de preocupación por la sonrisa traviesa de sus labios.

—Cierra los ojos, esposo mío —ordenó ella.

Alec obedeció.

—Ahora voy a darte algo para que me recuerdes mientras estemos separados —susurró, con los labios casi pegados a los suyos.

Bajó la cabeza y tocó suavemente los labios de su marido. Acarició su boca con la suya. Se apartó un poco y le besó suavemente el cuello. Alec tragó saliva, haciendo que su nuez de Adán subiera y bajara. Rossilyn sonrió al ver que la respiración de su marido se aceleraba. Bajó un poco más y le besó el ancho pecho. Al apartarse, vio que el pezón de su pecho se erizaba. Besó el pezón y lo mordió ligeramente.

—Rossilyn... —gimió él al sentir los dientes de Rossilyn rozándole ligeramente el pezón.

Rossilyn levantó la cabeza y vio que Alec aún tenía los ojos cerrados.

—No abras los ojos, Alec —susurró ella—. Siente mis besos. Siente cada roce de mis labios en tu piel—. Con cada palabra, Rossilyn lo besaba y bajaba por su vientre, hasta llegar al ombligo.

Y bajó aún más.

Cuando sintió los besos de Rossilyn justo debajo de su vientre, Alec gimió aún más al prever lo que ella haría. Abrió los ojos rápidamente al sentir la boca de Rossilyn en una caricia que nunca imaginó que sentiría. Tras el momento de sorpresa, Alec volvió a cerrar los ojos y sonrió al sentir un placer que nunca había imaginado que su mujer pudiera darle. Jamás olvidaría aquel feliz y placentero momento que Rossilyn le estaba regalando. Aquella fue una noche de sorpresas y entregas.

Al día siguiente, Rossilyn estaba de pie en la plaza con Arthur en su regazo. Miró a su alrededor y vio varias caras tristes mojadas por las lágrimas. Pero su rostro estaba sereno y tranquilo. Pero por dentro estaba triste y lloraba desesperadamente. Alec se acercó a ambos y besó los labios de Rossilyn y la mejilla de Arthur.

—Volveré. Es una promesa para los dos.

—Estaremos aquí esperándoos.

Alec se alejó rápidamente y subió a Azulão. Rossilyn esperaba que su marido la mirara por última vez, pero al igual que la primera vez que se fue, no lo hizo. Alec y Darren cabalgaron delante y los hombres de MacMorran los siguieron a pie. Cuando el último hombre atravesó la puerta del pueblo, Rossilyn sintió una opresión en el pecho. Necesitaba ver la mirada de su marido una vez más.

Rossilyn entregó a Arthur a la señora Arlana, que estaba a su lado, y corrió hacia los establos. Algunas mujeres, que empezaban a abandonar la plaza, se detuvieron al ver a Rossilyn salir corriendo. De repente, la señora de la mansión pasó junto a ellas montada en Proteus y cabalgó hacia la entrada del pueblo. La señora Arlana sonrió al recordar que ella había hecho lo mismo cuando Alec se marchó la primera vez.

Rossilyn cabalgó junto a la carretera, pasó junto a los hombres MacMorran y siguió cabalgando hasta pasar junto a Alec y Darren. Se detuvo un poco más adelante y miró a su marido. Sonrió y recordó el momento en que la vio, ocho años atrás, en lo alto de Proteus, en una colina. Cuando Alec pasó junto a Rossilyn, sus miradas se cruzaron y durante unos instantes fue como si solo existieran ellos dos en el mundo. Sabían que sus vidas estaban unidas para siempre. Sus corazones se unieron en el mismo instante en que sus miradas se encontraron por primera vez en el Castillo Dunakin. Incluso después de haberse alejado mucho de donde estaba su esposa, Alec siguió mirándola. Momentos después, estaban tan lejos que Alec y los hombres MacMorran eran solo un borrón en el paisaje. Rossilyn apretó a Proteo y regresó a la aldea.

Capítulo Veinte

Un mes después, Rossilyn y todos en Mu Ruibhe estaban aprensivos por no tener noticias de Alec y los MacMorran. Pasó otro mes y entonces llegó un mensajero de Glenelg. Era el joven Mitch, el ayudante de cocina de los MacMorran. Mitch entregó una carta a Rossilyn, en la que Alec decía que todo iba bien con él, Darren y los hombres MacMorran y MacKinnon. Decía en su carta que en aquellos dos meses solo había habido conversaciones para llegar a un acuerdo. El Conde Andrew había hecho todo lo posible por sobornar a los jefes de los clanes aliados para que abandonaran el campo de batalla. Pero los caciques estaban decididos a acabar con el dominio del conde sobre la isla de Skye. Pasaron dos meses más hasta que llegó otra carta de Alec. En ella, el laird de los MacMorran les contaba que había habido una batalla y que habían perdido algunos hombres. Con tristeza, Rossilyn tuvo que dar la noticia a dos madres de la pérdida de sus hijos y a una esposa de la pérdida de su marido. Durante semanas, todo Mu Ruibhe lloró la muerte de aquellos tres guerreros.

Pasaron dos meses más y llegó otra carta, que hizo que Rossilyn se sintiera muy aprensiva. Hacía seis meses que Alec y los MacMorran habían abandonado Mu Ruibhe para luchar contra el Conde Andrew. En la carta, que había sido escrita hacía tres días, Alec decía que la decisión estaba tomada y que los clanes aliados atacarían con todas sus fuerzas para decidir la guerra. No querían pasar dos años en el campo de batalla como la última vez.

—¡Mu Ruibhe está bajo ataque! —gritó alguien fuera de la mansión.

Rossilyn y algunas de las mujeres que estaban con ella en el salón, al escuchar el contenido de la carta, salieron corriendo. Cuando llegaron a la plaza, vieron a Bhric, Douglas y Kinnon luchando con seis hombres de los MacKinning. La señora Rhona gritó cuando vio a uno de los hombres MacKinning clavar su espada en el cuerpo de su marido. Douglas también había sido herido y yacía en el suelo.

—¡Alto! —gritó Rossilyn mientras Kinnon caía al suelo y uno de los hombres MacKinning se preparaba para clavarle la espada en el estómago.

Todos dejaron de luchar. Rossilyn se acercó a Lord Lydell, que seguía montado en su caballo y observaba cómo sus hombres luchaban contra los de Alec.

—¿Qué cree que está haciendo, Lord Lydell?

—Venga conmigo, señora Rossilyn.

—Quiere llevarla a Torin —gritó Kinnon, rodeado por tres MacKinning, que le apuntaban con sus espadas

—¿Para qué?

—Para obligar a su marido a no luchar y a abandonar el campamento.

—Aunque los MacMorran no luchen, los otros lo harán.

—No lo harán, señora Rossilyn. Son su marido y sus amigos los que mandan en el bando de los aliados. Los jefes de los clanes aliados son viejos y Darren no tiene mano firme como tu marido. Si tu marido y sus amigos no están en ese bando, los jefes aliados se rendirán.

—¿Y vas a usarme para chantajear a Alec?

—Todo el mundo sabe cuánto te quiere tu marido. Fue el Conde Andrew quien tuvo la idea.

—Alec nunca dejará ese campo para salvarme. Todo lo que quiere es librar a la Isla de Skye del conde. Y sabe que eso es lo que yo quiero también.

—Ya lo veremos. Si vienes con nosotros, dejaremos a esta gente en paz. Pero si te niegas, mataré a todos los MacMorran de este pueblo.

Rossilyn miró hacia su gente. La señora Rhona estaba inclinada sobre el cadáver de su marido y lloraba desesperadamente. Kinnon y Douglas yacían en el suelo, heridos y necesitados de cuidados. Se acercó al caballo de Lord Lydell y uno de sus hombres la sentó frente a él.

—Si alguno de ustedes viene a por nosotros, mataremos a la señora Rossilyn—, dijo lord Lydell, mirando a todos los presentes en la plaza.

Los seis hombres MacKinning montaron en sus caballos y se marcharon de Mu Ruibhe, llevándose a Rossilyn con ellos.

En cuanto los MacKinning cruzaron la puerta de la aldea, Crissa se acercó a su marido y se arrodilló a su lado.

—Crissa, cúrame rápido la herida y ponme en condiciones de cabalgar.

—No, no puedes ir tras ellos. Matarán a la señora Rossilyn.

—No voy a ir tras ellos. Voy a Glenelg a contarle a Alec lo que ha pasado aquí.

—No puedes ir, Kinnon. ¡Estás herido! —dijo Crissa, molesta.

—Cose enseguida a tu marido y que vaya con el señor Alec —dijo la señora Rhona, mirando seriamente a su hija. Todos la miraron sorprendidos—. La señora Rossilyn está en manos de ese bastardo. El señor Alec tiene que salvarla y vengar la muerte de su padre —dijo entre lágrimas y

acarició la mejilla de su marido.

Poco después, Kinnon abandonó Mu Ruibhe y cabalgó rápidamente por las praderas de Skye en dirección a Glenelg. Sabía que no podía tomar el camino principal para no toparse con MacKinning, a quien Lord Lydell seguramente había enviado al campamento para hacerle saber que ya tenía a Rossilyn en su poder. Cuando Kinnon llegó al campo de batalla de Glenelg, uno de los hombres de MacMorran lo ayudó a bajar del caballo y lo llevó a la tienda de reunión. Alec se sobresaltó al ver entrar a Kinnon, apoyado por un MacMorran. Kendric se acercó a su hermano y vio que estaba herido.

—¿Qué ha pasado, Kinnon? —preguntó preocupado.

—Estoy bien, Kendric —dijo para calmarlo—. Y la señora Rossilyn, Alec. Lord Lydell apareció en Mu Ruibhe con sus hombres y se llevó a la señora Rossilyn a Torin. Luchamos contra los hombres de MacKinning y mataron al señor Bhric. Lo siento, Alec.

—¡Ese bastardo! —gritó el guerrero—. Aprovechó mi ausencia para llevarse a Rossilyn.

Un MacLeod entró en la tienda y dijo rápidamente.

—Hay una bandera blanca en el campamento enemigo.

Todos se miraron sorprendidos. Los líderes aliados salieron de la tienda para averiguar qué significaba esa bandera blanca.

—No sabía que Lord Lydell estuviera tan encariñado con mi hermana —dijo Darren, justo después de que los jefes hubieran abandonado la tienda de reunión.

—Fue el Conde Andrew quien ordenó a Lord Lydell que capturara a la señora Rossilyn.

—¿Qué? —dijeron juntos Alec y Darren mientras miraban a Kinnon.

En ese momento regresaron los jefes, con semblantes preocupados.

—Es un mensaje para ti, Alec.

Alec cogió el mensaje de manos del jefe MacLeod. Tras leerlo, Alec gritó enfadado y arrojó el mensaje sobre la mesa. Darren recogió el mensaje y lo leyó.

—El Conde Andrew advierte que tiene a Rossilyn en su poder y que solo la liberará cuando Alec haya abandonado el campamento con sus tres amigos y todos los MacMorran.

Los jefes miraron con aprensión a Alec.

—No puedes hacer eso, Alec. El Conde Andrew sabe que perderá si luchamos contra él. Estamos a pocos días de ganar.

—Mataré a mi mujer —gritó Alec con impaciencia.

—Tendrás que elegir, Alec. Salvar a tu mujer o salvar al pueblo de Skye, incluido tu clan, del Conde Andrew.

Alec miró con odio al jefe MacDonald. Pero su odio no era hacia él, sino hacia la decisión que tendría que tomar. Salió de la tienda y se dirigió hacia la parte trasera de la misma. Sus cuatro amigos le siguieron.

—No puedo dejar que le pase nada a Rossilyn. Pero tampoco puedo dejar que el Conde Andrés salga victorioso de este campamento. —Se pasó las manos por la cara, desesperado.

—Reuniré a los hombres —dijo Farlan, decidiéndose por su amigo.

Alec se dio la vuelta y se agarró las muñecas, en ese momento lo único que quería era matar al Conde Andrew con sus propias manos.

—Señor Alec —dijo un hombre detrás de Kinnon. Los cinco hombres se volvieron—. Oh, perdón. Desde atrás, parecía el señor Alec. —El hombre, que era un MacLeod, miró a Alec—. Los jefes quieren saber qué has decidido.

—Diles a los jefes...

—Espera, Farlan —pidió Alec antes de que pudiera terminar la frase—. Diles que voy enseguida.

—¿Qué piensas hacer, Alec? —preguntó Farlan en cuanto el hombre se alejó.

—Necesito una falda escocesa MacKinning.

—Vi un kilt de los MacKinning tirado en el campo de batalla.

—Cógelo por mí, Kendric.

—¿Qué piensas hacer, Alec? —volvió a preguntar Farlan mientras Kendric se alejaba.

—Ya lo verás.

Poco después, Kendric regresó con una falda escocesa embarrada, pero a Alec no le importó.

—Quítate la falda, Kinnon.

Los cuatro hombres se miraron confundidos. Kinnon se quitó la falda, aunque todo aquello le resultaba muy extraño. Alec se quitó la suya y se la entregó a Kinnon, que se la puso, sin dejar de mirar a todos con ojos torcidos. Alec se puso el kilt de MacKinning por encima de su bata marrón claro.

—Voy a Torin a rescatar a Rossilyn.

Dijo a sus amigos mientras terminaba de ponerse la falda escocesa y caminaba hacia la tienda de reuniones. Los jefes y Darren se sorprendieron al ver entrar a Alec, vestido con el tartán de los MacKinning.

—¿Qué es eso, Alec? —preguntó su cuñado.

Cuando Kinnon entró vestido con la falda escocesa y el broche de jefe que pertenecían a Alec, los hombres se quedaron aún más confusos.

—Voy a salvar a Rossilyn. Señor MacLeod, quiero que envíe un mensaje al conde diciéndole que necesito tiempo para pensar y que le daré una respuesta mañana. Kinnon se hará pasar por mí mientras tanto. Kinnon, sal de vez en cuando para que vean que estoy aquí. Pero sal siempre con alguien delante y nunca mires directamente a su campo.

—Iré contigo, Alec —dijo Farlan.

—No, Farlan. Te necesito aquí. El Conde tiene que ver que todos están aquí. De vez en cuando, sal y pasea por el campamento. Y si no he vuelto mañana por la mañana, quiero que envíes el mensaje de que voy a luchar. Farlan, quiero que comandes al clan MacMorran por mí. Libra a la Isla de Skye de este bastardo.

—No te preocupes, te esperaremos hasta mañana.

Alec montó a Azulão y se dirigió hacia la Isla de Skye. Alec solo tenía un pensamiento en la cabeza mientras cabalgaba. Salvar a Rossilyn. Salvar a la mujer que era su vida.

La luna estaba alta en el cielo y el castillo estaba completamente en silencio en ese momento. El castillo de Lord Lydell aún estaba en construcción. Por eso algunas partes del segundo piso aún no tenían paredes. Rossilyn estaba encerrada en una de las habitaciones del segundo piso. De repente se abrió la puerta y entró el lord.

Rossilyn miró con disgusto al hombre que, dos años atrás, había intentado matar a Alec para casarse con ella y esclavizar al clan MacMorran.

—Creo que conoces bien a tu marido —dijo mientras se detenía en medio de la habitación y la miraba con una sonrisa seductora.

—¿Por qué dices eso?

—Porque si hasta ahora no ha llegado ningún mensaje para que la libere es porque Alec no ha accedido a abandonar el campamento con los MacMorran. Supongo que tendré que matarla.

—No esperaba nada diferente de Alec.

—Eso solo prueba una cosa, querida. Él no te ama. Si yo hubiera estado en su lugar, habría abandonado ese campamento en cuanto supe que estaba en peligro. No te merece.

—Él me ama, mucho. Y acaba de demostrarlo.

—¿Cómo? Dejándola morir.

—Respetando mis deseos. Sabe que mi voluntad también es liberar a nuestro pueblo de las garras de ese conde. Nunca le perdonaría que hubiera elegido salvarme a mí y no hubiera luchado por nuestro pueblo. La libertad de nuestro pueblo es mucho más importante que mi vida.

—Rossilyn... No sabes cómo me excita tu terquedad y determinación. —Metió la mano bajo su falda escocesa y la miró con una sonrisa depravada en el rostro—. Por desgracia, voy a tener que matarte. Órdenes del Conde. Pero antes, voy a meterme entre tus piernas y hacerte gemir de placer mientras estás debajo de mí.

—No me toques —dijo con odio en los ojos—. Yo no te he dado ese derecho.

—Ahora me perteneces. Tengo todo el derecho sobre ti.

El hombre se acercó y Rossilyn dio un paso atrás. Chocó con la cama, lo que la hizo mirar hacia atrás. Lord Lydell aprovechó la oportunidad para acercarse aún más y se arrojó sobre ella. Cuando miró hacia delante, vio cómo el cuerpo del lord caía sobre el suyo. Ambos cayeron sobre la cama. El hombre agarró los brazos de Rossilyn y ella empezó a forcejear con él. Mientras forcejeaba, sintió la excitación de Lord Lydell frotándose entre sus piernas.

—Vamos, Rossilyn, lucha. Me estás volviendo aún más loco de deseo. Voy a domarte como a un caballo salvaje. Y cuando esté dentro de ti, pedirás más. —Intentó besarla, pero Rossilyn giró la cabeza de un lado a otro.

—Nunca.

Lord Lydell soltó uno de sus brazos e intentó levantarle el vestido. Rossilyn aprovechó y le arañó la cara. El hombre gritó de dolor y se zafó de ella. Rossilyn le dio una patada y corrió hacia la puerta, la desbloqueó rápidamente y salió de la habitación. Lord Lydell se levantó y desenvainó la espada.

—Voy a matarte, Rossilyn —gritó, rompiendo el silencio del castillo—. Y luego te poseeré tantas veces como quiera. Serás mía, viva o muerta.

Lord Lydell salió de la habitación y corrió por el pasillo.

—Solo me tendrás cuando esté muerta —gritó Rossilyn mientras buscaba desesperadamente una puerta abierta por los pasillos del castillo.

Por fin encontró una puerta abierta, pero daba a una de las habitaciones que aún no estaba terminada. No había paredes a ambos lados de la habitación. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que la caída era bastante grande. Sería una muerte segura caer desde allí.

Rossilyn se sobresaltó cuando Lord Lydell abrió la puerta de una patada. Entró con una

sonrisa triunfal en el rostro.

—Serás mía, Rossilyn.

—Prefiero morir a dejar que me toques.

—No hay problema, puedo tocarte después de muerta.

Rossilyn se acercó al borde de la habitación. Lord Lydell se detuvo al ver lo que tramaba la muchacha.

—No hagas eso, Rossilyn. —Ya no había sonrisa en su rostro.

—Si me caigo de aquí, mi cuerpo quedará tan destrozado que ya no podrás utilizarme.

—No lo hagas —suplicó mientras le tendía la mano para que la cogiera.

—Prefiero morir a dejar que me toques. Te doy asco —dijo entre dientes.

Aquellas palabras hirieron los sentimientos de Lord Lydell. Era un hombre apuesto y deseado por muchas mujeres de la corte. No podía permitir que una mujer le hablara así. MacKinnon retiró el brazo y miró con odio a Rossilyn.

—Si eso es lo que realmente quieres. Te ayudaré un poco. —Avanzó dos pasos, pero se detuvo de repente.

Rossilyn cerró los ojos y, con el corazón dolorido, se despidió de los pequeños Arthur y Alec. Pero justo cuando estaba a punto de dar el paso que pondría fin a su vida, se detuvo de repente.

—Dejad en paz a mi mujer —dijo Alec al entrar en la habitación inacabada.

—¡Alec! —dijo Rossilyn sorprendida. No había esperado que su marido la salvara.

—Así que has decidido salvar a tu esposa y no liberar al pueblo de las garras del conde —dijo Lord Lydell mientras se daba la vuelta y encaraba a su enemigo.

—Haré las dos cosas. —Desenvainó su espada—. Pero primero, lo mataré.

Rossilyn aprovechó el momento para apartarse del borde y se apoyó en una de las paredes.

Alec avanzó unos pasos y apuntó su espada a la garganta de su oponente. Lord Lydell tocó la espada de Alec con la suya y ambos empezaron a luchar. Sus espadas se blandieron rápidamente. El choque de las dos espadas interrumpió el silencio de la noche. Alec luchaba con todas sus fuerzas y con el deseo de acabar con la vida del hombre que había amenazado la vida de la mujer que tanto amaba.

La lucha parecía lejos de terminar. Rossilyn miró a su alrededor y no encontró nada que

pudiera ayudar a su marido. Aunque ella sabía que él no lo necesitaba en aquel momento.

Alec estaba tan enloquecido en su sed de matar a Lord Lydell que ni siquiera se dio cuenta de que lo estaba llevando al borde de la habitación. Los ojos de Rossilyn se abrieron de par en par al darse cuenta del peligro que corría su marido. Pero Alec sabía lo que hacía y, sin que Lord Lydell se diera cuenta, cambió de lugar con él. Ahora era MacKinnon quien estaba al límite y cuando se dio cuenta de que podía caer, dio un paso adelante y se topó con la espada de Alec.

Al ver la espada clavada en su estómago, Lord Lydell dio un paso atrás y cayó por el borde. Perdió el equilibrio y cayó al vacío.

Alec miró hacia su esposa y vio lágrimas de miedo y esperanza en sus ojos. Alec abrió los brazos y Rossilyn corrió, arrojándose a sus brazos.

—¡Oh, Alec! Qué alegría verte. Creí que no volvería a verte.

—¡Oh, Rossilyn mía! Nunca podría vivir sin ti en mi vida.

Alec levantó la barbilla de Rossilyn y le besó los labios con furia, borrando así el miedo que tenía a perderla.

—Tenemos que irnos, Rossilyn. Tengo una batalla que librar.

—Vámonos.

No fue difícil salir del castillo. Todos seguían durmiendo y Alec había matado a los pocos guardias que quedaban en el castillo. Cabalgaron hacia Glenelg, pero tuvieron que parar para dejar descansar a Azulão. Había cabalgado casi todo el día y ahora llevaba a dos personas, así que no podían hacerle ir demasiado rápido. Llegaron al campamento de Glenelg en cuanto amaneció.

Cuando sus amigos y los jefes le vieron llegar, se sintieron aliviados.

—Sabíamos que llegarías —dijo Farlan al saludar a su amigo—. Me alegro de verla, señora Rossilyn.

—Yo también me alegro de verte. —Miró a los cuatro hombres—. ¿Cómo está tu herida, Kinnon?

—Crissa ha cuidado muy bien de él, señora Rossilyn.

—¿Qué hacemos ahora, Alec? —preguntó el señor MacLeod.

—Vamos a luchar. —El laird MacMorran miró a todos.

Los jefes aliados habían enviado un mensaje al conde diciendo que lucharían. Al conde no le gustaba ver a MacMorran y sus amigos liderando el ataque. Alec vio que cuando el conde le dijo

algo a uno de los hombres que estaban a su lado, el hombre abandonó el campo y se dirigió hacia el camino que lo llevaría a la isla de Skye. Efectivamente, el hombre se dirigía hacia Torin.

Alec cabalgó despacio y se detuvo unos pasos por delante del conde.

—Es una pérdida de tiempo enviar a alguien a Torin, Conde Andrew. Mi esposa está a salvo. Yo la salvé.

En ese momento el conde lo miró con más odio aún.

—Debería haberte matado cuando tuve la oportunidad. No debería haberte vendido como esclavo. Me debes la vida —gritó la última frase.

—No te debo nada, Conde Andrew —dijo con odio—. Te pagaron muy bien por mi vida.

Alec apretó un poco a Azulão y se detuvo frente al clan MacKinning.

—Lord Lydell secuestró a mi esposa a instancias del Conde Andrew. La matarían si peleara contra él. Pero yo la salvé y maté a vuestro señor —dijo mirando al capitán de Lord Lydell, que, por la cara de sorpresa que tenía, desconocía los planes de su líder—. Piensa bien lo que haces —dijo con más calma—. Ustedes pertenecen a la isla de Skye. Luchen junto a nosotros por la libertad de nuestro pueblo. Luchen en el lado correcto.

Alec volvió al lado de los clanes aliados y se colocó junto a Darren. En ese momento, vio cuando el capitán de los MacKinning convocó a sus hombres y todos caminaron hacia los clanes aliados y se colocaron junto a los MacMorran. Los otros clanes pequeños, que también habían decidido luchar junto al conde, siguieron el ejemplo del clan MacKinning y ahora lucharían por la libertad de su pueblo. También caminaron hacia el lado de los clanes aliados y se colocaron detrás de ellos.

—¡Cobardes! —gritó el Conde, con los ojos enrojecidos por el odio—. Moriréis todos y acabaré con todos los habitantes de esta miserable isla. —El hombre levantó su espada y ordenó que comenzara el ataque.

Alec también levantó la espada y gritó que se lanzaran al ataque.

Desde lejos, Rossilyn vio comenzar la batalla. Sintió que se le estrujaba el corazón. Aunque esperaba que todo saliera bien para los clanes aliados, temía que le ocurriera algo a su marido. Rossilyn inclinó la cabeza, cerró los ojos y rezó para que la batalla terminara pronto.

Y por todo el campo se derramó sangre enemiga. Aquel día, muchos Campbell cayeron muertos en Glenelg. Y durante la batalla, Galeron se encontró con el conde, que lo reconoció. El conde sabía que Galeron era el hombre que años atrás lo había desafiado por lo que le había hecho a su prometida. La había violado y la mujer se había suicidado por ello. Los dos libraron su batalla privada. Al final, Galeron mató al conde, vengando así la muerte de su prometida. Solo ahora se sentía en paz por poder ser feliz con su familia.

Cuando volvió la vista al campo de batalla, Rossilyn vio que algunos de los hombres de los clanes aliados empezaban a celebrarlo. Algunos de los Campbell huían al darse cuenta de que la lucha estaba perdida para ellos. El corazón de Rossilyn se llenó de aprensión, pues no veía a su marido por ninguna parte del campo. Pero una sonrisa apareció en sus labios cuando vio a Alec cabalgando hacia ella en Azulão. La muchacha corrió al encuentro de su marido. Alec saltó de su caballo y corrió, acortando la distancia que los separaba. La abrazó y la besó con ternura.

—Se acabó, Rossilyn —dijo cuando sus bocas se separaron—. El conde ha perdido. La isla de Skye está libre de la opresión del Conde Andrew Campbell. Ahora podemos vivir en paz. Nuestros hijos ya no serán oprimidos por nadie.

Rossilyn podía sentir en su alma la felicidad de su marido por haber liberado a su pueblo de la opresión y el hambre que sufrían a causa de los altos impuestos que cobraba el Conde Andrew.

—Lo lograste, mi amor. Ayudaste a liberar a nuestro pueblo. Ahora viviremos en paz.

La miró y su corazón se llenó de felicidad al ver el brillo de los ojos azules de su esposa.

—Te quiero tanto, mi pelirroja.

—Yo también te quiero, mi guerrero MacMorran —dijo ella sonriendo.

Alec la estrechó entre sus brazos y la hizo girar. Y sus risas alegres llenaron el campo, mezclándose con la esperanza que cada guerrero llevaba dentro. La esperanza de una vida digna en el lugar que era su hogar. La isla de Skye.

final